

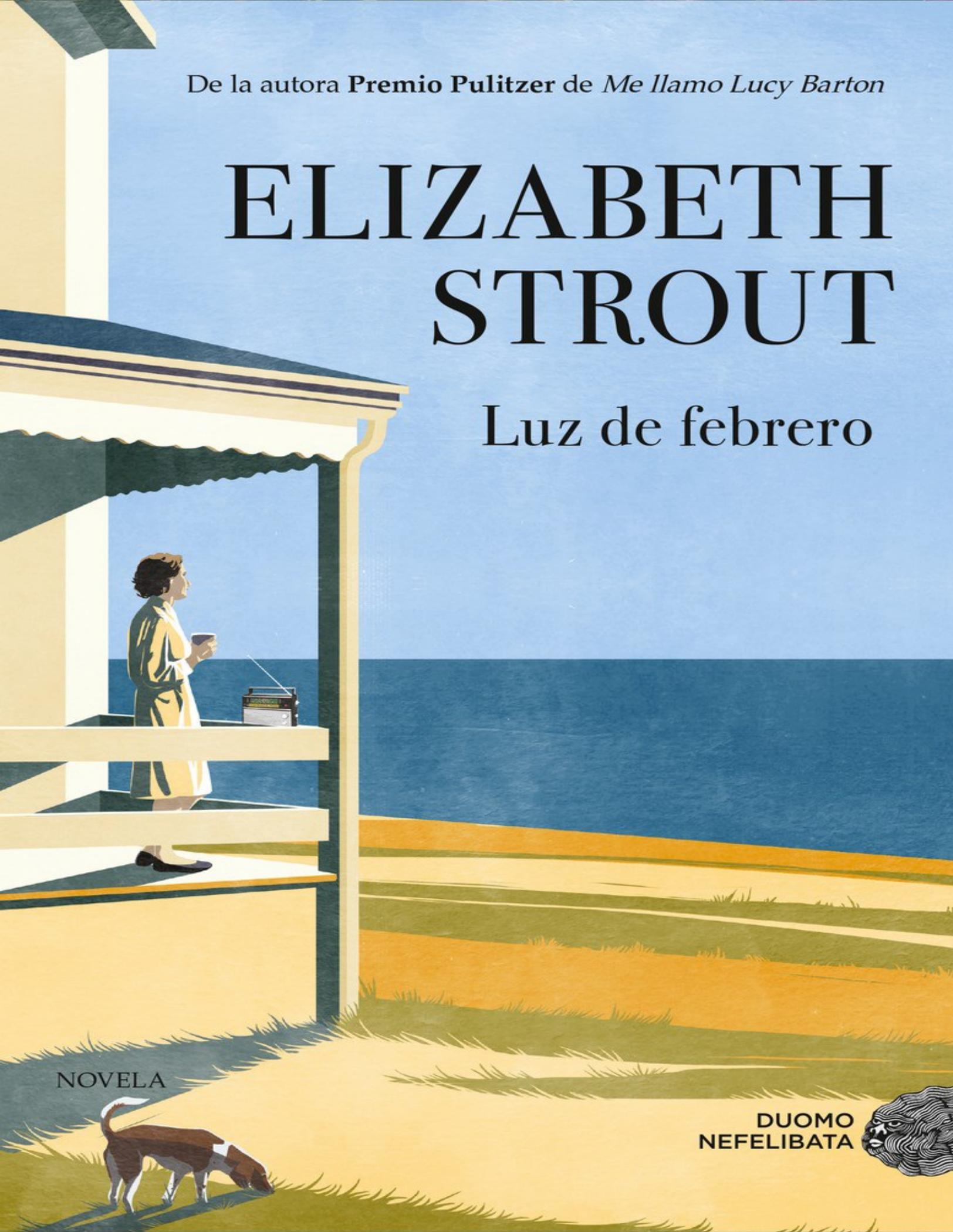
De la autora Premio Pulitzer de *Me llamo Lucy Barton*

ELIZABETH STROUT

Luz de febrero

NOVELA

DUOMO
NEFELIBATA



LUZ DE FEBRERO

ELIZABETH STROUT



Duomo ediciones
Barcelona, 2021

Título original: Olive, again

Edición en formato digital: enero de 2021

© 2019, Elizabeth Strout

© de la traducción, 2021 de Juanjo Estrella González

© de esta edición, 2021 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Av. Riera de Cassoles, 20, 3º B, Barcelona 08012 (España)

www.duomoediciones.com

ISBN: 978-84-18128-93-6

Créditos de cubierta: © Stefania Infante, *Olive Kitteridge*

Conversión a formato digital: David Pablo

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos

Para Zarina, otra vez

ARRESTADO

A primera hora de la tarde de un sábado de junio, Jack Kennison se puso las gafas de sol, se montó en su deportivo descapotable, se abrochó el cinturón de seguridad pasándoselo por encima de la prominente barriga y se fue hasta Portland, a casi una hora de viaje, a comprar una botella grande de whisky, cualquier cosa con tal de no encontrarse con Olive Kitteridge en el colmado de Crosby, Maine. Ni con aquella otra mujer que le había hablado del tiempo mientras él esperaba en la cola del colmado con el whisky en la mano. ¡Del tiempo! Aquella otra mujer (no recordaba su nombre) también era viuda.

Mientras conducía, se apoderó de él algo muy parecido a la calma y, una vez en Portland, aparcó y fue a dar un paseo junto al mar. El verano ya había hecho acto de presencia y aunque todavía hacía frío para mediados de junio, el cielo estaba azul y las gaviotas sobrevolaban el muelle. Había gente en las aceras, muchos jóvenes con niños pequeños o empujando cochecitos de bebé, y todos parecían conversar. Aquello no dejaba de asombrarlo: ¡cómo daban por sentado el hecho de estar los unos con los otros, de hablar! Nadie parecía prestarle atención y se dio cuenta de algo que ya sabía pero que ahora entendía de otro modo: que era solo un viejo con una barriga fofa en quien no merecía la pena fijarse. Y casi resultaba liberador. Atrás quedaban esos años en que había sido un hombre alto y guapo, sin barriga, que se paseaba por el campus de Harvard, y que llamaba la atención. Los alumnos lo miraban con respeto y las mujeres, las mujeres también lo miraban. En las reuniones del departamento imponía; se lo decían sus colegas y él no lo dudaba, porque precisamente ese era su propósito. Ahora, al pasar por uno de los muelles frente a los que habían construido zonas residenciales, se le ocurrió que tal vez debiera trasladarse a vivir allí, donde había agua por todas partes, y también gente. Sacó el teléfono móvil del bolsillo, le echó un vistazo y volvió a guardarlo. Era con su hija con quien quería hablar. Por la puerta de uno de los edificios de apartamentos apareció una pareja de su misma edad: el hombre también tenía barriga, aunque no tan grande como la suya, y la mujer parecía preocupada, pero por su manera de estar juntos le pareció que llevaban muchos años casados. «Ahora ya está —oyó que decía la mujer, y el hombre dijo algo, y la mujer repitió—: No, ahora ya está». Pasaron por delante de él (sin advertirlo) y cuando se giró para mirarlos un instante después, le sorprendió —vagamente— ver que la mujer se había cogido del brazo del hombre mientras avanzaban por el muelle hacia aquella ciudad pequeña.

Jack se quedó allí quieto, mirando el mar; primero hacia un lado, después hacia el otro. Una brisa que no había notado hasta ese momento levantaba unas cabrillas en el agua. Allí atracaban los ferris que venían de Nueva Escocia. Una vez, Betsy y él se habían subido a uno. Habían pasado tres noches en Nueva Escocia. Hizo un esfuerzo por recordar si Betsy lo cogía del brazo;

tal vez sí. Y le vino a la mente una imagen de ellos dos bajando del ferri, ella cogida de su brazo.

Se dio la vuelta para irse.

—Menudo cabeza de chorlito.

Nada más decirlo, vio que un niño que había cerca, en el muelle, se había girado y lo miraba desconcertado, lo que quería decir que era un viejo que hablaba solo en un muelle de Portland, Maine. Y no conseguía comprender cómo él —Jack Kennison, con sus dos doctorados— había llegado a ese punto.

—¡Vaya, vaya!

Eso también lo dijo en voz alta, después de adelantar al niño. Había unos bancos y se sentó en uno que estaba vacío. Sacó el móvil y llamó a su hija; todavía no debía de ser mediodía en San Francisco, que era donde vivía ella. Le sorprendió que respondiera.

—Papá —dijo—. ¿Pasa algo?

Él alzó la vista al cielo.

—Ah, Cassie —dijo—. Solo quería saber cómo estás.

—Estoy bien, papá.

—Ah, vale, bien. Me alegro de oírlo.

Ninguno de los dos dijo nada durante unos instantes, hasta que ella le preguntó:

—¿Dónde estás?

—Oh, estoy en el muelle de Portland.

—¿Y qué haces ahí? —le preguntó ella.

—Nada, se me ha ocurrido venir a Portland. Ya sabes, para salir un rato de casa.

Jack entornó los ojos y miró hacia el agua. Otro silencio. Entonces ella dijo:

—Bien.

—Oye, Cassie —dijo Jack—. Solo quería decirte que ya sé que soy una mierda. Eso lo sé. Para que lo sepas, nada más. Sé que soy una mierda.

—Papá —dijo ella—. Venga, papá. ¿Y ahora qué se supone que tengo que decir yo?

—Nada —respondió él, afable—. No tienes que decir nada. Solo quería que supieras que lo sé.

Se hizo otro silencio, esta vez más largo, y él tuvo miedo.

Ella dijo:

—¿Esto es por cómo me has tratado o por la relación que tuviste todos esos años con Elaine Croft?

Él bajó la vista y la clavó en los tablones del embarcadero, se fijó en las zapatillas deportivas negras, de señor mayor, sobre los tablones desgastados.

—Por las dos cosas —dijo él—. O escoge tú la que prefieras.

—Ah, papá —dijo ella—. No sé qué hacer. ¿Qué se supone que tengo que hacer por ti?

Él meneó la cabeza.

—Nada, niña. No tienes que hacer nada por mí. Solo quería oír tu voz, nada más.

—Papá, íbamos a salir.

—Ah, ¿sí? ¿Y dónde vais?

—Al mercado de productos locales. Es sábado, y los sábados vamos a ese mercado.

—Está bien —dijo Jack—. Pues idos. Ya hablaremos. Adiós.

Le pareció oírle suspirar.

—De acuerdo —dijo ella—. Adiós.

Y nada más. Nada más.

Jack se quedó mucho rato sentado en el banco. La gente pasaba por delante, o tal vez había ratos en que no pasaba nadie, pero él seguía pensando en su mujer, Betsy, y le entraban ganas de aullar. Solo entendía una cosa: que se merecía todo lo que le había pasado. Se merecía estar llevando en ese momento una compresa para las pérdidas como consecuencia de su operación de próstata; se lo *merecía*. Se merecía que su hija no quisiera hablar con él, porque durante años él no había querido hablar con ella. Su hija era lesbiana; era lesbiana, y eso aún le provocaba cierta sensación de incomodidad. Pero Betsy no merecía estar muerta. El que merecía estar muerto era él, pero Betsy no. Aun así sintió una rabia repentina hacia su mujer: «Por el amor de Dios», murmuró.

Cuando se estaba muriendo, era ella la que estaba furiosa. Le dijo: «Te odio», y él le dijo: «No me extraña». Y ella le dijo: «*Venga ya*». Pero él se lo decía en serio. ¿Cómo iba a echarle la culpa a ella? No podía hacer eso. Y las últimas palabras que le dijo fueron: «Te odio porque yo me voy a morir y tú vas a seguir viviendo».

Al levantar la vista y ver una gaviota, pensó: «No, yo no sigo viviendo, Betsy. Menuda broma pesada».

* * *

El bar del Hotel Regency estaba en el sótano, las paredes eran de un verde oscuro y las ventanas daban a las aceras, pero estas quedaban muy arriba y casi lo único que veía él eran piernas que pasaban. Se sentó en la barra y pidió un whisky solo. El camarero era un tipo agradable.

—Bien —respondió Jack cuando el joven le preguntó cómo estaba.

—Pues me alegro —dijo el camarero.

Tenía unos ojos pequeños, oscuros, que asomaban por entre un pelo castaño más bien largo. Mientras le servía la copa, Jack se fijó en que era mayor de lo que en un primer momento le había parecido, aunque cada vez le costaba más adivinar la edad de la gente, sobre todo de los jóvenes. Y entonces pensó: «¿Y si hubiera tenido un hijo?». Había pensado aquello tantas veces a lo largo de su vida que le sorprendía seguir preguntárselo. ¿Y si, como había ocurrido en realidad, no se hubiera casado con Betsy por despecho? Él salía de otra relación y ella, también. En la universidad había estado muy enamorada de Tom Groger. ¿Qué habría pasado? Apesadumbrado, pero sintiéndose mejor (estaba en presencia de alguien, del camarero), Jack desplegó ante sí aquellas ideas como si se tratara de un largo rollo de tela. Comprendió que era un hombre de setenta y cuatro años que echa la vista atrás y se asombra de que las cosas se hayan desarrollado como lo han hecho, que siente un arrepentimiento insoportable por todos los errores que ha cometido.

Y entonces pensó: «¿Cómo lleva uno una vida honrada?».

Aunque no era la primera vez que se había formulado aquella pregunta, ese día le pareció distinta, se sentía ausente y se lo preguntaba de verdad.

—¿Qué le trae por Portland? —le preguntó el camarero mientras pasaba una bayeta por la barra.

—Nada —dijo Jack.

El tipo alzó la vista, lo miró y se giró ligeramente para limpiar la otra zona de la barra.

—Me apetecía salir de casa —dijo Jack—. Vivo en Crosby.

—Un pueblo bonito, Crosby.

—Sí que lo es. —Jack dio un sorbo al whisky y dejó el vaso con cuidado en la barra—. Mi mujer murió hace siete meses —dijo.

El tipo volvió a mirar a Jack y se apartó el pelo de los ojos.

—Perdón. ¿Ha dicho que...?

—He dicho que mi mujer murió hace siete meses.

—Lo siento mucho —dijo el camarero—. Eso tiene que ser muy duro.

—Pues sí. Sí. Es duro.

Al joven no le cambió la cara cuando dijo:

—Mi padre murió hace un año y mi madre se lo ha tomado muy bien, pero yo sé que ha sido difícil para ella.

—Seguro. —Jack dudó un momento antes de preguntarle—: ¿Y para ti?

—Bueno, es triste. Pero ya llevaba un tiempo enfermo.

Jack notó que empezaba a calentarse por dentro, una sensación que conocía tan bien, que sentía cuando aquella viuda hablaba del tiempo en el colmado del pueblo. Habría querido decir: «¡Basta! ¡Cuéntame cómo te has sentido *en realidad!*!». Se echó un poco hacia atrás y adelantó el vaso. Las cosas eran así, y punto. O la gente no sabía qué sentía sobre alguna cuestión, o prefería no contar nunca cómo se sentía sobre ello.

Por eso echaba de menos a Olive Kitteridge.

Vale, se dijo para sus adentros. Vale. Tranquilo, chico.

Deliberadamente, se obligó de nuevo a pensar en Betsy. Y entonces recordó una cosa; qué curioso que se acordara precisamente ahora: cuando lo operaron para extirparle la vesícula, hacía muchos años, su mujer estuvo con él en la sala de reanimación, y después, cuando él despertó de la anestesia, otra paciente que tenía cerca le dijo: «Su mujer lo miraba con tanto amor... Me ha llamado la atención que lo mirara tan cariñosamente». Jack se lo había creído. Recordaba que se había sentido un poquito incómodo y luego, durante una discusión años después, él había sacado el tema y Betsy le había dicho: «Esperaba que te murieras».

Tanta franqueza lo había dejado estupefacto. «¿De verdad esperabas que me muriera?». En su recuerdo, se veía separando los brazos, asombrado, mientras se lo preguntaba.

Y entonces ella, claramente incómoda, había dicho: «Me habría facilitado las cosas».

¡Ahí lo tenía!

¡Oh, Betsy! Betsy, Betsy, metimos la pata, nos cargamos la oportunidad que teníamos. No era capaz de identificar exactamente cuándo, porque nunca habían tenido una oportunidad. En el fondo ella era ella y él era él. La noche de bodas ella se había entregado a él, pero no libremente como lo había hecho los meses anteriores. Eso él siempre lo recordaría, claro. Y desde aquella noche ella no se había entregado nunca libremente del todo. De eso hacía cuarenta y tres años.

—¿Cuánto lleva viviendo en Crosby? —le preguntó el camarero.

—Seis años. —Jack movió las piernas y las desplazó hasta el otro lado del taburete—. Ya llevo seis años viviendo en Crosby, Maine.

El camarero asintió. Una pareja entró en el bar y se sentó en la otra punta de la barra. Eran

jóvenes: la mujer tenía el pelo largo y se lo echó hacia atrás. Era una persona segura de sí misma. El camarero se fue hacia ellos.

Jack dejó que su mente lo llevara hasta Olive Kitteridge. Alta, corpulenta. Qué rara era aquella mujer, por Dios. Le había caído bastante bien. Era sincera (¿era eso sinceridad?). Tenía algo. Viuda, prácticamente le había salvado la vida (así lo veía él). Habían salido a cenar varias veces, a algún concierto. Él la había besado en la boca. Casi se tronchaba de risa al pensarlo. Aquella boca suya. Olive Kitteridge. Fue como besar a una ballena cubierta de percebes. Tenía un nieto que había nacido hacía un par de años, a Jack aquello no le importaba especialmente, pero a ella sí, porque aquel niño se llamaba Henry, se lo habían puesto por su abuelo, el difunto marido de Olive. Jack le había sugerido que fuera a ver al pequeño Henry a Nueva York y ella le había dicho: «Me parece que no iré». ¿Quién sabe por qué? Lo único que sabía era que la relación con su hijo no era muy buena. Pero es que la suya con su hija tampoco lo era. En eso coincidían. Se acordaba de que Olive enseguida le había contado que su padre se había suicidado cuando ella tenía treinta años. Se había pegado un tiro en la cocina de su casa. Quizá por eso ella era como era; seguro que aquello había influido de alguna manera. Y luego, una mañana, había ido a verle e inesperadamente se había acostado a su lado en la cama de la habitación de invitados. Cómo se había sentido aliviado. Un gran alivio lo recorrió de arriba abajo cuando ella le apoyó la cabeza en el pecho.

—Quédate —le pidió él al fin, pero ella se levantó y le dijo que tenía que volver a casa—. Me gustaría que te quedaras —insistió.

Pero ella no se quedó. Y ya no volvió más. Intentó llamarla, pero no contestaba el teléfono.

Solo una vez se la había encontrado en el colmado, pocos días después de que ella se hubiera acostado a su lado. Él llevaba en la mano la botella de whisky.

—¡Olive!

Pero ella estaba alterada. Su hijo, que vivía en Nueva York, estaba a punto de tener otro hijo.

—Creía que acababa de tener uno —dijo Jack.

Y ella dijo pues ya ves... Su mujer volvía a estar embarazada y a ella ni siquiera se lo habían contado hasta entonces. Olive ya tenía un nieto; ¿para qué necesitaban más críos? La mujer de su hijo ya había aportado dos al matrimonio. Eso Olive lo dijo por lo menos tres veces. La llamó al día siguiente, pero el teléfono no dejaba de sonar, y se dio cuenta de que no tenía activado el contestador. ¿Podía ser verdad? Con Olive, te podías esperar cualquier cosa. Supuso que al final seguramente se habría ido a Nueva York a conocer a su nuevo nieto, porque cuando volvió a llamar al día siguiente tampoco respondió. Le envió un correo electrónico con el asunto «¿?». Y luego, otro sin asunto. Tampoco los contestó. De aquello hacía más de tres semanas.

El camarero volvía a estar frente a Jack, preparando las copas de la pareja. Jack dijo:

—¿Y tú? ¿Eres de por aquí?

—No —dijo—. Me crie a las afueras de Boston. Estoy aquí por mi novia. Vive aquí.

El tipo movió un poco la cabeza para apartarse el pelo de los ojos.

Jack asintió, le dio otro sorbo al whisky.

—Mi mujer y yo vivimos en Cambridge bastantes años —dijo Jack—. Y luego vinimos aquí.

Podría haber jurado que, antes de que el joven se diera media vuelta y se fuera a dejar las bebidas frente a la pareja, vio algo, una sonrisita, en el gesto del camarero.

Cuando el tipo volvió, le dijo a Jack:

—¿Un hombre de Harvard? Así que usted era un hombre de Harvard.

Levantó una cesta de copas limpias que tenía delante y empezó a colgarlas boca abajo en el estante que tenía justo encima.

—Yo allí limpiaba váteres —dijo Jack. Y aquel idiota enseguida clavó sus ojos en él, tratando de averiguar si lo decía en broma—. No, no limpiaba váteres. Daba clases.

—Genial. ¿Y quería jubilarse aquí?

Jack no habría querido jubilarse.

—¿Cuánto te debo? —le preguntó.

* * *

Cuando volvía a casa, en el coche, pensó en Schroeder, menudo capullo, menuda mierda de decano. Cuando Elaine presentó la demanda, porque al final lo hizo, alegando el acoso sexual como causa de no haber obtenido la plaza, Schroeder se convirtió en un hombre horrible. Se comportó de una forma muy extraña y ni siquiera dejaba que Jack se explicara. Está en manos de los abogados, decía. Y a Jack le obligaron a pedir un permiso para investigar. La cosa tardó tres años en arreglarse, tres años para que Elaine aceptara llevarse un buen pellizco, y para entonces Betsy y Jack ya se habían ido a vivir a Maine; él se había jubilado. Vinieron a Maine porque Betsy quería; porque quería irse lejos, y bien lejos que se fueron. Crosby era un bonito pueblo costero sobre el que había indagado en internet, y más lejos ya no se podía ir, aunque en realidad estaba solo a unas horas hacia el norte por la costa este. Se fueron a vivir allí sin conocer a una sola persona. Pero Betsy hizo amigos. Era su naturaleza.

—«Detenga el coche. Detenga el coche en el arcén.»

Aquellas palabras se repitieron varias veces antes de que Jack les prestara atención. Salían de una especie de megáfono y su sonido diferente, distinto del rumor de las ruedas sobre el asfalto, desconcertó a Jack, que quedó perplejo al ver el parpadeo de las luces azules, y el coche de policía que tenía justo detrás.

—«Detenga el coche en el arcén.»

—Dios mío —dijo Jack en voz alta.

Llevó el coche hasta el arcén, apagó el motor y clavó los ojos en el suelo del asiento del copiloto, hacia la bolsa de plástico en la que tenía el whisky que había comprado en una tienda a las afueras de Portland. Observó al policía joven que se acercaba —menudo gilipollas era el tío, con sus gafas de sol puestas— y Jack dijo educadamente:

—¿Sucede algo, agente?

—Señor, su permiso de conducir y los papeles del coche.

Jack abrió la guantera, rebuscó hasta encontrarlos, sacó el carnet de conducir de la cartera y le entregó las dos cosas al policía.

—¿Sabe que iba a ciento diez por hora en una zona en la que la velocidad máxima permitida es de ochenta kilómetros por hora?

A Jack le pareció que se lo preguntaba de malas maneras.

—Pues no, señor, no lo sabía. Y lo siento mucho.

Betsy siempre le había dicho que pecaba de sarcástico, pero aquel policía ni se enteró.

—¿Y sabe que el vehículo no ha pasado la revisión?

—No.

—Tenía que haberla pasado en marzo.

—Ah. —Jack inspeccionó el asiento delantero—. Ya sé lo que ha pasado, ahora me acuerdo. Es que se murió mi mujer, ¿comprende? Se murió. —Jack miró al policía—. Murió —repitió Jack deliberadamente.

—Quítese las gafas de sol, señor.

—¿Cómo dice?

—Le he dicho que se quite las gafas de sol, señor. Ahora.

Jack se quitó las gafas de sol y sonrió al policía exageradamente.

—Y ahora quíteselas usted —dijo Jack—. Enséñeme la suya y yo le enseño la mía.

Y le sonrió de oreja a oreja.

Después de fijarse en el carnet de conducir y de mirar a Jack, el policía dijo:

—Voy a comprobarlo. No se mueva.

Y el agente volvió a su coche, donde las luces azules seguían lanzando sus destellos. Mientras caminaba hacia allí hablaba por radio. Al cabo de unos momentos llegó otro coche patrulla que también llevaba las luces azules encendidas.

—¿Ha pedido refuerzos? —gritó Jack—. ¿Tan peligroso soy?

El segundo policía se bajó del vehículo y se acercó a Jack. Era muy corpulento y no era joven. Su manera de caminar y sus ojos —inexpresivos, en su caso sin gafas de sol— decían que había visto muchas cosas.

—¿Qué lleva en esa bolsa que tiene en el suelo? —preguntó el agente con voz grave.

—Es alcohol. Whisky. ¿Quiere verlo?

—Bájese del coche.

Jack lo miró fijamente.

—¿Qué?

El hombre corpulento dio un paso atrás.

—Bájese del coche ahora.

Jack obedeció, despacio, porque notaba que le faltaba el aire.

Aquel hombrón dijo:

—Ponga las manos sobre el capó.

Y a Jack le dio la risa.

—Es que no tiene capó, ¿ve? Se llama *coche descapotable* y en este momento no tiene capó.

—Ponga las manos sobre el capó del coche ahora mismo.

—¿Así? —dijo, y las apoyó en el marco de la ventanilla.

—No se mueva.

El hombre se acercó hasta el coche patrulla que había parado a Jack y habló con el otro policía, que estaba sentado en el asiento delantero.

A Jack se le ocurrió entonces que en los días que corrían todo se grababa en vídeo desde los coches patrulla (lo había leído en alguna parte), y de repente dedicó una peineta a los dos vehículos que tenía detrás. Acto seguido volvió a apoyar la mano en el marco de la ventanilla.

—Qué gilipollez —dijo.

Entonces el primer policía se bajó del coche y se acercó. Llevaba la funda de la pistola

pegada al muslo. Jack, en aquella postura ridícula, con la barriga colgando y las manos sobre el marco de la ventanilla, contempló al tipo y le dijo:

—Vaya, ha hecho las maletas.

—¿Cómo ha dicho? —El policía estaba cabreado.

—No he dicho nada.

—¿Quiere que lo detenga? —preguntó el policía—. ¿Es eso lo que quiere?

Jack se echó a reír pero se mordió el labio. Negó con la cabeza y bajó la mirada. Y lo que vio fueron muchas hormigas. Se habían visto interrumpidas por las roderas de su coche y se concentró en aquellas hormigas tan pequeñas que intentaban superar una pequeña grieta en el asfalto, cargadas de granos de arena, en el punto en que la rueda había aplastado a tantas, en dirección a... ¿dónde? ¿A un sitio nuevo?

—Dese la vuelta y levante las manos —le ordenó el policía, y Jack, con las manos en alto, se volvió y se fijó en los coches que pasaban por la autopista.

¿Y si lo reconocía alguien? Ahí estaba Jack Kennison manos arriba, como si fuera un delincuente, y dos coches patrulla con luces azules que parpadeaban.

—Escúcheme bien —dijo el policía.

Se levantó las gafas de sol para rascarse un párpado, y en ese breve instante Jack le vio los ojos, y eran raros, parecidos a los de un pez. El policía apuntaba a Jack con el dedo. Se mantuvo en esta posición pero sin pronunciar palabra, como si no recordara lo que iba a decir.

Jack ladeó la cabeza.

—Le escucho. Soy todo oídos —dijo, con todo el sarcasmo del que fue capaz.

Ojos de Pez se dirigió al otro lado del coche de Jack, abrió la puerta y sacó la botella de whisky de dentro de la bolsa de plástico.

—¿Qué es esto? —preguntó, regresando junto a Jack.

Este bajó los brazos y dijo:

—Ya se lo *he dicho* a su amigo. Es whisky. Vamos, pero si ya se ve, por el amor de Dios.

Ojos de Pez dio un paso más en dirección a Jack, y este retrocedió, o lo intentó, porque no pudo: tenía el coche ahí mismo.

—Ahora repita lo que acaba de decir —le ordenó Ojos de Pez.

—He dicho que es whisky y que ya se ve. Y después he dicho algo de Dios. Algo sobre Dios y el amor.

—Ha estado bebiendo —dijo Ojos de Pez—. Ha bebido, señor.

Y en su voz había algo tan feo que Jack se puso sobrio de pronto. Ojos de Pez dejó la bolsa con el whisky sobre el asiento del conductor.

—Sí, he bebido —dijo Jack—. Me he tomado una copa en el Regency de Portland.

Ojos de Pez sacó algo del bolsillo trasero; era un objeto lo bastante pequeño como para sostenerlo en una mano, y parecía cuadrado y gris.

—Dios mío, ¿me va a reducir con una pistola táser? —dijo Jack.

Ojos de Pez sonrió. ¡Sonrió! Dio un paso hacia Jack con aquella cosa en la mano, y este dijo:

—Vamos, hombre, por favor.

Y se llevó las manos al pecho. Estaba muy asustado.

—Sople aquí —dijo Ojos de Pez, y de aquella cosa que sostenía salió un tubito.

Jack acercó la boca al tubito y sopló.

—Otra vez —dijo Ojos de Pez acercándose más a Jack.

Jack volvió a soplar y apartó la boca del tubo.

Ojos de Pez se concentró en aquella cosa y dijo:

—Bueno, bueno, está usted justo por debajo del límite legal. —Se guardó la máquina esa del tubito en el bolsillo y le dijo a Jack—: Mi compañero le está poniendo una multa y le sugiero que, cuando se la entregue, se suba al coche y se vaya directo a pasar la revisión. ¿Queda claro?

Jack dijo:

—Sí. —Y añadió—: ¿Puedo entrar en el coche ya?

Ojos de Pez se acercó más a él.

—Sí, ya puede subir.

Así que Jack se sentó en el asiento del conductor, que quedaba casi al nivel de suelo porque era un coche deportivo y colocó el whisky también en el asiento, a su lado y esperó a que aquel hombre tan corpulento le trajera la multa, pero Ojos de Pez se quedó ahí a su lado, inmóvil, como si creyera que Jack iba a escapar.

Y entonces, por el rabillo del ojo, Jack vio algo de lo que jamás estaría del todo seguro pero que no olvidaría jamás. La entrepierna del policía le quedaba justo a la altura de los ojos, y a Jack le pareció —se lo *pareció*, pero apartó la mirada enseguida— que el tipo estaba empalmado. Allí había un bulto que era más grande que... Jack levantó la vista y lo miró a la cara, y el tipo estaba mirándole con las gafas de sol puestas.

El agente corpulento se acercó y le entregó la multa a Jack, que dijo:

—Pues muchas gracias, chicos. Ahora ya me voy.

Y empezó a alejarse lentamente.

Pero Ojos de Pez fue detrás de él por la autopista hasta la salida de Crosby y, cuando Jack la tomó, el agente no lo siguió y continuó recto.

Jack gritó:

—¡Y haz el favor de comprarte unos buenos eslips, de esos que lleva todo el mundo en este estado!

Jack inspiró hondo y dijo: «Está bien, está bien, ya pasó». Siguió conduciendo los trece kilómetros que faltaban para llegar a Crosby y por el camino dijo: «¡Betsy, Betsy! ¡Ya verás cuando te cuente lo que me ha pasado! Esta no te la vas a creer, Betts». Se permitió a sí mismo mantener esa conversación con ella sobre lo que le acababa de ocurrir. «Gracias, Betsy», dijo, y en realidad le daba las gracias por ser tan comprensiva con su operación de próstata. Porque lo había sido. Él siempre había sido hombre de calzoncillos a media pierna. Nunca había utilizado eslips, pero allí en Crosby, Maine, era imposible comprar calzoncillos anchos. Algo sorprendente. Y Betsy se iba hasta Freeport y le compraba allí sus calzoncillos. Después, la operación de próstata, de la que hacía casi un año, le había obligado a renunciar a aquel tipo de calzoncillos. Necesitaba un sitio donde apoyar aquella compresa ridícula. ¡Era insoportable! Y en ese preciso instante, como si le hubiera dado pie, notó que le salía un chorrito. No unas gotas. «Dios mío», dijo en voz alta. Al parecer, todo el estado llevaba eslips; hacía muy poco Jack había ido al Walmart de las afueras del pueblo para comprarse otro paquete de calzoncillos y había descubierto que allí tampoco vendían de los anchos. Todo un mostrador lleno de eslips ajustados hasta la talla XXXL para todos esos pobres hombres gordos y enormes del estado. Pero Betsy se

iba a Freeport y allí encontraba los calzoncillos anchos. ¡Oh, Betsy! ¡Betsy!

* * *

Ya en casa, a Jack le costaba creer lo que le había ocurrido ese día, todo le parecía ridículo y de algún modo (casi) anecdótico. Se quedó mucho rato sentado en su butaca grande, contemplando el salón; era una habitación espaciosa con un sofá bajo de color azul y patas metálicas, situado delante del televisor, un poco separado de la pared y que hacía ángulo con la otra pared del salón, frente a una mesa de centro de cristal que también tenía las patas metálicas. Jack se volvió un poco y miró por las ventanas, hacia el campo de hierba y los árboles que había más allá, de hojas verdes y brillantes. Betsy y él habían llegado a la conclusión de que la vista de aquel campo les gustaba más que la del mar, y al evocarlo, un cálido escalofrío lo recorrió. Al fin se puso en pie, se sirvió un poco de whisky e hirvió cuatro salchichas. Mientras abría una lata de judías no dejaba de negar con la cabeza.

—Betsy —pronunció en voz alta varias veces.

Cuando terminó de comer y de fregar los platos —no los ponía en el lavavajillas porque le parecía mucho lío—, se tomó otro whisky y se puso a pensar en lo enamorada que estaba Betsy del tal Tom Groger. Qué rara era la vida...

Pero imbuido de buena voluntad —el día estaba a punto de acabar y el whisky hacía su efecto — Jack se sentó delante del ordenador y buscó en Google al tal Tom Groger. Y lo encontró. Al parecer seguía dando clases en un instituto privado femenino en Connecticut. Era ocho años más joven que Jack. Pero ¿femenino? ¿Todavía existía eso? Jack bajó un poco la página y vio que llevaban unos diez años aceptando a chicos. Y después encontró una foto pequeña de Tom Groger. Ya tenía el pelo canoso, era delgado, eso se notaba en sus rasgos, que se veían bastante agradables y, según le pareció a Jack, demasiado anodinos. Había un correo electrónico suyo vinculado al colegio. Así que Jack le escribió. «Mi esposa, Betsy —Arrow era su apellido de soltera—, murió hace siete meses. Sé que en su juventud ella lo amó mucho. Me ha parecido que podría querer saber de su muerte».

Y pulsó la tecla «Enviar».

Jack se apoyó en el respaldo y contempló la luz cambiante sobre los árboles. Aquellas tardes largas, tan largas... Eran tan largas y tan hermosas que lo mataban. El campo se oscurecía y los árboles, al fondo, eran como trozos de lienzo negro, pero el cielo seguía enviando sol, que surcaba suavemente la hierba en el rincón más alejado del prado. Fue repasando mentalmente el día y se vio incapaz de encontrarle sentido. ¿De *verdad* que aquel tipo tenía una erección? Le parecía imposible, pero Jack conocía —en cierto sentido lo conocía— el sentimiento de ira y poder que podía habérsela provocado. Si es que era eso lo que había sucedido. Y después Jack pensó en aquellas hormigas que seguían yendo de un lado a otro intentando llevar la arena donde fuera que quisieran llevarla. Su insignificancia y resiliencia casi le partían el corazón.

Dos horas después, Jack consultó el correo electrónico con la esperanza de que su hija le hubiera escrito, y también con la esperanza de que Olive Kitteridge reapareciera en su vida. Después de todo, había sido ella la que le había escrito primero para contarle cosas de su hijo y él le había respondido hablándole de su hija. Incluso se atrevió a contarle lo de su aventura con Elaine Croft y no le había parecido que Olive lo juzgara. Ella le había contado que hacía años se había enamorado de un maestro de escuela —una «casi-aventura», lo había llamado ella—, y que

aquel hombre había muerto una noche en un accidente de tráfico.

Ahora, al comprobar su correo electrónico, vio que se había olvidado (¡se había olvidado!) de Tom Groger, pero que tenía una respuesta de TGroger@Whiteschool.edu. Jack entornó los ojos tras sus gafas de lectura.

«Ya estoy al corriente de la muerte de su esposa. Betsy y yo estuvimos en contacto durante muchos años. No sé si debo contarle esto, pero ella me habló del devaneo que tuvo usted, y tal vez deba contárselo, pero como le digo, no sé si debo... El caso es que durante un periodo de tiempo Betsy y yo nos estuvimos viendo en un hotel de Boston y también en Nueva York. Tal vez ya lo sepa».

Jack se apoyó en el escritorio y empujó la silla. Las ruedas resonaron en contacto con los tablones de madera. Volvió a acercarse a la silla y leyó otra vez el mensaje. «Betsy —murmuró—. Por qué, desgraciada». Se quitó las gafas y se secó la cara con el antebrazo. «Me cago en la leche», dijo. Al cabo de unos minutos volvió a ponerse las gafas y leyó el mensaje una vez más. «¿Devaneo? —leyó Jack en voz alta—. ¿Quién usa la palabra “devaneo”? Pero ¿tú qué eres, Groger? ¿Maricón?».

Pulsó «Eliminar» y el mensaje desapareció.

Jack se notaba más sobrio que un ratón de iglesia. Se paseaba por la casa en busca del rastro de su mujer: las lámparas con aquellos flecos en la base de las pantallas, el cuenco de caoba que había comprado en alguna parte y que ahora reposaba sobre la mesa de centro lleno de cosas, como llaves, un teléfono viejo que no funcionaba, tarjetas de visita, clips para papeles. Intentó recordar cuándo había ido su mujer a Nueva York y le pareció que era cuando aún no llevaban mucho tiempo casados. Trabajaba como maestra de jardín de infancia: recordó que, de vez en cuando, su esposa le decía que tenía que ir a una reunión de trabajo en Nueva York. Él nunca le había prestado atención. Primero estaba demasiado ocupado obteniendo su plaza y luego estaba, sencillamente, ocupado.

Jack se sentó en la butaca y se levantó al momento. Volvió a pasearse por la casa, contempló una vez más el campo, ahora oscuro, y después subió a la planta de arriba y se puso a recorrerla. Su cama, su cama de *matrimonio*, estaba deshecha, como todos los días menos cuando venía la mujer de la limpieza, y pensó que reflejaba bien su nivel de desastre, o el de los dos. «Betsy —dijo en voz alta—. Por Dios, Betsy». Se sentó poco convencido en el borde de la cama, pasándose la mano por la nuca, arriba y abajo. Tal vez Groger le estuviera tomando el pelo, estuviera siendo cruel porque sí. Pero no. Groger no era de esos: Jack siempre había sabido que era un hombre serio. Pero sí, por el amor de Dios, daba clases de Lengua Inglesa, todos aquellos años en aquella escuela para jovencitas gilipollas. Un momento, ¿era esa la razón por la que Betsy le había dicho que le «habría facilitado las cosas» si Jack se hubiera muerto durante la operación de vesícula? ¿Venía de tan lejos la cosa? ¿Cuántos años hacía de aquello? Llevaban al menos diez años casados cuando lo operaron. «¿Te lo montabas con mi mujer? —dijo Jack en voz alta—. So capullo». Se levantó y se puso a caminar de nuevo por la planta de arriba. Había otro dormitorio y la habitación que su mujer usaba de estudio. Jack entró en las dos, mirando hacia un lado y a otro, como si estuviera buscando algo. Después bajó y entró en los dos dormitorios de invitados, el que tenía la cama de matrimonio y el de la cama individual. En la cocina se sirvió otro whisky de la botella que había comprado ese mismo día. Parecía que hacía días que había salido a comprarla.

Su aventura con Elaine Croft no había empezado hasta que llevaba veinticinco años casado. Qué urgencia había sido la que sentían Elaine y él. Dios, había sido muy fuerte, algo tremendo.

¿Habría sentido Betsy algo así? No era posible. Betsy no era una mujer imperiosa. Pero ¿cómo sabía él qué clase de mujer era?

—Eh, Cassie —dijo Jack—. Tu madre era una puta.

Pero en el momento mismo de decirlo supo que aquello no era verdad. La madre de Cassie había sido... bueno, un poco puta sí era, por Dios, si se lo montaba con Groger en un hotel de Boston, y en Nueva York cuando Cassie era pequeña, pero Betsy había sido una madre maravillosa, esa era la verdad. Jack negó con la cabeza. De repente, se sentía borracho. También sabía que nunca, jamás, se lo contaría a Cassie, que permitiría que conservara el recuerdo de su madre tal como había sido: una santa que había tenido que aguantar a un padre homófobo, un capullo que solo pensaba en sí mismo.

—Vale —dijo Jack—. Vale.

Volvió a sentarse delante del ordenador. Recuperó el mensaje de la papelera, lo leyó una vez más y, prestando mucha atención a la ortografía para no parecer borracho, escribió: «Hola, Tom. Sí, ya sabía de tus encuentros con ella. Por eso me ha parecido que te interesaría saber que había muerto». Lo envió y apagó el ordenador.

Se levantó, salió de la estancia y se sentó en la butaca durante un buen rato. Volvió a pensar en las hormigas que había visto mientras aquel asqueroso Ojos de Pez lo obligaba a apoyar las manos en el coche. ¡Aquellas hormigas! Haciendo lo que se suponía que tenían que hacer, vivir para morir, atropelladas por el coche de Jack sin discriminación alguna. La verdad era que no podía dejar de pensar en ellas. Él, Jack Kennison, estudioso del comportamiento humano desde la época medieval, y especialista de la época del imperio austrohúngaro en que mataron al archiduque Francisco Fernando y que dio pie a que todos en Europa empezaran a volarse por los aires... Jack estaba pensando en aquellas hormigas.

Y entonces se acordó de que al día siguiente era domingo y que se le haría muy largo.

Y entonces pensó —como si lo atravesara un caleidoscopio de colores— en su propia vida, en cómo había sido y en cómo era ahora, y dijo en voz alta: «No eres gran cosa, Jack Kennison». Se sorprendió, pero le pareció que era verdad. ¿Quién había dicho hacía poco eso de no ser gran cosa? Olive Kitteridge. Lo había dicho de una mujer del pueblo. «No es gran cosa», había dicho Olive, y eso fue todo, la mujer quedó apartada, rechazada.

Al cabo de un rato, Jack sacó un papel y escribió con bolígrafo: «Querida Olive Kitteridge, te he echado de menos, y si te parece bien llamarme o enviarme un correo electrónico o venir a verme, me encantaría». Lo firmó y lo metió en un sobre. No le pasó la lengua para cerrarlo. Decidiría si lo enviaba a la mañana siguiente.

PARTO

Dos días antes, Olive Kitteridge había ayudado en un parto.

Había ayudado en un parto en el asiento trasero de su coche; el coche estaba aparcado en el terreno que quedaba delante de la casa de Marlene Bonney. Marlene había organizado una *baby shower*, una fiesta para celebrar que su hija estaba embarazada, y Olive no quería aparcar detrás de los otros coches que se alineaban en el camino de tierra. Le daba miedo que alguien estacionara detrás y no pudiera irse; a Olive le gustaba irse. Así que había aparcado el coche delante de la casa, y menos mal, porque aquella chica insensata —se llamaba Ashley, tenía el pelo muy rubio y era amiga de la hija de Marlene— se había puesto de parto, y Olive se dio cuenta antes que nadie. Estaban todas sentadas en el salón, en unas sillas plegables, y Ashley, que estaba a su lado, embarazadísima y ataviada con un ceñido top rojo que destacaba más la barriga, salió de la habitación, y ella lo tuvo claro.

Se levantó y se encontró a la joven en la cocina, apoyada en el fregadero, diciendo: «Dios, Dios». Y Olive le dijo: «Estás de parto». Y aquella niña idiota le dijo: «Creo que sí, pero no salgo de cuentas hasta dentro de una semana».

Qué chiquilla más estúpida.

Y qué fiesta más estúpida. Mientras contemplaba el mar sentada en su salón, Olive ni siquiera acababa de creerse lo ridícula que había sido aquella *baby shower*. Lo dijo en voz alta: «Menuda estupidez, menuda estupidez». Y después se puso de pie, se metió en la cocina y se sentó. «Dios», dijo.

Balanceaba un pie, arriba y abajo.

El gran reloj de pulsera de su difunto marido Henry, que llevaba ella y que había llevado desde que a él le había dado la embolia hacía cuatro años, marcaba las cuatro. «Pues muy bien», dijo. Se puso la chaqueta —era junio, pero ese día no hacía nada de calor—, cogió el bolso, grande y negro, y se montó en el coche, que todavía tenía restos de la cosa esa pegajosa de aquella chica insensata en el asiento de atrás, a pesar de que Olive había intentado lavarlo lo mejor que había podido, y se fue hasta Libby's, donde se compró un bocadillo de langosta, y después hasta la Punta, y allí se quedó, dentro del coche, sentada, comiéndose su bocadillo y contemplando Halfway Rock.

Un hombre había aparcado su *pickup* cerca y Olive lo saludó sin bajar la ventanilla, pero él no le devolvió el saludo. «Peor para ti», dijo, y un trocito de langosta le aterrizó en la chaqueta. «Cielo santo», dijo, porque la mayonesa había tocado la chaqueta —ya veía una manchita oscura— y la estropearía si no la mojaba con agua caliente enseguida. Era una chaqueta nueva, se la había hecho ayer con su vieja máquina de coser usando unos retales estampados de espirales

blancos y azules, asegurándose de que tuviera el largo suficiente como para para taparle el trasero.

Se puso nerviosa.

El hombre de la *pickup* estaba hablando por el móvil y se echó a reír de pronto; lo vio echar la cabeza hacia atrás, incluso le veía los dientes cuando abría la boca y soltaba sus carcajadas. Después encendió el motor y dio marcha atrás sin dejar de hablar por el móvil, y Olive se quedó sola, con la bahía extendiéndose ante ella, los rayos de sol reflejándose sobre el agua y los árboles del islote en posición de firmes; las rocas estaban húmedas. Estaba bajando la marea. Oía los ruiditos que hacía ella misma al masticar y la asaltó una soledad que era profunda.

Era Jack Kennison. Sabía que era en eso en lo que había estado pensando, en aquel viejo rico, desagradable y ridículo con el que se había visto durante varias semanas en primavera. Le había caído bien. Había llegado a acostarse en su cama con él un día, hacía ya un mes, se había tumbado a su lado, muy cerca, y al apoyarle la cabeza en el pecho había oído los latidos de su corazón. Y había sentido un alivio tan grande... Pero después el miedo se había apoderado de ella. Y a Olive no le gustaba el miedo.

Y por eso al cabo de un rato se había incorporado y él le había dicho: «Quédate, Olive». Pero ella no se había quedado. «Llámame —le había dicho él—. Me gustaría que me llamaras». Ella no había llamado. Si quería, que llamara él. Y él no la había llamado. Pero poco después se lo había encontrado en la tienda y le había contado que su hijo estaba a punto de ser padre por segunda vez en Nueva York, y Jack se había mostrado amable al saberlo, pero no le había propuesto que volviera a visitarlo, y otro día lo vio en la misma tienda (pero él no la vio a ella) hablando con Bertha Babcock, aquella viuda tan tonta que, al parecer, era republicana, como Jack, así que tal vez prefiriera a Bertha antes que a ella. Vete tú a saber. Después, él le había enviado un correo electrónico con signos de interrogación en el recuadro del asunto, y nada más. ¿Aquello era un correo electrónico? A Olive no se lo había parecido.

—Peor para ti —volvió a decir, y se acabó el bocadillo de langosta.

Arrugó el papel que lo envolvía y lo lanzó al asiento de atrás, donde la mancha de aquella idiota todavía daba fe del desastre.

* * *

—Hoy he ayudado a parir a una mujer —le había contado a su hijo por teléfono.

Silencio.

—¿Me has oído? —le preguntó Olive—. He dicho que hoy he ayudado a parir a una mujer.

—¿Dónde?

Por su voz, sonaba agotado.

—En mi coche, delante de la casa de Marlene Bonney. Había una chica...

Y le contó la historia.

—Vaya, muy bien hecho, mamá. —Y entonces, en tono burlón, dijo—: Puedes venir aquí y ayudar a nacer a tu próximo nieto. Ann lo va a tener en una piscina.

—¿En una piscina?

Olive no entendía lo que le decía.

Con voz amortiguada, Christopher dijo algo a alguien que tenía cerca.

—¿Ann vuelve a estar embarazada? Christopher, ¿por qué no me lo habías dicho?

—Todavía no está embarazada. Estamos buscando. Pero lo estará.

—¿Quieres decir que va a tenerlo dentro de una piscina? ¿De una piscina de nadar?

—Sí, bueno, más o menos. Una piscina para niños. Como la que teníamos en el patio de atrás. Pero esta es más grande y, claro, está superlimpia.

—¿Y por qué?

—¿Por qué? Porque es más natural. El bebé se desliza en el agua. La comadrona está presente. Es seguro. Más que seguro. Así deberían nacer todos los niños.

—Entiendo —dijo Olive, que no entendía nada—. ¿Y cuándo va a tener ese bebé?

—En cuanto se quede embarazada, empezaremos a llevar la cuenta. No le hemos dicho a nadie que lo estamos intentando por lo que pasó con el otro. Pero a ti sí te lo he dicho. Ya ves.

—Pues muy bien —dijo Olive—. Adiós.

Christopher —estaba totalmente segura— emitió un sonido de desagrado antes de decir: «Adiós, mamá».

* * *

Ya en casa, Olive se puso contenta al ver que la manchita de mayonesa de su chaqueta nueva reaccionaba bien al agua caliente con jabón y la colgó en el baño para que se secara. Después salió y se sentó en la butaca con vistas a la bahía. El sol la iluminaba oblicuamente, y en ese momento todo eran destellos, solo se veían una o dos boyas de trampas para langostas, porque a esa hora el sol brillaba tanto que atravesaba el agua. No podía dejar de pensar en lo ridícula que había sido aquella fiesta, aquella *baby shower*. Todas mujeres. ¿Por qué solo había mujeres en esas fiestas? ¿Es que los hombres no tenían nada que ver con los bebés? Olive pensó que las mujeres no le caían bien.

A ella le caían bien los hombres.

Siempre le habían caído bien los hombres. Habría querido tener cinco hijos. Y aún pensaba que ojalá los hubiera tenido, porque Christopher era... ¡Ah! Olive notó el peso de la verdadera tristeza, un peso que sentía desde que Henry había tenido la embolia, hacía cuatro años, y desde su muerte, hacía ya dos. Sentía cómo si el pecho se le hundiese por ese peso. Christopher y Ann le habían puesto Henry al primer hijo que tuvieron en común, en honor al padre de Chris. Henry Kitteridge. Qué nombre tan maravilloso. Qué hombre tan maravilloso. Olive todavía no conocía a su nieto.

Se revolvió en su asiento, se llevó la mano a la barbilla y volvió a pensar en aquella fiesta. Había una mesa con comida; intermitentemente, desde donde se había sentado, Olive veía unos sándwiches pequeños, huevos rellenos y porciones diminutas de tarta. Cuando la hija embarazada de Marlene pasó por delante, Olive la agarró por el vestido y le dijo: «¿Podrías traerme algo de comer de la mesa?». La chica pareció sorprenderse, y luego dijo: «Ah, sí, claro, señora Kitteridge». Pero a la joven la entretenían sus invitadas, y Olive tardó siglos en tener sobre el regazo un platito de papel con dos mitades de huevo relleno y una porción de tarta de chocolate. Sin tenedor, sin servilleta, sin nada. «Gracias», le dijo Olive.

Se comió la tarta de un solo bocado, y dejó el plato con los huevos rellenos debajo de la silla y lo empujó hacia atrás. Los huevos rellenos le daban arcadas.

La hija de Marlene estaba sentada en una silla blanca de mimbre con unas cintas que colgaban desde la parte de arriba, como si fuera reina por un día. Cuando finalmente todas tomaron asiento —nadie se sentó al lado de Olive hasta que Ashley, la chica embarazada, no tuvo más remedio porque no quedaba ningún otro sitio libre—, cuando todas estuvieron sentadas, Olive reparó en que la mesa estaba llena de regalos y entonces se dio cuenta: no le había comprado nada. Una oleada de horror la recorrió de arriba abajo.

Cuando iba hacia el otro lado del salón, Marlene Bonney se detuvo y le dijo en voz baja:

—Olive, ¿cómo está Christopher?

—Se les ha muerto el niño que esperaban. Le dejó de latir el corazón unos días antes de que ella saliera de cuentas. Ann tuvo que parirlo cuando ya estaba muerto.

—¡Olive!

Los preciosos ojos de Marlene se llenaron de lágrimas.

—No hay por qué llorar —dijo Olive.

(Olive había llorado. Había llorado como una recién nacida cuando colgó el teléfono, después de que Christopher se lo contara).

—Oh, Olive, lo siento muchísimo. —Marlene volvió la cabeza, recorrió el salón con la mirada y entonces dijo en voz baja—: Es mejor no decírselo a nadie por aquí, ¿no te parece?

—Está bien —dijo Olive.

Marlene le apretó la mano a Olive y dijo: «Voy a ocuparme de las chicas». Y se fue al centro del salón, dio unas palmadas y dijo:

—Muy bien. ¿Empezamos?

Marlene cogió un regalo de la mesa y se lo pasó a su hija, que leyó la tarjeta y dijo:

—Oh, este es de Ashley.

Y todas se volvieron y miraron a la chica rubia y embarazada que estaba sentada al lado de Olive. Ashley levantó un poco la mano y se puso colorada. La hija de Marlene desenvolvió el regalo; le quitó los lazos y los dejó en una bandeja de cartón forrada de cinta adhesiva. Finalmente mostró una cajita, dentro de la cual había un jersey diminuto.

—¡Oh, mirad qué monada! —dijo.

El salón se llenó de exclamaciones de aprobación. Y entonces, para horror de Olive, el jersey fue pasando de mano en mano. Cuando le tocó a ella, dijo: «Muy bonito» y se lo pasó a Ashley, que dijo «Yo ya lo he visto», y la gente se rio, y Ashley se lo pasó a la persona que tenía al otro lado, que se deshizo en halagos y que luego se giró para pasárselo a la chica que tenía a su izquierda. Todo aquello llevó mucho tiempo. Una de las chicas dijo:

—¿Y lo has hecho tú?

Y Ashley dijo que sí.

Otra dijo que su suegra también hacía calceta, pero que nada comparado con ese jersey tan bonito. Ashley se irguió un poco y abrió mucho los ojos.

—Oh, qué amable —dijo.

Finalmente llegó el turno del siguiente regalo y Marlene se lo acercó a su hija, que leyó la tarjeta y dijo: «De Marie». Una joven saludó a todas las demás desde el otro lado del salón. La hija de Marlene dedicó un buen rato a pegar los lazos del regalo a la bandeja de cartón con la cinta adhesiva y, en ese momento, Olive se dio cuenta de que aquello iba a repetirlo con cada uno de los regalos y de que al final tendría una bandeja llena de lazos. Eso la desconcertó. Seguía

sentada, esperando, y entonces la hija de Marlene levantó un juego de biberones de plástico decorado con unas hojitas. Olive se percató al momento de que aquel regalo no había gustado tanto.

—¿No piensas darle el pecho? —preguntó alguien, y la hija de Marlene respondió:

—Bueno, lo intentaré. —Y en tono amable añadió—: Pero estoy segura de que estos biberones me vendrán muy bien.

—Es que se me ocurrió que... nunca se sabe. Así que, aunque le des el pecho, es mejor tener algún biberón —dijo Marie.

—Sí, claro —dijo alguien, y los biberones también fueron pasando de mano en mano.

A Olive le pareció que la operación sería rápida, pero al parecer cada una de las personas que tocaban los biberones tenía una historia que contar sobre la lactancia. Olive no le había dado el pecho a Christopher, claro, en aquella época ninguna lo hacía, salvo la gente que se creía superior.

A la hija de Marlene le mostraron un tercer regalo y Olive se angustió visiblemente. Le costaba imaginar cuánto tiempo tardaría aquella chiquilla en desenvolver todos aquellos malditos regalos de la mesa y en colocar los lacitos con tanto esmero en la maldita bandeja de cartón... y luego los demás tenían que esperar —¡esperar!— a que los regalos pasaran de mano en mano. Le pareció que nunca en toda su vida había visto cosa más descabellada.

A sus manos llegaron unos patucos amarillos. Se los quedó mirando y se los pasó a Ashley.

—Son geniales —dijo la joven.

Y entonces, de pronto, Olive pensó que no había sido feliz ni siquiera antes de que a Henry le diera la embolia. Desconocía la razón por la que aquella idea tan diáfana le había venido precisamente en aquel momento. La constatación de aquella infelicidad le llegaba a veces, pero normalmente cuando estaba sola.

La verdad era que Olive no entendía por qué la edad había traído consigo aquella insensibilidad hacia su marido. Pero era algo que parecía incapaz de evitar, como si el muro de piedra que había serpenteado entre ellos en el curso de su largo matrimonio —un muro de piedra que los había separado pero que también les había procurado inesperadas incursiones a través de aberturas cálidas, cubiertas de musgo, donde el sol centelleaba entre ellos en una risa súbita de comprensión— se hubiera vuelto alto e inflexible y no permitiera la aparición de flores en sus grietas, sino solo tormentas de hielo. En otras palabras, entre ellos había surgido algo que parecía infranqueable. Ciertos días, era capaz de atribuirse a sí misma el haber añadido una piedra aquí, un montón de rocas allá (la adolescencia de Christopher, lo que había sentido hacía ya tanto por aquel tipo, Jim O'Casey, que daba clases con ella en el colegio, el comportamiento disparatado de Henry con aquella chica, la Thibodeau, el horror de un atraco que Henry y ella habían soportado juntos cuando, bajo amenaza de muerte, se habían dicho cosas espantosas; y luego estaba el divorcio de Christopher, su marcha de la ciudad), pero seguía sin entender por qué debían incorporarse a la vejez con ese muro alto y espantoso entre los dos. Y era culpa de ella. Porque, a medida que su corazón se cerraba, el de Henry se volvía más necesitado, y cuando él, en ocasiones, la seguía por la casa para rodearla con sus brazos, ella tenía que hacer esfuerzos para no estremecerse. «¡Para!», habría querido gritar. (Pero ¿por qué? ¿Qué delito cometía él, más allá de pedir amor?).

—Es un sacaleches —le dijo Ashley.

Porque Olive tenía en la mano un artilugio de plástico, al que no dejaba de dar vueltas, incapaz de adivinar qué era.

—Ah, vale —dijo Olive, y se lo pasó a Ashley.

Olive se fijó en la mesa de los regalos y le pareció que la pila no había bajado lo más mínimo.

Una mantita de bebé de un color verde pálido empezó a circular. A Olive le gustó su tacto. Se la quedó un rato en el regazo, pasándole las manos por encima. Alguien dijo: «Señora Kitteridge, compártala», y Olive se la pasó a Ashley de inmediato.

Ashley dijo: «Oh, qué bonita», y en ese momento Olive vio que a la chica le corrían unas gotas de sudor por los lados de la cara. Y le pareció (estaba bastante segura) que oía que susurraba: «Oh, Dios». Cuando la manta verde llegó a Marie, que estaba en el otro extremo de la habitación, Ashley se levantó y dijo: «Disculpad, pausa para el baño». Y Marlene le dijo: «Ya sabes dónde está, ¿verdad?», y Ashley le dijo que sí.

Empezaron a pasarse un juego de toallitas de bebé, y la silla de Ashley seguía vacía. Olive se las pasó a la joven que estaba al otro lado de la silla vacía, y entonces se levantó y dijo: «Ahora vuelvo». En la cocina, Olive encontró a Ashley doblada sobre el fregadero diciendo: «Dios mío, Dios mío».

—¿Estás bien? —le preguntó Olive en voz alta.

La chica negó con la cabeza.

—Estás de parto —le dijo Olive.

La chica, entonces, la miró. Tenía la cara empapada.

—Creo que sí —dijo—. Esta mañana me ha parecido que tenía una contracción, pero luego ya no he tenido más. Y ahora... Oh, Dios mío —dijo, y se inclinó hacia delante, agarrándose con fuerza al borde del fregadero.

—Vamos a llevarte al hospital —dijo Olive.

Al momento, Ashley se puso recta, más calmada.

—Es que no quiero aguarle la fiesta, para ella es muy importante. ¿Sabe? —Y añadió, susurrando—: Ni siquiera sé si Rick se va a casar con ella.

—Y eso ¿qué más da? —dijo Olive—. Estás a punto de tener un bebé. Qué importa si le estropeas la fiesta. Ni se darán cuenta de que te has ido.

—Sí, sí que lo harán. Y entonces me convertiré en el centro de atención, cuando debería ser... —A Ashley se le arrugó la cara y se agarró al borde del fregadero otra vez—. ¡Dios mío, Dios mío!

—Voy a buscar el bolso y te llevo al hospital ahora mismo —dijo Olive, consciente de que acababa de poner su voz de maestra de escuela.

Regresó al salón y recogió aquel bolso suyo negro y grande.

La gente se estaba riendo por algo. A Olive se le metieron las carcajadas en los oídos.

—¿Olive? —llegó hasta ella la voz de Marlene.

Olive levantó una mano por encima de la cabeza y volvió a la cocina, donde Ashley jadeaba.

—Ayúdeme —le dijo Ashley, que estaba llorando.

—Vamos —dijo Olive, acompañando a la joven hasta la puerta—. Ese de ahí, en el jardín, es mi coche. Súbete.

Apareció Marlene y dijo:

—¿Qué está pasando?

—Está de parto —dijo Olive—. Y voy a llevarla al hospital.

—Pero no pretendía estropear la fiesta —le dijo Ashley a Marlene.

Seguía ahí de pie, con la cara empapada y una expresión de desconcierto.

—Ahora. Ya —dijo Olive—. Súbete a mi coche. Está en el jardín.

—Vamos, Olive, llamemos a una ambulancia. ¿Y si tiene el bebé mientras conduces? Quédate aquí, Olive. Deja que llame.

Marlene se acercó al teléfono que había en la pared y le pareció que tardaban horas en responder.

—Bueno, voy a llevarla, así que explícale a quien te responda cómo es mi coche, y que me sigan si quieren.

—Pero ¿cómo es tu coche? —dijo Marlene casi chillando.

—Échale un vistazo —ordenó Olive.

Ashley ya había salido de casa y estaba subiendo al asiento trasero del coche de Olive.

—Si aparece, dile al conductor de la ambulancia que me pare.

Al abrir la puerta trasera del coche, Olive le vio la cara a la chica y se dio cuenta: «Ya está. Esta chica está a punto de tener el bebé».

—Quítate los pantalones —le dijo Olive—. Quítatelos ya. Ahora mismo.

Ashley lo intentó, pero se retorció de dolor, y Olive rebuscó en el bolso con manos temblorosas y encontró las tijeras de podar que siempre llevaba encima.

—Tumbate.

Olive se inclinó, pero le daba miedo cortar la barriga a la joven con aquellas tijeras, así que rodeó el coche, abrió la otra puerta y así pudo cortar los pantalones. Después regresó al otro lado y se los quitó.

—Sigue tumbada —le dijo con voz firme. Sí que era una maestra de escuela.

La chica separó las rodillas y Olive se fijó bien. Se quedó asombrada. La expresión *partes pudendas* pasó por su mente. Nunca había visto las... partes pudendas de una mujer joven. ¡Por Dios! Qué cantidad de pelo; y estaba... ¡abierto de par en par! Había sangre y salía una cosa pegajosa. ¡Menuda visión! Ashley emitía gruñidos y Olive le dijo: «Está bien, tranquila». No tenía la menor idea de qué tenía que hacer. «¡Estate tranquila!», le gritó. Alargó las manos y le tocó las rodillas para separárselas más. Al cabo de unos minutos (Olive no sabía cuántos minutos habían sido) Ashley soltó un grito fortísimo, una mezcla de gruñido y chillido. Y algo se deslizó.

A Olive le pareció que lo que había parido aquella chica no era en absoluto un bebé, sino más bien una especie de bulto, algo que era casi como de arcilla. Pero entonces le vio la cara, los ojos, los brazos.

—Oh, Dios mío —dijo—. Ya tienes un bebé.

Casi no se dio cuenta de que un hombre le había apoyado la mano en el hombro y le estaba diciendo:

—Está bien, vamos a ver qué tenemos por aquí.

Era de la ambulancia. Ni siquiera había oído que llegaba. Pero al volverse y verle la cara, tan al mando de la situación, sintió una oleada de amor hacia él. Marlene estaba ahí, en el jardín, y las lágrimas le resbalaban por la cara.

—Oh, Olive —dijo—. Oh, madre mía.

* * *

Olive se levantó y empezó a pasearse por la casa. Ya no le parecía una casa, sino una madriguera en la que vivía un ratón. Hacía tiempo que se lo parecía. Se sentó en la pequeña cocina y después se levantó y pasó por delante de la «habitación saliente», como la llamaban Henry y ella, que ahora tenía el edredón morado extendido sobre el asiento del alféizar —allí dormía Olive desde la muerte de su marido—, y a continuación volvió al salón, donde se veían las marcas pálidas de las humedades en el papel pintado cerca de la chimenea causadas por las nevadas del invierno anterior.

Se sentó en la butaca grande junto a la ventana y empezó a balancear un pie arriba y abajo. Las tardes se hacían interminables en esa época del año, y recordó que hubo un tiempo en que le encantaba que las tardes fueran tan largas. Al otro lado de la bahía, el sol, que ya estaba bajo, centelleaba. Un haz de luz sobrevolaba los tablones de madera del suelo y caía sobre la alfombra del salón.

La inquietud de Olive crecía; casi no podía soportarla. Seguía balanceando el pie arriba y abajo, cada vez más arriba, y cuando el cielo acabó de oscurecerse del todo, dijo en voz alta: «Acabemos con esto de una vez». Marcó el número de Jack Kennison. Casi un mes atrás, se había acostado al lado de aquel hombre; todavía le parecía que lo había soñado. Y si la que respondía al teléfono era Bertha Babcock, o cualquier otra mujer, se limitaría a colgar.

Jack respondió tras dos tonos.

—¿Sí? —dijo con voz de aburrido—. ¿Eres Olive Kitteridge?

—¿Cómo lo has sabido? —le preguntó ella.

La invadió una oleada de terror al imaginar que quizá él la estuviera viendo ahí sentada, en su casa.

—Ah, es que tengo una cosa que se llama identificador de llamadas, y siempre sé quién me llama. Y ahora pone... Espera, déjame que lo mire otra vez... Sí, aquí pone «Henry Kitteridge». Y ya sabemos que Henry no puede ser. Así que he pensado que tal vez fueras tú. Hola, Olive, ¿qué tal estás? Me alegro mucho de que me hayas llamado. Ya empezaba a pensar que no íbamos a volver a hablar. Te he echado de menos, Olive.

—Ayudé en un parto hace dos días.

Olive dijo esto desde el borde de la butaca, contemplando la bahía oscura por la ventana.

Pasó un instante y después Jack dijo:

—¿En serio? ¿Has ayudado en un parto?

Y ella le contó la historia; reclinándose un poco, sujetando el teléfono con una mano primero y después cambiándolo a la otra. Jack se reía a carcajadas.

—Me encanta, Olive. Dios mío, has traído un bebé al mundo. ¡Es maravilloso!

—Pues cuando llamé a mi hijo y se lo conté, a él no le pareció que fuera tan maravilloso. Por su voz parecía... No sé qué parecía. Solo quería hablar de sí mismo.

Le pareció oír cómo Jack pensaba en qué responder. Y entonces dijo:

—Ah, Olive, ese hijo tuyo es una gran decepción.

—Sí que lo es.

—Ven —le dijo Jack—. Coge el coche y ven a verme.

—¿Ahora? Ya ha oscurecido.

—Si no conduces de noche, voy yo a buscarte —dijo él.

—Todavía conduzco de noche. Nos vemos en un rato. Adiós —dijo ella. Y colgó.

Fue a buscar la chaqueta nueva, la que tenía colgada en el baño. La mancha ya se había secado.

* * *

Jack llevaba una camisa de manga corta y se le veían los brazos flácidos. Debajo de la camisa, la barriga se intuía enorme, pero Olive también tenía barriga, lo sabía. Al menos llevaba cubierto el trasero. A Jack se le iluminaron ligeramente los ojos azules cuando bajó la cabeza para saludarla y la invitó a pasar.

—Hola, Olive.

Olive deseó no haber venido.

—¿Te cuelgo la chaqueta? —le preguntó él, y ella le dijo:

—No, no. —Y añadió—: Forma parte del conjunto.

Vio que él se fijaba en la chaqueta, y dijo:

—Es muy bonita.

—Me la hice ayer —dijo ella.

—¿Te la has hecho tú?

—Sí.

—Me dejas impresionado. Pero ven a sentarte...

Y Jack la condujo hasta el salón, cuyas ventanas daban a la oscuridad. Con un gesto de cabeza le indicó un sillón, y él se sentó en el que había delante.

—Estás nerviosa —le dijo. Y cuando ella estaba a punto de responder que por qué diablos iba a estar nerviosa, él le dijo—: Yo también. —Y añadió—: Pero somos adultos y sabremos gestionarlo.

—Supongo que sí.

A ella le pareció que él podría haber sido más efusivo con su chaqueta nueva. Miró a su alrededor y lo que vio la decepcionó: un pato de madera tallada, una pantalla de lámpara rematada con volantes... Esas cosas ¿siempre habían estado ahí? Seguro que sí, y no las había visto. ¿Cómo podía no haberse fijado en aquellas chorradas?

—Mi hija está disgustada conmigo —dijo Jack—. Ya te conté que es lesbiana.

—Sí, me lo contaste. Y yo te dije que...

—Ya lo sé, Olive. Me dijiste que si me importaba algo así es que era un carcamal. Y pensé en ello y llegué a la conclusión de que tenías razón. Así que hace unos días la llamé e intenté, intenté muy torpemente, decirle que sé muy bien que soy una mierda. Pero ella no se lo tragó. Supongo que cree que como ahora su madre ya no está me siento solo y que por eso he decidido aceptarla.

Jack suspiró. Parecía cansado y se pasó una mano por el pelo, más bien escaso.

—¿Y es así? —le preguntó Olive.

—Yo también me lo he preguntado. Le he dado vueltas y no lo sé. Podría ser verdad. Pero también es verdad que tu reacción me dio qué pensar. —Jack meneó la cabeza despacio, bajó la mirada y la clavó en los calcetines, lo que hizo que Olive se los mirara también, y le sorprendió descubrir que por uno de ellos asomaba un dedo gordo. Tenía la uña demasiado larga—. ¡Qué

poco atractivo! —dijo. Y se cubrió brevemente el dedo con el otro pie, antes de dejarlo una vez más a la vista—. Lo que quiero decir es... Los hijos. Tu hijo. Mi hija. No les caemos bien, Olive.

Olive se quedó pensativa unos instantes.

—Es verdad —admitió finalmente—. Creo que a Christopher no le caigo bien. ¿Por qué será?

Mirándola, con la cabeza apoyada en una mano, dijo:

—¿Has sido una mala madre? Vete a saber, Olive. A lo mejor nació así. —Olive se miró las manos, que mantenía juntas en el regazo—. Un momento —dijo Jack—. ¿No acaba de tener un hijo?

—Se le murió. Y ella tuvo que parirlo cuando ya estaba muerto.

—Ay, Olive. Qué horror. Dios mío, eso es horrible.

Jack se incorporó un poco en el sillón.

—Sí, es horrible.

Olive se arrancó un hilito de los pantalones negros, a la altura de la rodilla.

—Bueno, pues quizá por eso no le apetecía oírte cuando le contaste que habías ayudado a traer un niño al mundo. —Jack se encogió de hombros—. Bueno, lo que digo es que...

—No, no, si tienes razón. Claro. —Aquello no se le había ocurrido, y notó que le ardía la cara—. Pero el caso es que ella está intentando quedarse embarazada otra vez, y esta vez el bebé nacerá dentro de una piscina. Una piscina para niños pequeños. Eso es lo que Christopher me ha dicho.

Jack echó la cabeza hacia atrás y se rio. A Olive le sorprendió el sonido de su risa. Era muy auténtica.

—Jack —dijo ella con voz seca.

—¿Sí, Olive? —preguntó él, irónico.

—Tengo que contarte lo ridícula que fue esa fiesta de la hija de Marlene, la *baby shower*. La pobre chica estaba así, sentada, e iba pegando los lacitos de los regalos a una bandeja de cartón, y luego todas teníamos que ir pasándonos todos los malditos regalos. ¡Todos! Y todas decían: «¡Qué bonito! ¡Qué monada!»». La verdad, Jack, es que creía que me iba a morir.

Él se la quedó mirando un momento y, al reírse, se le marcaron unas arrugas alrededor de los ojos.

—Olive —dijo él finalmente—. No sé dónde has estado. He intentado llamarte varias veces y supuse que tal vez hubieras ido a Nueva York a ver a tu nieto. ¿No tienes contestador automático? Habría jurado que tenías uno, que te había dejado un mensaje alguna vez.

—A mi nieto todavía no lo he visto —dijo Olive—. Y sí, tengo contestador, claro. —Y acto seguido añadió—: Ah, pero alguien no paraba de llamarme para decirme que había ganado unas vacaciones y un día lo pagué. Y a lo mejor ya no lo volví a conectar.

En ese momento vio claro que así era: no había vuelto a conectar aquel maldito aparato.

Jack se quedó en silencio. Se observaba el dedo gordo del pie. Alzó la mirada y dijo:

—Muy bien. Pues vamos a tener que comprarte un móvil. Yo te compro uno y te enseño a usarlo. Y cuéntame: ¿por qué no has visto a tu nieto?

A Olive la recorrió una oleada de algo semejante a una sensación pasajera de irrealidad. ¡Aquel hombre, Jack Kennison, iba a comprarle un móvil!

—Porque no me han invitado —dijo ella—. Ya te conté que la otra vez que fui a Nueva York las cosas fueron muy mal.

—Me lo contaste, sí. ¿Y tú? ¿Los has invitado a venir a verte?

—No.

Olive contempló la pantalla de la lámpara con volantes en la parte inferior.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque tienen tres niños, ya te lo dije; ella tenía dos hijos de dos hombres distintos, y ahora tienen al pequeño Henry, y estoy segura de que no pueden viajar hasta aquí.

Jack abrió una mano.

—Tal vez no. Pero creo que sería un buen gesto por tu parte invitarlos.

—No hace falta que los invite. Pueden venir cuando quieran.

Olive apoyó las dos manos en los reposabrazos del sillón pero enseguida volvió a colocarlas en el regazo.

Jack se echó hacia delante y clavó los codos en las rodillas.

—Olive, a veces a la gente le gusta que la inviten. A mí, por ejemplo, me habría encantado que me invitaras a tu casa muchas veces, pero no me has invitado, menos esa vez que te pedí que me llevaras. Por eso me sentí rechazado. ¿Lo entiendes?

Olive resopló.

—Podrías haber llamado.

—Olive, acabo de decirte que te llamé. Te llamé un par de veces y, como habías apagado tu maldito contestador automático, no supiste que te había llamado. —Se echó hacia atrás y la apuntó con un dedo—. Lo único que pretendo es hacerte ver que la gente no te lee la mente. Además, te envié un correo.

—Sí, claro —dijo Olive—. En mi opinión, un montón de signos de interrogación no son un correo.

—Me gustas, Olive. —Jack le dedicó una media sonrisa y negó un poco con la cabeza—. La verdad es que no sé bien por qué. Pero me gustas.

—Sí, claro —repitió Olive, y notó que se ponía colorada de nuevo, pero siguieron hablando.

Hablaron de sus hijos y, al cabo de un rato, Jack le contó lo que le había pasado hacía unos días, cuando la policía lo había parado por exceso de velocidad.

—Fueron muy maleducados conmigo, Olive. Por su manera de hablarme, se diría que me buscaban por asesinato.

Al decirlo, abrió mucho la mano, horrorizado.

—Seguramente pensaban que eras de otro estado.

—Llevo matrícula de Maine.

Olive se encogió de hombros.

—Aun así, eres un viejo que va por ahí a toda velocidad en un deportivo. La policía reconoce bien a los que no son de Maine. —Olive se encogió los hombros—. Hablo en serio, Jack. Esa gente te huele a un kilómetro de distancia. —Consultó la hora en aquel reloj tan grande de Henry que llevaba—. Es tarde —dijo, y se levantó.

—Olive, ¿quieres quedarte aquí esta noche? —Jack se revolvió un poco en la silla—. No, no, escúchame. Llevo una especie de pañal porque me operaron de próstata justo antes de que a Betsy le diagnosticaran su enfermedad.

—¿Qué? —preguntó Olive.

—Te lo digo para tranquilizarte. No pienso acosarte. Sabes qué son los Depends, ¿no?

—¿Depends? —preguntó Olive—. Ah.

Se acordó de que había visto los anuncios de aquella marca por la tele.

—Te estoy contando que llevo una especie de pañal, de esos que usa la gente con incontinencia. Los hombres que se mean después de que los operen. Me dicen que irá a mejor, pero, de momento, no lo ha hecho. Olive, te lo digo solo porque...

Ella le hizo un gesto con la mano para que lo dejara.

—Por Dios, Jack —dijo ella—. Me parece que te han pasado muchas cosas.

Pero en cierto modo se sentía aliviada.

—¿Por qué no te quedas en la habitación de invitados y yo dormiré en la otra, la que hay al otro lado del pasillo? Quiero que estés aquí cuando me despierte, Olive.

—¿Solo cuando te despiertes? Bueno, pues vuelvo. Yo me levanto muy temprano. —Como él no decía nada, ella añadió—: Es que no tengo camisón, ni cepillo de dientes. Y me temo que no pegaría ojo.

Jack asintió.

—Lo entiendo. Sobre el cepillo de dientes... tengo varios nuevos, sin usar, no me preguntes por qué. Pero Betsy siempre tenía de más, y puedo dejarte una camiseta, si quieres.

Se quedaron en silencio, y Olive lo comprendió. Quería que se quedara allí toda la noche. ¿Qué iba a hacer? ¿Volver a casa, a la madriguera de ratas en la que ahora vivía? Pues sí, eso iba a hacer. Al llegar a la puerta se volvió.

—Jack —dijo—. Escúchame.

—Te estoy escuchando.

Él se había quedado sentado en su sitio.

Ella seguía ahí, de pie, sin quitarle la vista a aquella pantalla de lámpara ridícula, con aquella especie de volante alrededor.

—No quiero tropezarme contigo y que estés hablando con esa tal Bertha Babcock en el colmado...

—Bertha Babcock, eso es. Dios, no me acordaba de su nombre. —Se echó hacia atrás y dio una única palmada—. Esa mujer habla del tiempo, Olive. ¡Del tiempo! Mira, Olive. Lo único que te digo es que me gustaría que te quedaras a dormir aquí esta noche. Te lo prometo: tendrás una habitación para ti sola, y yo también.

Ella estuvo a punto. Estuvo a punto. Pero entonces dijo:

—Nos vemos mañana por la mañana, si quieres.

Cuando Olive ya había abierto la puerta, Jack se puso de pie y fue hacia ella.

—Bueno, entonces adiós —le dijo, moviendo la mano.

—Buenas noches, Jack.

Y levantó una mano por encima de la cabeza para despedirse.

Fuera, el aire de la noche cayó sobre ella con sus olores a campo y, mientras caminaba hacia el coche, oyó el croar de las ranas. Al ir a abrir el coche pensó: «Olive, qué tonta eres». Se imaginó a sí misma en casa, durmiendo en aquel banco tan grande de la ventana, en la «habitación saliente», y se vio con aquel pequeño transistor pegado a la oreja toda la noche, como hacía desde que Henry había muerto.

Se dio la vuelta y regresó frente a la puerta de Jack. Llamó al timbre y él abrió casi al momento.

—Está bien, de acuerdo.

Usó el cepillo de dientes nuevo que por algún motivo había comprado la difunta esposa de Jack —ella no tenía cepillos de recambio en casa— y después cerró la puerta de la habitación de invitados, la de la cama de matrimonio, y se puso la camiseta inmensa que él le había dejado. Aquella camiseta olía a recién lavada, y a algo más, ¿vagamente a canela, tal vez? No olía a Henry. Y pensó: «Esta es la cosa más tonta que he hecho en mi vida». Pero enseguida se dijo: «No es más tonta que ir a esa fiesta de los regalitos de bebé». Dobló la ropa y la dejó en la silla que había junto a la cama. No estaba triste. Y entonces entreabrió un poco la puerta. Vio que él se había instalado en la otra habitación de invitados, la que había al otro lado del pasillo.

—Jack —le llamó.

—Sí, Olive —le respondió él.

—Esta es la cosa más tonta que he hecho en mi vida.

No sabía por qué se lo había dicho.

—La cosa más tonta que has hecho en tu vida fue ir a esa *baby shower*.

Y durante un momento Olive se quedó petrificada.

—Salvo por el bebé que ayudaste a nacer —añadió Jack.

Ella dejó la puerta entreabierta y se metió en la cama por su lado, el más alejado de la puerta.

—Buenas noches, Jack —dijo, prácticamente gritando las palabras.

—Buenas noches, Olive.

* * *

¡Menuda noche!

Era como si unas olas la levantaran y la bajaran, la subieran muy arriba, muy arriba... y después la oscuridad llegaba desde abajo y sentía terror, y luchaba. Porque veía que su vida —su vida... qué idea tan tonta, tan ridícula... su vida— que su vida era distinta, tal vez pudiera ser distinta, tal vez pudiera ser muy distinta o nada distinta, y las dos ideas le resultaban espantosas hasta lo indecible, menos cuando las olas la levantaban muy arriba y ella sentía mucha alegría, pero no duraba mucho y volvía a estar abajo, muy abajo entre olas, y así todo el rato, adelante y atrás, arriba y abajo, estaba tan agotada que no conseguía dormir.

Cayó rendida ya al amanecer.

—Buenos días —dijo Jack.

Estaba de pie, despeinado, junto a la puerta de su habitación. Llevaba una bata azul marino que le llegaba a las pantorrillas. No lo reconocía. Olive se sintió algo decepcionada. Desde la cama, agitó una mano.

—Vete —le dijo—. Estoy durmiendo.

Él se rio a carcajadas. Y menudas carcajadas. Olive experimentó una sensación física, una emoción. Al mismo tiempo sentía terror, como si le hubieran encendido una cerilla encima y ella estuviera empapada de petróleo. El terror, la emoción de su risa... era como una pesadilla, pero también como si acabara de abrirse una lata enorme en la que hubiera estado metida.

—Te lo digo en serio —dijo Olive. Se volvió en la cama—. Ahora mismo. Vete, Jack —

repitió.

Cerró los ojos con fuerza. «Por favor», pensó. Pero no sabía qué quería decir con eso. «Por favor», pensó otra vez. Por favor.

LIMPIEZA

Kayley Callaghan era una niña que iba a octavo y vivía en un pequeño apartamento con su madre, en Dyer Road, en el pueblo de Crosby, Maine. Su padre había muerto hacía dos años. Su madre era una mujer menuda, nerviosa, y como no había querido depender de sus tres hijas mayores, las tres con familia, había vendido aquella casa grande de Maple Avenue en la que vivían a una pareja que no era del estado y que encontró el precio extremadamente barato. Venían los fines de semana a reformarla. La casa de Maple Avenue estaba cerca de la escuela, y cada día Kayley caminaba una manzana más para evitar pasar por el lugar donde su padre había muerto en la habitación de atrás.

Era a principios de marzo, y el día había estado nublado hasta ese momento. En aquel instante, el sol entraba por las ventanas del aula de Kayley, que estaba en clase de Lengua Inglesa. Kayley, con la cabeza apoyada en una mano, pensaba en su padre; era un hombre sin estudios superiores, pero de pequeña le había hablado de la hambruna que se había vivido en Irlanda y de la Ley de Granos, que había hecho que el pan subiera mucho de precio. Le había contado muchas cosas y ahora ella imaginaba a las personas que murieron en las calles de Irlanda, cuerpos que caían en los márgenes del camino.

La señorita Ringrose estaba de pie, frente a la clase, y con las dos manos sostenía el libro de vocabulario contra su pecho prominente.

—Si la usáis tres veces, ya os la sabéis.

Eso era lo que decía siempre cuando practicaban vocabulario. La señorita Ringrose era vieja, tenía el pelo blanco y unas gafas que le resbalaban por la nariz. Tenían la montura dorada.

—«Alborotador» —dijo la señorita Ringrose. Miró atentamente a los alumnos sentados a sus pupitres. El sol se reflejaba en sus gafas—. ¿Christine?

Y a la pobre Christine Labbe no se le ocurría nada.

—Eh... No lo sé.

A la señorita Ringrose eso no le gustó.

—¿Kayley?

Kayley se incorporó en su silla.

—El perro era muy alborotador —dijo ella.

—Está bien —dijo la señorita Ringrose—. Dos más.

Kayley sabía lo mismo que casi todo el mundo en el pueblo sobre los Ringrose: que en Acción de Gracias se disfrazaban de peregrinos e iban por los colegios de todo el estado dando charlas sobre el origen de Acción de Gracias y las primeras celebraciones en Nueva Inglaterra. La

señorita Ringrose siempre pedía dos días libres para poder hacerlo. Eran los únicos días libres que se tomaba.

—Los niños que jugaban eran muy alborotadores —dijo Kayley.

La señorita Kayley no parecía demasiado satisfecha.

—Otra más y ya es tuya, Kayley.

Como la señorita Ringrose hablaba mucho de eso, Kayley también sabía que uno de sus antepasados había llegado en aquel barco desde Inglaterra, el *Mayflower*, hacía muchos años.

Kayley cerró los ojos un momento y finalmente dijo:

—Mi padre decía que los ingleses creían que los irlandeses eran alborotadores.

Y entonces la señorita Ringrose miró al techo y cerró sonoramente el libro de vocabulario.

—Bien, supongo que con eso basta. Ahora la palabra ya es tuya, Kayley.

Ahí sentada, en el aula de la segunda planta con el sol de la tarde filtrándose por las ventanas, Kayley sintió un vacío en el estómago que no era hambre, sino una especie de náusea muy vaga. Kayley no sabía por qué aquella sensación tenía algo que ver con la señorita Ringrose, cuyo nombre de pila era Doris.

Doris Ringrose. Y su marido se llamaba Phil. No tenían hijos.

—Ven a verme cuando termine la clase —le dijo a Kayley la señorita Ringrose.

* * *

Una semana antes, cuando Kayley regresó de limpiar la casa de Bertha Babcock —cosa que hacía cada miércoles al salir de clase— oyó a su hermana mayor, Brenda, hablando con su madre en la cocina. Kayley se quedó junto a la puerta en el rellano en penumbra. La escalera que acababa de subir era empinada, de madera, y solo estaba iluminada por una bombilla. Llevaba la mochila con los libros de texto colgada de un hombro y se le desequilibraba. Oyó que Brenda decía: «Pero mamá, es que quiere siempre, todo el rato, y me pone enferma», y su madre le respondía: «Brenda, es tu marido y es lo que tienes que hacer».

Kayley vaciló un instante, pero entonces dejaron de hablar y, cuando entró, Brenda se puso de pie y le dijo:

—Hola, cariño. ¿De dónde vienes?

Brenda era mucho mayor que Kayley, y hasta hacía poco era una mujer bonita, pelirroja, de piel suave, pero ahora tenía ojeras y había engordado.

—Estaba limpiándole la casa a Bertha Babcock —dijo Kayley soltando la mochila—. No lo soporto. —Se quitó el abrigo y añadió—: No la soporto a ella.

La madre de Kayley encendió un cigarrillo y dijo:

—Bueno, no vayas a creer que tú le caes mucho mejor. Eres irlandesa, así que para ella eres solamente una criada. —Dejó la cerilla en el platillo de la taza de té y, dirigiéndose a Brenda, dijo—: Bertha Babcock es congregacionista. —Y le dedicó una mirada cómplice.

Brenda se puso su chaqueta azul de punto, que no le abrochaba a la altura de la barriga.

—Bueno, aun así es bueno que lo hagas. —Y le guiñó un ojo a Kayley.

—La señorita Ringrose también me va a pedir que le limpie la casa —dijo Kayley—. La señora Babcock me ha recomendado.

—Pues muy bien —dijo su madre, como si no le importara, algo que era muy posible.

—¿También es congregacionista?

Eso Brenda lo dijo en tono de broma y Kayley le respondió:

—Creo que sí.

Kayley se metió en su dormitorio. La vieja puerta de madera nunca cerraba bien del todo, y Kayley oyó que las dos mujeres seguían conversando, ahora en voz más baja, y entendió que la cosa iba de sexo: su hermana no quería acostarse con Ed, y Kayley la comprendía perfectamente. Su cuñado no estaba mal, pero era bajito y tenía los dientes muy feos, y a Kayley le revolvía el estómago saber que lo quería hacer todo el rato. Se sentó en la cama y pensó que ella no se casaría nunca, jamás, con alguien como Ed.

Y que nunca sería vieja como Bertha Babcock, que era viuda y que tenía una cocina con baldosas blancas y negras, cuyas juntas se veía obligada a limpiar todas las semanas con un cepillo de dientes. Kayley no lo soportaba. La casa de los Babcock parecía apestar a una soledad para la que no había cura.

Brenda se acercó a la puerta del dormitorio de Kayley: era pequeño, y ahora estaba iluminado por una luz de techo que se reflejaba en su edredón rosa, medio arrugado sobre la cama. Mientras se ponía el abrigo, Brenda le dijo a Kayley:

—Me voy, cariño, los niños tienen que cenar. —Brenda vivía a dos pueblos de allí. Luego añadió—: Mamá me dice que sigues sin tocar el piano. —Y en tono conspiratorio añadió—: ¿Debería venderlo, mi niña?

Kayley se levantó para despedirse de su hermana con un abrazo.

—No, por favor, no dejes que lo venda. Lo tocaré, lo prometo —añadió.

Era su padre el que tocaba el piano, aunque cuando Kayley aprendió a tocar, él decía que prefería oírla a ella. «Te quiero, y me encanta el piano, así que con esa combinación estoy en el cielo», le decía su padre desde el quicio de la puerta de su salón de antes. Aquella noche, Kayley se sentó al piano, que era antiguo, de pared, negro. Pero tocó mal, porque ya casi nunca lo hacía, y ni siquiera las sonatas fáciles de Mozart le resultaban tan sencillas como antes. Kayley bajó la tapa y lo cerró.

—Tocaré más —le dijo a su madre, que estaba sentada en un rincón, fumando cerca de la ventana entreabierta.

Su madre no le respondió.

Kayley se pasó el resto de la noche en el dormitorio, viendo en el ordenador a Martin Luther King Jr. pronunciar su discurso «Tengo un sueño». Era un trabajo de Sociales, aunque su padre ya le había hablado de aquel discurso.

* * *

La casa de los Ringrose también tenía un aire de soledad. Pero el aroma era distinto a la de Bertha Babcock, y la casa era más pequeña. Estaba en River Road y era una casa tradicional de Cape Cod con un pequeño embarcadero delante que anunciaba su fecha de construcción: «1742». También estaba más limpia; Kayley no tenía que esforzarse tanto. En su primer día de trabajo, la señorita Ringrose le explicó que todas las semanas debía limpiar los troncos de la chimenea con un producto que debía mezclar con agua caliente en un cubo. Eran de abedul, y la corteza, de un

gris blanquecino. También tenía que restregar de rodillas los suelos de madera, según le dijo la señorita Ringrose. A ella no le importaba. Era joven, y no era la cocina interminable de la señora Babcock. En una mesa del salón, destacaba solitaria una réplica de madera a escala del *Mayflower*. Ese primer día, la señorita Ringrose le dijo levantando el dedo índice que eso no lo tocara. «No-lo-toques». Y después le contó que ella era descendiente directa de Myles Standish, que había llegado en ese barco, y que si te fijabas bien —la señorita Ringrose bajó la vista y miró la réplica— se veía el sitio donde se alojaba la gente, y Kayley dijo en voz baja: «Ah, sí», aunque en realidad pensaba en su padre, en cuando estaba enfermo en la habitación de atrás y vieron juntos aquella película sobre Michael Collins y aquel tanque verde de los ingleses que entró en Croke Park y empezó a disparar a todos los irlandeses. Kayley se apartó un poco de la señorita Ringrose; al estar tan cerca de ella le veía las zonas de cuero cabelludo rosáceo que destacaban entre el pelo blanco y aquello le provocó náuseas de nuevo.

Pero también en ese primer día —y eso fue lo más raro— la señorita Ringrose le hizo probarse su vestido de novia. El vestido había amarilleado en algunas zonas y estaba extendido sobre su cama. La señorita Ringrose tenía un dormitorio y un baño que no compartía con su marido.

—Pruébate, Kayley. Tienes más o menos la talla que tenía yo cuando me casé, y me gustaría vérselo puesto a alguien. —Se lo señaló con un movimiento de cabeza—. Venga, vamos.

Kayley miró por encima del hombro y después hacia la señorita Ringrose de nuevo. Despacio, se desabotonó la blusa. Su maestra seguía ahí, en pie, observándola, así que se quitó la blusa y entonces se desabrochó los vaqueros y también se los quitó, después de sacarse las zapatillas. Se quedó ahí, en bragas y sujetador, delante de aquella mujer, mientras una luz lechosa se colaba por la ventana del dormitorio. Se le puso la piel de gallina en brazos y piernas. La señorita Ringrose le sostuvo el vestido por encima de la cabeza y fue bajándoselo por el cuerpo. Le cabía bien.

La señorita Ringrose se quitó las gafas y se secó los ojos con la otra mano. Cuando volvió a ponérselas todavía tenía lágrimas en la cara.

—Y ahora escúchame —le dijo, rozándole el hombro—. He creado un grupo en nuestra iglesia. Se llama Cuadrados Plateados. Ya existe un grupo que se llama Círculo Dorado, pero son viejas, por eso he montado el de los Cuadrados Plateados, y en junio vamos a organizar un desfile de moda, y me gustaría que tocaras el piano y que llevaras mi vestido de novia.

Kayley volvió a ponerse su ropa mientras la mujer no dejaba de mirarla.

Exceptuando ese primer día, la señorita Ringrose nunca estaba en casa.

—Yo a esa hora estaré en las reuniones de los Cuadrados Plateados —le había dicho.

Kayley recogía la llave que había debajo del felpudo y entraba sola, tal y como le había indicado la señorita Ringrose. Y siempre encontraba un billete de diez dólares sobre la mesa de la cocina.

Pero a Kayley la casa de los Ringrose le resultaba muy deprimente, muchísimo.

El baño del señor Ringrose, por ejemplo, estaba diseñado expresamente para imitar un retrete exterior. Había un barril pintado de verde alrededor del inodoro, lo cual daba la sensación de sentarse en una letrina. Las paredes estaban cubiertas de tablones de madera. Kayley no había hablado nunca con el señor Ringrose. No estaba allí cuando ella iba a limpiar y sabía quién era solo porque lo había visto por el pueblo con la señorita Ringrose: era alto, viejo, de pelo cano. Había trabajado muchos años en Portland, en algún museo de historia, pero llevaba mucho tiempo jubilado. En aquel cuarto de baño no había lavabo, solo el barril verde del centro y las cuatro

paredes forradas de tablones, como si fuera un granero. El baño de la señorita Ringrose era normal, de porcelana blanca, con un lavabo y un tocador con su cepillo para el pelo y sus horquillas.

En el salón, el sofá era pequeño y de tapicería rígida. Los cojines de los asientos se arqueaban un poco hacia arriba, formando un montículo, y cuando Kayley se sentaba en ellos le parecía que iba a resbalarse y a caerse. Con las sillas pasaba lo mismo. El tapizado era de un rosa intenso, y en las paredes, de un color verde oscuro, colgaban cuadros de personas que parecían muñecos raros. Parecían personas mayores, excepto por lo bajitas que eran, y llevaban cofias blancas y vestidos de otra época. Kayley no soportaba aquellas pinturas.

No las podía soportar.

* * *

—¿Y cómo sabe ella que tocas el piano? —le preguntó Christine Labbe.

Kayley y ella caminaban por la acera cerca del centro del pueblo. Estaban al lado de la tienda de donuts, y Christine se estaba comiendo uno recubierto de canela. Llevaba la raya del ojo pintada de azul y un poco corrida.

—No lo sé. —Kayley se volvió a mirar los coches que pasaban—. Tal vez me oyó tocar el piano que hay en el gimnasio. No tengo ni idea de cómo lo sabe.

—Esa mujer da miedo —dijo Christine—. Y su marido también. Todos los años se visten de peregrinos, qué ridiculez, y hablan del puto *Mayflowerese* en el que llegaron sus antepasados, otra chorrada. Y recitan ese poema insostenible de Longfellow, *El cortejo de Miles Standish*, mientras los putos niños bostezan de sueño.

—Pues si vieras su casa... —dijo Kayley, y le describió el baño del señor Ringrose.

Christine la miró y le dijo:

—Dios mío.

Entonces Kayley le indicó con el dedo que se le había corrido el maquillaje, y Christine se encogió de hombros y le dio otro mordisco al donut.

* * *

El sábado por la tarde, Kayley fue en bicicleta a la residencia que quedaba al otro lado del puente, donde vivía la señorita Minnie. Estaban a mediados de marzo y hacía frío, pero quedaba muy poca nieve y la bicicleta pasaba por encima de las ramas que habían caído en la acera. Tenía las manos frías porque no llevaba guantes. Antes, la señorita Minnie vivía en el apartamento que quedaba justo encima del que ahora tenían su madre y ella: había vivido allí muchos años, y había sido la primera persona para la que Kayley había limpiado. Era una viejecita diminuta, de inmensos ojos oscuros, y a Kayley le había asombrado la cantidad de mugre que se había acumulado con el tiempo, sobre todo en la cocina. Así que Kayley rascaba y rascaba mientras la señorita Minnie miraba desde la puerta y decía: «¡Qué bien lo estás haciendo, Kayley!». Y se emocionaba tanto que llegaba a aplaudir, y por eso Kayley la adoraba. La señorita Minnie la invitaba a tomar un zumo de naranja cuando terminaba de limpiar, y también se sentaba al otro lado de la mesa, se inclinaba para estar más cerca de ella y le preguntaba cosas sobre el colegio y

los amigos. Desde que su padre había muerto, nadie le había preguntado por aquellas cosas.

Después de que sufriera una embolia el otoño pasado, Kayley iba a visitarla a la residencia, aunque aquel sitio fuera oscuro y oliera mal. La señorita Minnie se lo agradecía muchas veces.

—De nada —le decía ella—. Me gusta venir a verla.

Y tras las primeras visitas, empezó a despedirse de ella con un beso, y a la buena mujer se le iluminaban aquellos ojos enormes que tenía.

Kayley ató la bicicleta detrás de la residencia y, cuando se dirigía a la puerta delantera, se encontró a la señora Kitteridge, que salía.

—Hola otra vez —le dijo la señora Kitteridge.

Era una mujer corpulenta, alta, y la primera vez que Kayley la había visto, hacía un mes, le había dado un poco de miedo. Ahora la señora Kitteridge le sostuvo la puerta para dejarla pasar y le dijo:

—Qué niña tan valiente, venir a visitar a alguien a un sitio así. Dios mío, espero que si llego a este estado, alguien me pegue un tiro. Y hablo en serio.

Kayley dijo:

—Sí, ya lo sé. Yo pienso lo mismo. Quiero decir, que me maten también.

La señora Kitteridge se puso las gafas de sol, miró a Kayley de arriba abajo y dijo:

—Bueno, aún te falta bastante para tener que preocuparte por eso.

Dejó que se cerrara la puerta y se quedaron las dos de pie bajo el sol mortecino de marzo.

—Cuéntame. He estado fisgando un poco y me he enterado de que eres la hija de los Callaghan. Hace años tus hermanas fueron alumnas mías. Tu padre era nuestro cartero. Era un buen hombre. Siento mucho que muriera.

—Gracias —dijo Kayley, que se sintió de pronto reconfortada al oír que aquella mujer había conocido a su padre.

—¿Ha venido a visitar a su amiga? —le preguntó Kayley.

La señora Kitteridge dio un gran suspiro y miró al cielo a través de sus gafas de sol.

—Sí. Es horrible. Todo esto es horrible. Pero escucha —dijo, clavando sus ojos en ella de nuevo—: la otra vez me dijiste que ibas a limpiar a casa de la señorita Minnie, y yo conozco a otra mujer mayor que está buscando chica de la limpieza. Bertha Babcock. La verdad es que es espantosa, pero no se portará mal contigo. ¿Le digo que te llame?

—Ya lo ha hecho —dijo Kayley—. Trabajo allí los miércoles por la tarde. Empecé hace unas semanas.

La señora Kitteridge meneó la cabeza en un gesto que parecía de comprensión.

—Y ahora también tengo que ir a limpiar a casa de la señorita Ringrose —dijo Kayley—. Es mi profesora de Lengua Inglesa.

—Ya la conozco. Otra vieja espantosa. En fin, buena suerte.

Y la señora Kitteridge se alejó, agitando la mano por encima de la cabeza.

La residencia era oscura y seguía oliendo mal, claro. La señorita Minnie estaba dormida y Kayley se sentó en la única silla de la habitación. Sobre la mesa, junto a la cama, vio la fotografía de un joven uniformado y, junto a ella, un ramillete de violetas artificiales. Esa misma foto y esas mismas violetas ya estaban en el apartamento de la señorita Minnie, al lado de su cama. La foto era de su hermano. Eso lo supo Kayley un día, porque la señorita Minnie se llevó el retrato al pecho y le contó que había muerto en la guerra de Corea. Aquello entristeció a Kayley: habría

preferido que el hombre al que la señorita Minnie había amado no hubiera sido de su familia.

Ahora, Kayley estaba ahí sentada, esperando a que la señorita Minnie se despertara. Entró una cuidadora, una mujer corpulenta con uniforme azul, y dijo:

—No se ha despertado en toda la tarde. Está deprimida. Cada vez pasa más rato durmiendo.

Las dos juntas contemplaron a la señorita Minnie y, al final, Kayley se puso de pie y dijo:

—De acuerdo. Pero ¿puede decirle que he venido? Por favor.

La mujer consultó el reloj.

—Yo me voy dentro de una hora. Si se despierta antes, se lo diré.

—Le dejaré una nota —dijo Kayley.

La mujer corpulenta salió a buscar un papel y un lápiz, y Kayley escribió con letras muy grandes: «¡Hola, señorita Minnie! Soy yo, Kayley. He venido a visitarla pero estaba dormida. ¡Volveré!».

* * *

Un día, cuando el padre de Kayley ya estaba muy enfermo, le pidió con un gesto que se acercara a su cama, y Kayley había ido y le había puesto la oreja muy cerca de la boca, y entonces él le dijo:

—Tú siempre has sido mi hija preferida. —Y al cabo de un momento, añadió—: La preferida de tu madre es Brenda.

Tenía unos hilos blancos, pegajosos, en las comisuras de los labios.

—Te quiero, papá —dijo Kayley.

Con un pañuelo de papel le secó con mucho cuidado los labios y su padre la observó con calidez.

Ella pensaba a menudo en aquellas palabras, en el hecho de que le hubiera dicho que era su hija preferida. Y pensaba en su madre, que siempre había sido una mujer preocupada que ahora trabajaba a media jornada en una clínica dental del pueblo. Cuando regresaba, parecía tener poco que decirle a Kayley, y eso a ella le dolía algunas veces. De hecho, Kayley llegaba a notar una pequeña oleada de dolor que le recorría el pecho y pensaba que por eso se dice que a alguien le duele el alma, porque duele.

* * *

Cuando Kayley regresó a la semana siguiente a casa de los Ringrose, experimentó la misma sensación que siempre que se encontraba allí: una sensación lúgubre muy acusada. Hacía un sol radiante, la luz se colaba a raudales por las ventanas del salón y, después de lavar los troncos de la chimenea, se sentó en aquel sofá de tapicería rígida y abombada.

De repente la invadió un fuerte impulso sensual, como si la castidad de la casa la provocara a gritos. Se quedó un rato ahí sentada y la sensación era cada vez más intensa, y al cabo de un momento se desabrochó el primer botón de la blusa, se metió la mano por debajo del sujetador, se acarició el pecho y notó una sensación de calidez. Cerró los ojos y se desabrochó un segundo botón y se sacó el pecho de la copa del sujetador. En el silencio de la casa, su pecho le parecía vulnerable y vivo. Se llevó unos dedos primero a la boca y después al pecho, y siguió acariciándose mientras la invadía una sensación increíble. Estaba ahí sentada, con los ojos

cerrados, acariciándose el pecho, notando que el aire también se lo acariciaba. Hacer lo que estaba haciendo en la silenciosa y ajena casa de los Ringrose le resultaba extrañamente emocionante.

Un sonido amortiguado hizo que abriera los ojos, y ahí, de pie, estaba el señor Ringrose. Kayley se incorporó e intentó abrocharse la blusa; se puso muy colorada. Era un hombre alto y ahí estaba, con sus gafas, muy serio, observándola. Sin decir nada, el señor Ringrose movió apenas la cabeza y ella, sin saber bien cómo, entendió que quería que continuara. Ella lo miró y dijo «No», o al menos intentó decirlo, pero él le habló primero, con voz grave:

—Sigue.

Ella negó con la cabeza, pero él seguía observándola y dulcificó el gesto.

—Sigue —repitió, esta vez en voz más baja.

Ella lo miraba, estaba tremendamente asustada. Y él parecía saberlo, porque marcó más aún su gesto de bondad ladeando un poco la cabeza. En voz muy baja, dijo:

—Sigue, por favor.

Se miraron a los ojos, y los de él —llevaba unas gafas grandes, sin montura— parecían amables y raramente inofensivos, y por eso al momento ella cerró los suyos y volvió a acariciarse. Cuando los abrió, él ya no estaba.

Se abrochó la blusa a toda prisa. Con las mejillas aún coloradas, acabó de quitar el polvo. Mientras iba de un lado a otro, de rodillas, fregando el suelo, notaba que le faltaba el aire. Y no dejaba de pensar: «Ay, Dios mío, Dios mío».

Al salir de la casa, estuvo a punto de pasar por alto el sobre que había en el felpudo de la puerta principal. Se agachó y vio que tenía escrito su apellido. Lo recogió y, cuando ya había doblado la esquina, lo abrió y descubrió tres billetes de veinte dólares.

El miedo de Kayley, en aquel instante, era otro. Se metió el dinero en el bolsillo de atrás, aún dentro del sobre, y pedaleó hacia las afueras del pueblo. «Dios mío, Dios mío», seguía diciendo.

Ya en casa, su madre le preguntó:

—¿Dónde has estado?

Kayley le contó que había estado montando en bicicleta después de ir a limpiar a casa de los Ringrose: hacía un día tan bonito... Y a continuación se sentó al piano y empezó a tocar. ¡Y cómo tocaba! Repasó las sonatas de Mozart hundiendo hasta no poder más los dedos en la tierra húmeda de la música. Tocaba y tocaba.

Cuando estaban cenando, su madre le dijo:

—Casi no has tocado el piano desde que murió tu padre y está ahí olvidado, ocupando sitio.

—Seguiré tocando —dijo Kayley—. Por favor, no te deshagas de él.

* * *

A la semana siguiente llovía y Kayley fue en bicicleta hasta la casa de los Ringrose con el chubasquero y la capucha puesta, pero aun así cuando llegó estaba empapada, y allí no había rastro de nadie. Se secó lo mejor que pudo con un paño de cocina y empezó a trabajar. Fue a buscar el cubo y vertió el detergente líquido para lavar los troncos, y al arrodillarse y empezar a pasar el trapo por los troncos de la chimenea alzó la vista, seguramente porque había escuchado algún ruido. El señor Ringrose estaba de pie exactamente en el mismo sitio que la otra vez. Tenía

unas gotas de lluvia marcadas en la camisa azul claro, a la altura de los hombros, y algunas otras en las gafas, pero ella seguía sin verle los ojos. Estaba ahí, sin más, contemplándola, y ella no decía nada. Al cabo de un momento él movió otra vez la cabeza en aquel gesto casi imperceptible, y al cabo de un momento Kayley se puso de pie, se secó las manos en los vaqueros y fue a sentarse en aquel sofá tan rígido, y se desabotonó la blusa, esta vez sin dejar de mirarlo. Kayley sentía como si aquello no fuera real mientras se quitaba la blusa despacio y a continuación el sujetador, y el aire de la habitación pareció abalanzarse sobre sus pechos desnudos, y la lluvia, fuera, golpeaba las ventanas. El hombre, en voz baja, dijo:

—Gracias.

Sobre el felpudo volvió a encontrar un sobre lleno de dinero.

* * *

Cuando Kayley era muy pequeña, un día le preguntó a su madre si era guapa, y su madre le contestó: «Bueno, no vas a ganar ningún concurso de belleza, pero tampoco te exhibirán en el circo».

De hecho, no mucho antes de que su padre muriera (ella iba a sexto), le pidieron que participara en un concurso de belleza. Su profesora de gimnasia le pidió que se quedara a hablar con ella y le propuso participar en el certamen de Pequeña Miss Moxie que se celebraba en la ciudad de Shirley Falls. El padre de Kayley se puso hecho una furia: «¡A ninguna hija mía van a juzgarla por su aspecto físico!». Se enfadó muchísimo, y Kayley le dijo a su profesora que no, que no podía, aunque en realidad a ella le daba lo mismo participar o no.

En todo caso, en aquellos días se miraba en el espejo de su habitación, moviendo la cabeza hacia un lado y hacia otro. Creía (algunas noches) que tal vez sí fuera guapa. No se quitaba la camisa y el sujetador delante del espejo para ver lo que veía el señor Ringrose. Aquello no podía hacerlo, pero pensaba en aquel hombre casi constantemente.

* * *

Llegó el mes de junio. Faltaban dos semanas para que acabara el colegio.

En la sala de actividades de la iglesia congregacionalista, Kayley estaba sentada al piano, con el vestido de novia de la señorita Ringrose puesto. Hacía más calor de lo normal para la época, pero tenía cerca un ventilador de pie que chirriaba un poco al girar. Había sillas plegables separadas por un pasillo, y el suelo viejo, de tablones de madera, crujía cada vez que las mujeres caminaban sobre él para acomodarse en sus asientos. A través de las ventanas se veía un cielo muy azul, radiante, y una parte del aparcamiento. Ya llevaba nueve semanas quitándose la blusa para el señor Ringrose —solo en una ocasión no se había presentado y Kayley sintió como si le faltara algo—, y los sobres llenos de dinero, que guardaba debajo de las bragas y los calcetines en el cajón de la cómoda, habían llegado a ser tantos que los había cambiado de sitio y ahora los escondía en el armario. Era raro, porque a veces había sesenta dólares y en otras ocasiones se encontraba solo con un billete de diez y unos pocos de un dólar. En una ocasión le dejó dos de veinte.

Mientras estaba ahí sentada, en el banco del piano, observaba a la señorita Ringrose, que se

paseaba por la sala de actividades, y pensaba: «¡Tu marido me ha visto los pechos y estoy segura de que lleva años sin ver los tuyos!». Aquella idea le causaba una inmensa alegría. La señorita Ringrose, por fin, le dio una indicación con la cabeza y ella empezó a tocar *Pompa y circunstancia*, y la primera mujer que participaba en el espectáculo de los Cuadrados Plateados desfiló por el pequeño pasillo que quedaba entre las sillas plegables con un vestido largo y una especie de cofia blanca sobre el pelo canoso. La señorita Ringrose, que estaba de pie en la parte delantera de la sala, dijo:

—Los primeros peregrinos, 1620.

Habría, tal vez, unas quince mujeres mayores sentadas en un espacio en el que habían dispuesto cincuenta sillas, y Kayley siguió tocando mientras la señorita Ringrose, tras un atril, informaba de quién era cada persona y de qué periodo era la prenda que llevaba cada una.

La última en salir fue Bertha Babcock. Llevaba un traje de chaqueta con pantalón de color naranja.

—La era moderna —dijo la señorita Ringrose, y todas aplaudieron un poco.

Después, las mujeres siguieron sentadas en las sillas plegables, comiendo galletas, con finas servilletas de papel extendidas en el regazo. Nadie hablaba con Kayley. Al cabo de un rato ella fue a quitarse el vestido de novia, lo dejó en la mesa que había en la parte delantera de la sala y después volvió a casa en bicicleta.

* * *

Christine Labbe la miró con aquellos ojos azules maquillados de azul y se echó a reír.

—¡Qué asqueroso! —dijo.

Y se reía a carcajadas y tosía, y se retorció.

—Lo fue —dijo Kayley—. Fue una cosa tan ridícula...

—¿En serio? —Y Christine tosió de nuevo y dijo—: Por Dios, Kayley. Ridículo es poco, joder. Se jubila este año, ya lo sabes.

Kayley dijo que no lo sabía. Se fijó en un camión aparcado cerca. Tenía una pegatina que ponía: Se buscan paletos blancos. Se aceptan con pecas.

—Sí, sí. Los del consejo de alumnos estaban muy tristes y van a regalarle una planta, una lila, el último día de clase. —Christine puso los ojos en blanco.

—Y a quién le importa. A mí no, te lo aseguro —dijo Kayley.

* * *

Aquellas tardes, en casa, Kayley tocaba el piano. Tocaba sin parar y volvió a coger práctica. Sus dedos volaban por el teclado, de un lado a otro.

* * *

En la residencia, la señorita Minnie estaba incorporada e inclinada sobre una bandeja de cama, con la cabeza apoyada en los brazos y los ojos cerrados.

—Señorita Minnie —le susurró Kayley agachándose un poco—. Señorita Minnie.

Pero la vieja no reaccionaba. No se movía, no abría los ojos. Así se la había encontrado Kayley las dos veces que se había acercado hasta allí en bicicleta. Entró la misma cuidadora con su uniforme azul y se plantó con los brazos en jarras, observando a la señorita Minnie.

—Ay, cariño —le dijo finalmente a Kayley—. Lo que le pasa es que es muy mayor y está muy deprimida.

Kayley se inclinó un poco más y le habló en voz baja al oído. Notaba el pelo fino de la mujer pegado a la boca.

—Señorita Minnie, soy yo, Kayley. ¿Me oye, señorita Minnie? —Y después le dijo—: La quiero.

La mujer no se movió.

Cuando Kayley volvió a la residencia, la habitación de la señorita Minnie estaba vacía, completamente vacía, sin cama, sin silla... Y había dos mujeres pasando la fregona.

—¡Un momento! —dijo Kayley, pero ellas siguieron pasando las fregonas de un lado a otro.

Cuando se fue hasta el mostrador de la entrada, la mujer que trabajaba allí le dijo:

—Lo siento. No teníamos tu teléfono, de lo contrario te habríamos llamado.

Aquella noche, la madre de Kayley se limitó a encogerse de hombros y dijo:

—Bueno, tenía que pasar.

—Pero ¿qué han hecho con la foto de su hermano y con las violetas?

—Supongo que las habrán tirado.

Kayley esperó un buen rato para que su madre no creyera que no quería estar con ella, y después dijo:

—Mamá, quiero ir a dar un paseo en bici. Ahora oscurece más tarde.

Y su madre la miró con desconfianza.

Kayley iba tan deprisa como podía, en su bicicleta, subiendo por Dyer Road, bajando por Elm Street y después subiendo otra vez hasta más allá del colegio. Iba tan deprisa como podía.

* * *

Cuando el señor Ringrose se presentó a la semana siguiente, en silencio como siempre, Kayley estaba quitando el polvo de las patas del sofá. Se volvió. Notó que se alegraba muchísimo de verlo.

—Hola —le susurró mientras se ponía de pie.

Era la primera vez que le dirigía la palabra. Él asintió muy levemente y le dedicó una sonrisa fugaz, contemplándola a través de aquellas gafas sin montura. Ella se desabrochó la camisa sin esperar más. Le pareció que la mirada de él era aún más bondadosa que otras veces, y no le quitó la vista de encima mientras se humedecía los dedos y se acariciaba los pechos y los pezones se le ponían duros casi al instante. Si en ese momento se hubiera presentado la señorita Ringrose, a ella le habría dado igual. Eso fue lo que Kayley sintió ese día mientras se ladeaba un poco para el silencioso señor Ringrose.

Dejó el sobre del dinero en el cajón de la ropa interior e hizo lo mismo las tres semanas siguientes. Un día se sorprendió al encontrar un billete de cien dólares.

* * *

Las clases habían terminado, y los miércoles y los sábados por las mañanas Kayley trabajaba en la tienda de donuts. Servía café, sacaba los donuts a su espalda y los metía en las bolsitas blancas de papel antes de dárselos a los clientes. Un miércoles vio al señor Ringrose, que pasaba por delante. Iba mirando al suelo y no levantó la vista al llegar al escaparate. Caminaba ligeramente encorvado y, en un primer momento, casi no lo reconoció. Llevaba el pelo cano alborotado y algunos mechones sobresalían en extraños ángulos. Dejó de atender un instante para observarlo; no parecía caminar en línea recta. Llegó a la conclusión de que no podía ser él. Pero no se quedó tranquila. No, aquel hombre no podía ser él.

Cuando fue a limpiar a casa de los Ringrose a la semana siguiente, él no se presentó, y ella se sintió muy triste y muy preocupada.

Y aquel sábado, cuando el sol se colaba por los cristales del gran escaparate de la tienda de donuts, entró la señora Kitteridge.

—Ah, señora Kitteridge —dijo Kayley, sorprendida de alegrarse tanto de verla.

Pero la señora Kitteridge la miró y le dijo:

—¿Te conozco?

—Soy la hija de los Cala...

—Ah, sí, espera. Claro. Sí que me acuerdo de ti: ibas en bicicleta hasta esa residencia espantosa a visitar a aquella mujer.

—¿Usted todavía va a visitar a su amiga? —le preguntó Kayley—. La mía murió.

La señora Kitteridge la miró de arriba abajo.

—Lo siento —dijo, y enseguida añadió—: Bueno, no, no lo siento, ¿quién no querría estar muerta viviendo en un sitio así? Lo mejor que ha podido hacer ha sido morir. Mi amiga todavía está viva.

—Ah, pues lo siento —dijo Kayley.

La señora Kitteridge pidió tres donuts normales y dos cafés, y se volvió hacia el hombre que tenía detrás.

—Jack —le dijo—. Saluda a la hija de los Callaghan.

El hombre dio un paso al frente; también era corpulento, llevaba gafas de sol de aviador y una camisa de manga corta que dejaba ver unos antebrazos flácidos. A Kayley no le gustó demasiado su manera de decir «Hola, hija de los Callaghan», como si se estuviera burlando un poco de ella.

—Adiós —dijo la señora Kitteridge, y los dos salieron.

La señora Kitteridge se despidió agitando la mano por encima de la cabeza.

* * *

Algunas tardes después, sonó el teléfono en casa de Kayley y respondió su madre.

—Sí, claro, está aquí —dijo.

Kayley estaba tocando el piano, con furia, pero paró cuando sonó el teléfono y, en ese momento, cuando su madre le dijo «Es para ti», se levantó y fue a responder.

—¿Kayley? Soy la señorita Ringrose.

Kayley abrió la boca pero no le salió ni una palabra.

—Ya no voy a necesitar que vengas más —le dijo.

Y después se hizo un silencio.

—Ah, yo... —quiso decir Kayley.

—En casa tenemos algunos problemas de salud y, como estoy segura de que ya sabes, acabo de jubilarme. Así que puedo ocuparme de la casa. Gracias, Kayley. Adiós.

* * *

Una oleada de dolor se apoderó de Kayley y se negó a abandonarla. Cogió la bicicleta y atravesó el pueblo, recorrió la costa, pedaleaba sin parar mientras pensaba en el señor Ringrose. No podía contarle a nadie lo que había ocurrido: aquella certeza en su interior hacía que casi siempre se sintiera mal. Pero ella seguía, montaba en bicicleta, trabajaba en la tienda de los donuts dos mañanas por semana, y el encargado le permitió añadir un día más, los jueves. Pero estaba destrozada, y una tarde, cuando estaba arrodillada en la cocina de la señora Babcock con el cepillo en la mano, se sintió muy mareada. Bertha Babcock no estaba en casa, y Kayley se levantó y le dejó una nota. «Ya no puedo seguir trabajando aquí». Dejó el cepillo en el suelo y ni siquiera vació el cubo de agua.

Al día siguiente, su madre entró en la tienda de donuts y le dijo a Kayley:

—Cuando salgas, te vienes directa para casa.

Su madre tenía un aspecto horrible, estaba furiosa y entornaba los ojos.

Cuando Kayley llegó a casa, su madre estaba en su habitación. Los calcetines y las bragas estaban esparcidos sobre la cama, el cajón de la cómoda abierto como una boca con la lengua afuera.

—¿De dónde has sacado este dinero?

Su madre se lo preguntó gritando las palabras y le mostró los sobres con los billetes de veinte dólares, y el que tenía el billete de cien. Sacó todo el dinero y lo fue lanzando al aire por toda la habitación.

—¡Dime de dónde lo has sacado!

—Es el dinero que gano limpiando casas —dijo Kayley.

—Eso no es verdad. Te pagan diez dólares por limpiar en casa de la señorita Ringrose esa y aquí hay al menos trescientos dólares. ¿De dónde han salido?

—Mamá, hace siglos que limpio para ella.

—¡A mí no me mientas!

El enfado de su madre era monumental y atronaba por todo el dormitorio.

Kayley pensaba deprisa: mientras su madre gritaba, ella iba haciendo los cálculos mentalmente; los otros sobres llenos de billetes estaban escondidos en el armario, y no se permitió desviar la mirada en aquella dirección. Lo que hizo fue sentarse en la cama y decir con voz sosegada:

—Es el dinero de la limpieza, mamá. De Bertha Babcock, que me paga quince dólares la hora, y eso hacen veinticinco dólares a la semana. —Y añadió—: Fui al banco y pedí que me los cambiaran por un billete de cien, para poder tener uno.

—Estás mintiendo —dijo su madre—. Bertha Babcock me ha llamado esta mañana y me ha dicho que acabas de dejarlo. —Kayley no respondió nada—. ¿Quién te ha dicho a ti que puedes dejar un trabajo de esa manera, así, sin más? ¿Quién te ha enseñado que las cosas se hacen así?

Kayley observaba a su madre, que le gritaba sin parar. Y entonces le ocurrió algo raro: dejó de importarle. Como si en su interior se hubiera apagado un interruptor. Todo el miedo que había ido creciendo en ella desapareció. Se acabó. No le importaba. Su madre llegó a darle un bofetón, lo que hizo que a Kayley se le saltaran las lágrimas, pero a ella no le importó. Era la sensación más rara que había tenido en su vida, y era aquella sensación, y no su madre, la que le daba miedo. Su silencio parecía hacer que el enfado de su madre fuera en aumento.

—¡Voy a llamar a tu hermana! —gritó su madre, y cuando acabó la escena, cuando su madre salió del dormitorio, Kayley miró a su alrededor y pensó que parecía que lo hubieran destrozado: unas bragas habían ido a parar a la lámpara, que estaba volcada sobre el escritorio pequeño, y había calcetines tirados contra la pared del fondo. El edredón rosa estaba roto.

Cuando llegó Brenda, dijo:

—Déjanos solas un momento, mamá.

Se sentó en la cama, junto a Kayley, y le dijo:

—¿Qué ha pasado, niña? —Kayley la miró. Tenía ganas de llorar, pero no se lo permitía—. Cariño —dijo su hermana, cogiéndole la mano y acariciándosela—. Tú dime de dónde has sacado ese dinero. Nada más. Dímelo y ya está.

—Si echas las cuentas, verás que es el dinero de las casas que limpio y el de la tienda de los donuts.

Brenda asintió.

—Está bien. Ya me parecía a mí. Lo que ha pasado es que mamá se ha puesto hecha una furia porque has dejado de limpiar en casa de Brenda Babcock y no se lo has dicho. Está pasando por una mala época, y ha visto todo ese dinero junto y ha pensado que tal vez tuviera algo que ver con drogas o algo así.

—Por favor... —dijo Kayley.

Y Brenda asintió, comprensiva, y le acarició un brazo.

—Yo ya sabía que no era nada de drogas.

Un momento después, Kayley dijo:

—La verdad es que no soporto vivir aquí con ella. Casi no me habla... y eso me duele.

—Mi niña, cariño, escúchame bien —dijo Brenda—. Mamá ha estado muy muy deprimida desde que murió papá. Y la verdad es que cuando te tuvo ya era demasiado mayor... —Se echó hacia delante y añadió—: ¡Pero por suerte te tuvo!

Kayley miró a su hermana, se fijó en sus ojeras oscuras y entonces se acordó de que Brenda había dicho: «Es que quiere todo el rato, y me pone enferma».

—Brenda, yo te quiero —dijo Kayley en voz baja.

—Y todas te queremos a ti. Ahora escúchame bien, cariño. —Hizo una pausa, y como si fuera un secreto, añadió—: Cariño, tú eres muy lista. Lo sabes, ¿verdad? Las demás somos más como mamá. —Se llevó el índice a los labios como para indicar que no debía decírselo a nadie—. Pero tú eres como papá. Eres lista. Así que Kayley, cariño, tú sigue aplicándote en el colegio y tendrás futuro. Un futuro de verdad.

—¿Un futuro de verdad? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que podrías ser doctora o enfermera, o alguien importante, Kayley.

—¿En serio?

—En serio —dijo Brenda.

* * *

Al día siguiente, cuando su madre se fue a trabajar, Kayley sacó los muchos sobres de dinero del armario, y mientras se paseaba de un lado a otro en busca de un sitio donde esconderlos, de pronto pensó en el piano. Abrió la tapa, los metió dentro y vio cómo caían hasta el fondo, entre las cuerdas. No tenía ni idea de cómo iba a sacarlos de allí, pero al menos estaban a salvo. Había dejado de tocar el piano otra vez.

Ya no esperaba nada de su madre. Por eso, cuando algunas noches su madre se mostraba amable con ella, Kayley se sorprendía y también le respondía con amabilidad. Una noche ella le habló de la señorita Minnie y su madre la escuchó con atención. Su madre le hablaba de los pacientes que acudían a la clínica dental en la que trabajaba y ella la escuchaba con atención. Era una existencia pasable.

Y entonces, un sábado, al volver de la tienda de donuts, entrar en el salón y ver (como cuando a una persona le falta un diente) una ausencia allí donde estaba el piano, sintió un vacío en las entrañas, casi como si aquello no fuera real.

—Lo he vendido —le dijo su madre—. Ya no lo tocas, así que se lo he vendido a un Grange Hall que hay cerca de Portland.

Kayley esperó, pero nunca llamó nadie para decir nada sobre aquel dinero.

* * *

Uno de los últimos días de verano, la señora Kitteridge volvió a la tienda de donuts. En esa ocasión iba sola y no había nadie más en el local en ese momento.

—Hola, niña —le dijo.

—Hola, señora Kitteridge —respondió Kayley.

—¿Todavía trabajas para ese murciélago de la señorita Ringrose? —le preguntó, después de pedir dos donuts normales.

—No, me despidió —respondió ella metiendo los donuts en una bolsa blanca.

—¿Te despidió? —La expresión del rostro de la señora Kitteridge era de sorpresa—. ¿Y qué hiciste? ¿Te pusiste a jugar con su maqueta del *Mayflower*?

—No, me llamó y me dijo que ya no me necesitaba más. Y algo de una enfermedad en la familia.

—Ah. —La señora Kitteridge se quedó pensativa—. Bueno, su marido no está demasiado bien.

Kayley notó un cosquilleo raro en la punta de la nariz.

—¿Se va a morir? —le preguntó.

La señora Kitteridge negó con la cabeza.

—No, peor —dijo. Y mientras se echaba hacia delante y se llevaba la mano a la mejilla

añadió—: Su marido se está volviendo majara.

—¿El señor Ringrose? ¿En serio?

—Eso he oído. Lo han visto desnudo regando su parterre de tulipanes. Y hace tiempo que ya no tienen tulipanes.

Kayley se quedó mirando fijamente a la señora Kitteridge.

—¿Me toma el pelo?

La señora Kitteridge suspiró.

—Y la cosa no queda ahí. Ya que te he dicho esto, ¿por qué no contártelo todo? Lo va a ingresar en la residencia en la que estaba la señorita Minnie. ¿Tú te crees? No son tan pobres, algo más de dinero deben tener. Podría permitirse llevarlo al Golden Bridge, pero lo va a meter ahí dentro, y yo me digo, algo que, por cierto, me he dicho siempre —afirmó la señora Kitteridge, dando dos palmadas rápidas en el mostrador—: esa mujer nunca ha sido amable con él. Ni pizca. —Y le dedicó un gesto severo a Kayley.

—Vaya —dijo Kayley, asimilando aquellas palabras—. Eso es muy triste, mucho.

—Pues supongo que sí.

* * *

Faltaban dos días para que Kayley empezara a ir al instituto. Estaba a un kilómetro y medio del pueblo, y su madre la llevaría por la mañana, y por la tarde volvería a pie, o tal vez la trajera alguna amiga. Pero no quedaba cerca de la casa donde vivían antes, la de Maple Avenue, y ese día, al pasar por delante en bicicleta, vio que las reformas la habían cambiado. La habían pintado de azul oscuro, cuando antes siempre había sido blanca, y había macetas con flores en los peldaños de la entrada, que también eran nuevos. La habitación de atrás, en la que había muerto su padre, había sido eliminada y en su lugar habían construido un espacioso porche. Después de pasar por allí, Kayley dobló de pronto la esquina y siguió en bicicleta, cruzó el puente, dejó atrás el molino y se dirigió a la residencia en la que había vivido la señora Minnie. Al llegar, se quedó en la otra acera, se bajó de la bici y estuvo un rato mirando el edificio: era de color verde oscuro, algo destartado, y le pareció más pequeño que antes. Empezó a caminar llevando la bicicleta al lado. Había algunos coches, pocos, que pasaban deprisa. Esperó a que se alejaran, cruzó la calle y llevó la bicicleta hasta la parte de atrás, donde aparcaban los empleados. Y entonces, como no quería que nadie la viera, se acercó a un lateral del edificio, el que daba al bosque, y se sentó sobre la grava. Había dejado la bicicleta apoyada en la pared.

La copa de uno de los árboles empezaba a tener las hojas rojas, y Kayley alzó la vista para contemplarlo y enseguida volvió a fijarse en la grava, que brillaba al sol. Pensó en la señorita Ringrose, en que había organizado los Cuadrados Plateados y en aquel desfile de moda que empezaba con la ropa de las peregrinas. Por Dios, pensó Kayley, apoyando la cabeza en la pared desconchada y cerrando los ojos. Y aquella maqueta del *Mayflower* en el salón. A Kayley le parecía que la historia a la que se aferraba aquella mujer ya no era importante; desaparecería casi del todo y quedaría apenas un puntito, y no solo por los irlandeses, sino por las muchas cosas que habían pasado, por el movimiento de los derechos civiles, por el hecho de que ahora el mundo era un lugar mucho más pequeño, porque la gente se conectaba de maneras nuevas que la señorita Ringrose ni siquiera había imaginado.

Y entonces Kayley pensó en el señor Ringrose: de alguna manera, no había dejado nunca de pensar en él, ni en la soledad que debía de haber soportado, y que todavía soportaba, en aquel momento a unos pasos de allí.

Kayley negó con la cabeza y se cubrió el rostro con los brazos. Por un momento (y solo en ese momento) lo único que deseó fue volver a estar cerca de él.

NIÑO SIN MADRE

Llegaban tarde.

Olive no soportaba a la gente que llegaba tarde. Poco después de la hora de comer, le habían dicho, y ella lo había preparado todo: la mantequilla de cacahuete y la mermelada para los dos niños mayores, los sándwiches de atún para su hijo y para su mujer, Ann. Y para los pequeños, ni idea. No creía que la bebé comiera nada sólido, porque tenía solo seis semanas. El pequeño Henry ya había cumplido los dos años, pero ¿qué comen los niños de dos años? Olive no se acordaba de lo que comía Christopher a esa edad. Entró en el salón y lo miró todo a través de los ojos de su hijo: se daría cuenta en cuanto pusiera un pie allí. Sonó el teléfono y Olive se fue deprisa a la cocina para responder.

—Todo bien, mamá. Pero estamos saliendo ahora de Portland. Hemos tenido que parar a comer.

—¿A comer? —dijo Olive.

Eran las dos de la tarde. El sol de finales de abril, tal como se veía a través de la ventana, sobre la bahía, era uno lechoso. El mar brillaba con una claridad de acero. Hoy no había olas.

—Hemos tenido que parar para que los niños comieran algo. Así que llegaremos pronto. Portland estaba a una hora de camino.

—Está bien —dijo Olive—. Pero cena sí vais a querer, ¿no?

—¿Cena? —preguntó Christopher como si acabaran de proponerle que se fuera a la luna en transbordador espacial—. Ah, sí, claro. Supongo que sí.

Olive oyó un grito en segundo plano. Christopher dijo:

—¡Annabelle, cállate! Ya basta. Cuento hasta tres... Mamá, ahora te llamo... —Y colgó.

—Vaya —dijo Olive en voz muy baja, sentada a la mesa de la cocina.

Todavía no había quitado los cuadros de las paredes, pero el espacio ya se veía bastante cambiado, como si —porque así era— le faltara poco para mudarse. No se consideraba una persona dada a acumular trastos, pero en el rincón del fondo había una caja llena de cosas y al mirar hacia el salón, desde donde estaba sentada, aquel espacio le pareció que la delataba aún más: allí solo quedaban los muebles y dos cuadros en la pared. Los libros habían desaparecido — los había donado a la biblioteca hacía una semana— y todas las lámparas a excepción de una también estaban metidas en una caja.

Volvió a sonar el teléfono.

—Lo siento —dijo su hijo.

—¿Está bien hablar por el móvil y conducir al mismo tiempo? —preguntó Olive.

—No conduzco yo, sino Ann. Pero, bueno, llegaremos cuando podamos.

—Muy bien —dijo Olive. Y añadió—: Me alegrará muchísimo verte.

—A mí también —dijo su hijo.

«A mí también».

Colgó y se paseó por la casa, presa de una gran emoción.

«Lo estás haciendo todo al revés —se dijo en voz baja a sí misma—. Dios santo, Olive».

Hacía casi tres años que no veía a su hijo. A Olive no le parecía ni natural ni justo. Pero había ido a visitarlos a Nueva York —cuando Ann estaba embarazada del pequeño Henry, mucho antes de que naciera la niña, Natalie, que era una bebé— y la cosa había ido tan mal que su hijo, básicamente, le había pedido que se fuera. Y ella se había ido. Y desde entonces solo lo había visto una vez, poco después, cuando vino en avión a Maine para asistir al funeral de su padre y pronunciar unas palabras delante de toda la iglesia con el rostro bañado en lágrimas. «Nunca le oí decir palabrotas», fue una de las cosas que dijo ese día sobre su padre.

Olive le echó un vistazo al baño y se aseguró de que hubiera toallas limpias. Sabía que sí, pero no podía evitar comprobarlo otra vez. Le dijeron que no se preocupara si no había cuna, pero Olive no podía evitarlo: el pequeño Henry tenía dos años y medio, y Natalie apenas seis semanas. ¿Cómo no iban a necesitar una cuna? Pero vaya, a juzgar por cómo los había visto vivir en Nueva York —Dios mío, qué desastre de casa—, llegó a la conclusión de que podían pasar con cualquier cosa. Annabelle ya casi tenía cuatro años y Theodore, seis. ¿Qué les gustaba hacer a los niños de seis años? ¿Y por qué tenían tantos hijos? Ann había tenido a Theodore de un padre, a Annabelle de otro y ya había soltado dos bebés más de Christopher. Pero ¿de que iba todo aquello, por Dios? Christopher ya no era joven.

De hecho, cuando Olive lo vio bajarse del coche, no daba crédito —es que no daba crédito— a que tuviera canas. ¡Christopher! Se fue hacia él, pero en ese momento estaba abriendo las puertas del coche, y los niños empezaron a salir disparados.

—Hola, mamá —le dijo, saludándola también con un movimiento de cabeza.

Allí estaba la niña, de pelo negro, que llevaba un abultado anorak rosa y unas botitas de agua, de un azul claro color huevo de petirrojo, que le llegaban a las rodillas. Se alejó al instante y el niño rubio, mayor, se quedó mirando a Olive; Ann no se daba prisa en sacar al bebé del coche. Olive se acercó a Christopher, su hijo, y lo abrazó, y notó la extrañeza de estar rodeando con sus brazos el cuerpo de un hombre mayor. Dio un paso atrás y él también lo hizo: Christopher metió medio cuerpo en el coche y se inclinó sobre una criatura que iba montada en un artefacto que se parecía al asiento de un piloto pero en miniatura, como si se tratara de un bebé a punto de ser enviado al espacio. Sacó al niño y le dijo:

—Mamá, este es Henry.

El niño miró a Olive con ojos soñolientos y, cuando lo plantaron en el suelo, se aferró a la pierna de su padre.

—Hola, Henry —dijo Olive, y el niño alzó un poco la vista y ocultó la cara apretándola contra los pantalones de Christopher—. ¿Se encuentra bien? —preguntó.

Al verlo así, moreno como su madre y de ojos oscuros como ella, pensó: «¡Este no es Henry Kitteridge!». Pero ¿qué esperaba? Esperaba ver a su marido en aquel niño pequeño y se había encontrado con un desconocido.

—Acaba de despertarse —dijo Christopher, cogiendo a su hijo en brazos.

—Bueno, entrad, entrad —dijo Olive.

Solo entonces se dio cuenta de que aún no le había dicho nada a Ann, que, paciente, sostenía al bebé a su lado.

—Hola, Ann —le dijo.

—Hola, Olive —respondió ella.

—Qué botas tan azules. Azul petirrojo —le comentó a la niña, y ella la miró, desconcertada, y se acercó más a su madre—. Es un pájaro —le aclaró Olive.

—Las hemos comprado para el viaje a Maine —dijo Ann, y aquello descolocó a Olive.

—Bueno, que se las quite antes de entrar en casa —dijo Olive.

En Nueva York, Ann le había preguntado a Olive si podía llamarla «mamá». Ahora, como Ann no se acercaba más a Olive, ella tampoco hizo el gesto de aproximarse a Ann, y lo que hizo fue dar media vuelta y entrar en casa.

Iban a quedarse tres noches.

Una vez en la cocina, Olive observó atentamente a Christopher. En un primer momento, su gesto fue de satisfacción.

—Vaya, mamá, sí que has hecho limpieza... Dios mío. —Y entonces vio aparecer la sombra—. Un momento. ¿Has quitado todo lo de papá? ¿Y eso por qué?

—No, claro que no —dijo ella—. Bueno, algunas cosas sí. Ya hace bastante que murió, Chris. Él la miró.

—¿Qué?

Ella repitió lo que acababa de decir, pero mientras lo hacía se dio la vuelta. Y añadió:

—Theodore, ¿quieres un vaso de agua?

El niño la miraba con aquellos ojos tan grandes. Negó un poco con la cabeza y se acercó más a su madre, que sin dejar de sostener al bebé que llevaba en brazos, se estaba quitando el aparatoso jersey negro que vestía. Olive se fijó en que tenía la barriga muy abultada, metida debajo de unos pantalones elásticos, a pesar de que los brazos, ocultos por las mangas de una blusa blanca de nailon, se le veían muy flacos.

Ann se sentó a la mesa de la cocina y dijo:

—A mí sí que me gustaría tomar un vaso de agua, Olive.

Y al volverse para dárselo, Olive vio un pecho, un pecho que asomaba allí mismo, a la vista de todos, en la cocina, con aquel pezón tan grande y tan oscuro, y Olive se sintió un poco mal. Ann se acercó el bebé al pecho, y Olive vio que aquella cosita tan pequeña, sin abrir los ojos, se aferraba al pezón. Ann le dedicó una sonrisa a Olive, pero a ella le pareció que no era una sonrisa de verdad.

—¡Buf! —dijo Ann.

Christopher ya no dijo nada más sobre las pertenencias de su padre y Olive se lo tomó como una buena señal.

—Christopher —le dijo—. Ponte cómodo. Como si estuvieras en tu casa.

Por la expresión de Christopher, supo que él ya no la consideraba su casa —o eso le pareció ver en su cara—, pero de todos modos su hijo se sentó a la mesa y extendió sus largas piernas.

—¿Qué te apetece? —le preguntó Olive.

—¿Cómo que qué me apetece?

Christopher consultó la hora en el reloj de pared y volvió a mirarla a ella.

—Bueno, que si quieres agua o algo.

—Me gustaría tomar algo, sí.

—¿Tomar qué?

—Bueno, me gustaría tomar algo, una copa. Aunque supongo que tú no tienes nada de eso.

—Sí tengo —le dijo Olive, abriendo la nevera—. Tengo vino blanco. ¿Te apetece un poco?

—¿Tienes vino? —le preguntó Christopher—. Pues sí, me encantaría tomarme un vino blanco, gracias, mamá. —Se puso de pie—. Espera, ya me sirvo yo.

Y fue a buscar la botella, que estaba a medias, y se sirvió un vaso grande, como si fuera limonada.

—Gracias. —Levantó el vaso y bebió—. ¿Cuándo has empezado a beber vino?

—Ah... —Olive evitó mencionar el nombre de Jack—. He empezado a beber un poquito, eso es todo.

Christopher sonrió con gesto burlón.

—No, eso no es todo, mamá. Dime la verdad. ¿Cuándo has empezado a beber vino?

Volvió a sentarse a la mesa.

—A veces invito a gente a casa y toman vino.

Olive tuvo que darse la vuelta. Abrió un cajón y sacó una caja de galletas saladas.

—¿Una galleta? Tengo hasta queso.

—¿Invitas a gente?

Pero, al parecer, Christopher no esperaba respuesta a su pregunta y se sentó a la mesa con su mujer, que finalmente se metió el pecho en la blusa, y Christopher se comió todo el queso y casi todas las galletas, y Ann probó un sorbito de su vino, que él se estaba bebiendo muy rápido.

—¿Más?

Él empujó un poco el vaso hacia delante y Olive, que creía que ya había bebido bastante, dijo «De acuerdo», le acercó la botella, y él vertió lo que quedaba en el vaso.

Olive necesitaba sentarse. Cayó en la cuenta de que solo había dos sillas en la mesa de la cocina. ¿Cómo no lo había visto antes?

—Vamos al salón —dijo. Pero como no se levantaban, se quedó apoyada en la encimera, tambaleándose un poco—. ¿Y qué tal el viaje? Contadme.

—Ha sido largo —dijo Christopher con la boca llena de galletas saladas.

—Largo —repitió Ann.

Ninguno de los niños le había dirigido una sola palabra a Olive. Ni una. Ni un «Gracias» ni un «Por favor». No hablaban. La observaban atentamente y se daban la vuelta. A ella le parecía que eran unos niños horribles.

—Hay sándwiches de mantequilla de cacahuete con mermelada —dijo, señalando la encimera. Y ellos no contestaron nada—. Vale, bien.

Pero el pequeño Henry era dulce a su manera. En el salón, adonde finalmente se trasladaron porque Olive volvió a decir «Vamos al salón», se le acercó gateando, se sacó la manita húmeda de la boca y la plantó en la pierna de Olive, que estaba sentada en el sofá. Le dio varias palmadas en la rodilla y ella le dijo: «Hola, Henry», y él le dijo: «Hola». Ella repitió «Hola» y él le dijo: «Hola, hola». Fue divertido, pero cuando Olive —porque creía que era lo que se esperaba de ella

— se ofreció para coger en brazos a Natalie, el bebé empezó a berrear apenas notó que eran los de Olive. Gritaba a pleno pulmón.

—Está bien, está bien —dijo Olive devolviéndosela a su madre, que tardó un poco en lograr que se calmara.

Para conseguirlo, tuvo que volver a sacarse un pecho, y Olive ya estaba bastante asqueada de verle el pecho a su nuera. Qué pecho tan desnudo. Hinchado de leche, surcado por algunas venas. Sinceramente, Olive prefería no seguir mirándolo. Así que se puso de pie y dijo:

—Voy a preparar la cena.

—Diría que todavía no tenemos hambre —dijo Christopher.

—No hay problema —respondió Olive por encima del hombro.

En la cocina, encendió el horno y metió en él una cazuela con el plato que había preparado por la mañana: vieiras con nata agria.

Y volvió al salón.

Antes de que llegaran, Olive había temido que el caos lo invadiera todo. Lo que no esperaba era el silencio de aquellos niños, ni siquiera el de Ann, que estaba distinta, no como Olive la recordaba. «Estoy cansada», dijo en un momento dado, y Olive respondió: «No me extraña». Así que tal vez el silencio se debiera a eso.

Christopher se mostraba más comunicativo. Echado en el sofá del salón, hablaba del embotellamiento que se habían encontrado a la salida de Worcester, hablaba de la Navidad que habían pasado, de sus amigos, de su trabajo de podólogo. Y a ella le interesaba todo lo que él le contaba. Pero Ann lo interrumpió y dijo:

—Olive, ¿dónde montaste tú el árbol de Navidad? ¿Junto a la ventana de delante?

—No puse árbol de Navidad —dijo Olive—. ¿Y por qué diablos iba a poner árbol?

Ann arqueó las cejas.

—¿Porque era Navidad?

Olive no estaba de acuerdo.

—No. En esta casa no lo era.

* * *

Cuando Ann se llevó a los niños mayores al estudio, donde habían extendido el sofá cama, Olive se quedó con Christopher y el pequeño Henry, que estaba sentado en el regazo de su padre con las piernas colgando.

—Es una monada de niño —dijo Olive.

—¿Verdad que sí?

Oía a Ann, que hablaba en voz baja, y las voces más agudas de los niños, aunque no lo que decían. Olive se levantó y dijo:

—Ah, Christopher. Tengo una bufanda de calceta para el pequeño Henry. La he hecho yo.

Se fue al estudio —los dos niños mayores se quedaron ahí de pie, inmóviles, sin decir nada, observándola—, recogió la bufanda que había tejido, de un rojo intenso, y se la dio a Christopher, que dijo:

—Henry, mira lo que te ha hecho la abuela.

Y el niño se metió una punta en la boca.

—Qué tontito eres —le dijo Christopher, y se la retiró con suavidad—. Se usa para abrigarse.

El niño dio unas palmaditas, como si aplaudiera. A Olive le parecía que era un niño bastante asombroso.

Ann apareció por la puerta flanqueada de sus dos hijos, que ya se habían puesto el pijama.

—Esto... Olive —dijo, frunciendo un poco los labios—. ¿Tienes algo para los otros niños?

Olive notó que una oleada de rabia la invadía. Tardó unos momentos en recuperar la compostura y solo entonces dijo:

—No sé a qué te refieres, Ann. ¿Dices regalos de Navidad? Yo ya les envié regalos de Navidad a los niños.

—Ah, ¿sí? —dijo Ann, hablando despacio—. Pero eso fue en Navidad, ¿sabes?

—Bueno, es que como no me dijisteis ni una palabra, a lo mejor es que no los recibisteis.

—Sí, sí los recibimos —dijo Ann, que dirigiéndose a Theodore añadió—: El camión aquel, ¿te acuerdas?

El niño encogió un hombro y se dio la vuelta. Pero seguían ahí, de pie, aquella madre desalmada y sus dos hijos de distintos padres seguían ahí, junto a la puerta, como si Olive tuviera la obligación de sacarse de la manga algún regalo. ¿Qué se suponía que tenía que regalarles? Tuvo que morderse la lengua para no decir: «Supongo que no te gustó el camión». O para no decirle a la niña: «¿Y la muñeca? Supongo que a ti tampoco te gustó». Olive tuvo que aguantarse de no decir: «En mi época, dábamos las gracias cuando nos enviaban regalos». Tuvo que esforzarse muchísimo para no decirlo, pero lo consiguió, y al cabo de un momento Ann ordenó a sus hijos:

—Venga, vamos a la cama. Un beso a papá.

Y los niños se acercaron a Christopher y le dieron un beso, y después se pasearon por delante de Olive, y nada. Qué niños tan horribles, horribles de verdad. Y qué madre tan horrible. Pero el pequeño Henry, de pronto, se bajó del regazo de su padre y se acercó a Olive arrastrando su bufanda nueva.

—¡Hola! —le dijo, y le sonrió.

—Hola —dijo Olive—. Hola, pequeño Henry.

—Hola, hola —repitió él, ofreciéndole la bufanda—. *Gasias*.

Aquel niño era un Kitteridge. Era un Kitteridge de la cabeza a los pies.

—Ah, qué orgulloso de ti habría estado tu abuelo —dijo ella, y él le sonrió y le enseñó los dientes cubiertos de saliva.

Christopher se iba fijando en el salón.

—Mamá, esto se ve muy cambiado. Pero mucho.

—Hacía bastante tiempo que no venías —dijo ella—. Las cosas cambian, y además en el recuerdo se ven distintas.

* * *

Olive estaba contenta.

Su hijo y ella estaban conversando a solas. Habían acostado al pequeño Henry en la primera planta, y su madre y su hermanita recién nacida también estaban arriba. Los dos mayores estaban

acostados en el sofá cama del estudio. La luz de la lámpara del rincón se proyectaba sobre su hijo. No quería nada más: solo eso. Chris parecía tener la mirada limpia, la cara despejada. Todavía le sorprendía que tuviera canas, pero le parecía que le quedaban bien. Le contó bastantes cosas de su consulta de podólogo, de la joven que trabajaba para él, del seguro que tenía que pagar, de la cobertura que tenían sus pacientes. A Olive le daba igual de qué le hablara. Le habló sobre el inquilino que tenían ahora, que ya no era aquel tipo con el loro que graznaba «¡Alabado sea Dios!» cada vez que alguien decía una palabrota, sino un chico joven con su novia, que seguramente iban a casarse pronto. Su hijo no paraba de hablar. Olive estaba cansada, pero reprimió un bostezo. Se habría quedado allí toda la vida para oírlo hablar. Él habría podido recitar el abecedario y ella se habría quedado allí y lo habría escuchado atentamente.

Cuando al fin se acostó —«Vale, buenas noches, mamá», le dijo levantando una mano—, ella se quedó un rato sentada en el salón, iluminado por la misma lámpara. A través de la ventana, el mar se veía negro y solo se distinguía una mancha diminuta, la luz roja de Halfway Rock. El porche delantero, con aquellas sillas de madera que había comprado hacía poco, parecía aguardar paciente y calladamente en la oscuridad. Era la primera noche desde hacía meses que no hablaba con Jack y lo echaba de menos, aunque, en ese momento, lo sentía lejos. Y entonces se oyó un chillido repentino procedente del estudio:

—¡Mamá!

A Olive le empezó a latir muy deprisa el corazón. Se levantó lo más rápido que pudo y fue hasta la puerta del estudio, donde encontró a Annabelle de pie. La niña la miró, dio un paso atrás y volvió a gritar:

—¡Mamá!

—Ya está bien —le dijo Olive—. Tu madre está agotada. Déjala dormir.

Y la niña cerró la puerta. Olive esperó un momento y subió a acostarse. Pero al cabo de un rato oyó a un niño que subía la escalera —seguramente sería Annabelle— y se metía en la habitación de sus padres. Y Olive pensó: «Dios mío, menuda mocosa». Oyó la voz cansada de Ann que murmuraba algo, pero Olive ya estaba ante su ordenador y vio que tenía un correo electrónico de Jack: «¿Qué tal va? Te echo de menos, Olive. Por favor, por favor, escíbeme cuando puedas».

Y ella le respondió: «Tengo muchas cosas que contar. Yo también te echo de menos».

Una parte de Olive pensó: «¡Vamos, Jack, que ya tengo suficiente lío aquí como para estar por ti también!». Era como si tuviera quinientas abejas zumbando en el interior de la cabeza.

* * *

Aquella noche, Olive tardó muchas horas en quedarse dormida, dando vueltas a su conversación con Chris como si fuera una colegiala embelesada —¡cuánto lo había añorado!—, y al despertarse, oyó que había gente en la cocina. Se levantó enseguida. Normalmente era muy madrugadora, y no esperaba que Ann y Christopher —y todos sus hijos— se levantaran antes que ella. Pero lo habían hecho. Cuando bajó, todos sin excepción, y ya vestidos, estaban en la cocina. Olive no era de las que se paseaban en albornoz delante de personas a las que tenía la sensación de no conocer.

—Vaya, buenos días —dijo, cerrándose bien el albornoz.

Pero nadie dijo nada. Los niños mayores la miraron con hostilidad manifiesta —Olive lo notó — e incluso el pequeño Henry, que estaba sentado en el regazo de su madre, guardaba silencio.

—Mamá, ¿no has comprado Cheerios? Te dije que nos hacían falta Cheerios.

—Ah ¿sí? —Olive no recordaba que su hijo le hubiera dicho nada de Cheerios—. Bueno, hay avena —dijo.

Notó que Christopher y Ann intercambiaban una mirada.

—Ya voy yo —dijo Ann—. Dime dónde tengo que ir.

—No —dijo Christopher—. Voy yo. Tú quédate.

Y entonces, en el último momento, Olive dijo:

—No, yo iré. Todos quietos.

Y Olive subió, se vistió con cualquier cosa, se puso el abrigo, cogió su gran bolso negro, cruzó la cocina a toda velocidad y condujo hasta Cottle's. Hacía un día de sol radiante. Lo único que le apetecía era hablar con Jack. Pero había salido sin el móvil. ¿Qué se había hecho de las cabinas de teléfono? Iba con prisa, estaba disgustada, sabía que los niños estaban en casa esperando los Cheerios. Jack, Jack, lo llamaba mentalmente. «Ayúdame, Jack», dijo. ¿De qué servía que Jack le hubiera comprado un móvil si ella ni siquiera se acordaba de llevarlo? Al final, cuando ya tenía los Cheerios en la bolsa, cuando ya salía del aparcamiento, vio una cabina telefónica cerca, así que volvió a aparcar y fue casi corriendo hasta ella, y al principio no encontraba ninguna moneda de veinticinco centavos. Finalmente encontró una y la metió por la ranura, pero no había línea. Aquel maldito teléfono no funcionaba. Estuvo a punto de darle algo.

A Olive le costó bastante conducir hasta casa. Hacía esfuerzos por concentrarse. Soltó la bolsa de papel en la que había metido los Cheerios en la mesa de la cocina y dijo:

—Si me perdonáis un momento...

Subió a su habitación y le envió un correo electrónico a Jack con dedos casi temblorosos. «Ayúdame —le escribió—, no sé qué hacer». Pero entonces se dio cuenta de que él no podía ayudarla, de que no podía llamarla —habían acordado que no hablarían por teléfono hasta que Olive se lo hubiera contado a Chris—, así que borró lo que acababa de escribir y cambió el texto: «Todo bien. Pero te echo de menos. Paciencia». Y añadió: «(Pronto te cuento más)».

Abajo, en la cocina, el silencio persistía.

—¿Qué pasa? —dijo Olive, y notó que el enfado se reflejaba en su voz.

—No hay mucha leche, mamá. Solo había un poco. Se la ha tomado Annabelle y Theodore se está comiendo los Cheerios sin nada.

Mientras le explicaba todo aquello, Christopher estaba apoyado en la encimera, con las piernas cruzadas.

—¿En serio? —le preguntó ella—. Bueno, pues vuelvo...

—No, no. Tú siéntate —le dijo Christopher, señalándole con un movimiento de cabeza la silla en la que estaba sentado Theodore—. No pasa nada. Theodore, ofrécele asiento a tu abuela.

El niño, sin levantar la mirada, se bajó de la silla y se quedó de pie.

Ann estaba de espaldas a ella, y Olive vio que tenía a Henry sentado en una de sus rodillas. También sostenía en brazos a la pequeña.

—¿Y a los demás? ¿Qué os apetece? ¿Unas tostadas?

—No te preocupes, mamá. Yo preparo unas tostadas. Tú siéntate.

Así que se sentó a la mesa, delante de su nuera, que se giró hacia ella y le dedicó su sonrisa

falsa habitual. Theodore se acercó a su madre y le susurró algo al oído. Ann le frotó un brazo y le dijo:

—Ya lo sé, cielo. Pero no todo el mundo lo hace igual.

Christopher preguntó:

—¿Qué pasa, Theodore?

Y Ann respondió:

—Me comentaba que la bolsa de los Cheerios es de papel, y se preguntaba por qué Olive no usa una de tela. —Miró a Olive y se encogió de hombros—. En Nueva York reciclamos. Llevamos nuestras propias bolsas cuando vamos a comprar.

—¿En serio? —dijo Olive—. Pues me alegro. —Se volvió, abrió el cajón de abajo y echó de cualquier manera sobre la mesa la bolsa de tela para ir a la compra—. Si no hubiera ido con tanta prisa, habría usado esta.

—Ah —dijo Ann—. Fíjate, Theodore.

Y el niño se alejó de la mesa, les dio la espalda y se fue al estudio. Ann le estaba ofreciendo un Cheerio al pequeño Henry. El niño no parecía estar de muy buen humor esa mañana.

—Hola, pequeño Henry —dijo Olive.

Pero él no la miró. Se limitó a examinar el Cheerio que tenía en la mano durante un buen rato antes de metérselo en la boca.

* * *

Hacia un día soleado, radiante. Las nubes del día anterior se habían esfumado y el sol se colaba por toda la casa. Fuera, a través de los grandes ventanales del salón, la bahía resplandecía y las boyas de las langostas apenas cabeceaban. Un barco langostero partía a la mar. Al otro lado de la bahía, los árboles dibujaban una línea muy fina. Decidieron que se acercarían todos hasta el Reid State Park a ver el oleaje.

—La verdad es que los niños no han visto nunca el mar abierto —dijo Christopher—. El océano, océano. Han visto esa cosa cutre que sube hasta Nueva York. Me gustaría que vieran la costa de Maine. Sé que la tenemos aquí mismo —añadió, señalando con la cabeza hacia la ventana por la que brillaba la bahía—. Pero me gustaría que vieran un poco más.

—Bueno, pues vayamos —dijo Olive.

—Tendremos que ir en dos coches —anunció Christopher.

—Pues vamos en dos coches.

Olive se levantó y echó a la basura el resto de tostada que Theodore no se había terminado. Jamás habría permitido que Christopher desperdiciara así una tostada, pero ¿qué más le daba? Que aquel horrible niño desperdiciara toda la comida que le diera la gana.

Una vez fuera, a Olive le sorprendió oír que Christopher le preguntaba:

—Mamá, ¿cuándo te has comprado un Subaru?

Tuvo la sensación de que a su hijo no le hacía ninguna gracia que se lo hubiera comprado. Había metido el coche en el garaje el día antes; si ahora estaba fuera era porque había tenido que acercarse hasta la tienda.

—Ah. Tenía que comprarme uno nuevo y pensé: ahora ya soy mayor y vivo sola, así que me compraré uno bueno, para la nieve.

Ni ella misma se creía lo que acababa de decir. Era mentira. Acababa de mentirle a su hijo. La verdad era que aquel coche era de Jack. A su Honda le hacían falta frenos nuevos y Jack le dijo:

—Quédate mi Subaru, Olive. Somos dos personas y tenemos tres coches, es absurdo, así que tú conduces el Subaru y como me encanta, nos quedaremos con el deportivo.

—No puedo creer que te hayas comprado un Subaru —insistió su hijo.

Y Olive dijo:

—Pues me lo he comprado. Y punto.

Olive no daba crédito al tiempo que habían tardado en prepararlo todo para poder salir. En la zona de aparcamiento, Christopher y Ann se alejaron un poco y mantuvieron una conversación. Olive sacó las gafas de sol y se las puso. Cuando Christopher regresó, dijo:

—Theodore, tú vas con tu madre, y Henry, vamos a poner tu sillita en el coche de la abuela.

Así pues, Olive esperó, helada a pesar del sol y de que llevaba puesto el abrigo, mientras Christopher sacaba la sillita de Henry y la instalaba en su coche, y lo oyó maldecir porque el cinturón de seguridad no iba bien, y ella dijo:

—Es un coche de segunda mano, Chris.

Y finalmente, él sacó la cabeza del coche y dijo:

—Vale, listos.

—Conduce tú —le dijo ella.

Y condujo él.

* * *

Ann estaba sentada sobre una roca encarada hacia el mar, a pesar de que aquella roca debía de estar muy fría —el viento la azotaba y no se veía húmeda, pero aun así debía de estar muy fría—, mientras Christopher corría de un lado a otro por toda la playa con los niños. Olive contemplaba la escena desde un extremo del aparcamiento, sujetándose con fuerza el abrigo. Al cabo de un rato se acercó a Ann, que levantó la vista. La recién nacida dormía en sus brazos.

—Hola, Olive —dijo Ann.

Olive no sabía bien qué hacer. Las rocas eran anchas, pero ella se veía incapaz de agacharse y sentarse. Así que se quedó de pie.

—¿Cómo está tu madre? —le preguntó finalmente.

Ann dijo algo que se perdió en el viento.

—¿Qué? —dijo Olive.

—¡He dicho que está muerta! —gritó Ann volviendo la cabeza hacia Olive.

—¿Murió? —le preguntó Olive, también a gritos—. ¿Cuándo murió?

—Hace un par de meses —siguió gritando Ann en dirección a Olive.

Olive se quedó ahí de pie un buen rato. No tenía ni idea de qué debía hacer. Pero entonces decidió que intentaría sentarse junto a Ann, así que se dobló hacia delante y apoyó las manos con cuidado sobre la roca, hasta que al final consiguió tomar asiento.

—O sea, que murió justo antes de que naciera Natalie...

Ann asintió.

—Qué horror.

—Gracias —dijo Ann.

Y Olive se dio cuenta de que aquella chica, aquella chica alta y rara —que era una mujer de mediana edad— estaba de duelo.

—¿Y murió así, de pronto?

Ann miraba al mar y entornó los ojos.

—Supongo que sí, aunque la verdad es que no se cuidaba nada. Así que no debería habernos sorprendido que le diera un infarto. —Ann hizo una pausa y se volvió para mirar a Olive—. Pero a mí me sorprendió. Y todavía estoy sorprendida.

Olive asintió.

—Claro, es normal que lo estés. —Y al cabo de un instante añadió—: Creo que siempre es una sorpresa. Incluso después de meses agonizando, cuando se van, se van en un momento. Es espantoso.

Ann le dijo:

—¿Te acuerdas de esa canción, creo que es un espiritual negro, que dice: «A veces me siento como un niño sin madre»?

—«Muy lejos de casa» —completó Olive.

—Sí, esa —dijo Ann, antes de añadir—: Yo siempre me sentí así. Y ahora ya lo soy.

Olive se quedó pensativa.

—Lo siento mucho —dijo—. ¿Y dónde vivía cuando murió?

—En las afueras de Cincinnati, donde vivió siempre. Yo me críe allí.

Olive asintió. Por el rabillo del ojo vio a aquella chica, a aquella mujer, y pensó: «¿Quién eres, Ann?». Sabía que aquella chica tenía un hermano en alguna parte, pero ¿qué había pasado con él? No lo recordaba, solo sabía que no se hablaban. ¿Algo de drogas? Podía ser. La madre bebía, eso Olive sí lo sabía. Y el padre se había divorciado de ella hacía años y llevaba bastante tiempo muerto.

—Lo siento mucho, de verdad.

—Gracias.

Ann se levantó —con una facilidad notable, y más teniendo en cuenta que tenía a la pequeña en brazos— y se fue. ¡Se fue, así, sin más! Olive tardó lo suyo en ponerse de pie. Tuvo que apoyarse en un brazo y rodar un poco para conseguir plantar los pies en el suelo.

—¡Oh, habrase visto! —dijo.

Llegó al coche jadeando.

* * *

Cuando ya volvían, Olive dijo:

—Chris, ¿por qué no me contaste que la madre de Ann había muerto?

Él gruñó y se encogió de hombros.

—Pero ¿por qué no me dijiste algo así?

Al otro lado de la ventanilla, los árboles todavía estaban desnudos y las ramas oscuras apuntaban al cielo. Pasaron junto a un campo que parecía empapado y como una densa estera en algunas zonas. El sol lo dejaba todo al descubierto.

—Bueno, su madre estaba loca. Qué más da.

En el asiento trasero, Henry se puso a cantar:

—¡Gugu-gaga, tren, avión! ¡Papi, mami!

Olive se volvió y él le dedicó una sonrisa.

—Canta todas las palabras que sabe —le explicó Christopher—. Le gusta hacerlo.

—La verdad es que no lo entiendo, Christopher —insistió Olive después de saludar con la mano al pequeño Henry—. No lo entiendo. Es mi nuera, y me gustaría estar al corriente de las cosas que le pasan en la vida.

Christopher la miró fugazmente y volvió a concentrarse en la carretera. Conducía con un brazo apoyado en el volante.

—Es que no sabía que te importara tanto. —Volvió a mirarla—. ¿Qué? —le preguntó.

Olive había empezado a formular una pregunta:

—¿Por qué...?

—Te lo acabo de decir.

Y Olive asintió. La pregunta que en realidad quería hacerle y que no le hizo era: «¿Por qué te has casado con esta mujer?».

* * *

Sobrevivieron a otra noche, y a un día más, y entonces llegó la última noche. Olive estaba agotada. Exceptuando al pequeño Henry, los niños no le habían dirigido la palabra en ningún momento durante toda su estancia. Pero la miraban fijamente —a ella le parecía que cada vez con más descaro—, porque cada vez que ella los miraba descubría que ellos la estaban mirando, y en lugar de bajar la vista, como habían hecho al principio, seguían observándola fijamente, Theodore con sus ojos azules enormes y Annabelle con aquellos ojillos diminutos y muy negros. Inaudito.

Al final se fueron a dormir al estudio, y Olive se quedó con Christopher y Ann y la niña, mientras el pequeño Henry —¡qué niño tan bueno!— dormía en el piso de arriba. Olive ya se iba acostumbrando a ese pecho desnudo que salía de paseo. No le gustaba, pero empezaba a habituarse. Y Ann le daba pena, porque le parecía que su dolor la empequeñecía. Así que con ella hablaba de cosas triviales, y Ann también parecía esforzarse todo lo que podía.

—Annabelle quería esas botas de agua porque íbamos a ir a Maine —comentó Ann—. ¿No es una monada?

Olive asintió sin decir nada, porque no se le ocurría nada que decir.

Al cabo de un rato, Ann subió con la pequeña y, al quedarse finalmente a solas con Christopher, Olive supo que había llegado el momento.

—Christopher... —Se obligó a mirarlo, aunque él mantenía la vista clavada en el suelo—. Me voy a casar.

Le pareció que pasaba una eternidad, pero, al final, su hijo la miró y le dijo con una media sonrisa:

—Un momento. ¿Qué has dicho?

—He dicho que me voy a casar. Con Jack Kennison.

Lo vio palidecer. No había duda: Christopher había perdido el color de la cara. Se volvió y durante unos instantes miró a su alrededor, antes de clavar sus ojos en ella.

—¿Quién coño es Jack Kennison?

—Enviudó hace un tiempo. Te he hablado de él por teléfono, Chris.

Se notaba la cara ardiendo, como si toda la sangre que se había retirado de la cara de su hijo hubiera ido a parar a la suya.

Él la miraba con un asombro tan sincero que Olive pensó que, si pudiera, retiraría inmediatamente lo dicho.

—¿Te vas a casar? —le preguntó él, ahora en voz baja. Y bajando aún más la voz, repitió—: Mamá, ¿te vas a casar?

Olive asintió al momento.

—Sí, Chris.

Él no dejaba de menear la cabeza despacio, negaba y negaba una y otra vez.

—Es que no lo entiendo. No lo entiendo, mamá. ¿Por qué te casas?

—Porque somos dos viejos que nos sentimos solos y queremos estar juntos.

—¡Pues estad juntos! Pero ¿por qué casarse? ¡Mamá!

—Chris, ¿qué importancia tiene?

Él se echó hacia delante y dijo con una voz que sonaba casi amenazadora:

—Pues si no tiene importancia, ¿por qué lo haces?

—Lo que quería decir es qué importancia tiene para ti.

Pero lo horrible del caso era que en ese momento sintió un atisbo de duda. ¿Por qué se casaba con Jack? ¿Qué importancia tenía?

—Mamá, tú nos has invitado para decírnoslo, ¿verdad?

—Os he invitado porque tenía ganas de veros. No te veía desde el funeral de tu padre.

Christopher la miraba fija y seriamente.

—Tú nos has invitado para decírnos que te casas. Me parece increíble, joder. —Y añadió—: Mamá, nunca nos habías invitado a venir.

—No hace falta que lo haga, Chris. Eres mi hijo. Esta es tu casa.

El color regresó entonces a la cara de Christopher.

—Esta no es mi casa —dijo, mirando a su alrededor—. Oh, Dios mío. —Negó con la cabeza despacio—. Oh, Dios mío. —Se puso de pie—. Por eso está todo tan diferente. Te vas de aquí. ¿Vas a cambiarte de casa? Claro, claro. ¿Y vendes esta casa? Dios mío, mamá. —Se volvió para mirarla—. ¿Cuándo te casas?

—Pronto —dijo ella.

—¿Y va a haber celebración?

—No va a haber celebración. Iremos al ayuntamiento y ya está.

Chris subió las escaleras.

—Buenas noches —dijo.

—¡Chris!

Él se volvió.

Olive se puso de pie.

—Dices muchas palabrotas. Es una pena. En el funeral de tu padre dijiste que él nunca las decía.

Christopher la miró fijamente.

—Mamá, me muero de risa —dijo.

—Bueno, pues Jack va a venir mañana por la mañana para conoceros a todos antes de que os vayáis. —De pronto sintió que estaba furiosa—. Buenas noches.

Casi de inmediato oyó que Christopher y Ann conversaban. No oía lo que decían, porque seguía sentada en el salón, pero el sonido de sus voces le llegaba claramente. Al cabo de un rato se levantó y, con mucho sigilo, se acercó a la escalera.

«Siempre ha sido una narcisista, eso ya lo sabes, Chris». Y Chris replicaba: «Sí, pero por Dios», y algo más, y Olive se volvió y, con la misma lentitud, regresó a la butaca del salón.

Más tarde aquella noche, ya en su dormitorio, Olive no dejaba de pensar en la palabra *narcisista*, que comprendió de forma natural, aunque ¿conocía realmente su significado? La buscó en el ordenador y encontró el término en el diccionario. «Admiración por uno mismo», decía, y también: «Trastorno de personalidad». Apagó el ordenador. Olive no lo entendía, sinceramente, no lo entendía. «¿Admiración por sí misma?». ¡Ella no la sentía en absoluto! ¿Trastorno de personalidad? Dada la gran diversidad de emociones humanas, ¿por qué tenía que ser algo un trastorno de la personalidad? ¿Y a quién se le había ocurrido ese término? A alguien como aquel psicólogo chiflado al que Ann y Christopher habían estado viendo años atrás en Nueva York. Aquel psicólogo sí tenía un trastorno: estaba loco.

Se metió en la cama sin la menor esperanza de quedarse dormida y, en efecto, no se quedó dormida. Del cajón de la mesilla sacó el pequeño transistor al que se había aferrado para conciliar el sueño, o para intentarlo, durante tantas noches en aquella última etapa de su vida. Lo puso muy bajito y se lo acercó al oído, y así se tumbó. Se pasó toda la noche mirando al techo, casi sin darse la vuelta. Consultaba la hora en el reloj digital rojo, aferrada a su pequeño transistor y entendiendo todas y cada una de las palabras que salieron de él, lo que significaba que no se había quedado ni siquiera amodorrada.

Cuando se hizo de día, se levantó, se vistió y bajó. Puso tres cuencos de Cheerios y la leche sobre la mesa. Al pasar junto a la puerta, vio en el espejo que tenía los típicos ojos enrojecidos de una presidiaria.

—Hola, mamá —dijo Christopher, que había aparecido en la cocina—. ¿A qué hora viene? Porque tenemos un viaje muy largo por delante.

—Lo llamo ahora mismo —dijo Olive.

Y así lo hizo.

—Hola, Jack. ¿Puedes venir ahora mismo? Tienen un viaje bastante largo por delante y quieren salir pronto. Perfecto. Nos vemos ahora.

Y colgó.

—¡Oh, niños! Mirad qué ha hecho la abuela. —Ann había entrado con la pequeña en brazos—. Ha preparado vuestros cereales.

Los niños no la miraron —Olive no lo pasó por alto—, pero se sentaron. Theodore y Annabelle compartían una sola silla y empezaron a comerse los cereales. Emitían unos sonidos espantosos, mezcla de sorbo y beso. El pequeño Henry empezó a golpear la mesa con su cuchara y sonreía a Olive mientras hacía saltar Cheerios con leche por los aires.

—Henry —dijo Ann en voz muy baja.

Y Henry dijo:

—¡Avión!

Y levantó la cuchara y la paseó por los aires.

En cuanto Olive vio que Jack aparcaba el coche en el camino de la entrada, se dio cuenta de que, cómo no, había venido en su deportivo. Esperaba que Christopher no lo hubiera visto. Cuando llamó a la puerta y ella lo dejó entrar, vio que llevaba su abrigo de ante, y le pareció que su aspecto era el de un hombre rico y taimado. Al menos dio muestras de cierto sentido común y no la besó al entrar.

—Jack —dijo—. Hola, pasa, te presento a mi hijo. Y esta es su mujer —añadió—. Y estos son sus hijos.

Jack hizo su típica e irónica reverencia con su habitual brillo en los ojos y la siguió hasta el salón.

—Hola, Christopher —dijo él, tendiéndole la mano.

Christopher se puso de pie despacio y dijo:

—Hola.

Le estrechó la mano como si acabaran de ofrecerle un pescado muerto.

—Oh, venga ya, Chris, por Dios.

A Olive se le escaparon aquellas palabras antes de que se diera cuenta de lo que acababa de hacer.

Christopher la miró sin disimular la sorpresa.

—¿Venga ya? —dijo alzando la voz—. ¿Venga ya? Por Dios, tú, mamá. ¿Por qué dices «Oh, venga ya, Chris, por Dios»?

—Lo que quería decir era que... —dijo Olive, pero justo entonces comprendió que desde hacía años le tenía miedo a su hijo.

—¡Basta, Chris, basta, por el amor de Dios!

Era Ann la que se lo decía; había entrado detrás de Olive, y esta, al volverse a mirarla, se sorprendió al descubrir que estaba muy colorada, y que los labios y los ojos parecían más grandes.

—¡Basta ya, Chris! ¡Ya está bien! —volvió a decir—. Deja que tu madre se case. Pero ¿a ti qué te pasa? ¡Por Dios! ¿Es que ni siquiera puedes ser educado con él? ¡Christopher, eres tan crío! ¿Os creéis que tengo cuatro hijos? ¡Pues no, tengo cinco! —Entonces se volvió hacia Jack y Olive y dijo—: En nombre de mi marido, me gustaría disculparme por su comportamiento exageradamente infantil. Puede ser muy infantil, y esto que has hecho es infantil, Christopher. Por Dios, qué infantil eres.

Casi al momento, Christopher levantó las dos manos y dijo:

—Tiene razón, tiene razón, soy infantil, y lo siento, Jack, empecemos de nuevo. ¿Cómo estás?

Y volvió a tenderle la mano a Jack y Jack se la estrechó. Pero Christopher estaba blanco como el papel de fumar, y Olive, para su propio y absoluto asombro, sintió una inmensa pena por él, por su hijo, a quien su mujer acababa de regañar delante de todo el mundo.

Jack movió una mano y dijo algo así como que no tenía importancia, que estaba seguro de que aquello debía de ser una sorpresa, y se sentó, y Christopher también se sentó, y Ann salió de la habitación, y Olive se quedó ahí de pie. Apenas oyó a su hijo preguntarle a Jack (que todavía llevaba el abrigo de ante puesto) a qué se había dedicado profesionalmente, y apenas oyó a Jack contarle que había sido profesor en Harvard toda su vida, y que su especialidad había sido el imperio austrohúngaro, y Christopher asintió y dijo: «Bien, eso está muy bien».

Ann entraba y salía con las cosas de los niños, recogiendo todas sus pertenencias. Los niños permanecían junto a la puerta, observando: a veces se acercaban a su madre, pero ella se los quitaba de encima.

—¡Muévete! —le gritó a uno de ellos.

El pequeño Henry, que estaba a la entrada del salón, empezó a llorar.

Olive fue a consolarlo.

—Vamos, vamos, ya está —le dijo.

Él se pasó la mano por los ojos húmedos y echó hacia atrás la cabeza para mirarla. Y entonces —Olive nunca llegó a estar segura de que aquello hubiera pasado de verdad, durante el resto de su vida siempre le quedó la duda de si se lo había imaginado— le sacó la lengua.

—Muy bien —dijo Olive—. Pues muy bien.

Y regresó al salón, donde Jack y Christopher ya se habían puesto de pie y daban por finalizada la conversación.

—¿Ya está todo listo? —le preguntó Christopher a Ann cuando ella cruzó una vez más el salón con una maleta de ruedas. Se volvió hacia Jack—. Me alegro mucho de haberte conocido, y ahora, si me disculpas, tengo que ayudar a mi mujer a reunir a los polluelos.

—Ah, sí, claro.

Y Jack volvió a bajar la cabeza en aquella especie de reverencia irónica. Dio un paso atrás, se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones color caqui y se las sacó enseguida.

Cuando finalmente lo tuvieron todo recogido y estaban ya con los abrigos y los zapatos puestos, y las botas de agua azules, Olive notó que estaba algo aturdida. Ann seguía con su gesto pético, y Christopher se mostraba amable y hacía esfuerzos por ayudarla. Finalmente ya estaban listos para irse, y Olive también se puso el abrigo para acompañarlos fuera. Vio que su hijo estaba hablando con Jack una vez más, junto al asiento del copiloto —iba a conducir Ann—, y le pareció que su expresión era franca y hasta sonreía al hablar. Los niños ya estaban sentados en sus sillitas, con los cinturones abrochados, y en ese momento Chris se acercó a Olive y le dio un medio abrazo, casi sin tocarla, y dijo:

—Adiós, mamá.

Y Olive dijo:

—Adiós, Chris.

Y después Ann también le dio un abrazo, bueno, un abrazo a medias, y le dijo:

—Gracias, Olive.

Y el coche se alejó.

* * *

Fue al ver la bufanda roja que le había tejido al pequeño Henry tirada debajo del sofá del salón cuando Olive sintió algo que se parecía mucho al terror. Se agachó, la recogió y regresó con ella a la cocina, donde Jack, sentado, estaba inclinado hacia delante y apoyaba los brazos en la mesa. Olive abrió la puerta y tiró la bufanda al cubo de basura de la entrada. Acto seguido volvió a entrar y se sentó delante de Jack.

—Bueno —dijo Jack, en tono amable. Cubrió la mano de Olive con la suya, grande, salpicada de manchas de vejez. Y enseguida añadió—: Supongo que ya sabemos quién lleva los pantalones

en esa familia.

—La madre de Ann murió hace poco —dijo Olive—. Está de duelo.

Pero le apartó la mano. Se impuso el espantoso rumor creciente de la verdad: había fracasado estrepitosamente, y debía de llevar años haciéndolo sin darse cuenta. No tenía familia, como las otras personas. Los demás tenían hijos que venían a verlos y hablaban y se reían, y los nietos se sentaban en el regazo de sus abuelas, e iban a sitios y hacían cosas, comían juntos y se daban besos al despedirse. Olive conservaba imágenes de todo aquello, que ocurría en muchas casas. A su amiga Edith, por ejemplo, antes de mudarse a ese sitio para viejos, venían a verla sus hijos y se quedaban a dormir. Seguro que se lo pasaban mejor de lo que se lo había pasado su familia aquí, en casa. Y las cosas no habían sido así porque sí. No entendía cuál era su problema, pero estaba claro que era ella la que causaba todo aquello. Y seguro que era algo que había estado allí desde hacía años, tal vez toda su vida, ¿cómo iba a saberlo? Ahí sentada, delante de Jack, aturdida, se sentía como si hubiera vivido toda su vida siendo ciega.

—Jack...

—Dime, Olive.

Ella negó con la cabeza. Lo que no le dijo a Jack fue que se había alarmado mucho al ver que Ann le gritaba a Christopher, y lo que pensaba en ese momento, ahí sentada, era que no era la primera vez que Ann le gritaba así: aquellas eran puertas abiertas que dejaban entrever la oscuridad de las relaciones, y que uno presenciaba por accidente como si, estando en el interior de un granero, a oscuras, de pronto se abriera una puerta de par en par y revelara lo que se suponía que nadie debía ver...

Pero había algo más.

Ella había hecho lo mismo que Ann. Ella le había gritado a Henry en presencia de otras personas. No recordaba de quiénes exactamente, pero siempre se había mostrado agresiva cuando le había dado la gana. Así que eso era: su hijo se había casado con su madre, como acaban haciendo todos los hombres de un modo u otro.

—Eh, Olive —le dijo Jack en voz baja—. Salgamos de aquí un rato. Vamos a dar una vuelta en coche y después nos acercamos a mi casa. Te hace falta cambiar de aires.

—Buena idea.

Olive se puso de pie, recogió el abrigo y el gran bolso negro, y dejó que Jack la llevara hasta el Subaru. La ayudó a sentarse, luego subió él y se alejaron. Olive estuvo a punto de volverse para mirar atrás, pero lo que hizo fue cerrar los ojos. En cualquier caso, la veía perfectamente: la casa, la misma que Henry y ella habían construido hacía ya tantos años, la casa que ahora se veía pequeña y que acabaría derruida, fuera quien fuera el comprador, porque lo que tenía valor era el terreno. Pero aun con los ojos cerrados veía la casa, y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo y le llegó hasta los huesos: era la casa en la que había criado a su hijo sin darse cuenta nunca, sin darse cuenta jamás de que había criado a un niño sin madre que ahora se encontraba muy muy lejos de casa.

AYUDA

Cuando la casa de los Larkin ardió hasta los cimientos, la gente descubrió que Louise Larkin ya no vivía allí. En el periódico dijeron que estaba ingresada en la residencia de ancianos Golden Bridge. «Eso significa que se ha vuelto completamente majareta —le dijo Olive Kitteridge a Jack Kennison alzando la vista del diario—. Pero, por Dios, lo de su marido sí que es triste». El marido de Louise Larkin había fallecido en el incendio. Al parecer, solo ocupaba la planta de arriba de la casa y el fuego se había iniciado en la cocina. Según se informaba en el periódico que estaba leyendo Olive, la cosa tenía que ver con drogas. El titular decía: «Fallece anciano de 83 años en incendio doméstico. Los sospechosos de provocarlo son toxicómanos».

El periódico del día siguiente confirmó que los causantes del incendio eran drogadictos. Había un detenido. Dos toxicómanos, pensando que la casa estaba deshabitada, habían entrado en la vivienda a robar objetos —cobre, más exactamente—, y posteriormente empezaron a «cocinar» metanfetaminas, con lo que provocaron el incendio. Ambos habían conseguido salir de la casa en llamas, pero cuando se informó de la existencia del fuego, a las cuatro de la madrugada, los bomberos ya no pudieron hacer gran cosa. Aunque se trataba de una vivienda de dimensiones considerables, era vieja y de madera, por lo que había ardido como una tea. A partir de entonces, cuando uno entraba en el pueblo de Crosby, Maine, lo primero que veía eran unos escombros carbonizados. Una imagen muy triste.

Era otoño y las hojas habían cambiado de color, pero aún no caían de los árboles y los arcos de los Larkin proclamaban a gritos sus hermosos colores, aunque lo cierto era que daba pena mirar aquella casa ya antes de que se quemara hasta los cimientos. La hierba estaba muy alta y hacía tiempo que nadie podaba los setos, que tapaban las ventanas grandes y majestuosas de la fachada delantera. No era de extrañar que la gente se sorprendiera al saber que Roger Larkin había seguido viviendo en la planta de arriba todo ese tiempo. ¡Pero qué manera tan espantosa de morir! Quemarse vivo mientras dos toxicómanos preparaban sus horribles mezclas justo en la planta de abajo... Evidentemente, todo el mundo hacía comentarios. Los Larkin siempre se habían creído mejores que los demás y su hijo estaba en la cárcel por aquel crimen terrible. Louise había sido una mujer guapa, eso lo reconocía la gente del pueblo, que había trabajado como orientadora en el instituto de secundaria, pero desde que su hijo le había clavado veintinueve puñaladas a aquella mujer, ella no había vuelto a ser la misma. ¿Dónde estaba la hija? Nadie lo sabía.

Jack y Olive estaban saliendo del pueblo en coche y, al pasar por delante de la casa quemada de los Larkin, Olive, que estaba mirando por la ventanilla, dijo: «Qué triste, qué triste, qué triste». Giró un poco el cuello y dijo: «Vaya, hay un coche aparcado ahí. Detrás del árbol. ¿De quién es?».

El coche era de la hija de los Larkin.

Suzanne había llegado desde Boston la noche anterior, se había alojado en el Comfort Inn, a las afueras de Crosby y había reservado la habitación a nombre de su marido. Aquella mañana se había acercado hasta la casa —o hasta lo que quedaba de ella— y había llamado a la única persona del pueblo a la que conocía, que de hecho era la misma que la había llamado a ella para contarle lo ocurrido. Se trataba del abogado de su padre, Bernie Green. Él le dijo que pasaría a buscarla: ella no recordaba cómo se llegaba a su despacho.

«Que alguien me ayude, que alguien me ayude, que alguien me ayude». Aquello era lo que Suzanne había pensado desde que aquella mañana había visto las siniestras ruinas de la casa a la luz del día. Solo quedaba en pie una esquina, el resto era un montón de escombros, cristales rotos y tablones ennegrecidos. El cielo estaba encapotado por un manto de nubes bajas que parecían acolchadas. Sentada en el coche, movía las piernas en un tic nervioso y se arrancaba las pieles de las uñas. A través del parabrisas advirtió que el tronco del arce también se había chamuscado. «Que alguien me ayude. Que alguien me ayude».

Cuando Bernie tomó el camino de entrada, cuando los neumáticos se hundieron en los montones de ceniza negra, Suzanne tuvo la sensación de estar flotando hacia el coche: conocía a aquel hombre desde que era una niña. Alto, con algo de sobrepeso, Bernie se apeó y abrió la otra puerta para que ella subiera.

Ella lo hizo y casi susurrando le dijo:

—Bernie...

Y él le dijo:

—Hola, Suzanne.

Fueron en silencio hasta la casa del abogado; la timidez se había apoderado de ella.

—Te pareces a tu madre —le dijo Bernie cuando ya estaban en su despacho, en la segunda planta de su casa en River Road—. Siéntate, Suzanne.

Le indicó una silla tapizada de terciopelo rojo y Suzanne se sentó.

—¿Me das el abrigo? —le preguntó Bernie.

Y ella negó con la cabeza.

—¿Cómo está tu madre? ¿Lo sabe?

Bernie se dejó caer en la silla detrás del escritorio.

Suzanne siguió allí sentada, tapándose la boca con el dorso de la mano. Luego se inclinó hacia delante y dijo:

—Bernie, está totalmente ida. Anoche, cuando le dije que yo era su hija, ella me dijo que su hija estaba muerta.

Bernie la miró y bajó un poco los párpados. Al cabo de un rato le preguntó:

—¿Cómo te va el trabajo, Suzanne? ¿Todavía estás en la fiscalía general?

—Sí, sí. El trabajo me va bien. Esa parte está bien —respondió Suzanne apoyando la espalda en el respaldo y relajándose un poco.

—¿En qué departamento estás?

—Protección a la infancia —dijo Suzanne, y Bernie asintió.

Suzanne dijo:

—El trabajo es una pesadilla. Ahora mismo tengo un caso que... —Hizo un gesto con la mano—. Da igual, siempre es así, y en realidad me encanta.

Bernie la observaba.

Al cabo de un momento, Suzanne dijo:

—La verdad es que creo que mi padre nunca me consideró una abogada de verdad. Ya lo sabes.

—Eres una abogada de verdad, Suzanne.

—Sí, claro, ya lo sé. Pero para él, para el gran banquero de inversiones, trabajar en la oficina de la fiscalía general, y más en Protección a la infancia... no sé. Pero supongo que estaba orgulloso de mí.

Miró a Bernie, que en aquel momento mantenía la vista baja.

—Seguro que sí, Suzanne.

—Pero ¿alguna vez te lo dijo? ¿Te dijo si se sentía orgulloso de mí? —le preguntó Suzanne.

—Oh, Suzanne —dijo Bernie, alzando aquellos ojos cansados—. Estoy seguro de que sí.

Suzanne se fijó en la ventana del fondo, con sus largas cortinas blancas y la doselera roja en lo alto. Estaban entreabiertas y, a través de ellas, se veían las nubes que se extendían sobre el río. Volvió a mirar a Bernie.

—Bernie, ¿puedo contarte una cosa?

Bernie arqueó un poco las cejas en señal de asentimiento.

—Cuando era pequeña, tenía un perro de peluche que se llamaba *Snuggles*. Y a mí me encantaba, era tan suave... Y cuando volví hace dos años para ayudar a mi padre a llevar a mi madre a la residencia, me enteré... bueno, no sabía que aquel perrito todavía existía ni que mi madre le había cogido mucho cariño. Cuando llegué anoche, ella estaba dormida, aferrada a *Snuggles*, y el personal, las cuidadoras, me dijeron que adora a ese perro, que duerme con él, que no se separa nunca de él.

Suzanne se mordió la mejilla por dentro, apretándosela un poco con un dedo.

—Oh, Suzanne —dijo Bernie y soltó un sonoro suspiro.

A Suzanne le gruñó el estómago. Se notaba un poco mareada. Solo se había tomado un café a primera hora de la mañana, pero se medio alegraba de comprobar que cada vez tenía más ganas de hablar. Miró a su alrededor y vio que el despacho de Bernie era más pequeño de lo que recordaba; la vista del río era extraordinaria, eso sí creía recordarlo. En un rincón había un alto reloj de pared que no funcionaba. Suzanne cruzó las piernas y empezó a balancear un pie arriba y abajo muy ligeramente. La bota de ante marrón rebotó contra el escritorio.

—Mi madre... —Suzanne se detuvo—. No sé si lo sabes... tenía un problemilla con la bebida. Sinceramente, a mí me parece que siempre estuvo un poco loca. Creo que Doyle heredó su genética. Lo creo, sí.

—¿Cómo está Doyle? —le preguntó Bernie impasible, con las manos en el regazo.

—Bueno, está medicado. —Suzanne tuvo que hacer una pausa antes de poder seguir hablando. La historia de su hermano se le había grabado muy profundamente; la llevaba siempre oculta en lo más hondo del pecho—. O sea, que está bien pero un poco como un zombi. Lo cual no es tan malo, teniendo en cuenta que tiene que pasarse el resto de su vida ahí metido. Antes de que empezaran a medicarlo, se pasaba el día llorando. El pobre lloraba todo el día.

—Vaya, vaya —dijo Bernie negando con la cabeza, y Suzanne sintió de pronto un afecto muy muy profundo por ese hombre al que conocía desde que era apenas una niña. Vio que tenía los ojos azules, grandes y llorosos por la edad—. Volvamos un momento a tu madre, Suzanne. ¿Así que ayer no te reconoció? ¿Y no tenía ni idea de lo del incendio? ¿No sabe que tu padre ha

muerto? ¿Y de Doyle? ¿Se acuerda aún de algo?

Suzanne se echó hacia atrás, sus pies rebotando en aquel momento contra el aire y dijo:

—No, no creo que sepa nada de lo de mi padre, y si quieres que te diga la verdad... — Suzanne miró a aquel hombre que tenía delante—. Yo no se lo dije.

—Lo entiendo —dijo Bernie—. ¿De qué serviría?

—Eso mismo digo yo —dijo Suzanne—. ¿De qué serviría? Mi padre me contaba que cuando iba a verla, ella lo trataba fatal y lo insultaba... —Suzanne movió una mano por el aire—. Bueno, ¿quién sabe? Es igual. No comentó nada de Doyle, así que yo tampoco le hablé de él.

—No. —Bernie negó con la cabeza, comprensivo—. No, claro que no.

* * *

Esto es lo que Suzanne no le contó a Bernie: que hacía dos años, dejándose llevar por un impulso, se había subido al coche y había ido a visitar a sus padres sin avisar. Al llegar a la puerta de la casa había escuchado gritos. Llevaba la llave, así que abrió, y en el salón se encontró con su padre, de pie ante su madre, que estaba sentada en una silla ataviada con un camisón sucio, y su padre la sujetaba por las muñecas, la levantaba y la dejaba caer de nuevo, una y otra vez mientras le gritaba: «¡No puedo seguir con esto, maldita sea, te odio!». Y su madre gritaba e intentaba librarse de él, pero su padre la sujetaba con fuerza por las muñecas. Cuando su padre se volvió y vio a Suzanne, se desplomó en el suelo, junto a la silla, y se echó a llorar. Lloró mucho. Suzanne no había visto nunca llorar a su padre, le parecía algo inimaginable. Su madre seguía sentada, gritando sin descanso.

—Suzanne —le dijo su padre con la cara empapada y jadeando—. Suzanne, no puedo más.

—Oh, papá —dijo Suzanne—. Ha empeorado mucho, no tendrías que cuidarla tú solo.

Finalmente, Suzanne acostó a su madre, pero le había visto los moratones en las muñecas y le impactó mucho descubrir que también los tenía en los tobillos, en los antebrazos e incluso más arriba del pecho. Su padre se había quedado en el suelo del salón y ella fue a sentarse a su lado. Tenía la camiseta roja mojada.

—Papá —le dijo—. Papá, tiene morados por todo el cuerpo.

Su padre no dijo nada y enterró la cara en las manos.

Ella contrató a unas cuidadoras las veinticuatro horas del día. Se entrevistó con todas y les contó que su madre se había caído. Pero le daba mucho miedo —un miedo atroz— que alguna de ellas contara algo a las autoridades, aunque eso no llegó a ocurrir. Y una semana después quedó una plaza libre en la residencia Golden Bridge, y Suzanne ayudó a su padre a trasladar allí a su madre, y el padre de Suzanne se refugió en la planta de arriba, donde ya llevaba un tiempo viviendo. Y le dijo:

—Por favor, no vuelvas por aquí. Tienes tu vida y debes vivirla.

Su padre se había encerrado en su caparazón y ella apenas lo reconocía.

En aquel momento, tuvo la sensación de que ella —Suzanne— no había estado muy bien de la cabeza desde que había ocurrido todo aquello.

Dijo:

—Así que, ya sabes, todas las semanas hablaba por teléfono con mi padre.

Bernie se rascó la nuca.

—Cuéntame.

—Lo llamaba una vez por semana. Aunque fueran solo unos minutos. El pobre no tenía gran cosa que contar. Pero conversábamos y la noche que murió había hablado con él. Quiero decir, antes de que muriera, claro.

Y nada más decirlo, pensó: «No, la verdad es que no estoy nada bien de la cabeza». Y dijo:

—Creo que no estoy nada bien de la cabeza. No digo que esté como mi madre, que esté loca, pero es que todo esto...

Bernie levantó su manaza.

—Ya te entiendo. Pero estás bien. Con mucho estrés. No estás loca. Es lógico que creas que no estás bien de la cabeza.

¡Ah! Cómo adoraba a ese hombre.

Suzanne cerró los ojos un momento.

—Gracias —dijo.

Y se echó a llorar. Habría querido llorar hasta que le estallara la cabeza, pero el llanto le brotaba a trompicones, en estallidos breves. Era como tener ganas de vomitar, pensó: la sensación de que subía, pero no terminaba de salir. Le sorprendió que él tuviera una caja de pañuelos de papel —no los había visto hasta entonces— ahí mismo, sobre el escritorio de madera. Bernie se los acercó, y se llevó uno a los ojos. Un instante después ella le dijo:

—Así que aquí viene gente dispuesta a llorar, como a las consultas de los psicólogos. — Intentó dedicarle una sonrisa—. Lo digo porque estás equipado con cajas de clínex.

—La gente viene hasta aquí en distintos estados de aflicción —dijo Bernie, y ella se dio cuenta de que, evidentemente, aquello tenía que ser cierto.

—Pues yo estoy afligida —dijo.

Se sonó la nariz y arrugó el pañuelo. Ya no lloró más.

—Es normal que lo estés. Tu padre, con el que hablabas todas las semanas por teléfono, acaba de morir en un incendio espantoso. Es normal que estés bastante afligida, Suzanne.

—Lo estoy, sí. Además, es posible que me divorcie.

Al oír la noticia, Bernie bajó la vista y negó con la cabeza en un gesto que a Suzanne le pareció de gran comprensión. Al cabo de un momento la miró y le dijo:

—¿Y tus hijos?

Suzanne descubrió una pequeña papelera debajo del escritorio y se inclinó para tirar el pañuelo.

—Bueno, los dos empezaron la universidad el año pasado. Uno en Dartmouth y el otro en Michigan. Gracias a Dios, no tienen ni idea de que igual nos separamos. Pero es que es... bueno, es horrible.

Bernie asintió.

—Es culpa mía, Bernie —dijo Suzanne. Dudó unos momentos y se lo explicó—: Tuve una aventura. Una aventura estúpida, sin importancia, con un... bueno, con un tío algo extraño, y cuando se lo cuente a mi marido, sé que se va a volver loco y que va a querer divorciarse. Mi marido... —añadió—. Bueno, mi marido es muy... —Hizo una pausa, buscando la palabra exacta—. Es tradicional.

Bernie desplazó unos centímetros una hoja de papel sobre el escritorio y asintió muy levemente.

—¿Por qué finges que todo esto es de lo más normal? —le preguntó Suzanne, apretándose la nariz con dos dedos.

Bernie suspiró.

—Porque lo es, Suzanne.

—Pues para mí no lo es. Me siento como si hubiera puesto una bomba de relojería en mi vida. Durante años he sentido que estaba segura en una... No sé, como en una isla que se había alejado flotando de todos aquellos problemas que tuvo el pobre Doyle. Creía estar segura en mi isla, con mi propia familia, con mi marido y mis hijos, y ahora lo he hecho volar todo por los aires.

—Una pérdida puede provocar esto —dijo Bernie.

—¿El qué? —le preguntó Suzanne.

Bernie levantó las palmas de las manos en el aire.

—Puede causar estos... deslices.

—Pero es que cuando yo tuve ese desliz de mierda, mi padre todavía no había muerto.

—Pero tus hijos se habían ido. —Bernie señaló el techo y añadió—: Y hace seis años condenaron a tu hermano a cadena perpetua. Y, como tú misma acabas de decir, tu madre está ausente. Son pérdidas inmensas, Suzanne.

Aquellas palabras pasaron por encima de ella a gran velocidad, como si se hubiera dicho una verdad pero ella no hubiera podido atraparla. Echó un vistazo a la oficina. ¡Qué ganas tenía de quedarse ahí! Por la ventana del fondo entró de pronto un haz de luz y dibujó una franja de sol en el escritorio, y vio que en ese escritorio había una fotografía pequeña, enmarcada, encarada hacia Bernie.

—¿De quién es? —le preguntó, señalando el marco con un movimiento de cabeza.

Bernie le dio la vuelta para que lo viera. La pareja, en blanco y negro, parecía sacada de tiempos remotos: el hombre lucía una barba cerrada y un traje con corbata estrecha, y la mujer llevaba un sombrero encasquetado en la cabeza.

—Son mis padres —dijo.

—¿En serio? —Suzanne entornó los ojos—. ¿Eran... bueno, ya sabes, ortodoxos?

Bernie levantó una mano y la hizo oscilar hacia un lado y hacia el otro.

—Sí. No. Al final, no.

—¿Al final no? Yo creía que si eras ortodoxo, eras ortodoxo.

Bernie apretó los labios y se encogió de hombros.

—Pues te equivocas. Murieron en los campos —dijo Bernie—. Fingieron que no eran judíos, pero lo eran, y por eso murieron.

—Dios mío. Dios. Lo siento mucho. —Suzanne notó que se sonrojaba—. No tenía ni idea —dijo.

—¿Y por qué ibas a tenerla? —dijo Bernie, mirándola con los párpados entornados.

—¿Y cómo es que acabaste en Maine, Bernie?

Bernie pareció tomarse la pregunta con indiferencia.

—Mi mujer y yo queríamos marcharnos de Nueva York, y había... de hecho, todavía la hay, una comunidad judía en Shirley Falls, así que nos vinimos aquí, pero después nos cansamos de la comunidad y nos trasladamos a Crosby.

Habría querido preguntarle cómo había llegado a Nueva York después de la muerte de sus

padres en Europa, pero no lo hizo. También habría querido preguntarle por sus creencias. No sabía si había perdido la fe, si a eso se refería al decir que se había cansado de la comunidad. Habría sido lógico, ¿no? Perder la fe cuando uno pierde a sus padres de esa manera. Durante muchos años, Suzanne había tenido lo que a su manera creía que era una especie de fe, pero hacía ya unos años que aquella sensación la eludía, y aquello la hacía sentirse muy mal.

—Oh, Bernie —dijo, antes de preguntarle—: ¿Cómo están tus hijos? ¿Y tus nietos?

—Todos están bien. —Bernie miró por la ventana—. Y lo irónico del caso es que todos viven en Nueva York —dijo al cabo de un momento. Y añadió—: Lo que está muy bien.

—Ah.

No le preguntó por su mujer porque acababa de verla —se habían saludado— antes de subir a la oficina. Su mujer parecía una vela derretida. Eso era lo que había pensado Suzanne al verla. Pero igual siempre había tenido el mismo aspecto y ella no lo recordaba.

—Ojalá pudiera quedarme aquí, aquí mismo —dijo Suzanne.

Al otro lado del despacho, en una esquina, había un sofá con el mismo tapizado de terciopelo rojo que el de la butaca en la que estaba sentada.

—¿En Crosby? —le preguntó Bernie.

—No, no. Quiero decir aquí. Aquí mismo, en esta habitación. Que me gustaría quedarme aquí, eso es lo que digo.

—Pues quédate el tiempo que quieras, Suzanne. No hay ninguna prisa.

Pero entonces se pusieron a hablar de las propiedades. Cuando Bernie le habló de la cantidad de dinero que podía recibir, Suzanne se incorporó en la butaca.

—Basta —le dijo—. Es vomitivo.

—Tu padre hizo muy buenas inversiones —dijo Bernie.

—¿En qué invirtió? —le preguntó ella—. Ya sé que trabajaba en una banca de inversiones, pero ¿en qué invirtió para ganar tanto? Por Dios, Bernie, eso es mucho dinero.

—Sudáfrica —dijo Bernie concentrándose en unos papeles que tenía delante—. Hace un montón de tiempo. Y también en empresas farmacéuticas. Y en Exxon.

—¿Sudáfrica? —preguntó Suzanne—. ¿Me estás diciendo que cuando invirtió allí durante el *apartheid*? —Bernie asintió, y ella dijo—: Pero, Bernie, no lo hizo. Yo se lo pregunté... Cuando Mandela salió de la cárcel, yo le pregunté a mi padre si había invertido en Sudáfrica y él me dijo: «No, Suzanne». ¡Me lo dijo!

Bernie guardó los papeles en una carpeta.

—Voy a donar todo ese dinero. Hasta el último centavo. No lo quiero. —Suzanne se echó un poco hacia atrás—. Dios mío —dijo.

—Haz lo que quieras con él —dijo Bernie.

Le dijo que tendría que asumir los gastos de desescombrar la parcela —aunque había un seguro—, y que después pondrían el terreno a la venta.

—Creo que se venderá —dijo Bernie—. La ubicación es excelente, porque está ahí, a la entrada misma del pueblo. Seguro que a alguien le interesa.

—O no —dijo Suzanne.

Estaba totalmente impresionada con aquella cantidad de dinero.

—O no —repitió Bernie encogiéndose un poco de hombros.

Al cabo de un rato, Suzanne se levantó y Bernie hizo lo mismo. Se acercó a él y lo abrazó y,

tras unos momentos, él la abrazó también. Ella apretó fuerte, pero notó que él se apartaba un poco y lo soltó y le dijo:

—Gracias, Bernie. Te has portado tan bien conmigo...

Cuando se dirigía a la puerta, él le dijo:

—Suzanne...

Ella se volvió.

—¿Por qué tienes que contarle a tu marido lo de tu... desliz?

Bernie estaba ahí de pie, con las manos en las caderas.

—Porque es mi marido —dijo ella—. No podemos vivir con eso, ya sabes, sería horrible.

—¿Tan horrible como divorciarse?

—¿Qué me estás diciendo, Bernie? ¿Que viva con esa mentira para siempre?

Él se volvió un poco, se llevó la mano a la barbilla, regresó a su posición anterior y dijo:

—La que tomó la decisión de tener la aventura fuiste tú. Creo que deberías ser tú la que asumiera la responsabilidad, no tu marido.

Ella negó con la cabeza.

—Nosotros no somos así, Bernie. Entre nosotros nunca ha habido secretos, y ese sería demasiado espantoso. Tengo que contárselo.

—Siempre hay secretos —dijo Bernie—. Anda, vámonos.

Señaló la puerta con la mano y ella empezó a bajar por la escalera delante de él. Había olvidado que tenía que llevarla en coche.

* * *

Por debajo de las nubes —que ahora estaban aún más bajas— sobresalía parte de la esquina de la casa que todavía se mantenía en pie, y aquellos restos grotescos parecían exactamente lo que eran: restos.

—Gracias —dijo Suzanne y sacó del bolso la llave del coche.

—De nada. —Él apagó el motor del suyo, y Suzanne sintió una ligera emoción al pensar que él no quería separarse de ella aún. Al cabo de un momento, Bernie le dijo—: Ya sé que no es asunto mío, pero no sé, tal vez podrías ir a ver a alguien, a un psicólogo. Seguro que hay buenos psicólogos en Boston. Durante un tiempo, hasta que te aclares un poco con todo esto.

—Oh, Bernie... —Le rozó el brazo fugazmente—. Ya he ido a un psicólogo. Precisamente fue con él con quien tuve la aventura.

Bernie cerró los ojos un buen rato, los abrió y mantuvo la vista clavada en el parabrisas.

—Lo siento, Suzanne —dijo.

—No, si fue más bien culpa mía. Yo dejé que se acercara.

—No fue culpa tuya. —Se volvió para mirarla—. Lo que hizo fue muy poco profesional. ¿Cuánto tiempo llevabas yendo a ese psicólogo?

—Dos años. Desde que mi madre ingresó en la residencia. Fue entonces cuando empecé a ir.

—Oh, vaya.

—Pero solo fue en los últimos meses... La historia en sí es tan sórdida, y es que, ¿sabes? Además es... no te ofendas, Bernie, pero es viejo.

—Claro —dijo Bernie—. Claro que lo es.

—Pero, por favor, tú no te preocupes, ¿vale?

—Habría que denunciarlo —dijo Bernie.

—No pienso denunciarlo —dijo Suzanne.

Bernie levantó una mano.

—Adiós. Buena suerte, Suzanne. Llámame si necesitas algo.

Puso en marcha el motor, y ella sintió que la invadía de nuevo una desolación abrumadora.

Se bajó del coche, se subió en el suyo y se quedó ahí sentada mientras él se alejaba. Sobre el techo habían caído unas hojas anaranjadas del árbol que estaba justo encima. Miró el móvil y vio que su marido le había enviado un mensaje para saber si estaba bien, y ella le contestó que lo llamaría enseguida. Contempló por la ventanilla los restos calcinados de la casa en la que se había criado. «Inténtalo», pensó con una especie de rabia. Lo que quería decir era: intenta que te venga a la mente un buen recuerdo.

Pero no lo consiguió.

Apenas tenía recuerdos, solo imágenes fugaces de su madre levantándose con dificultad de la mesa del comedor, por la noche, con la copa de vino en la mano; y de su padre, como en sombras, bajando la escalera. Doyle siempre tan asustadizo, tan intenso. Volvió la cabeza y con los ojos entornados se fijó en la parte de Main Street que veía desde donde se encontraba, y pensó en ese pueblo en el que había pasado su juventud, aunque ella iba a un colegio privado de Portland, y nunca se había sentido tan de allí como debería. De niña daba largos paseos, sola, cruzaba el puente y seguía por la costa. Aquel sí era un buen recuerdo. Después pensó en Doyle, sentado en el coche a su lado todas las mañanas, riendo y dándose golpes en la rodilla. Tenían una conexión muy íntima, porque los dos iban al colegio fuera del pueblo. Y porque ella quería mucho a su hermano pequeño. Casi todos los días su padre los llevaba al colegio de Portland y, en aquel momento, Suzanne se acordó de que se detenía en una gasolinera a las afueras de Freeport y que salía de la tiendecita y le lanzaba un paquete de donuts envueltos en celofán, un paquete de seis donuts pequeños cubiertos de un polvo blanco. «Ahí tenéis, pastelitos», le decía su padre, porque para el almuerzo, también les compraba pastelitos para los dos.

* * *

Ya en casa, Bernie entró en la cocina y se acercó por detrás a su mujer, que estaba fregando los platos, y la rodeó con los brazos. Era bajita y la nuca le quedaba por debajo de la barbilla.

—Oh, Eva —le dijo, y ella se volvió, con las manos enjabonadas.

—Ya lo sé —dijo ella.

La atrajo hacia sí con un brazo y se quedó contemplando el cedro que se veía a través de la ventana.

—Pobre chica —dijo su mujer, y Bernie dijo:

—Sí.

Subió a su despacho y se quedó un buen rato sentado al escritorio, con la silla vuelta hacia la ventana, contemplando el río. Suzanne le había parecido más infantil que cuando la llamó para darle la noticia de la muerte de su padre; en aquel primer momento, por su voz, había sonado serena y adulta. Pero se daba cuenta de que, al enfrentarse a la imagen de aquella casa calcinada,

a la realidad de lo que había ocurrido, se había desmoronado. Aun así, había sido toda una sorpresa para él comprobar con qué precisión juzgaba a su padre. En realidad, Roger Larkin nunca se había tomado en serio el hecho de que su hija fuera abogada, y a Bernie le había comentado varias veces que «solo era una trabajadora social». Bernie seguía ahí sentado, con los brazos en los reposabrazos de la silla, e imaginaba a Roger cuando era más joven, aquel hombre atractivo de pelo moreno que tenía una mujer guapa y rubia. Su mujer era de Filadelfia. Roger había escapado de la pobreza de Houlton, Maine, y como era listo estudió en Wharton, y después se dedicó simplemente a ganar dinero, dinero y más dinero. La primera vez que acudió a consultarle por temas legales fue en relación con sus inversiones en Sudáfrica. Necesitaba un resquicio, un vacío legal, que en realidad ya se le había ocurrido, y Bernie lo asesoró.

Ese mismo día Bernie le dijo: «Pero que sepas que esto no me gusta, Roger», y Roger se limitó a sonreírle y le dijo: «Eres mi asesor legal, Bernie, no mi sacerdote».

Bernie había recordado siempre aquellas palabras, porque a él le parecía que un sacerdote también estaba obligado a oír la misma clase de secretos que Bernie oía de boca de sus clientes, pero que un sacerdote era, supuestamente, puro. Y Bernie no se sentía puro. Con los años, Roger Larkin formó parte de los consejos de administración de varias compañías, entre ellas, la Portland Symphony. En una ocasión, hacía muchos años, Roger había entrado en su despacho y le había dicho: «Ahora sí que te necesito, Bernie». Había tenido una aventura con una mujer de su empresa y le había hecho llegar dinero para que abortara en Nueva York, pero después ella lo había demandado. En aquella ocasión, Bernie consiguió llegar a un acuerdo enseguida y el asunto no llegó a la prensa. Al parecer, Suzanne no estaba al corriente de aquel aspecto de la vida de su padre.

En cualquier caso, lo que más perturbaba a Bernie —que se revolvió en la silla— era que Louise Larkin lo había telefoneado un día, dos años atrás. Era por la tarde, y casualmente Bernie estaba en su despacho preparando un caso que tenía al día siguiente. Louise le gritó: «¡Intenta matarme! ¡Ayúdame! ¡Ayuda!».

En ese momento, Roger le arrebató el teléfono a su mujer y con voz cansada le dijo que su mujer sufría demencia senil y que ya no podía seguir haciéndose cargo de ella. Bernie estuvo un buen rato hablando con Roger y le dio a entender que si hubiera estado tan loca no habría sabido cómo llamarlo por teléfono, y que tal vez se debería investigar si Louise lo estaba llamando para preservar su integridad física. Y Roger le dijo: «Bueno, tú haz lo que tengas que hacer, señor abogado». Bernie no había hecho nada. Pero a la semana siguiente llamó a Roger y lo ayudó a ingresar a Louise en la residencia Golden Bridge; se saltó la lista de espera gracias al dinero de su marido. Bernie ya no volvió a saber nada de él hasta unos seis meses después, cuando se presentó con un testamento actualizado.

Bernie contemplaba el río, al que las nubes otorgaban un aspecto gris, pero después dejó de mirarlo y se imaginó a Suzanne, aquella pobre chica, tan bonita, igual que su madre, y tan tan... aturdida. Cuando ella lo abrazó tan fuerte antes de irse, él había sentido... ¿Qué había sentido? Habría querido levantarla en brazos y acariciarle el pelo y sacarle todo lo malo de la vida. Entonces recordó exactamente cómo había sido de niña, jugando con una muñeca en silencio, en un rincón de aquel mismo despacho, mientras su padre y él se dedicaban a sus asuntos.

Bernie se sentía incómodo y se dio cuenta de que era una incomodidad que llevaba sintiendo bastantes años de manera intermitente. Algunos de sus clientes le habían arruinado la vida, pero Roger Larkin era el que más lo había hecho sentirse así.

Entró en el baño. Oyó que sonaba el teléfono y que dejaba de sonar. Al salir, consultó el

número y vio que era el de Suzanne; no había dejado ningún mensaje. Le devolvió la llamada, pero ella no respondió. Así que se quedó sentado, y una gran ternura lo inundó.

* * *

Suzanne estaba estacionando en el aparcamiento de la residencia Golden Bridge. Acababa de salir del Comfort Inn, adonde había ido a recoger su bolsa, y la mujer que trabajaba allí la había asustado: en pleno ataque de pánico, Suzanne había llamado a Bernie. Él le había devuelto la llamada justo cuando ella iba conduciendo por el puente y no había podido responder. Le daba miedo conducir y hablar por teléfono, porque la atontaba. En aquel momento estaba sentada en el coche con la vista clavada en el móvil, pero al recordar que él la había apartado ligeramente cuando ella lo abrazó, dejó caer el móvil en el bolso y se quedó ahí con los ojos cerrados, pensando: «Que alguien me ayude, que alguien me ayude». Y entonces bajó del coche y entró. Aunque había estado allí un día antes, aquel sitio volvió a pillarla por sorpresa. Retirado de la carretera, agradable a la vista, con sus contraventanas negras, era un mundo en sí mismo, y el olor —a líquidos de limpieza mezclados con un atisbo de excrementos humanos— la asaltó apenas puso un pie al otro lado de la doble puerta.

Pasó por delante de un hombre en silla de ruedas que estaba en el pasillo y siguió hasta la habitación de su madre. Cuando había estado allí la tarde anterior, su madre estaba dormida, y Suzanne ahogó un grito al verla: ahí estaba, echada, con el pelo gris —o lo que quedaba de él— desparramado sobre la almohada, y tan menuda que incluso parecía difícil que estuviera viva. Era como si su madre se hubiera metido en una película de ciencia ficción y le hubieran quitado el cuerpo, la esencia. Su madre abrió los ojos de pronto, Suzanne le dijo: «Soy yo, mamá, Suzanne». Y su madre se incorporó y le dijo: «Hola».

Y cuando se lo repitió: «Mamá, soy yo, tu hija», su madre le respondió en tono amable: «No, mi hija está muerta». Y entonces su madre empezó a cantar una nana mientras acunaba a *Snuggles*, y así seguía cuando Suzanne se fue.

En aquel momento, al entrar de nuevo en la habitación, tuvo que pasar por delante de otra mujer que estaba sentada en una silla de ruedas cerca de su madre. Aquella señora la miró con ojos vidriosos y, aunque Suzanne levantó la mano para saludarla, ella no respondió.

Su madre estaba sentada serenamente en una esquina de la habitación, y tenía a *Snuggles* en el regazo. La habían peinado, y llevaba puesta una sudadera de un blanco desgastado y unas zapatillas deportivas también blancas, relucientes.

—Hola —le dijo a Suzanne—. Eres una mujer muy guapa. ¿Quién eres?

—Soy tu hija, mamá. Soy yo, Suzanne.

—Yo no tengo hija —dijo su madre educadamente—. Mi hija murió. Pero cuando era pequeña, tenía esto. —Y su madre levantó a *Snuggles*—. Se llama *Snuggles* —dijo su madre.

—Mamá, ¿te acuerdas de que este era *Snuggles*?

Suzanne se inclinó hacia su madre.

—No sé quién eres —continuó su madre—. Pero mi hija, pobrecilla, siempre fue muy buena.

Suzanne se sentó despacio en el borde de la cama de su madre.

—En cambio su hermano... —Su madre se echó a reír—. Su hermano era un niño malísimo. Siempre quería que le tocaran la pilila. Oh, siempre me pedía que jugara con su pilila. Qué

travieso era. Qué niño tan malo.

Y volvió a reírse.

Suzanne sintió que un escalofrío le recorría todo el costado y le llegaba hasta la pierna.

—¿Doyle? —preguntó al fin.

El gesto de su madre siguió inmutable hasta que de repente se torció de rabia.

—¡Lárgate ahora mismo! ¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

La saliva le salía disparada de la boca.

En ese momento, la mujer que estaba sentada en la silla de ruedas empezó a llorar. Era un sonido espantoso, casi como un lamento. Suzanne se levantó y salió al pasillo.

—Ayúdeme, por favor —le dijo a una cuidadora que pasaba por allí en ese momento—. He disgustado a mi madre y también a una mujer que está aquí, visitándola, supongo.

La cuidadora era una mujer joven, menuda, inexpresiva.

—Voy enseguida —le dijo.

—Por favor, venga ahora mismo —dijo Suzanne, pero la cuidadora ya se estaba metiendo en la habitación de al lado—. Oh, Dios mío —dijo Suzanne.

Entró de nuevo en la habitación de su madre, pasó por delante de la mujer que lloraba. Su madre estaba medio incorporada en la silla. Alargó el brazo y señaló a Suzanne.

—¡Tú! ¡Lárgate de aquí ahora mismo!

* * *

Una hora después, Bernie seguía sin poder quitarse a Suzanne de la cabeza. Regresaba a una imagen en la que él la sentaba en su regazo y la abrazaba con fuerza. Ya basta, pensó, y sacó la carpeta del caso en el que debía ponerse a trabajar.

Cuando volvió a sonar el teléfono, vio que era ella, respondió y dijo:

—Hola, Suzanne.

Se dio cuenta de que estaba llorando.

—Oh, Bernie. Siento muchísimo llamarte, de verdad que lo siento, pero es que...

—No pasa nada, Suzanne. Ya te he dicho que me llamaras cuando quisieras, y te lo he dicho de corazón. Si vuelves a llamarme en diez minutos, te diré lo mismo.

—Es que tengo tanto miedo —dijo ella—. Tanto miedo...

—Te entiendo. Tienes motivos para estar asustada. Pero todo va a salir bien. —Bernie le hablaba con dulzura—. Te conozco desde hace muchos años, Suzanne, y siempre has sido muy centrada, inteligente, y vas a salir adelante. Lo que pasa es que ahora estás en el ojo del huracán.

—No cuelgues —dijo Suzanne.

—No cuelgo. Sigo aquí —dijo Bernie—. Tómame tu tiempo.

—¿Dónde estás? —le preguntó Suzanne—. Para imaginarte.

—Estoy aquí mismo, sentado a mi escritorio. Solo —añadió.

—Bernie —dijo Suzanne—. Lo primero de todo, escúchame y dime la verdad. ¿Sabes si mi padre tuvo alguna aventura alguna vez? La mujer que trabaja en el Comfort Inn, cuando he vuelto a recoger mi bolsa, me ha dicho que ha reconocido mi nombre de la tarjeta de crédito con la que había pagado, y que siempre había querido a mi padre. Se ve que antes trabajaba en aquella

gasolinera de Freeport y me ha dicho que mi madre iba a la gasolinera con él a mediodía, que siempre estaba tan guapa, pelirroja. Pero mi madre nunca llevó el pelo rojo.

Se hizo un silencio y finalmente Bernie dijo:

—A eso no te voy a responder.

—Bueno, supongo que acabas de hacerlo.

—No, no acabo de hacerlo. —Transcurrido un momento, Bernie añadió—: Tú eres abogada y sabes que el secreto profesional no se extingue con la muerte de un cliente.

—Está bien —dijo Suzanne—. Pero no cuelgues, ¿de acuerdo?

—Aquí sigo, Suzanne. —Y añadió—: No me voy a ninguna parte.

Levantó un clip y empezó a dar golpecitos con él en el escritorio. La oyó llorar y luego oyó que paraba.

—Bernie, sé que mi padre seguramente tuvo una aventura, que seguramente tuvo montones de aventuras, y yo no quiero ser como mi padre...

—Suzanne —dijo Bernie con voz firme, dejando el clip en la mesa—. Tú no eres como tu padre, ¿me oyes? Siempre has sido tú misma. Tú y nada más que tú. ¿Dónde estás ahora? —le preguntó.

—En un área de descanso de la autopista. Aquí hay una madre que está con un niño pequeño, riéndose sobre algo, y me recuerda a cómo era yo con mis niños.

—Siguen siendo tus niños —dijo Bernie—. Siempre lo serán.

—Pero, Bernie, ¿puedo contarte otra cosa?

—Pues claro.

—Antes de irme del pueblo, he pasado a ver a mi madre, y me ha dicho que Doyle siempre fue un chico muy malo, que... —ahora Suzanne volvía a llorar—, que él... siempre quería que ella jugara con su pilila. Dios mío. Bernie. Dios santo.

Bernie se quedó callado un buen rato y finalmente, en voz baja, dijo:

—Oh, Suzanne, no sé qué decir sobre eso.

Se echó hacia delante y apoyó la cabeza en una mano mientras sostenía el teléfono con la otra.

—Pero ¿tú crees que...? Oh, Bernie... ¿crees que ella alguna vez...? Dios mío, yo trabajo con chicos así. Incluso mi psicólogo asqueroso me dijo que por más loco que esté, ningún tipo apuñala veintinueve veces a una mujer a menos que sienta mucha agresividad hacia una mujer. Supongo que, ya sabes, hacia su madre.

—Te entiendo —dijo Bernie, que, al cabo de un momento, añadió—: Supongo que no lo sabremos nunca.

—No —dijo Suzanne—. Pero, Bernie, es que siento tanta tristeza por ese pobre niño... Ya sabes, voy a ir a visitarlo más a menudo. Normalmente voy una vez al mes a verlo a Connecticut, pero ahora que mis hijos ya no viven en casa y que tengo más tiempo, pienso ir mucho más a menudo. Sí, lo haré. Dios mío, Bernie, pobre niño.

—Tú ve tantas veces como necesites —dijo Bernie.

Suzanne dijo algo más, y ahora se la oía realmente agotada.

—Bernie, mi padre maltrataba a mi madre. Antes de ingresar en la residencia, tenía moratones por todo el cuerpo.

Bernie se incorporó en la silla, como si lo hubiera fulminado un rayo.

—Ya me parecía que podía tratarse de algo así —dijo.

—Ah ¿sí? ¿Y por qué te lo parecía?

Bernie cerró los ojos un momento y dijo:

—En esas circunstancias, no es algo tan raro. —Y añadió—: Conseguimos que ingresara pasando por delante de otras personas que estaban en la lista de espera.

—¿Cómo? —preguntó Suzanne.

—Tu padre tenía dinero.

—¿Y lo ayudaste tú?

—Sí.

Bernie notó que se ponía colorado. Le estaba mintiendo al no contarle que su madre lo había llamado para avisarlo de que estaba en peligro. Abrió la boca para decir algo, pero se quedó callado.

—Oh, Bernie. Bueno, gracias. Seguramente le salvaste la vida.

—Yo nunca le he salvado la vida a nadie.

—Bernie, Bernie —dijo Suzanne—. ¿Te das cuenta de dónde vengo? ¿Te das cuenta? ¡Qué gente, por Dios! ¿Cómo he salido viva de ahí? —Y entonces dijo—: Pero tú también. Tú también saliste. —Y añadió—: Con la diferencia de que a tus padres los asesinaron y los míos eran... bueno... eran casi unos asesinos, Bernie. Y mi hermano sin el casi: es un asesino. Oh, Dios mío.

—Pero, como acabas de decir, tú saliste de ahí —dijo Bernie.

—¿Cómo conseguiste salir tú de...? ¿Dónde naciste? —le preguntó Suzanne.

—En Hungría.

Bernie se pasó la mano por la cara brevemente. Habría querido alabarla por todo lo que había conseguido en la vida, decirle que había llevado una vida honrada ayudando a aquellos niños en su día a día a través de la fiscalía general, educando a sus propios hijos y manteniéndose al lado de Doyle. Pero lo que hizo fue responder a su pregunta.

—Salí de allí cuando era un niño porque mi tío vino a los Estados Unidos, y mis padres querían que yo viniera con él y dijeron que ellos se nos unirían pronto. Pero no lo hicieron.

—No sabía que habías nacido en Hungría. ¿Tienes algún recuerdo de tus padres?

Bernie miró a su alrededor antes de responder. Hacía mucho tiempo que no hablaba con nadie de aquellas cosas.

—Bueno, me acuerdo de mi padre leyendo la Torá. De mi madre poniendo la mesa. Y de que una vez ella me leyó algo cuando tuve que guardar cama porque estaba enfermo.

—Oh, Bernie. —Su voz sonaba ahora con más fuerza—. Bernie, ¿puedo preguntarte una última cosa?

—Pues claro, Suzanne.

—¿Tú tienes fe? Me refiero a fe religiosa.

Bernie sintió una reacción física a aquella pregunta, como si una ola baja acabara de pasarle por encima del pecho. Hizo una pausa antes de responder.

—La verdad es que he vivido muchos años como judío laico y no creo que tenga ninguna fe en el sentido que preguntas.

—Pero... —dijo Suzanne—. Porque hay un pero, lo noto en tu voz.

Una sinceridad vacilante se iba abriendo paso dentro de Bernie. Se sentía como si lo hubieran

convocado para dar algo de sí mismo que quedaba más allá de su ámbito profesional de abogado, algo que nunca le había ofrecido a nadie salvo, vagamente, a su mujer, hacía años.

—Está bien —dijo—. El «pero» es este: ¿tengo fe? Sí. El problema es que no soy capaz de describirla. Pero es una especie de fe. Es una fe.

—¿Podrías contármelo, Bernie? Bernie, por favor, cuéntamelo.

Bernie se pasó la mano por la nuca.

—No puedo, Suzanne. Porque no tengo palabras para describirla. Se trata más bien de una comprensión, que he tenido casi toda mi vida, de que hay algo que es mucho más grande que nosotros.

Tuvo una sensación de fracaso: no había sido capaz de explicarlo.

—Yo también sentía algo así —dijo Suzanne—. Durante años tenía unas sensaciones que encajan perfectamente con lo que has descrito tú. Pero en realidad yo tampoco puedo describirlo. —Bernie no dijo nada, y Suzanne continuó—: Cuando era niña y estaba sola... bueno, ya sabes que pasaba mucho tiempo sola cuando no estaba en el colegio... En fin, salía a dar paseos, y me invadía un sentimiento, una sensación muy profunda, y comprendía, de esa manera en que solo los niños pueden entender las cosas, que era algo que tenía que ver con Dios. Pero no me refiero a Dios como una figura paterna, ni siquiera sé qué significa eso...

—Ya sé a qué te refieres —dijo Bernie.

—Y ya de adulta he seguido teniendo esa sensación con bastante frecuencia, aunque nunca se lo he contado a nadie porque ¿qué iba a decir?

—Te entiendo perfectamente —dijo Bernie.

—Pero ahora ya hace unos años que no la tengo, y por eso me pregunto: «¿Me lo inventaba yo?». Aunque sé que no, Bernie. Nunca le he contado nada a mi marido, nunca le he dicho nada a nadie. Pero siempre que alguien me dice que es ateo, yo, en mi fuero interno, reacciono mal, y sí, me ofrecen las razones obvias, claro, que si hay niños con cáncer, que si hay terremotos que matan gente y todas esas cosas. Pero cuando los oigo decir que son ateos, pienso: «Erráis el tiro». —Y, tras una pausa, añadió—: Pero no podría decir a dónde habría que disparar, ni cómo hacerlo.

Sentado a su escritorio, Bernie tuvo una vaga sensación de incredulidad: todo lo que le decía le resultaba totalmente comprensible.

Entonces Suzanne añadió:

—No sé por qué ya no tengo más ese sentimiento... esa sensación.

Bernie miró por la ventana y contempló el río. Había cambiado, como pasaba siempre, y ahora era más verde porque la nube que lo cubría estaba más elevada.

—Volverás a tenerla —dijo.

—¿Sabes una cosa, Bernie? —dijo Suzanne—. He pensado mucho en esto. Mucho. Y la... bueno, la expresión que se me ha ocurrido es esta, bueno, es una frase que uso solo para mí misma, la tengo en la cabeza. Creo que nuestra misión, tal vez incluso nuestro deber, es... —Su voz se volvió sosegada, adulta—. Soportar la carga del misterio con la mayor elegancia que podamos.

Bernie se quedó en silencio mucho rato. Y finalmente dijo:

—Gracias, Suzanne.

Al cabo de otro momento, Suzanne dijo:

—La única persona con la que he hablado de estos sentimientos... Bueno, de Dios o de algo

mucho más grande..., en fin, se lo conté a ese psicólogo baboso, después de que, bueno, ya sabes, después de que empezáramos. ¿Y sabes qué me dijo? «No seas ridícula, Suzanne. De niña la vida te confundía, y ahora te parece que eso que sentías era Dios. Pero lo único que pasaba es que la vida te confundía». ¿Verdad que es repugnante, Bernie?

Bernie alzó la vista al techo.

—¿Repugnante? Sí. Era un hombre muy limitado, Suzanne.

—Ya lo sé —dijo ella. Y añadió—: ¿De verdad crees que no tengo que contárselo a mi marido? ¿Crees realmente que puedo vivir con eso yo sola?

—La gente vive con muchas cosas —dijo Bernie—. Es así. A mí siempre me sorprende lo que soporta la gente. Y, Suzanne —añadió—, acabas de decirme que tu marido no conoce tu experiencia con... bueno, con eso de lo que hemos estado hablando, sea lo que sea.

—Tienes razón, Bernie —dijo Suzanne—. Eres tan inteligente... Te quiero.

—Y yo te quiero a ti —dijo Bernie. Deseaba con todas sus fuerzas decirle que ahora se sentía mejor, que haber hablado con ella de ese modo había aliviado un poco su incomodidad. Pero lo que dijo fue—: Una cosa más. Escúchame bien.

—Te escucho —dijo Suzanne.

—Ahora cuélgas y lloras a gusto. Lloras como no lo has hecho nunca en tu vida. Y cuando dejes de llorar, te vas a comer algo. Estoy seguro de que no has comido nada en todo el día.

—Es verdad. No he comido. Sí, voy a comer algo, te lo prometo. Pero ya no tengo ganas de llorar, Bernie. Me siento casi con ganas de cantar.

—Pues canta —dijo Bernie.

* * *

Y Suzanne, allí, en su coche, en el área de descanso de la autopista, no se puso a cantar. Pero se quedó sentada mucho rato, reflexionando sobre aquella conversación. Pensó que nunca la olvidaría, que era como si unas ventanas inmensas situadas encima de ella hubieran reventado — como los bomberos debían de haber reventado las ventanas de la casa de su infancia— y ahora, sobre ella y a su alrededor, el mundo entero estaba ahí, a su alcance una vez más. Vio a la madre y al niño pequeño entrar en su coche, riéndose de algo. Delante de ella había un arce pequeño, con todas las hojas rosadas, de la copa al suelo. «Oh, Bernie —susurró—. Guau».

* * *

Bernie seguía sentado a su escritorio, contemplando el río. Se había apoderado de él una especie de asombro sereno. De alguna manera, Suzanne se había mantenido sin corromper. Su pureza cuando hablaba con él era un regalo bastante considerable. Era una persona inocente, y eso era algo que llevaba en su naturaleza, que para ella era tan natural como respirar, y él ahora se sentía como si aquella inocencia suya lo hubiese bañado, eliminando ciertas zonas de inquietud que con los años de profesión se habían ido acumulando. Enseguida bajaría y le diría a su mujer que no tenían de qué preocuparse con Suzanne. De los detalles de su conversación no contaría nada; la ayuda que Suzanne le había brindado sería su secreto. Un secreto inofensivo, pensó mientras se ponía de pie, teniendo en cuenta la amplia variedad de secretos que la gente guardaba durante

años.

LUZ

Cindy Coombs apartó el carro de la compra para dejar pasar a una pareja joven y vio que el hombre la miraba. Y vio que apartaba la mirada y que volvía a mirarla. Sin saber por qué, la mirada de aquel hombre la hizo llevarse la mano a la cremallera de su anorak, uno de esos abrigos acolchados, de un azul muy claro, que llevaba con la cremallera medio bajada, y se alejó por el pasillo, pese a que lo que necesitaba —dos latas de sopa de tomate— se encontraba exactamente detrás de donde aquella pareja seguía sin moverse. Se metió en el pasillo siguiente, despacio, empujando el carro que tenía una rueda medio suelta que daba golpes en el suelo. En él llevaba leche y una barra de pan. Se detuvo y se volvió hacia las uvas pasas, desabrochándose un poco más el abrigo para poder apretarse el cinturón. Siguió avanzando, sin saber bien qué hacer. Sopa de tomate y... ¿qué más era? Mantequilla. No dejaba de repetir mentalmente «Mantequilla, mantequilla», e intentaba pensar dónde estaba la mantequilla, y estaba donde siempre, un poco más allá de la leche, allí aguardaban muchas clases de mantequilla.

¿Dónde estaba la que compraban ellos siempre? ¿Dónde estaba? Cindy se inclinó un poco hacia delante para coger otra, qué más daba, pero justo entonces vio la que se llevaban siempre y, al inclinarse para alcanzarla, notó que empezaba a caerse y se agarró a la barra del carro. Se imaginó que sus piernas eran dos arroyos pequeños, estancados, llenos de ramitas y de polvo. ¿Cómo podían sostenerla en pie?

Por detrás de ella apareció una mano grande, de persona mayor, que cogió la mantequilla que quería Cindy y la metió en su carro. Al darse la vuelta vio que era la señora Kitteridge, que estaba ahí plantada. La señora Kitteridge la miró fijamente a los ojos.

—Hola, Cindy —le dijo al cabo de un rato—. Lo estás pasando fatal.

Hacía muchos años, la señora Kitteridge le había dado clase de matemáticas en secundaria. A Cindy no le había caído especialmente bien.

—Pues sí, señora Kitteridge —dijo Cindy—. Lo estoy pasando fatal.

La señora Kitteridge asintió, moviendo la cabeza arriba y abajo una sola vez, y no se movió de su sitio.

—Pues venga, vamos a ver qué necesitas y salimos de aquí.

—Necesito dos latas de sopa de tomate —dijo Cindy.

—Vamos a buscar la sopa.

La señora Kitteridge no llevaba carro, solo una cesta que metió en el de Cindy. Se puso a empujarlo, pero dejó sitio en la barra para que Cindy pudiera apoyarse. Las mangas del abrigo de la señora Kitteridge eran de un rojo chillón, y las manos, aferradas a la barra, se veían hinchadas y viejas.

—¿Dónde está esa maldita sopa? Últimamente este sitio parece una granja, puedes caminar kilómetros y más kilómetros por aquí dentro. Y encima es sábado y hay más gente.

Olive Kitteridge era una mujer alta y corpulenta. Le hablaba a Cindy casi por encima de la cabeza.

—Está por ahí, en la esquina, creo —dijo Cindy, que vio con cierto alivio que la pareja que antes estaba delante ya se había ido.

Metió dos latas de sopa de tomate en el carro y la señora Kitteridge la acompañó a la caja. Cindy pagó, metió la compra en la bolsa de tela que llevaba consigo y se sintió obligada a esperar a la señora Kitteridge, que le dijo:

—Espera un momento, Cindy, y te acompaño al coche.

Salieron de allí juntas y, en las enormes puertas automáticas de cristal, Cindy se vio a sí misma justo antes de que abrieran. No dio crédito a sus ojos: la gorra de lana que llevaba no le cubría la calva y tenía los ojos tan hundidos que sintió una punzada de temor.

—Creo que ya no voy a venir más —le dijo a la señora Kitteridge mientras se acercaba a su coche—. Solo he venido porque Tom me lo ha pedido.

—Ah —dijo la señora Kitteridge, con la bolsa que cargaba rebotándole en un costado.

Una ráfaga de viento repentina arremolinó unas ramitas en torno a las dos, y una bolsa de plástico embarrada, pisoteada ya varias veces, se levantó un poco antes de caer de nuevo al suelo, entre las roderas húmedas que los coches habían dejado sobre la nieve vieja. Cindy abrió la puerta del suyo, subió y vio que la señora Kitteridge seguía esperando.

—Ya estoy bien. Adiós, señora Kitteridge.

La mujer asintió, y Cindy arrancó el coche y no se volvió a mirarla.

El trayecto se le hizo interminable, aunque era poco más de un kilómetro, y como era sábado por la tarde, le pareció que había más tráfico de lo normal. Al llegar a casa, dejó el coche en el camino de acceso, aunque el garaje estaba abierto. La corona de Navidad seguía en la puerta principal y pensó que a ver si Tom la quitaba de una vez. Debía de haberle dicho unas cien veces que febrero ya estaba bastante avanzado y que tenían que quitar esa corona. Cindy dejó la bolsa de tela con la compra sobre la encimera.

—Hola, cielo —dijo en voz alta, llamando a su marido.

Tom entró en la cocina y dijo:

—Hola, Cindy. ¿Lo ves? Lo has conseguido. —Sacó la mantequilla, la sopa y la leche de la bolsa y dijo—: ¿Quieres ver un poco la tele?

Ella negó con la cabeza y pasó por delante de él camino de la escalera. Cuando se acordó de lo de la corona de Navidad ya estaba arriba. Se lo recordaría más tarde.

* * *

Se habían construido la casa hacía veinte años. A Cindy le pareció enorme. Sentía vergüenza mientras veía como la levantaban y el sótano crecía, y subían los ladrillos. Tom y ella parecían demasiado jóvenes para una casa tan grande. Cindy se había criado a las afueras de Crosby, en una casa muy pequeña. Su madre, sus dos hermanas y ella casi no tenían dinero. Su padre las había abandonado hacía años y la madre de Cindy trabajaba en un hospital como auxiliar de enfermería en el turno de noche. Las cosas no eran fáciles. Pero Cindy había tenido suerte. Había ido a la

universidad, pagándose ella los estudios, pidiendo dinero prestado. Allí había conocido a su marido, que había empezado a trabajar en el departamento de contabilidad de la siderurgia, donde aún seguía. Con el tiempo, Cindy se dio cuenta de que aquella casa que se habían construido era de tamaño normal, con sus tres dormitorios arriba y el salón, el comedor y la cocina abajo. Años después añadieron el garaje adosado, que, en lugar de hacer que la casa pareciera más grande, curiosamente la empequeñecía. Era una vivienda del tamaño perfecto: así era como la había visto durante años. Pero cuando los chicos llegaron a la adolescencia, empezó a pensar que la casa se veía demasiado normal y corriente, y le preguntó a Tom si podían pintarla de azul turquesa. Los niños se opusieron. Ella no insistió y la casa había seguido siendo de color blanco todos esos años.

Cindy se echó en la cama y miró las copas de los árboles a través de la ventana, las ramas desnudas... Y aun así había ese poco de luz suave que se cuele en las tardes nubladas de febrero... ¿Qué era? Las ramas peladas parecían extenderse y extenderse, justo lo contrario de encogerse.

Cuando vio a Tom en el umbral de la puerta del dormitorio, con la cara como un libro abierto, buscando complacerla, absolutamente desvalido, le dijo:

—¿Sabes en qué he estado pensando últimamente?

—¿En qué, cielo? —Tom entró en la habitación y le cogió la mano—. ¿En qué has estado pensando?

—En que yo quería pintar esta casa de azul y nunca lo hice porque los niños y tú dijisteis que no, que no queráis.

A sus ojos, la gran cara de Tom pareció agrandarse un poco y dijo:

—Bueno, pues hagámoslo ahora, cielo. Podemos pintar la casa del color que tú quieras. ¡Venga, hagámoslo!

Cindy negó con la cabeza.

—Te lo digo en serio. —Tom agachó un poco más la cabeza—. Sería divertido, cielo. Vamos a pintarla, va.

—No.

Ella negó otra vez con la cabeza y volvió la cara.

—Cielo...

—Oh, Tom, por favor, ya basta. He dicho que no. Ahora no vamos a pintar la casa. —Hizo una pausa y dijo—: Cariño, ¿podrías quitar la corona de Navidad, que todavía está colgada en la puerta?

—Ahora mismo —dijo él, asintiendo—. Cielito, considérala quitada.

* * *

Antes de su enfermedad, Cindy había trabajado como bibliotecaria en la biblioteca local. Le encantaban los libros. Los adoraba. Le encantaban su tacto, su olor, y le encantaba aquella semicalma de la biblioteca, así como la gente mayor que a veces se pasaba allí toda la mañana solo para tener un sitio adonde ir. Le gustaba ayudarles a conectarse a internet con un ordenador o a que encontraran la revista que querían leer. Lo que más le gustaba era descubrir libros y recomendar los que le gustaban. La gente volvía y le hablaba de los libros que había leído por recomendación suya. Cindy lo leía todo, e incluso ahora había un montón de libros en la mesilla

de noche, libros en el alféizar de la ventana, y algunos más apilados en el suelo. Casi no tenía preferencias, y a veces se le ocurría que aquello no era normal. Había leído a Shakespeare y los libros de intriga de Sharon McDonald, y biografías de Samuel Johnson, y varias obras de teatro, novelas románticas tontas y también poesía. Personalmente, creía que los poetas estaban sentados casi a la derecha de Dios.

Cuando era joven, Cindy había pensado en ser poeta; qué idea tan tonta. Pero de niña le gustaba la poesía. Su maestra de tercero le había pasado un ejemplar de la *Antología poética para jóvenes*, de Edna St. Vincent Millay, y cuando su hermana pequeña lo pintarrajeó todo con un lápiz rojo, Cindy le dio un bofetón. Aquel recuerdo le causaba siempre un hondo dolor por lo que le había pasado después a su hermanita. Pero Cindy había memorizado todos los poemas del libro antes de que quedaran cubiertos de garabatos rojos, y de algún modo le parecía que le habían abierto las puertas de un mundo que quedaba muy lejos de su diminuta casa. Y en parte era así porque su maestra le había dicho que Edna St. Vincent Millay también se había criado en Maine, a solo una hora de su casa; y que la poeta, cuando era niña, también había sido pobre. La maestra se lo había dicho con mucho tacto y Cindy no se dio cuenta hasta bastantes años después de que se lo había dicho para ayudarla a ella, a Cindy, en su propia situación de necesidad. Cindy había escrito algunos poemas, pero solo para sí misma; en realidad, no sabía nada de poesía. Andrea L'Rieux, que era dos años menor que ella, se había convertido en Poeta Laureada de Estados Unidos hacía un año, y a Cindy le inspiraba un orgullo inmenso y secreto que una persona de Crosby, Maine, hubiera logrado algo semejante. En realidad, Cindy no siempre entendía la poesía que escribía Andrea. Pero era valiente, eso sí lo sabía. Su poesía tenía mucho que ver con la vida de Andrea y, al leerla, Cindy comprendía que ella nunca habría podido hacer lo que hacía Andrea. Ella nunca habría podido escribir sobre su madre de aquella manera, nunca podría haber puesto por escrito el asco que le daba ver cómo se le hundían las mejillas cuando fumaba, ni siquiera podría haber escrito nada sobre sí misma.

Sí habría escrito, en cambio, sobre la luz de febrero. Sobre cómo alteraba el aspecto del mundo. La gente se quejaba de febrero; hacía frío y nevaba, y muchas veces era húmedo y lluvioso, y la gente ya tenía ganas de primavera. Pero, para Cindy, la luz de ese mes siempre había sido como un secreto, e incluso ahora seguía siéndolo. Porque en febrero los días se alargaban de verdad y, si uno se fijaba bien, se notaba. Se notaba que al final de cada día el mundo parecía abrirse una rendija más, y aquella luz de más se colaba entre los árboles desnudos, y estaba llena de promesas. Aquella luz prometía, y no poca cosa. Mientras Cindy estaba echada en la cama lo veía, veía que el oro de la última luz inauguraba el mundo.

* * *

Al día siguiente, que era domingo, Cindy volvió a la cama después del almuerzo, y Tom subió con ella para intentar ayudarla en algo, arreglarle las almohadas, alisarle el edredón.

Oyeron que un coche subía por el camino, y Tom retiró la cortina y miró por la ventana.

—Oh, Dios mío —dijo—. Es la vieja bruja esa, Olive Kitteridge. ¿Qué diablos está haciendo aquí?

—Déjala entrar —dijo Cindy, con la voz amortiguada por las almohadas.

—¿Cómo dices, cielo?

Cindy se incorporó.

—He dicho que la dejes entrar. Por favor, Tom.

—¿Estás loca?

—Sí, deja que entre.

Así pues, Tom bajó y Cindy oyó que abría la puerta principal, que no usaban nunca, y al cabo de un momento la señora Kitteridge ya estaba subiendo por la escalera, seguida por Tom, y apareció en el umbral de la puerta de su dormitorio. Llevaba aquel abrigo rojo, que era bastante abultado, como suelen serlo los abrigos de invierno.

—Hola, señora Kitteridge —dijo Cindy. Se incorporó más en la cama y se puso las almohadas en la espalda—. Tom, cógele el abrigo, ¿quieres?

La señora Kitteridge se quitó el abrigo y se lo dio a Tom, que dijo:

—Cindy, ¿quieres que me quede?

Ella negó con la cabeza, y Tom se dirigió escaleras abajo con el abrigo de la señora Kitteridge. Llevaba unos pantalones negros y una especie de chaqueta que le llegaba a medio muslo. Tenía un estampado en tonos rojos con ondas anaranjadas. Dejó el bolso negro en el suelo.

—Lláname Olive. Si puedes. Sé que a veces a la gente no le sale, después de haberme llamado «señora Kitteridge» toda la vida.

Cindy se fijó bien en la mujer que tenía delante. En sus ojos vio una luz muy clara.

—Yo sí puedo llamarte Olive. Hola, Olive. —Miró a su alrededor y dijo—: Coge esa silla de ahí.

Olive la acercó a la cama. Era una silla de respaldo recto, y Cindy no sabía si iba a estar cómoda en ella. Pero, sin el abrigo, Olive no se veía tan corpulenta, y se sentó en la silla y puso una mano sobre la otra en el regazo.

—Me ha parecido que si llamaba antes, tal vez me dirías que no viniera. —Olive hizo una pausa antes de continuar—: Pero he pensado: ¿y qué?, tengo ganas de acercarme a ver a esa chica. Así que he cogido el coche y he venido.

—Pues muy bien —dijo Cindy—. Me alegro de que hayas venido. ¿Cómo estás, Olive?

—La pregunta te la hago yo a ti. No estás bien.

—Pues no.

—¿Y hay posibilidades de que te pongas bien?

—El cincuenta por ciento. Eso es lo que dicen. La semana que viene acabo el último tratamiento —añadió.

La señora Kitteridge miró fijamente a Cindy.

—Entiendo.

Entonces echó un vistazo a la habitación —la cómoda blanca, la ropa colgada de otra silla en una esquina, todos los libros apilados en el alféizar de la ventana— antes de volver a mirar a Cindy.

—¿Y te encuentras mal? ¿Qué haces durante el día? ¿Lees?

—Es un problema, porque la verdad es que me encuentro mal, sí. No leo tanto como antes. Me cuesta concentrarme.

Olive asintió, como poniéndose en su lugar.

—Vaya —dijo—. Estás en una situación complicada.

—La verdad es que sí.

—Diría que sí.

Aquella mujer seguía ahí sentada, con las manos apoyadas en el regazo. No parecía tener nada más que decirle.

De modo que Cindy le soltó:

—Oh, señora Kitteridge. Olive. Ah, Olive, estoy tan... Estoy tan enfadada...

Olive asintió.

—No me extraña lo más mínimo.

—Quisiera sentirme en paz, quisiera aceptar todo esto, pero estoy muy enfadada, estoy enfadada siempre, cada minuto, y cuando te vi en el supermercado, la gente ya llevaba un rato mirándome. No me apetece salir, la gente me mira y se asusta.

—Ya —dijo Olive, y añadió—: A mí no me asustas.

—Lo sé. Y te lo agradezco.

—¿Y cómo está Tom?

—Oh, Tom... —Cindy se incorporó un poco más, y le pareció que la ropa de cama estaba casi sucia, a pesar de que lo había cambiado todo hacía un día, pero ahí estaba ese débil hedor metálico que ya llevaba meses oliendo—. Olive, él sigue hablándome como si fuera a ponerme mejor. No doy crédito, es que no doy crédito, y me hace sentir muy sola, Dios mío, qué sola estoy.

Olive torció el gesto, comprensiva.

—Dios mío, Cindy. Como dicen los jóvenes, qué mal. Pero qué mal.

—Pues sí.

Cindy se apoyó en la almohada y observó a aquella mujer que se había presentado allí sin que nadie la invitara.

—Hay una enfermera que viene dos veces por semana. Un día me comentó que Tom está actuando como hacen todos los hombres a los que ella ha visto en la misma situación. Los hombres, sencillamente, no son capaces de asumir algo así. Pero es horrible, Olive. Es mi marido y nos queremos desde hace muchos años, y esto es espantoso.

Olive seguía mirando a Cindy, pero al cabo de un momento bajó la mirada y la clavó a los pies de la cama.

—No sé —dijo—. No sé si es una cosa de hombres o no. La verdad, Cindy, es que yo no me porté demasiado bien con mi marido durante sus últimos años.

—Sí que lo hiciste —dijo Cindy—. Todo el mundo sabía... que ibas todos los días a la residencia a verlo.

Olive negó con la cabeza.

—Te hablo de antes.

—¿Ya estaba enfermo antes?

—No lo sé —dijo Olive, pensativa—. Tal vez lo estaba y yo no lo sabía. Me necesitaba mucho, y yo no... yo no era demasiado amable con él. Es algo en lo que pienso mucho últimamente y la verdad es que me mortifica.

Cindy se quedó callada un rato.

—Bueno, si no sabías que estaba enfermo...

Olive suspiró hondo.

—Ya lo sé, ya lo sé. Lo que digo es que no fui especialmente buena con él y ahora me duele.

Me duele mucho. Algunas veces, pocas, pero algunas veces, siento que me he convertido en una persona un poquito mejor, muy poquito, pero un poco mejor, y me da rabia que Henry no se beneficiara de nada de eso. —Olive negó con la cabeza—. Y aquí me tienes, hablando de mí misma. Y eso que últimamente intento no hablar tanto de mí misma.

—Habla de lo que quieras. No me importa —dijo Cindy.

—Ahora habla tú —dijo Olive, alzando la mano brevemente—. No tardaré en volver a hablar de mí.

—Una vez —dijo Cindy—, el día de Navidad, me eché a llorar. Lloraba y lloraba, y mis dos hijos estaban aquí, y Tom también, y yo me quedé en pie, en la escalera, llorando y al cabo de un rato me di cuenta de que los tres se habían ido: se alejaron de mí hasta que dejé de llorar.

Olive cerró los ojos un instante.

—Vaya por Dios —murmuró.

—Los asusté.

—Sí.

—Y a partir de ahora, siempre pensarán en eso. Todas las Navidades, mis hijos se acordarán de eso.

—Seguramente.

—Es lo que les he hecho.

Olive se echó hacia delante en la silla y dijo:

—Cindy Coombs, no hay ni una sola persona en este mundo que no tenga uno o dos malos recuerdos que la acompañen toda su vida.

Volvió a apoyarse en el respaldo y cruzó las piernas a la altura de los tobillos.

—¡Pero es que estoy asustada!

—Sí, ya lo sé, ya lo sé, es normal que lo estés. A todo el mundo le da miedo morir.

—¿A todo el mundo? ¿Es verdad eso, señora Kitteridge? ¿Te da miedo morirte?

—Me da un miedo de muerte morirme, esa es la verdad —dijo Olive, incorporándose un poco en la silla.

Cindy pensó en aquellas palabras.

—He oído que hay personas que se conforman —dijo.

—Supongo que puede pasar. No sé cómo lo hacen, pero creo que puede pasar.

Se quedaron calladas. Cindy se sentía... casi se sentía normal.

—Bueno —dijo al fin—. Es que me siento sola. No quiero estar tan sola.

—Pues claro que no.

—¿Y tú también tienes miedo a morirte, a tu edad?

Olive asintió.

—Dios mío, ha habido días en que me habría gustado estar muerta. Pero todavía me da miedo morirme. —Y entonces Olive añadió—: ¿Sabes una cosa, Cindy? Si tienes que morirte, si te mueres, la verdad es... que los demás solo vamos unos pasos por detrás de ti. Veinte minutos detrás de ti, esa es la verdad.

Cindy no lo había pensado. Había pensado en que Tom, y sus hijos, y la gente en general, seguirían viviendo para siempre, sin ella. Pero Olive tenía razón: todos se dirigían hacia donde ella iba. Si es que iba.

—Gracias —dijo Cindy—. Y gracias por venir a verme.
Olive Kitteridge se levantó.
—Bueno, ahora me voy, adiós —dijo.

* * *

Cuando la madre de Cindy se estaba muriendo —tenía cincuenta y dos años y Cindy, treinta y dos —, gritaba y lloraba y maldecía al padre de Cindy por haberlas abandonado años atrás. La verdad era que la madre de Cindy, a lo largo de su vida, gritaba y lloraba con frecuencia; la pobre mujer estaba tan cansada... Pero a Cindy le daba un miedo espantoso ver cómo seguía haciéndolo cuando se estaba muriendo, así que se había dicho a sí misma: «Yo no voy a morir así». Y esa era la razón por la que se sentía tan mal por lo que les había hecho a sus hijos al ponerse a llorar en la escalera el día de Navidad. A lo largo de la vida de sus hijos, ella jamás había gritado ni había llorado. Cindy había cuidado de ellos en todo momento, o eso le parecía a ella, y los había abrazado y los había cogido en brazos cuando eran pequeños y necesitaban consuelo.

Pensaba mucho en eso y volvió a hacerlo unas noches después, mientras estaba sentada en el sofá viendo la tele con Tom, tapada hasta el cuello con una manta. Mientras pasaban un anuncio, dijo:

—Cielo, me siento tan mal por ese día que lloré en la escalera, y los niños y tú estabais ahí. Se lo conté a la señora Kitteridge. Pero me olvidé de contarle que eso me recuerda a mi madre.

Tom se echó hacia atrás y la miró al momento.

—¿A la señora Kitteridge? ¿Y por qué le cuentas a esa vieja bruja algo tan personal?

—Bueno...

—¿Te has enterado de que se ha casado con Jack Kennison?

—Ah, ¿sí?

Cindy hizo el gesto de incorporarse.

—Sí, lo ha hecho. ¿Te imaginas a alguien casándose con esa bruja, aparte de su pobre primer marido, Henry?

Después de eso, Cindy ya no dijo gran cosa.

* * *

Unos días después, el tiempo empeoró. Llovía y caía aguanieve, y mientras Tom estaba preparándole las cosas —la comida en la nevera, un teléfono en la mesilla de noche y un móvil en la cama—, mientras él hacía esas cosas antes de irse a trabajar a la fundición, Cindy se dio cuenta de que la estaba irritando.

—Está bien, cielo. Vete ya —le dijo.

—¿Estás segura? —le preguntó él, y ella le dijo que sí, que estaba segura, que se fuera.

Y él se fue, y desde abajo le gritó: «¡Adiós, cielo, cariño!».

Y ella se despidió de él gritándole también. Y por fin se fue.

Cindy se quedó adormilada y, cuando despertó, le molestó ver que Tom no había dejado ninguna luz encendida en la casa. Pensó que era un tacaño. Estar con las luces apagadas era

deprimente, así que se levantó de la cama y encendió la lámpara de la cómoda y la de la mesilla de noche aunque, a través de la puerta del dormitorio, el pasillo seguía en penumbra.

Su teléfono silbó. Era un mensaje de texto de su cuñada Anita, que le preguntaba: «¿Puedo llamarte?». Cindy se sentó en el borde de la cama y le respondió: «Sí».

—¿Estás bien? —le preguntó Anita.

Y Cindy le dijo que sí, que más o menos como siempre.

—Perdona, porque esta semana no me he pasado a verte. Iré pronto.

Y entonces Anita empezó a hablarle de los problemas que tenía en casa, que Cindy lamentaba: los hijos de Anita, que iban al instituto, estaban medio locos. Cindy se levantó, se fue al pasillo a encender más luces y oyó que llegaba un coche. Fue a mirar por la ventana y vio a la señora Kitteridge que se apeaba del suyo.

—Anita —dijo Cindy—. La señora Kitteridge acaba de llegar. Ya te conté que un día vino a verme... Pues aquí la tengo de nuevo.

Anita se echó a reír.

—Bueno, pues que disfrutes. Ya te lo dije, a mí personalmente esa mujer siempre me cayó bastante bien.

Ahora la lluvia arreciaba y la señora Kitteridge no llevaba paraguas. Cindy dio unos golpes en el cristal de la ventana y la señora Kitteridge alzó la vista. Cindy le hizo un gesto para que entrara en casa, le señaló la puerta lateral y, al cabo de unos momentos, la puerta se abrió y se cerró, y ahí estaba la señora Kitteridge, en el umbral de la puerta del dormitorio, con el abrigo puesto.

—Quítate el abrigo —le dijo Cindy—. Siento que te hayas mojado. Déjalo en el suelo, no te preocupes. A menos que quieras colgarlo. Si es así, entonces...

Pero la señora Kitteridge soltó el abrigo, el mismo anorak rojo de la otra vez, que cayó sobre la alfombra, y se sentó una vez más en la silla del respaldo recto. La lluvia le había dejado el pelo muy pegado a la cabeza. Las gotas le resbalaban por el cuello, así que se levantó y le dijo a Cindy:

—¿Dónde está el baño?

Y Cindy le indicó dónde estaba, y en seguida Olive volvió con una toalla de mano, a rayas blancas y rosas, se sentó de nuevo y se envolvió el pelo con la toalla. Cindy no acababa de creerse lo que veía.

—Señora Kitteridge, ¿te has casado? Tom me ha contado que ha oído decir que te habías casado con Jack Kennison, pero a mí me pareció que no podía ser verdad.

Olive Kitteridge seguía con la toalla en la cabeza y clavó la vista en la pared.

—Pues sí, es verdad —dijo—. Me he casado con Jack Kennison.

Cindy la miró fijamente.

—Felicidades, supongo. ¿Es raro?

—Sí, es muy raro. —Olive la miró y asintió—: Es raro, raro. —Dudó un momento, y entonces, empezando a secarse el pelo con la toalla, añadió—: Pero los dos somos lo bastante viejos como para saber cosas, y eso es bueno.

—¿Qué cosas?

—Básicamente, cuándo tenemos que callarnos.

—¿Y sobre qué cosas os calláis? —le preguntó Cindy, y Olive pareció reflexionar un poco sobre ello, y al final dijo—: Bueno, por ejemplo, cuando desayuna, no le digo: «Jack, ¿por qué

diablos tienes que hacer tanto ruido con la cuchara?».

—¿Y cuánto tiempo lleváis casados? —le preguntó Cindy.

—Pues pronto va a hacer dos años, creo. Imagínate, a mi edad, volver a empezar. —Olive se puso la toalla en el regazo y levantó un poco una mano abierta—. Aunque nunca es volver a empezar, Cindy, sino continuar.

Se quedaron las dos un rato en silencio y se oía la lluvia en el tejado. Entonces Olive dijo:

—Supongo que tú prefieres no imaginarte a Tom volviendo a empezar.

Cindy soltó un suspiro profundo.

—Oh, señora Kitteridge, no puedo soportar la idea de que esté solo. La verdad es que no puedo soportarlo. Sería como un... Sería como un bebé grande, solo, y se me parte el alma. Pero pensar que esté con alguien me parte el alma todavía más.

Olive asintió, como si lo entendiera.

—Cindy, es que Tom y tú habéis crecido juntos. A Henry y a mí también nos pasaba. Teníamos dieciocho años cuando nos conocimos, veintiuno cuando nos casamos, y la verdad es que... es la persona con la que has vivido, y eso siempre está ahí. —Se encogió de hombros—. Siempre está ahí.

—¿Le hablas de Henry a Jack Kennison?

Olive la miró.

—Sí, sí. Cuando nos conocimos, hablábamos sin parar de su mujer y de mi marido. Sin parar.

—¿Y no os sentíais incómodos?

—No, no, al contrario. Era maravilloso.

Cindy se quedó en silencio un rato.

—No sé si quiero que hablen de mí.

Olive se encogió de hombros.

—La verdad es que llegado el caso no puedes hacer nada por evitarlo. Pero te advierto una cosa: te santificará. Te convertirá en una auténtica santa.

Cindy se echó a reír. No podía parar de reír. Y al cabo de un momento, Olive también se rio.

Entonces Cindy dijo:

—¿Y a tu hijo? ¿Le cae bien Jack Kennison?

Olive estuvo un largo momento sin decir nada.

—No, no le cae bien —dijo al fin—. Pero la verdad es que diría que yo tampoco le caigo demasiado bien. Incluso antes de que me casara con Jack Kennison.

—Oh, Olive, lo siento.

Olive balanceaba el pie arriba y abajo.

—Pues sí —dijo—. Por ahora no hay nada que hacer.

Cindy dudó un poco, pero se lo preguntó:

—¿Y siempre han estado mal las cosas con tu hijo?

Olive ladeó la cabeza, como si estuviera meditando la respuesta, y dijo:

—La verdad es que no lo sé. Creo que no. Al menos, no durante un tiempo. Tal vez la cosa empezó con su primera mujer.

Al cabo de un momento, Cindy, que había vuelto la mirada hacia la ventana y contemplaba la aguanieve gris que se estrellaba contra el cristal, dijo:

—Bueno, estoy segura de que tú no le gritabas ni le chillabas mucho, como sí hacía mi madre. Era una mujer difícil, Olive. Pero bueno, tuvo una vida difícil.

Se volvió hacia Olive, y esta le dijo:

—Bueno, diría que sí le gritaba mucho. —Cindy abrió la boca, pero Olive continuó—: La verdad es que no me acuerdo, pero creo que lo hacía. Cuando me daba por ahí, era bastante horrible. Seguramente a mi hijo le parece que soy una mujer difícil, igual que piensas tú de tu madre.

—Aun así, la quería —dijo Cindy.

—Sí. Y supongo que Christopher me quiere a mí.

Olive meneó despacio la cabeza. Las dos mujeres se quedaron en silencio largo rato. Olive sostenía la toalla en el regazo.

Entonces se inclinó un poco hacia delante y en voz baja dijo:

—Te voy a contar una cosa, Cindy. A veces, echo tanto de menos a Henry que me parece que me falta el aire. —Se apoyó de nuevo en el respaldo y a Cindy le pareció que tenía lágrimas en los ojos. Olive parpadeó, y al final dijo—: Lo echo tanto de menos, Cindy, así, sin que venga a cuento, y no es porque Jack no sea bueno conmigo, que lo es casi siempre, sino porque pasa algo y yo al momento pienso: Henry.

—Cómo me alegro de que hayas venido a verme —dijo Cindy—. No te creerías la cantidad de gente que no viene a verme.

—Sí. Sí me lo creería.

—Pero ¿por qué no vienen? Es que, Olive, ni siquiera las amigas de toda la vida.

—Tienen miedo.

—¡Pues qué mal!

—Coincido contigo. En este punto te doy la razón.

—Pero tú no tienes miedo.

—Yo no.

—Aunque te dé miedo morirte.

—Así es —dijo Olive.

* * *

Siguió haciendo un tiempo muy desagradable; el viento silbaba a través de las ventanas y llovía, y después nevaba brevemente y volvía a llover. A Cindy le pareció que la cosa se alargaba mucho. Uno de aquellos días recibió una tarjeta de las bibliotecarias con las que había trabajado. Tenía dibujada una flor y en su interior se leía: «¡Que te mejores!». Y todas la habían firmado. Cindy la tiró a la papelera. Llegó la enfermera y le cambió las sábanas, y Cindy se alegró de verla. Charlaron un poco, cordialmente. Pero cuando la enfermera se fue, Cindy volvió a la cama y se tapó con el edredón casi hasta la cabeza. Se puso el Pandora en el móvil, con los auriculares, algo que hacía cada vez más a menudo. Le parecía que ese día no iba a poder leer. No quería leer ningún libro. Y no le apetecía ver ninguna película en el iPad que Tom le había regalado precisamente para eso.

Cogió el teléfono y les envió mensajes a sus hijos, que estaban en la universidad. «Un día más —escribió—. ¡Os quiero a los dos!». Y al cabo de unos minutos ya había recibido las respuestas

de los dos: «Nosotros también te queremos, mamá». El mayor le envió un segundo mensaje que decía: «¡Y buena suerte con la última!». Ella le respondió: «¡Gracias, cielo!», y adjuntó el emoticono de un beso. Habría querido seguir escribiendo, decirle: «Pero es que te quiero mucho mucho mucho». Pero no tenía sentido. Había tantas cosas que no podían decirse, y eso era algo que Cindy pensaba cada vez con más frecuencia, y cuando lo hacía, le dolía el alma. Pero estaba muy cansada, cansada de una manera que la ayudaba a rendirse a la fatiga mientras escuchaba música en su móvil. Se quedó amodorrada sin darse cuenta de que se dormía y por eso, al despertar, se sorprendió.

Hacia el final del día, Anita se pasó un momento a verla cuando volvía del trabajo y Cindy fue a sentarse con ella a la cocina. El marido de Anita —hermano de Cindy— podía quedarse sin trabajo y Cindy dijo:

—Anita, tienes muchos frentes abiertos.

Y esta dijo:

—Sí, y tú también.

Y se echó a reír. Tenía una risa que era como un borboteo y se subió las gafas hasta el puente de la nariz, y Cindy apoyó la mano en la de Anita.

—Y Maria con esos tatuajes —dijo Anita—. Le cubren del todo los dos brazos, y yo le dije, bueno, ya verás cuando se te descuelguen las carnes, ya verás. Y ella va y me dice: «Pues también me los voy a hacer en el culo...».

En ese momento Tom apareció por la puerta y Cindy le preguntó a Anita si quería quedarse a cenar, y esta dijo:

—Me encantaría. —Y se levantó y se puso el abrigo—. Pero tengo que alimentar a esa familia de locos que tengo.

Al día siguiente salió el sol. Brillaba con fuerza cuando Cindy se dirigía hacia el coche, con Tom, que había pedido la mañana libre para acompañarla a su última sesión del tratamiento, y ella se fijaba en el sol y casi en nada más, y no le dijo gran cosa a Tom mientras la llevaba al hospital. Una vez allí, se quedó sentada, como las otras veces, durante más de una hora mientras le metían gota a gota aquella cosa en el cuerpo, y después Tom la ayudó a subir al coche y le dijo:

—Hoy no me separo de ti, me quedo contigo todo el día, Cindy.

Al llegar a casa, Cindy se metió en la cama y, muy poco después, Tom subió y se sentó a su lado. Se estaba comiendo una manzana y Cindy no soportaba el ruido que hacía. La manzana crujía, él sorbía y al final le dijo:

—Tom, ¿puedes terminarte la manzana en otra parte?

Y él, dolido, le dijo:

—Sí, vale.

Y volvió a bajar.

* * *

Cuando había pasado una semana exacta desde la última sesión de tratamiento, Olive Kitteridge se presentó en casa y le dijo:

—Enhorabuena. ¿Qué es lo siguiente que tienes?

—Un escáner dentro de tres meses. Así que a esperar.

—Muy bien. —Al cabo de un momento, Olive dijo—: Jack y yo nos discutimos. Menuda pelea.

—Oh, Olive, lo siento —repuso Cindy.

—Sí, bueno, y yo siento contártelo. Fue por nuestros amigos. Por nuestra vida social, como dijo Jack.

Cindy apoyó la espalda en las almohadas y se fijó en Olive. Parecía que le temblaba la cara. Estaba alterada.

—¿Quieres contármelo? —le preguntó Cindy.

—Bueno, es que él tiene unos amigos de antes, los Rutledge, y yo la otra noche, después de cenar con ellos, le dije: «Marianne Rutledge es tan estirada que si la pinchas, explota». —Olive levantó una mano y juntó los dedos en un gesto punzante—. La verdad es que es una mujer muy pagada de sí misma —continuó—. ¡Y va él y se ofende! Se ofendió, y va y me dice: «Bueno, Olive, es que tus amigos son bastante provincianos». Eso me dijo. Me dijo que nunca se interesaban por él. ¡Típico de los hombres! Y que le parecían provincianos. ¡Provincianos! Y entonces yo le dije que lo que era provinciano era preocuparse porque su hija fuera lesbiana, que debería darle vergüenza llamar «provinciano» a alguien cuando él piensa de ese modo, le dije: «Eso sí es más que provinciano, señor profesor de Harvard, señor sabelotodo, que parece sacado de la Edad Media». Me puse tan furiosa que cogí el coche y me fui. ¿Y sabes a dónde pensé que quería irme? ¡A mi casa! Me puse a conducir en dirección a la casa en la que vivía con Henry y tardé varios minutos en darme cuenta de que esa casa ya ni siquiera está ahí. Así que cambié de dirección y me fui hasta la Punta, y me quedé ahí sentada en el coche, llorando como una niña, y después volví a casa de Jack, bueno, a nuestra casa, supongo y... bueno, esto es lo bueno, ahí estaba él, sintiéndose fatal. Se sentía fatal por haberme dicho aquellas cosas.

»Y yo, en el coche, cuando volvía a casa iba pensando y me daba cuenta de que soy una pueblerina, y Jack no. Es un tema de clase. Así que cuando volví a casa y vi que él lo sentía tanto, le hablé de eso, de que en realidad era un tema de clase, se lo dije con mucha calma, y la verdad es que estuvimos hablando al menos dos horas sin parar, hablábamos y hablábamos, y él me dijo que él también era bastante pueblerino, y que por eso se fijaba mucho en si la gente era provinciana o no, porque él, durante toda su vida, en el fondo se había sentido provinciano y no quería serlo. Y me dijo: “Soy un esnob, Olive, y no me siento orgulloso de serlo”. Su padre era médico, no sé si lo sabes, y ejercía a las afueras de Wilkes-Barre, en Pensilvania, y para mí eso no es ser precisamente pueblerino, pero resulta que su padre era médico de cabecera y tenía una consulta en su propia casa, que era bastante pequeña, en la parte de atrás, y Jack me contó que nunca había terminado de encajar en el colegio, y que su primera mujer, Betsy, había nacido en una granja, era de Filadelfia, una chica de Bryn Mawr... —Olive dejó de hablar un momento, y dijo—: El caso es que tuvimos una conversación maravillosa, eso fue lo que pasó.

—Me alegro —dijo Cindy—. Pero, Olive, cuando dices que eres una pueblerina, ¿a qué te refieres?

—Bueno, que no soy una finolis. Mi padre no terminó ni el bachillerato, aunque mi madre era maestra. Pero éramos gente normal y corriente y lo llevo con orgullo. Y ahora, por favor, cuéntame tú algo —le dijo Olive.

Y Cindy le contó que en cosa de un mes debería empezar a crecerle el pelo. Al principio sería como una pelusa, pero después ya le saldría normal, y Olive la observaba con interés y asentía ligeramente.

Y entonces le dijo:

—Dime una cosa, hace tiempo que quiero preguntártelo. ¿Y tus hermanas, Cindy? ¿Qué ha sido de ellas? ¿No tenías una hermana? ¿O dos?

A Cindy le sorprendió que se acordara.

—Sí —le respondió—. Una vive en Florida. Es camarera. Y la pequeña murió hace muchos años... —Cindy dudó antes de continuar—: De sobredosis. Estuvo enganchada durante años.

Olive Kitteridge la miró fijamente y al cabo de un momento negó con la cabeza.

—Vaya —dijo. Cruzó los tobillos y movió un poco el culo en la silla—. Bueno, entonces supongo que no vienen a verte.

—Viene mi cuñada, Anita. La verdad, Olive, sin contarte a ti, es la única persona que ha venido a verme con regularidad.

—Anita Coombs —dijo Olive—. Sí, sé quién es. Trabaja de funcionaria en las oficinas del ayuntamiento.

—Exacto.

—Es una persona muy agradable. Siempre me lo ha parecido.

—Sí, es maravillosa —dijo Cindy—. Y eso que tiene muchos problemas. Pero ¿quién no los tiene? —Y entonces Cindy se incorporó un poco más y dijo—: Olive, ¿me has contado lo de la discusión con Jack Kennison porque crees que me voy a morir?

Olive la miró con una cara de sorpresa que parecía sincera.

—No, te lo he contado porque soy una vieja a la que le gusta hablar de sí misma y no había nadie más con quien me sintiera cómoda para hablar de eso.

—Está bien —dijo Cindy—. Es que me ha parecido que a lo mejor has pensado que me iba a morir y que por eso no pasaba nada si me lo contabas.

—Yo no sé si te vas a morir o no —dijo Olive.

Las dos se quedaron en silencio y, al cabo de un rato, Olive dijo:

—He visto que todavía tienes la corona de Navidad puesta. Hay gente que la deja. Nunca he sabido por qué.

—Yo no lo soporto —dijo Cindy—. Se lo he dicho a Tom tantas veces... ¿Por qué no se acuerda de quitarla?

Olive agitó una mano.

—Está afectado, Cindy. En estos momentos no es capaz de concentrarse en nada.

Y aunque fue raro, en ese momento Cindy entendió que Olive tenía razón. Una frase muy sencilla, pero completamente cierta. Ah, pobre Tom, pensó Cindy. Tom, no he sido justa contigo...

Pero Olive se había dado media vuelta para poder mirar por la ventana.

—Mira, mira esto —le dijo.

Cindy se volvió. La luz del sol, magnífica, proyectaba su amarillo glorioso en el cielo azul y se filtraba entre las ramas desnudas de los árboles, con ese aspecto natural y despreocupado con que llegaba la última luz del día.

Y lo que ocurrió fue esto...

Algo que Cindy ya no olvidaría nunca, durante el resto de su vida. Olive Kitteridge le dijo:

—Dios mío, siempre me ha encantado la luz de febrero. —Olive negó despacio con la cabeza—. Dios mío —repitió en un tono que era casi reverencial—. Mira, mira la luz de febrero.

EL PASEO

Algo no iba bien con sus hijos.

Denny Pelletier cayó en la cuenta una noche de diciembre mientras paseaba solo por la carretera en el pueblo de Crosby, Maine. Era una noche fría, y él no iba lo bastante abrigado, porque además de los vaqueros viejos y la camiseta, solo llevaba puesto un chaquetón. Su intención no era caminar, pero había notado que le surgía la necesidad de hacerlo y más tarde, cuando su mujer ya se estaba preparando para acostarse, le dijo: «Tengo que salir a caminar». Tenía sesenta y nueve años y estaba en forma, aunque algunas mañanas se notaba bastante agarrotado.

Mientras caminaba, volvió a pensar en que algo iba mal. Y pensaba en sus hijos. Tenía tres; todos casados. Los tres se habían casado jóvenes, a los veinte años, al igual que su mujer: ella tenía dieciocho. Cuando sus hijos se casaron, a él no se le ocurrió pensar que fueran demasiado jóvenes, aunque ahora, mientras caminaba, sí pensaba que en los días que corrían ya no era habitual que los chicos se casaran a esa edad. Pensó en los compañeros de clase de sus hijos, y se dio cuenta de que muchos habían esperado hasta los veinticinco, o los veintiocho, o incluso, en el caso del hijo de los Woodcock, que era muy guapo, hasta los treinta y dos, edad a la que se casó con aquella novia suya tan bonita y tan rubia.

El frío lo distraía y Denny caminaba más deprisa para entrar en calor. Pronto sería Navidad, pero no nevaba desde hacía tres semanas. A Denny aquello se le hacía raro —y también a otras muchas personas— porque se acordaba muy bien de su infancia en ese mismo pueblo de Maine, y cuando llegaba la temporada navideña ya se acumulaba tanta nieve que sus amigos y él construían fuertes en el interior de los montículos. Pero esa noche, mientras caminaba, lo único que se oía era el crujir de las hojas secas bajo sus zapatillas deportivas.

Había luna llena. La vio reflejada en el río cuando pasó junto a los talleres, con sus ventanas bien alineadas, oscuras. En uno de ellos, el de Washburn, Denny había conseguido su primer trabajo a los dieciocho años. El taller había cerrado treinta años atrás, y él después había trabajado en una tienda de ropa en la que, entre otras cosas, se vendían pantalones y botas de goma para pescadores y también para turistas. El taller, los recuerdos del taller, le parecían más vívidos, aunque en realidad había trabajado durante más años en la tienda de ropa. Pero recordaba con sorprendente claridad las máquinas que no paraban en toda la noche, la sala de telares en la que él trabajaba. En aquella época, su padre también trabajaba allí en el mantenimiento de los telares y cuando Denny empezó, tuvo la suerte de estar solamente tres meses barriendo suelos antes de primero pasar a ser tejedor y después a reparar los telares, como su padre. El ruido ensordecedor en el taller, el aterrador viaje que podía emprender una lanzadera si

se salía de sitio y rasgaba las telas y abollaba las piezas de metal. ¡Menuda experiencia! Y sin embargo aquello ya no existía. Pensó en Snuffy, que nunca aprendió a leer ni a escribir, que se sacaba la dentadura y se la lavaba en el abrevadero hasta que colgaron un cartel que decía: «¡No lavar dentaduras aquí!». Y todas las burlas, porque como Snuffy no sabía leer, no entendía qué decía aquel cartel. Snuffy había muerto hacía unos años. Muchos, la mayoría de los hombres con los que había trabajado en el taller estaban muertos. Por algún motivo, esa noche Denny se asombró en silencio al constatar el hecho.

Entonces su mente regresó a los niños. No decían nada. Estaban demasiado callados. ¿Estarían enfadados con él? Los tres habían ido a la universidad. Los chicos se habían trasladado a vivir a Massachusetts y la chica a Nuevo Hampshire; al parecer, aquí no había trabajo para ninguno de ellos. Sus nietos estaban bien. A todos les iba bien en el colegio. Eran sus hijos los que le causaban extrañeza mientras caminaba.

El año pasado, coincidiendo más o menos con el encuentro con sus compañeros de instituto para conmemorar los cincuenta años de su promoción, le enseñó el libro del curso a su hijo mayor y su hijo le dijo: «¡Papá! ¿Te llamaban El Franchute?». «Ah, sí, claro», respondió él entre risas. «A mí no me hace gracia —le dijo entonces su hijo, que añadió—: La señora Kitteridge, ya cuando íbamos a séptimo, nos decía que en teoría este país era un crisol de culturas, pero que en ese crisol, en realidad, nunca se acababa mezclando nada, y tenía razón».

Y su hijo se había levantado y se había marchado, dejando a Denny con aquel libro abierto sobre la mesa de la cocina.

La señora Kitteridge se equivocaba. Los tiempos habían cambiado.

Pero Denny, que se había desviado un poco para caminar junto al río, entendía ahora lo que su hijo quería decir: que a alguien lo llamaran El Franchute ya no era aceptable. Lo que su hijo no entendía era que Denny nunca se había sentido ofendido ni dolido por que lo llamaran El Franchute. Mientras seguía caminando, con las manos bien hundidas en los bolsillos, empezó a preguntarse si aquello era cierto. Y se dio cuenta de que en realidad él, Denny, lo había «aceptado».

Y aceptar aquello implicaba aceptar mucho: implicaba que Denny empezaría a trabajar en el taller en cuanto pudiera; implicaba que no esperaba ir a la universidad, que no iba a preocuparse por sus estudios. ¿Implicaba todo aquello? A medida que Denny se acercaba al río, la luz de la luna le permitía ver que la corriente era muy rápida, y a él le pareció que su vida había sido como una rama en ese río, que se dejaba llevar por la corriente sin pensar. Directa a la cascada.

* * *

La luna le quedaba un poco a la derecha y, cuando se detuvo a mirarla, pareció volverse más grande. ¿Fue por eso por lo que de pronto pensó en Dorothy Paige?

Dorie Paige había sido una chica muy guapa. ¡Qué guapa era! Iba por los pasillos del instituto con su pelo rubio, largo, que le llegaba por debajo de los hombros. Era alta y sabía llevar bien su altura. Tenía los ojos grandes y un amago de sonrisa siempre en el rostro. Había aparecido hacia el final del segundo curso, y si Denny había continuado yendo al instituto había sido por ella. Quería seguir viéndola, mirándola, nada más. De no haber sido por ella, habría seguido adelante con sus planes de dejar los estudios y ponerse a trabajar en el taller. Su taquilla no quedaba lejos de la de Dorie, pero no compartían ninguna asignatura, porque, además de guapa, era muy

inteligente. Según los profesores, e incluso según los propios estudiantes, era la alumna más inteligente que había pasado por allí en mucho tiempo. Su padre era médico. Un día ella le dijo «Hola» cuando estaban en las taquillas, y Denny sintió que la cabeza le daba vueltas. «Hola», le contestó él. A partir de ahí, se hicieron más o menos amigos. Dorie se relacionaba con algunos otros alumnos que eran listos, y aquellos eran sus verdaderos amigos, pero Denny y ella también se habían hecho amigos.

—Háblame de ti —le dijo ella un día al salir de clase. Estaban los dos solos en el pasillo—. Cuéntamelo todo.

Y se echó a reír.

—No tengo nada que contar —dijo Denny.

Y lo decía en serio.

—Eso no es verdad. No puede ser verdad. ¿Tienes hermanos? ¿Hermanas?

Era casi tan alta como él y se quedó esperándolo mientras él recogía sus libros.

—Sí, yo soy el mayor. Tengo tres hermanas y dos hermanos.

Denny, al fin, recogió todos sus libros, se separó de la taquilla y la miró. Era como mirar el Sol.

—¡Vaya! —dijo Dorie—. Eso es maravilloso. Suena genial. Yo solo tengo un hermano, así que mi casa es tranquila. Seguro que tu casa no es tranquila.

—No —dijo Denny—. Muy tranquila no es, la verdad.

En aquella época, él ya salía con Marie Levesque y le preocupaba que pudiera presentarse en cualquier momento. Se alejó del gimnasio porque allí estaba entrenando Marie —era animadora— y Dorie lo siguió. Y allí, en la otra punta del colegio, cerca del aula de música, charlaron. Denny no recordaba todo lo que se habían dicho aquel día, ni aquellos otros días en los que ella aparecía de pronto y se dirigían hacia el aula de música, y se quedaban charlando junto a la puerta. Sí recordaba que ella nunca le aconsejaba que fuera a la universidad. Debía de saber ya —claro, llamándose El Franchute— que no tenía la nota mínima exigida, o el dinero, para ir. Debía de saberlo ya, porque se lo habrían dicho en las clases que no compartían, de la misma manera que él también sabía que Dorie sí iría.

Así estuvieron durante dos años, charlando una vez por semana, tal vez. Hablaban más durante la temporada de baloncesto, que era cuando Marie practicaba más en el gimnasio. Dorie nunca le preguntaba por ella, aunque seguramente los habría visto juntos en los pasillos. Él veía a Dorie con chicos distintos, siempre había uno u otro que parecía seguirla, y ella se reía con quien fuera y lo saludaba a él en voz alta: «¡Hola, Denny!». Él la había querido de verdad. Era tan guapa... Era una belleza.

—Voy a Vassar —le dijo la primavera de su último curso, y él ni siquiera supo a qué se refería. Al cabo de un momento, Dorie añadió—: Es una universidad que está en el estado de Nueva York, al norte.

—Qué bien —dijo él—. Espero que sea una universidad muy buena, porque tú eres muy inteligente, Dorie.

—Está bien —dijo ella—. Sí, es una buena universidad.

No recordaba la última vez que hablaron. Sí se acordaba de que, durante la ceremonia de graduación, hubo algunos piropos, algún silbido de admiración y cosas así cuando pronunciaron el nombre de Dorie. En menos de un año, él ya estaba casado y no volvió a verla nunca más. Pero sí

recordaba perfectamente dónde se había enterado —justo a la entrada del colmado del pueblo— de que ella había terminado la carrera en Vassar y se había suicidado. Fue Trish Bibber quien se lo contó, una chica con la que había ido al colegio, y cuando él preguntó: «¿Por qué?», Trish bajó la mirada y le dijo: «Denny, vosotros erais amigos, a lo mejor ya lo sabes. Pero en su casa había abusos sexuales».

—¿A qué te refieres? —preguntó Denny, y lo preguntó porque le costaba entender aquellas cosas.

—Su padre —dijo Trish, que permaneció a su lado unos momentos hasta que él asimiló la noticia. Lo miró con dulzura y le dijo—: Lo siento, Denny.

De eso también se acordaba siempre: de aquella mirada tan dulce de Trish cuando se lo dijo.

Y esa era la historia de Dorie Paige.

Denny se dirigió a su casa; subió por Main Street. Lo invadió una sensación repentina de incomodidad, como si no estuviera a salvo. De hecho, el pueblo había cambiado tanto en aquellos últimos años que la gente ya no paseaba de noche como estaba haciendo él. Pero hacía bastante tiempo que no pensaba en Dorie; antes pensaba mucho en ella. La luna brillaba sobre él: el resplandor persistía, como si el recuerdo de Dorie —o la misma Dorie— la hiciera brillar. «Seguro que tu casa no es tranquila», le había dicho.

Y de pronto a Denny se le ocurrió: ahora su casa sí era tranquila. Llevaba años siéndolo cada vez más. Después de que los niños se casaran y se fueran, la casa, gradualmente, había ido volviéndose más tranquila. Marie, que había trabajado como profesora en la escuela local, se había jubilado hacía unos años y ya no le contaba tantas cosas de su día a día. Después él se había jubilado de la tienda y tampoco tenía ya mucho que explicar.

Denny siguió caminando, pasando frente a los bancos que quedaban cerca del quiosco de música. El viento soplaba con más fuerza y levantó unas cuantas hojas secas. No habría podido decir hacia dónde iba su mente, ni cuánto tiempo llevaba andando. Pero en un momento determinado vio a un hombre inclinado hacia atrás, apoyado en el respaldo de uno de los bancos. Denny estuvo a punto de dar media vuelta. Pero aquel cuerpo grande estaba como cubriendo el respaldo del banco —una postura muy poco habitual— y no parecía moverse. Denny se acercó despacio. Carraspeó audiblemente. El tipo no se movió.

—Hola —dijo.

La postura de aquel hombre, agarrado con fuerza al banco, hacía que se le hubieran bajado un poco los vaqueros y Denny le veía la raja del culo. Tenía las manos delante, como apoyadas con fuerza en el asiento. «¡Hola!» repitió Denny gritando todo lo que pudo, pero no obtuvo respuesta.

Le veía el pelo a aquel tipo: lo llevaba más bien largo, de un tono castaño claro, y le cubría parte de una mejilla. Denny se acercó, le tocó el brazo y el hombre se quejó.

Denny dio un paso atrás, sacó el móvil y llamó al teléfono de emergencias. Informó a la mujer que le atendió de dónde se encontraba y la escena que estaba presenciando, y ella le dijo:

—Ahora mismo enviamos a alguien, señor. No cuelgue.

Oyó que la mujer hablaba —¿por otro teléfono?— y, mientras esperaba, le llegaron sonidos de electricidad estática y chasquidos.

—Veamos, señor. ¿Sabe si el hombre está vivo?

—Se ha quejado hace un momento —dijo Denny.

—De acuerdo, señor.

Entonces, en muy poco tiempo —o eso le pareció a Denny— se acercó hasta allí mismo un coche de policía con las luces azules parpadeando y bajaron dos agentes. Denny se fijó en que estaban tranquilos y hablaron con él brevemente antes de acercarse al hombre que estaba echado sobre el respaldo del banco.

—Drogas —dijo uno de los policías.

—Sí —corroboró el otro.

Uno de los dos se metió la mano en un bolsillo y sacó una jeringuilla. Con gesto rápido y decidido, le levantó la manga de la chaqueta al hombre y le inyectó algo en la cara interna de un codo. Al cabo de un momento, el hombre se levantó. Y miró a su alrededor.

Era el hijo de los Woodcock.

Denny no lo habría reconocido de no ser porque, con aquellos ojos muy hundidos en aquella cara de rasgos agraciados, miró a Denny y le dijo:

—Eh, hola.

En ese momento, sin embargo, pareció marearse y los policías le pidieron que se sentara en el banco. Ya no era un niño, sino un hombre de mediana edad, pero Denny solo podía verlo como el crío que iba a la clase de su hija hacía unos años. ¿Cómo había podido convertirse en aquella persona? Corpulento —gordo—, con ese pelo largo, tan drogado. Denny se quedó en su sitio, fijándose en la nuca de aquel hombre, hasta que apareció una ambulancia aullando y lanzando destellos, y en cuestión de segundos se bajaron dos personas del servicio de emergencias y hablaron con los policías, y uno de los agentes dijo que sí, que le había administrado la naloxona de inmediato. Los dos sanitarios levantaron al hijo de los Woodcock sujetándolo por las axilas y lo llevaron hasta la ambulancia. La puerta se cerró.

Cuando se alejaba, uno de los policías le dijo a Denny:

—Ha salvado usted una vida esta noche.

Y el otro, mientras se subía al vehículo, añadió:

—Por el momento.

Denny se fue a casa a paso rápido, pensando que el problema no eran sus hijos, en absoluto. Eso le vino a la mente con una gran claridad. Sus hijos habían vivido una infancia a salvo, en su casa, no como la pobre Dorie. Sus hijos no se drogaban. Si había algún problema no era con ellos, sino con él mismo. Le entristecía ver cómo menguaba su vida, aunque todavía no había acabado.

Subió a toda prisa la escalera de casa, se quitó el abrigo. En el dormitorio, Marie estaba despierta, leyendo. Se le iluminó la cara cuando lo vio. Dejó el libro sobre la cama y levantó un poco la mano para saludarlo.

—Eh, hola —le dijo.

PEDICURA

Era noviembre.

En Crosby, Maine, todavía no había nevado ningún día, y como ese miércoles estaba despejado, el mundo lucía una especie de aterradora belleza: los árboles de hoja perenne permanecían muy tiesos, en posición de firmes, como si tuvieran frío, y los robles retenían aún su follaje, dorado y reseco, pero el resto estaban desnudos, con el tronco oscuro, y se alzaban hacia el cielo cada vez menos erguidos, y las carreteras se veían peladas y los campos barridos, limpios, y todo tenía un aspecto algo cadavérico y absolutamente fabuloso debido a aquella luz que descendía de forma oblicua y nunca alcanzaba lo alto del cielo. El cielo era de un azul más bien oscuro.

Jack Kennison le sugirió a Olive Kitteridge que fueran a dar un paseo en coche.

—Me encanta salir en coche —dijo ella.

Y él le dijo que ya lo sabía, que se lo sugería precisamente para que se pusiera contenta.

—Ya estoy contenta.

Y Jack le dijo que él también.

Se montaron en su Subaru nuevo —a Olive no le gustaba el deportivo— y se pusieron en marcha. Decidieron ir a Shirley Falls, que estaba a una hora de camino: allí era donde Olive había estudiado secundaria y de allí era originario su primer marido, Henry.

Jack y Olive ya llevaban juntos cinco años. Jack tenía setenta y nueve años y Olive, setenta y ocho. Durante los primeros meses, dormían abrazados. Ninguno de los dos había abrazado a otra persona en la cama en años. Las veces que Jack había conseguido salir con Elaine, habían dormido más o menos abrazados en el hotel en el que estuvieran, pero no era lo mismo que hacían Olive y él durante sus primeros meses juntos. Olive pasaba la pierna por encima de las de Jack, le apoyaba la cabeza en el pecho y a lo largo de la noche iban cambiando de posición, pero se mantenían abrazados, y Jack pensaba en sus cuerpos grandes y viejos, dos naufragos lanzados a la orilla... ¡Y qué manera de aferrarse a la vida!

Él jamás lo habría imaginado. Ella tan Olive, él tan necesitado de ella. Nunca en la vida habría imaginado que pudiera pasar sus últimos años con una mujer como ella de esa manera.

Porque con ella podía ser él mismo. Aquello era lo que había pensado durante aquellos primeros meses con Olive entre los brazos, dormida y roncando ligeramente. Y seguía pensándolo.

Y eso que podía llegar a ser muy irritante...

No desayunaba y se ponía en marcha al momento, como si tuviera cosas que hacer.

—Olive, no tienes nada que hacer —le decía él.

Y ella le sacaba la lengua. Le sacaba la lengua. Por Dios.

Cuando se casaron, Jack empezó a comprender que el nivel de angustia de Olive era elevado. Balanceaba un pie constantemente cuando estaba sentada. De pronto salía de casa diciendo que tenía que ir a comprar tela a la tienda de telas de Joann y apenas lo decía ya estaba en la calle. Pero todavía se abrazaba a él por las noches, y él a ella. Y entonces, al cabo de un año, ya no se abrazaban de noche, pero compartían la misma cama y discutían sobre quién tiraba de las mantas por la noche; eran realmente un matrimonio. Además, ella estaba cada vez menos angustiada. Aunque Jack no lo decía, lo notaba y se sentía muy bien por ello.

Pero hacía un par de años habían ido a Miami y a Olive no le había gustado nada.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer? ¿Sentarnos al sol y ya está? —le había preguntado ella.

Él lo entendió.

Y volvieron a casa.

El año anterior habían ido a Noruega, de crucero por los fiordos, y les había gustado mucho más. Ahora, salir a dar paseos en coche era algo que los dos disfrutaban.

—Como una pareja de vejestorios —había dicho Jack la última vez que salieron.

Y Olive le había respondido:

—Jack, ya sabes que no me gusta nada esa expresión.

Siguieron avanzando con el coche y dejaron atrás el pueblo de Crosby, Maine. Pasaron por delante del campo pequeño, el de la tapia de piedra con las rocas que sobresalían entre la hierba de color verde pálido.

—Edith se ha caído y se ha roto un brazo —dijo Olive—. Han tenido que llevársela.

—¿Llevársela? —preguntó Jack apartando la vista de la carretera para mirarla.

—Bueno, ya sabes. —Olive agitó una mano—. A rehabilitación o lo que sea.

—¿Y se va a poner bien?

—No sé. Diría que sí. —Olive miró por la ventanilla. Estaban entrando en el pueblo de Bellfield Corners—. Dios mío —dijo—. Qué sitio tan triste.

Jack convino con ella en que era un pueblo triste. Solo había una cafetería abierta en la calle principal, una cooperativa de crédito y una gasolinera. Todo lo demás estaba cerrado. Incluso el taller, que antes era lo primero que se veía al entrar, había sido desmantelado en los últimos diez años. Olive se lo explicó a Jack.

—Nunca he estado en Shirley Falls —dijo Jack mientras salían de Bellfield Corners y la carretera volvía a internarse en campo abierto.

Olive cambió de posición hasta casi apoyar la espalda en la puerta del coche y miró a Jack.

—¿Me estás tomando el pelo? —dijo—. ¿Nunca has estado en Shirley Falls?

—¿Y por qué tendría que haber ido? —preguntó Jack—. ¿Qué hay hoy en día en Shirley Falls? Sí, ya sé que fue importante en su época, pero ¿qué tiene ahora?

—Somalies —dijo Olive, volviéndose hacia delante una vez más.

—Ah, claro —dijo Jack—. Me olvidaba de ellos. —Y añadió—: Bueno, está bien, no los he olvidado. Pero llevaba un tiempo sin pensar en ellos.

—Sí, claro —dijo Olive.

—¿Y cómo se ha caído Edith? —le preguntó Jack al cabo de un momento.

—¿Cómo? Pues supongo que... simplemente se ha caído. ¿Cómo quieres que lo sepa?
Jack se echó a reír. Le encantaba esa mujer.

—Bueno, sabes que se ha caído. Tú sabes muchas cosas, Olive.

—¿Sabes qué me contó Bunny Newton el otro día? Al parecer, su marido conocía a un hombre que se había quedado viudo, y a ese hombre le gustaba otra mujer desde hacía diez años, cuando su esposa todavía vivía. Y resulta que aquella otra mujer salió de casa el día de su cumpleaños y se sentó en plena autopista y la atropelló un coche y la mató. Se sentó en medio de la autopista. Nada más. ¿Has oído alguna vez una cosa igual? Y ahora el hombre la llora más a ella que a su mujer.

—O sea, que la mujer se suicidó.

—Yo diría que sí. Dios mío, qué manera de dejar el mundo.

—¿Y cuántos años tenía?

—Sesenta y nueve. Ah, y pesaba cuarenta kilos. Y va Bunny y me dice: «A mí me parece un poco raro».

—Diría que aquí falta información —dijo Jack.

—Yo me limito a contar lo que me han contado —replicó Olive—. La mujer había presentado los papeles del divorcio. Tal vez sea un dato importante. Quién sabe. Raro.

—No es una de tus mejores historias —sentenció Jack.

—No, no lo es.

Al cabo de un rato, Olive dijo:

—Jack, me encantó la pedicura.

—Me alegro, Olive. Puedes hacerte otra.

—Eso tengo pensado —dijo ella.

Hacía unos días, Jack se había encontrado a Olive en el dormitorio con lágrimas en los ojos. Lloraba porque ya no podía cortarse las uñas de los pies, al menos no como lo hacía antes, y no soportaba, no podía soportar tener aquellas uñas tan feas.

Y Jack le dijo:

—Bueno, pues vamos a que te hagan una buena pedicura.

Y Olive hizo como si apenas supiera de la existencia de tal cosa.

—Vamos, vamos —le había dicho Jack.

La había subido al coche y la había llevado a Cook's Corner, donde había un salón de manicura.

—Vamos —le insistía cada vez que ella se quedaba rezagada.

Olive lo había seguido hasta el sitio en cuestión y Jack había dicho:

—Esta mujer quiere hacerse la pedicura.

Y una chica menuda, asiática, dijo:

—Sí, está bien, por aquí.

—Vuelvo luego —dijo Jack, y le hizo un gesto a Olive, que parecía desconcertada.

Pero al volver a recogerla... Menuda sonrisa tenía ella en la cara.

—Jack —le dijo, casi sin aliento, cuando ya estaban en el coche—. Jack, tienen un barreño de agua para un pie y otro barreño para el otro pie, bueno, en realidad son como unas bañeras pequeñas, y tú metes los pies ahí y esa chica... ¡Bueno, me ha hecho un trabajo magnífico!

—Eres una mujer fácil de complacer —le dijo él.

Y ella dijo:

—Pues tal vez seas la primera persona que lo cree.

En ese momento, en el coche, Olive dijo:

—Me frotó las pantorrillas. Oh, qué gusto. Masajeó, es la palabra. Me masajeó las pantorrillas. Muy placentero. —Al cabo de un momento, añadió—: ¿Conoces a esa escritora que escribe esos libros de terror...? ¿Cómo se llama... sí, Sharon McDonald? Pues no es más que una chica de Bellfield Corners.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que hace años, cuando empezaba, empezó en Bellfield Corners. Y eso es lo que es en realidad, una chica de Bellfield Corners, nada más.

Jack se quedó en silencio unos momentos.

—Bueno, a lo mejor es por eso por lo que se le da tan bien escribir historias de terror.

—No sabía que se le diera bien escribir sobre nada.

—Qué esnob eres —le dijo Jack.

—Y tú un memo si lees esa bazofia.

—Nunca he leído esa bazofia —dijo Jack.

Lo que no le explicó fue que su difunta esposa, Betsy, sí leía todo lo que escribía aquella mujer. No tenía sentido contárselo a Olive.

Ahora el coche circulaba junto al río y había algo hermoso en él, en su desnudez, en aquella cinta gris que se encontraba ahí mismo, junto a la carretera.

—Me alegro de estar dando este paseo en coche —dijo Jack.

—Ah, yo también —dijo Olive, que añadió—: Venga, va, tengo una historia para ti. Bunny y su marido estaban la otra noche en Applebee, sentados hacia el final, y solo había otra pareja, los dos gordísimos, y en un momento dado el hombre empezó a toser y después a vomitar...

—Por Dios, Olive.

—No, no, espera. Tienes que oír esto. Seguía vomitando, y la mujer sacó unas bolsas de plástico y no paraba de disculparse con Bunny mientras sostenía las bolsas para que su marido siguiera vomitando dentro.

—Deberían haber llamado a una ambulancia —dijo Jack, y Olive dijo:

—Eso es lo que sugirió Bunny. Pero resultó que aquel hombre tenía una enfermedad que se llama... Oh, ¿cómo se llama? Divertículos de Zanker, o de Zenker, o algo así, según su mujer, así que Bunny y su marido pagaron la cuenta y los dos pobres gordos se quedaron ahí sentados mientras el marido terminaba de vomitar.

—Por Dios —dijo Jack—. Por Dios, Olive.

—Yo solo informo —dijo Olive encogiéndose de hombros.

Ya estaban entrando en Shirley Falls por el camino de atrás. Los edificios empezaban a estar más cerca los unos de los otros y las casas altas, de madera, construidas años atrás para los trabajadores de los telares, estaban ahí también, casi amontonadas, con sus escaleras en las fachadas posteriores, también de madera. Jack miró por la ventanilla y vio a algunas mujeres negras con hiyabs y túnicas largas caminando por las aceras.

—Dios mío —dijo, sorprendido por aquella visión.

—Mi madre, en su época... —dijo Olive—. Oh, no soportaba que la gente hablara francés en los autobuses, aquí, en Shirley Falls. Y había mucha gente que hablaba francés, claro. Habían venido de Quebec a trabajar en los talleres, pero mi madre no lo soportaba. Bueno, los tiempos cambian. —Olive pronunció aquellas palabras en tono alegre—. Mira a esta gente —añadió.

—Pues es un poco raro, Olive —dijo Jack mirando a izquierda y a derecha—. Tienes que reconocerlo, por Dios. Es como si hubiéramos llegado a uno de sus nidos.

—¿Acabas de decir «uno de sus nidos»?

—Sí.

—Eso es ofensivo, Jack.

—Sí, seguro. —Aunque se lo veía ligeramente avergonzado y añadió—: Está bien, no debería haberlo expresado así.

Atravesaron en coche el pueblo, que a Jack le pareció muy desolado, y después cruzaron el río y subieron por la ladera de una colina en la que había casas agrupadas en urbanizaciones.

—¡Gira, gira, por ahí! —le pidió Olive.

Y Jack giró a la derecha y siguieron por una calle, y ella le enseñó la casa en la que Henry había vivido de niño.

—Es bonita —dijo Jack.

En realidad, no le interesaba dónde se había criado el santo de Henry. Pero se obligó a sí mismo a mirar y a valorar, y le pareció que Henry había sido criado en el sitio adecuado. La casa era pequeña, tenía dos plantas, la fachada estaba pintada de verde oscuro y en el jardín delantero se alzaba un arce inmenso.

—Henry lo plantó cuando tenía cuatro años —le explicó Olive—. Él mismo. —Asintió—. Encontró un vástago muy pequeño y decidió plantarlo, y su madre, esa vieja horrible, al parecer lo ayudó a regarlo cuando era diminuto y ahora ahí está.

—Muy bonito —dijo Jack.

—Te da igual —dijo Olive—. Bueno, no importa, vámonos.

Jack se obligó a fijarse en aquel pequeño vecindario y dijo:

—No me da igual, Olive. ¿Adónde quieres ir ahora?

Y ella respondió que a West Annet, donde había vivido ella de niña, así que él arrancó y ella fue guiándolo, y se metieron en una carretera estrecha, dejaron atrás muchos campos muy verdes para el mes de noviembre, y el sol caía oblicuamente sobre ellos, creando de nuevo aquella belleza aterradora. Seguían avanzando más y más, y Olive le contó que su madre había dado clases en una escuela de una sola aula, que en invierno debía llegar temprano para encender la chimenea; le habló de la mujer finlandesa que la cuidaba cuando era demasiado pequeña para ir al colegio; le habló de su tío George, alcohólico, que se había casado con una chica joven que se había enamorado de un vecino —«¡Ahí mismo, en esa casa de ahí!»—, y entonces, el vecino..., bueno, Olive no sabía qué había sido de él, pero la joven esposa de su tío se había ahorcado en el sótano de su casa.

—Por Dios —dijo Jack.

—Sí —dijo Olive—. A mí me daba miedo bajar a ese sótano cuando era niña. Me enviaban a buscar patatas o lo que fuera y no me gustaba nada bajar.

—Vaya —dijo Jack.

Entonces Olive le explicó que su tío George se había vuelto a casar, pero que diez años

después de que muriera su primera mujer, se había ahorcado exactamente en el mismo sitio.

—¡Dios mío! —dijo Jack.

Y así siguieron, conduciendo por muchas carreteras secundarias, hablando. Jack le contaba cosas de su infancia, cosas que ya le había relatado. Pero al ver la casa en la que Olive había vivido de niña le dio por pensar en el hogar de su niñez, a las afueras de Wilkes-Barre, en Pensilvania, y volvió a contarle que, ya de niño, tenía la sensación de que aquella casa era pequeña, aunque no lo era tanto como la de Olive, pero, según decía ahora, se sentía enclaustrado en ella. Olive lo escuchaba y decía: «Sí, claro».

Y entonces ella le dijo:

—Mira, mira esto un momento.

Porque Jack había doblado una esquina y ante ellos había aparecido el sol poniente de noviembre, recortado contra un cielo azul cada vez más oscuro. El amarillo se esparcía por el horizonte. Y los árboles desnudos alzaban sus ramas desnudas, oscuras, al cielo.

—Increíble —dijo Jack.

El coche subía y bajaba, ascendía por una ladera y descendía por otra, dejaba atrás una larga curva, otra más corta... se hundía y se elevaba por la carretera mientras el sol, a su alrededor, iba poniéndose.

—Vamos a probar ese restaurante nuevo de Shirley Falls —dijo Jack—. Oí a Marianne Rutledge comentar algo el otro día. Se supone que es el único del pueblo que es bueno. Tiene un nombre curioso... ¿Cómo se llama?

—Gasoline —dijo Olive.

Él volvió la cabeza y la miró.

—Eso. ¿Cómo sabes que en Shirley Falls hay un restaurante de moda que se llama Gasoline, Olive? Me asombras.

—Y tú a mí. ¿Es que no lees nada? Hace unos meses publicaron un reportaje sobre ese sitio en el periódico. Imagínate llamar «Gasoline» a un restaurante. Nunca había oído una cosa igual.

Jack aparcó a una calle del restaurante, que tenía el nombre escrito en letras de neón y, mientras cerraba el coche, miró a su alrededor. Hacía más de una hora que había anochecido, y a Jack siempre le parecía que, en esa época del año, la oscuridad era realmente oscura: no le gustaba y no quería que le robaran el coche ni que le rompieran nada para poder entrar. Olive esperaba en la acera.

—Vamos, hombre, Jack —le dijo ella, como si le leyera los pensamientos (a él a veces se lo parecía)—. Por el amor de Dios, al coche no le va a pasar nada.

—Eso ya lo sé —dijo él.

En un primer momento, al entrar, el local les pareció cavernoso. Era de techos altos, con una barra en la que las copas resplandecían y las botellas de licores estaban alineadas delante de un espejo inmenso; más allá de la barra se encontraban las mesas. Otros dos espejos de gran tamaño estaban suspendidos en paredes enfrentadas y, encima de cada una de las mesas, había un cuenco muy pequeño, parpadeante. La camarera los condujo hasta una situada en el centro de la sala. En ese momento había poca gente y se sentaron, y Olive desdobló su servilleta, la sacudió y dijo:

—Espero que tengan filete. Quiero un filete.

Y Jack dijo que estaba seguro de que tenían filete.

—Invito yo —añadió él, guiñándole un ojo.

La camarera le trajo a Jack un whisky y a Olive una copa de vino blanco, y finalmente les tomó nota: Olive pidió un filete y Jack unas vieiras, y al cabo de un rato les trajeron la comida. Olive y Jack estaban tan inmersos en la conversación que tuvieron que echarse un poco hacia atrás para que la camarera pudiera dejar los platos en la mesa y, de hecho, siguieron hablando cuando se fue. Olive le estaba explicando lo de los somalíes, que se habían trasladado a ese pueblo hacía más de quince años, lo que al principio había causado una gran conmoción porque Maine era un estado blanco, muy muy blanco.

—Y de gente mayor —añadió Olive.

Pero los somalíes eran personas muy emprendedoras, según Olive, y habían puesto en marcha un montón de negocios nuevos en el pueblo.

—Pues eso está muy bien —dijo Jack, y era sincero, aunque en realidad no le importara demasiado el tema.

En todo caso, ella conseguía hacerlo interesante, todo lo interesante que podía ser para él, porque era Olive, y porque Jack sabía que pronto pasarían a hablar de otra cosa. Solo tenía que esperar.

El portón del restaurante, grande y pesado, se abrió y entró una pareja. Jack miró y vio aparecer primero a una mujer, y pensó: «Cómo se parece a...». Entonces oyó su voz. La mujer se volvió y le habló al hombre, que había entrado inmediatamente después, y su voz le resultó inconfundible. Jack oyó que decía: «Sí, ya lo sé, ya lo sé, sí, eso ya lo sé», y él, Jack, dijo en voz muy baja:

—No puede ser.

—¿No puede ser el qué? —le preguntó Olive.

Estaba a punto de meterse en la boca el pedazo de filete que acababa de cortar.

—Nada —dijo Jack—. Me ha parecido que entraba alguien que conozco, pero no es ella.

Pero sí lo era.

Y no podía creerlo. Es que no podía creerlo. Era una sensación no muy distinta a la que había tenido al caerse de su bicicleta hacía ya tantos años, cuando era niño, la sensación lenta de que estaba ocurriendo algo horrible, la conciencia de que no podía hacer nada por evitarlo, excepto ver el suelo que ascendía al encuentro de su cara.

Se quedó ahí sentado, sin moverse, mientras los veía adentrarse en el local, veía a la camarera saludándolos, los veía acercarse a su mesa. Ella llevaba un abrigo de borreguito de color dorado y una bufanda marrón al cuello, y el color del abrigo era casi idéntico al de su pelo, y parecía un poco más gorda de lo que imaginaba, aunque tal vez fuera por el abrigo, y muy bonita, como siempre había sido. Lucía unos pendientes dorados, aparatosos, que a él le parecieron grandes, y entonces advirtió que ella lo miraba. Captó en su gesto un atisbo de confusión y acto seguido vio que apartaba la mirada, y entonces volvió a mirarlo y se detuvo justo a la altura de su silla.

—¿Jack? —dijo—. ¿Jack Kennison?

Le llegó muy débilmente el rastro de su perfume, el mismo que había llevado siempre, y Jack notó que le temblaba un poco la barbilla.

—Hola, Elaine —dijo él mientras se recolocaba la servilleta sobre las piernas.

Elaine bajó la vista para mirarlo. Los pendientes parecían dos signos de puntuación, uno a cada lado de la cara, y Jack no sabía si levantarse o no, y como no lo sabía, lo hizo, y en ese momento vio —lo vio con gran claridad— que los ojos de ella, aquellos ojos verdes, descendían

sin querer por su cuerpo y volvían a subir. Jack se sentó y tocó con la barriga el borde de la mesa. El tipo con el que iba también se paró.

Estaba más vieja de cara, como era lógico, pero sorprendentemente igual, tal vez un poco más ancha; había engordado un poco. Iba muy bien maquillada, los ojos verdes perfilados por aquella raya negra que los hacía parecer muy verdes y el pelo algo más largo que cuando la había conocido.

—Jack, ¿qué estás haciendo aquí?

—Estoy cenando.

Vio que Elaine desviaba la mirada hasta Olive, que en ese preciso momento le tendió la mano y dijo:

—Hola, soy Olive, la esposa de Jack.

Y él vio el asombro callado de Elaine, que le estrechó la mano.

—Elaine Croft —dijo.

Y a continuación apoyó la mano en el brazo del hombre que la acompañaba y dijo:

—Él es Gary Taylor.

Así que Gary le estrechó la mano a Olive y después a Jack, y Jack pensó que aquel tipo parecía imbécil, con aquellas gafitas redondas y un pendiente —¡un pendiente, por el amor de Dios, un aro dorado diminuto!—, y aquel pelo que casi le llegaba a los hombros.

Elaine se volvió de nuevo hacia Jack y él notó que quería preguntárselo, de modo que se adelantó:

—Betsy murió, por cierto. Te lo digo para que lo sepas.

—¿Murió?

Elaine abrió mucho los ojos, en un gesto que a él le gustó. Se había sorprendido mucho.

—Sí, murió.

Jack cogió el tenedor.

—¿Cuándo...?

—Hace seis años.

—¿Vives... vives aquí, Jack?

Jack se dio cuenta de que ella se estaba inclinando ligeramente, como si quisiera verlo mejor.

—No, no vivimos en Shirley Falls, no. Y dígame, señora Croft —dijo, mientras volvía a dejar el tenedor en el plato y alzaba la vista—. ¿Qué la trae a la localidad de Shirley Falls?

Ella lo miró con gesto frío. Había captado lo de «señora Croft».

—Las clitorectomías, doctor Kennison. Eso es lo que me trae aquí.

—Entiendo.

A Jack casi se le escapó la risa.

—Aquí reside bastante población *somaliana* —dijo Elaine.

—Sí, ya lo sé —replicó Jack.

Olive levantó un dedo.

—Somalí —dijo, agitando el índice—. No *somaliana*. Se dice somalí, la gente se equivoca siempre. Población somalí. Por si no lo sabía.

Elaine adoptó una expresión remilgada, más fría aún, y dijo:

—Sí, eso ya lo sé, señora Kennison. Y eso es lo que he dicho: somalí.

—No, he oído que decía... —Olive abrió mucho los ojos, se encogió un poco de hombros y cortó otro pedazo de filete.

—¿Y cómo investigas las clitorectomías, Elaine? —preguntó Jack—. ¿Vas puerta por puerta a las casas de las *somalianas* y dices: «Hola, soy Elaine Croft, doy clases en el Smith College y estamos intentando averiguar algunas cosas: ¿hay alguna mujer en casa que haya sido sometida a una clitorectomía?».

Elaine bajó la mirada para observarlo. En una de las comisuras de sus labios vio aquella media sonrisa furiosa que conocía tan bien.

—Adiós, Jack —dijo, y le dedicó un gesto a su amigo, y los dos se alejaron.

Jack vio que le decía algo a la camarera, y se instalaron en una mesa que estaba lo más lejos posible de la de Jack y Olive.

—¿Quién era? —le preguntó Olive sin dejar de comerse el filete, y Jack le dijo que era solo una mujer a la que había conocido hacía años en Harvard. Estuvo a punto de añadir que estaba loca, pero no lo hizo.

—Pues no parecía demasiado agradable. Muy soberbia, diría. ¿Qué es eso que dice que ha venido a investigar...? ¿Cómo lo ha llamado?

—Ha dicho «clitorectomía», Olive. Al parecer, ha venido al pueblo a estudiar la circuncisión femenina.

—Por el amor de Dios, por el amor de Dios, Jack. No lo había oído nunca.

—Pues ahora ya lo has oído.

Se comió las vieiras sin pensar en nada, solo era comida, combustible. Todavía tenía esa misma sensación de estar cayéndose de la bicicleta, pero no estaba seguro de si ya había tocado el suelo.

—Pues es triste que se acuse a la población somalí de...

—Dejemos el tema, Olive —dijo él.

—Por mí, encantada.

Al cabo de un momento, ella le preguntó qué tal estaban las vieiras y él dijo que muy buenas.

—Mi filete también está buenísimo —dijo ella.

Iba por la mitad.

Por el rabillo del ojo, Jack veía a Elaine y a su... lo que fuera, acercando las cabezas por encima de la mesa y hablando, e imaginó que estaría contándole a ese tipo quién era él. Habría querido arrojar la servilleta sobre el plato, acercarse hasta ellos y decir: «¡Pero es que la historia no es así!». Cuando se fijaba en la comida, le parecía que no veía bien. En realidad, lo único que quería era irse a casa. Y entonces, en su mente, volvió a ver lo que le había parecido un gesto de asombro en Elaine cuando Olive le había dicho que era su mujer. Betsy había sido una mujer de una belleza discreta. Elaine había coincidido con ella varias veces en fiestas de la universidad. Y volvió a pensar en aquellos ojos verdes que lo habían repasado de arriba abajo cuando él se había levantado, fijándose, sin duda, en su inmensa barriga.

Olive tardó siglos en terminarse el filete, volvió a comentar que estaba muy bueno y después dijo:

—¿Tomamos postre?

Y Jack dijo que no.

No le pasó por alto su sorpresa y le dijo:

—Lo siento, Olive, es que no me encuentro muy bien.

—¿Y por qué no me lo has dicho? —Quiso saber ella—. ¿Desde cuándo no te encuentras bien?

—Desde hace poco.

—Pues entonces esto ha sido tirar el dinero. Mira que venir a un restaurante como este para acabar encontrándote mal.

Y se quedó en silencio.

Jack, consciente de que Elaine estaba allí, consciente de que era muy posible que estuviera mirándolos, le acarició el brazo a Olive, acercó la cabeza a ella por encima de la mesa y dijo:

—Oh, Olive, no importa. Solo es dinero.

Olive lo miró sin decir nada.

Al salir del restaurante, Jack no se volvió a mirar a Elaine.

* * *

Tenía unos pies preciosos. Eran los pies más bonitos que Jack había visto en su vida, y eso había sido una sorpresa para Elaine; aseguraba que no sabía que fueran tan bonitos, y tal vez fuera verdad, tal vez no lo supiera. Pero tenía los arcos altos, los tobillos estrechos, y los dedos de los pies —cuyas uñas siempre llevaba pintadas de rojo, o a veces de color mandarina, porque «me hago la pedicura todas las semanas», le había dicho ella entre risas la primera vez— eran, en opinión de Jack, los más bonitos del mundo. «De pies para arriba quieres acabar conmigo», le decía ella riéndose en la cama y él empezó a llamarla Sócrates, quien, al tomar la cicuta, había dicho que se estaba muriendo de pies para arriba. Desde que había descubierto los pies de Elaine, Jack empezaba muchas veces por allí; ella se reía sin parar, porque le hacía cosquillas, y le preguntaba si tenía algún fetiche con los pies, pero en realidad no era fetichista de los pies, sino de ella. Tenía algo de celulitis en la barriga, y su trasero no era pequeño. A ojos de Jack, era una belleza. Nunca había visto a nadie tan hermoso y entendía que eso era porque la quería.

¡Y cuánto la quería! Un día se saltó una clase porque habían discutido y a él le dolía demasiado dejarla sola, aunque ahora ya no se acordaba del motivo de la pelea, seguramente tenía que ver con si él iba a seguir o no con Betsy, a pesar de que Elaine siempre, desde el principio, le había dicho: «No quiero que dejes a tu mujer, Jack, no quiero cargar con esa responsabilidad». Estaban en un hotel en Cambridge, lo cual era bastante arriesgado porque los dos vivían en Cambridge, pero no tanto como que los vieran salir de casa de ella tantas veces. Y ese día, en la habitación del hotel, tal vez ella dijo algo sobre Betsy y él se saltó su clase —la única que no dio en toda su carrera académica, exceptuando las que anuló cuando lo operaron de la vesícula, hacía muchos años— para estar con ella. Y lo que recordaba era esto: cuando acabaron, cuando ya estaban reconciliados, ella dijo algo así como que tenía que ir a ver a Schroeder, el decano. Elaine estaba saliendo de la ducha, le pidió que le pasara la toalla y después dijo que tenía una reunión con el decano. ¡Y él se había saltado una clase! Y dentro de Jack algo cambió, aunque ni siquiera después de tantos años sabía por qué. Pero algo en él se dio cuenta ese día: Elaine era una trepa.

Y sí, por supuesto, lo era. En aquella facultad todos lo eran. Pero cuando Elaine se presentó para obtener una plaza y Jack votó en su contra, porque todos los demás miembros del comité

votaron en contra y porque, además, en su fuero interno nunca había creído que se hubiese esforzado mucho, ella decidió presentar una demanda contra Jack alegando acoso sexual. Y cuando Schroeder lo llamó a su despacho aquel día, le dijo que ella tenía grabaciones de las llamadas que él le hacía, borracho, a altas horas de la noche —llamadas que él le había hecho a lo largo del último año, a medida que notaba que el afecto de ella se desvanecía—, y que también tenía correos electrónicos que él le había enviado, y Schroeder le dijo a Jack: «Te tomas un permiso para investigar hasta que solucionemos todo esto».

Un permiso para investigar.

Y después Schroeder ya no le dirigía la palabra. Tres años después, Elaine Croft retiró la demanda tras aceptar un acuerdo por el que se llevó trescientos mil dólares. Para entonces Jack ya se había ido. Betsy y él se habían instalado en Crosby.

Jack también había sido un trepa. Pero eso había sido muchos años antes de que conociera a Elaine. Cuando la conoció, estaba harto de trabajar en aquella facultad; pero ella era joven y estaba decidida a conseguir lo que quería, y así fue.

Pero no en Harvard.

No debería haber dicho nada del Smith College. Al hacerlo, se había puesto en evidencia: la había buscado en Google —sí, hacía unos años— y se había enterado de que le habían dado una plaza allí. Y había pensado: «Perfecto».

* * *

Jack abrió el coche desde lejos, levantando la llave y presionando el botón. Las luces parpadearon una sola vez y se oyó aquel sonido, y entonces, cuando se acercaba al coche vio, a la luz de la farola, que alguien había pasado un objeto —seguramente una llave— a lo largo de todo el lateral del conductor y lo había rayado de punta a punta.

—No me lo creo —dijo—. Es que no me lo puedo creer.

Olive se acercó a mirar y dijo:

—Pero ¿quién puede haber hecho algo así?

Y se fue a su lado del coche.

—Ya te diré yo quién puede haber hecho algo así. Algún joven que no soporta nuestro Subaru nuevo. —Y añadió—: Pues que arda en los infiernos. —Ya dentro del coche, soltó—: Dios mío.

—Me parece una tontería que alguien haga algo así —dijo Olive abrochándose el cinturón—. Pero es solo un coche.

Y eso, no sabía bien por qué, puso a Jack más furioso.

—Bueno, es el último coche que me compraré en mi vida —dijo, expresando en voz alta una idea que ya había tenido cuando lo había comprado.

Llegó hasta la señal de *stop* que había al final de la calle y frenó en seco un momento, antes de arrancar bruscamente. Vio que Olive se echaba un poco hacia atrás y se quedaba pegada al asiento.

—Vaya, vaya, vaya —dijo ella en voz baja, como queriendo regañarle en broma.

Pero a medida que se alejaban del pueblo y se adentraban en el campo, Olive se mantenía ahí sentada sin abrir la boca. Y Jack no tenía nada que decirle y todavía seguía con esa sensación de estar a punto de caerse de la bicicleta. Mientras conducía sin ver nada, excepto la línea blanca de

la carretera, regresó a su mente el hecho de que Olive era su esposa y de que antes de ver a Elaine esa noche habían pasado un día feliz los dos juntos. Pero ya no sentía la felicidad que había experimentado con Olive; ahora la notaba muy lejos de él.

Y así, el día que habían pasado juntos se plegó sobre sí mismo, se acabó, se fue.

En la oscuridad del coche, Jack era consciente de Olive —su esposa—, era consciente de su presencia de una manera que le parecía ineludible. Una bolsa de aire le subió por el pecho, abrió la boca y eructó. Fue un eructo prolongado, sonoro.

—Por Dios, Jack —le dijo Olive—. Al menos podrías disculparte. —Jack siguió mirando hacia delante, con la vista fija en la carretera, en la línea pálida que la partía por la mitad—. Supongo que los del Gasoline sabían bien lo que hacían al ponerle al restaurante ese nombre tan ridículo. Podrían acortarlo y dejarlo simplemente en «Gas».

—Por lo menos no me he tirado un pedo —dijo Jack, consciente de que había iniciado el ataque, sin quererlo en realidad, y de que Olive no había respondido.

Cuando finalmente entraron en el deprimente pueblo de Bellfield Corners, Olive dijo en voz muy baja:

—Jack, sé quién era.

Él volvió la cara para mirarla. En la penumbra apenas le veía el perfil, porque Olive seguía mirando al frente.

—¿Y quién era? —le preguntó secamente.

—La mujer esa por la que te echaron de Harvard.

—No me echaron —dijo Jack, ahora muy enfadado.

—Fue por ella —dijo Olive aún en voz baja. Y entonces, volviendo la cara dijo, con una voz que parecía casi temblorosa—: Tengo que decírtelo, Jack. Lo único que me molesta de ella es tu gusto con las mujeres. Me parece que es una mujer espantosa. Espantosa.

Como Jack no decía nada, Olive continuó:

—Al menos aquella chica de la que Henry estuvo enamorado hace tanto tiempo, la Thibodeau, era pequeña y anodina pero pasable. Una chica inocente. Y aquel chico, Jim O’Casey, aquel con el que casi tuve una aventura hace cien años... al menos era encantador.

Jack pasó por delante del cartel que anunciaba la cooperativa de crédito. Todo el pueblo estaba a oscuras, menos la gasolinera, que con sus luces encendidas tenía un aire fantasmagórico.

—Déjalo ya —dijo Jack—. Sinceramente, Olive. Un hombre casado y con seis hijos que le dice a una maestra compañera de trabajo: «¿Dejarás a Henry y te vendrás conmigo?», y después acaba borracho agarrado a un árbol no es un hombre «encantador». Olive, por Dios.

—No tienes ni idea —dijo Olive—. No tienes ni idea de lo que estás diciendo, y te agradecería que te guardaras para ti tus tontas opiniones. Tontas, sí. Era un hombre encantador y, en cambio, esa señora horrenda da miedo. Esa mujer espantosa con la que te acostaste durante años.

—Ya basta, Olive.

—No, todavía no he terminado. Me ha parecido desdeñosa. Una birria, Jack.

—Olive, te pido que pares. De acuerdo, era una birria. ¿A quién le importa?

—A mí —dijo Olive—. Me importa porque me habla de ti. Si te atraen las birrias, eso dice algo de ti.

—De eso hace muchos años, Olive.

Le parecía que el viaje de vuelta estaba siendo insoportablemente largo; se daba cuenta de que todavía faltaba mucho para llegar a casa. Cogió la curva a demasiada velocidad.

—También hace mucho de mi casi aventura con aquel hombre que era encantador. No lo conociste. No lo sabes. Pero era un hombre encantador, Jack, y tú acabas de decirme que no lo era. Me parece horrible por tu parte. Ahora entiendo por qué lo has dicho. Por esa mujer por la que te sentías tan atraído. —Se calló un momento—. Me da asco.

Él estuvo a punto de gritarle. Estuvo a punto de pedirle a gritos que se callara, que parara. Estuvo tan cerca de hacerlo que notó las palabras ya en la boca. En cierto modo, le parecía casi que le había gritado aquellas cosas. Pero no lo hizo.

Y ella no dijo nada más. Cuando llegaron a casa, Olive se bajó del coche y cerró de un portazo.

—Que disfrutes el whisky —le dijo ella mientras subía por la escalera.

Jack la oyó entrar en el dormitorio. Y en ese momento la odió.

* * *

Jack se tomó el whisky enseguida, sentado en su butaca, porque estaba muy asustado. Lo que le daba miedo ahora era hasta qué punto había vivido su vida sin saber quién era ni qué estaba haciendo. Notaba un temblor interno y ni siquiera encontraba las palabras para expresar cómo se sentía. Pero percibía que había vivido sin saber cómo. Eso quería decir que había un gran punto ciego justo frente a sus ojos. Quería decir que no entendía, que en realidad no entendía en absoluto cómo lo veían los demás. Y quería decir que no sabía cómo verse a sí mismo.

Se levantó para tomar otro whisky, se lo sirvió en el vaso que acababa de vaciar y se fue al lavabo, donde salpicó el váter de pis, como un viejo. Al volverse para salir se vio reflejado en el espejo. Es que era un viejo. Estaba medio calvo, la nariz parecía haberle crecido. Era imposible relacionar a ese hombre del espejo con el que había sido cuando conoció a Elaine. Volvió al salón, y se sentó en su butaca y le dio unos sorbos al whisky. Pero ¿quién era él en aquella época? Una persona mucho mayor que ella, alguien que creía que ella era muy guapa, que adoraba su inteligencia, que adoraba su juventud, pero todo aquello, ¿en qué hacía que su historia fuera distinta a cualquier otra historia sórdida? En nada. No había nada distinto en su historia, salvo que era la suya. Y que había terminado como había terminado. Todavía le asombraba que Elaine hubiera hecho lo que había hecho. Seguro que lo había utilizado desde el principio. Que es justo lo que Betsy dijo desde el primer momento cuando él le contó la historia en la cocina de su casa de Cambridge, visiblemente tembloroso.

Ahora pensaba en que la expresión de Elaine esa noche tenía una frialdad que lo había sorprendido. Su maquillaje era perfecto, había algo frío en él. Y entonces cayó en la cuenta: «Yo también era frío». Así que, sin darse cuenta, se había sentido atraído por aquella frialdad de ella. Betsy no era fría, salvo con él. Pero no era una mujer de naturaleza fría. Era simpática y caía bien a la gente.

Oh, Betsy...

Betsy, que leía todos aquellos libros de Sharon McDonald... Oh, cómo deseó en ese momento que Betsy estuviera con él, le daba igual que ella lo encontrara tan aburrido, que lo ignorara tanto... no le importaba, quería que estuviera allí de nuevo. «¡Betsy! —gritó para sus adentros—.

¡Betsy, Betsy, Betsy, no sabes cuánto te echo de menos!».

Y es que la echaba de menos. No solo esa noche. Algunas noches, pocas, mientras Olive estaba en la cama roncando, él se sentaba en el porche y, medio borracho, lloraba porque en vez de con Olive habría querido estar con Betsy. En aquellos momentos, le parecía que Olive solo hablaba de sí misma: sabía que aquello no era cierto —totalmente—, pero Olive era una mujer tan fascinada consigo misma que en noches como aquellas a Jack le resultaba cansina. ¿Sería porque él quería hablar de sí mismo? Sí. Jack no era tonto. Sabía muy bien que en ese aspecto no le iba a la zaga. E incluso esa noche, en medio de su dolor, sabía que su matrimonio con Olive había sido maravilloso en muchos sentidos, que adentrarse en la vejez con aquella mujer era tan... tan... tan Olive.

Pero ahora, en su recuerdo, pensaba en Betsy, en su belleza silenciosa, en su sencillez, a pesar de no ser en absoluto sencilla. Sin parpadear siquiera había aceptado el hecho de que Cassie fuera lesbiana; había tenido una aventura (¡Oh, Betsy!)... No, Betsy no tenía nada de sencillo. Y él habría querido que esa noche ella estuviera viva y con él. Y aquello lo desconcertaba, aunque no del todo. Lo desconcertaba por toda su vida malgastada. Solo que en realidad no era toda su vida: se habían reído mucho, habían vivido muchos momentos dulces y esa noche regresaban a él fugazmente. A su mente regresaba la imagen de él preparando crepes los fines de semana, y los tres —Betsy, Cassie y él— comiéndolos en la mesa de la cocina; en su recuerdo, se reían. Se imaginó a su mujer más tarde, cuando se metía en la cama, con la cabeza gacha, pero después aquella sonrisa repentina, franca, que a veces le dedicaba, y en ese momento el corazón, horrorizado, le dio un vuelco, porque en realidad sí la había querido, a su manera, y ahora ella ya no estaba. Pero aun así sí habían dilapidado lo que tenían, porque no sabían lo que tenían.

Cuando pensaba en la aventura de Betsy con el tal Tom Groger, no sabía qué pensar. Pero estaba claro que había empezado mucho antes que la suya. Y ahora, sentado en la butaca, contemplando aquella noche tan oscura, tan oscura que no veía los árboles ni el campo, apoyó los codos en la barriga y dijo en voz alta: «¡Oh, Betsy, ojalá no lo hubieras hecho, ojalá no lo hubieras hecho!».

Pero Betsy estaba muerta. Y él no.

* * *

Jack estuvo a punto de quedarse dormido abajo. Pero al final subió y se metió en la cama al lado de Olive. No tenía ni idea de si estaba dormida o despierta.

Aquella noche soñó con Betsy y con Cassie: su hija era pequeña e iba cogida de la mano de su madre. Iban delante y él las veía de espaldas. Pero entonces se daban la vuelta y lo saludaban, y él sentía alegría, una gran alegría, y avanzaba hacia ellas deprisa, pero entonces ya solo estaba Cassie, y después incluso ella desaparecía, y en el sueño Jack se encontraba sobre una roca muy grande. La roca se curvaba, como si fuera la Tierra misma o la Luna —porque la sensación era de gran aislamiento— y él estaba solo sobre aquella roca y sentía un pánico muy agudo. Se despertó gritando y ni siquiera entonces sabía dónde estaba.

Olive lo llamó por su nombre.

—Jack —le dijo, sentada en la cama.

—¡Olive, no sé dónde estoy! —le dijo él.

Y entonces ella, muy calmada, le replicó:

—Está bien, Jack, ven conmigo.

Y lo fue llevando por la casa, lo llevó abajo, al salón, para mostrarle la casa en la que vivía, pero a pesar de ello él seguía sintiéndose profundamente confundido y asustado, a pesar de que oía la voz de Olive que le hablaba: «Jack, esta es tu casa, esto es el salón, y ahora volvemos al dormitorio...». A pesar de que oía todo aquello, entendía que estaba solo con aquel sueño nocturno.

Como la gente lo está siempre en esos casos.

EXILIADOS

Jim y Helen Burgess se desplazaron en avión el mes de julio desde la ciudad de Nueva York hasta Maine con su nieto mayor, Ernie, que tenía siete años, para llevarlo a un campamento de verano. Alquilaron un coche en Portland y, después de dejar al niño, Helen lloró un poco dentro del coche y no dejaba de decirle a Jim que le parecía que su nieto era demasiado pequeño para estar fuera un mes entero, y Jim le respondió que el niño iba a estar muy bien. Ahora iban camino de Crosby, donde Bob, el hermano de Jim, vivía con su segunda esposa, Margaret. Helen solo había visto a Margaret una vez, varios años atrás, cuando Bob la llevó a Nueva York, y Helen se dio cuenta — era difícil— de que a Margaret no le había gustado nada la ciudad, había pasado miedo —¡miedo! — y a partir de entonces Bob iba solo a Nueva York cuando quería visitarlos, cosa que hacía más o menos una vez al año.

Helen no iba a Maine desde hacía casi una década y, al entrar en el pueblo de Crosby, miró a su alrededor con interés. Habían pasado brevemente por la costa: los abetos se alzaban como palos erguidos sobre las islas y el agua centelleaba por doquier. En ese momento pasaban por delante de unas casas de madera y otras de ladrillo. Brillaba el sol y en Main Street se celebraba alguna muestra de algo: había bastantes puestos y gente paseando entre ellos.

—La verdad es que es muy bonito —dijo ella.

Y Jim le contestó que sí, que suponía que sí.

No les costó encontrar la casa de Bob, pues estaba justo en Main Street. Era una casa grande y antigua de ladrillo, de cuatro plantas. Ahora estaba dividida en apartamentos, y mientras Helen estaba ahí plantada en aquella escalera, a la luz de la tarde, se sentía muy contenta de estar ahí. Pero al ver a Margaret estuvo a punto de caer escaleras abajo: su pelo —que antes era rubio, con mechas, recogido de manera informal sobre la cabeza— era, en aquel momento, todo canas y lo llevaba corto, justo por debajo de las orejas.

Margaret dijo: «¡Hola!», y Helen subió para darle un beso en la mejilla y le dejó la marca del pintalabios, que intentó limpiarle con un dedo.

—Vaya —dijo Helen.

Pero Margaret le dijo:

—Bah, no te preocupes.

Y Helen y Jim la siguieron por un tramo de escalera muy empinado, mientras Margaret decía que Bob había salido un momento a comprar vino y que volvía enseguida. La moqueta de la escalera era gris, y Helen descubrió con sorpresa que estaba muy sucia, y entonces, al entrar detrás de Margaret en el apartamento, quedó igual de sorprendida al ver el sitio: era pequeño, con solo dos espacios. Uno de ellos lo ocupaba la cocina, que tenía un mobiliario de lo más raro: un

sofá y dos butacas a juego, todo con un aspecto muy envejecido. El tapizado, que era rojo, presentaba grandes zonas amarillentas; y después estaba el pequeño salón. Al parecer, su dormitorio estaba arriba, después de otro tramo de escaleras que partía de aquel salón, pero Margaret no lo dijo y Helen no se lo preguntó.

—¡Qué sitio tan encantador! —comentó Helen mientras lo recorría, porque Jim no había dicho nada mientras se quitaba la chaqueta y se sentaba en el sofá del salón.

—No está mal —dijo Margaret encogiéndose de hombros y adelantando las dos manos en un gesto de bienvenida—. Es nuestro hogar.

Helen pensó que se volvería loca si tuviera que vivir en dos habitaciones, aunque las ventanas eran alargadas y llegaban casi hasta el suelo, y en realidad la vista era bastante bonita, porque daba a un parque en el que había unos árboles con sus copas frondosas de hojas verdes y unos cuantos niños dando patadas a un balón.

—Ah, es muy acogedor —dijo Helen, sentándose en una mecedora que tenía la tapicería rota y el relleno a la vista.

La puerta de la cocina chirrió, y ahí estaba Bob, que en ese momento entraba en el salón. Jim se puso de pie y le dio unas palmadas en la espalda a su hermano.

—Eh, tú, holgazán, ¿cómo estás? —le preguntó Bob con una sonrisa de oreja a oreja.

—Te veo bien, chaval —le dijo Jim.

—Y yo a ti —dijo Bob.

Helen, sin embargo, sabía que Jim, que siempre se cuidaba y estaba en forma, que siempre había sido un hombre atractivo, había engordado cinco kilos en el último año, y a ella le parecía que por eso los ojos se le veían más pequeños.

—Oh, Bobby —dijo Helen, y después de darle un beso le acercó la mano a la cara—. Hola, Bobby.

Y Bob, exultante, dijo:

—Hola, Helen, bienvenida a Crosby, Maine.

—Es todo muy bonito —dijo Helen.

* * *

Varios años antes, Bob Burgess le había preguntado a su mujer —llevaban casados cinco años; Bob se había trasladado desde Nueva York, donde había vivido desde que era adulto— si le importaría que se fueran de Shirley Falls y se mudaran a Crosby, que estaba a una hora de viaje, y tan pronto como se lo preguntó se dio cuenta de que ella se quedaba muy disgustada.

«No, no importa», dijo él al momento, pero ella quiso saber por qué quería irse, y él le respondió con franqueza: Shirley Falls le ponía muy triste. Ese día estaban sentados en el salón de su casa y el techo era bajo, y a pesar de estar a finales de junio entraba muy poca luz. Él miró a su alrededor y dijo:

—Lo siento.

Siempre que pensaba en aquella tarde sentía un gran amor por aquella mujer, su segunda esposa, Margaret, pastora de la Iglesia Unitaria, porque ella había seguido preguntándole cosas y resultó que lo que ponía triste a Bob no era solo que la ciudad estuviera tan deteriorada —todas las tiendas de Main Street llevaban años cerradas, exceptuando las que regentaban los somalíes

—; no era solo eso —la sensación de horror callado que Bob sentía al estar en una ciudad que en otros tiempos había sido vibrante y llena de vida—, sino que le recordaba en cierto modo todo el tiempo de su infancia que había pasado allí y el accidente de coche en el que había muerto su padre cuando Bob solo tenía cuatro años. Le sorprendió descubrir que ese era el origen de su incomodidad y, en cambio, a Margaret no le sorprendió lo más mínimo.

—Tiene lógica, porque te has pasado toda la vida pensando que lo mataste tú —le dijo ella, cruzando y descruzando las piernas.

—Es que tal vez fui yo —dijo Bob.

Margaret se encogió de hombros y dijo, en un tono de voz casi esperanzado:

—Tal vez fuiste tú, sí.

Aquello era lo que siempre, en su familia, se había dado por hecho: que Bob había sido responsable de la muerte de su padre. Pero en realidad, Jim, que tenía cuatro años más que Bob, le había confesado hacía una década que era él el que estaba jugando con el embrague cuando el coche se desfrenó, empezó a bajar por el camino y atropelló a su padre, que en ese momento estaba comprobando si había correspondencia en el buzón. Y como Jim, Bob y Susan —la hermana gemela de Bob— se habían criado al norte de Nueva Inglaterra, en una cultura y en una época en la que no se mencionaba ese tipo de cosas, ellos nunca habían hablado del accidente desde que había ocurrido. Hasta el día en que Jim, que ya tenía más de cincuenta años, le contó a Bob que había sido él quien lo había hecho. Y como consecuencia de ello, a Bob le pareció que había perdido algo muy profundo. Le habían arrebatado su identidad. Esa idea era de Margaret, pero al momento él se dio cuenta de que tenía razón. Fuera como fuese, ese mismo día ella aceptó que se fueran a vivir a Crosby, que estaba más o menos a una hora de allí.

Crosby estaba en la costa y era bonito.

* * *

Era la una en punto y los cuatro decidieron que irían a dar un paseo corto. El hotelito en el que iban a quedarse Helen y Jim esa noche estaba apenas a dos calles de allí, así que se acercaron los cuatro para que pudieran registrarse. Ya llevarían luego el equipaje. En la acera solo cabían dos personas, y Jim se puso a caminar junto a Margaret. Bob y Helen iban detrás. Helen dijo:

—Bobby, la última vez que viniste a Nueva York, ibas a ir a ver a Pam antes de coger el tren. Me quedé con la curiosidad de saber qué tal fue.

Pam era la primera mujer de Bob; habían mantenido una buena relación, para desconcierto de Helen.

—Pues le va muy bien —respondió Bob—. Sí, me alegré mucho de verla.

El hotelito tenía un porche grande que rodeaba el inmueble en su totalidad y había algunas personas sentadas en unas mecedoras blancas. Helen las saludó y le devolvieron el saludo. La recepcionista era una mujer bonita de pelo brillante, y cuando les contó que era originaria de Nueva York, Helen manifestó su entusiasmo.

—¿Y te gusta vivir aquí? —le preguntó, y la mujer dijo que sí, que a ella y a su familia les encantaba.

La recepcionista les enseñó su habitación, que en realidad eran dos, porque había un saloncito pequeño con dos sillones orejeros y después estaba el dormitorio.

—Oh, qué bonito —dijo Helen.

Después recorrieron otras dos manzanas por Dyer Road, que tenía hileras de árboles a ambos lados de la calle, y desde allí regresaron a Main Street.

—Qué pueblo tan agradable, Bobby —dijo Helen mientras subían por aquellas escaleras tan sucias hasta el apartamento.

El plan era el siguiente:

Jim y Bob iban a ir a Shirley Falls y regresarían para la cena. Su hermana, Susan, todavía vivía allí —nunca se había ido—, y como Susan y Helen no se llevaban especialmente bien, se había decidido —había sido Margaret la que, antes del viaje, lo había propuesto— que Helen y Margaret se quedaran en Crosby y fueran a ver la muestra de arte local que se organizaba ese fin de semana en las calles del pueblo. Los dos hermanos se reunirían con ellas unas horas después.

—Adiós —dijo Helen, y le dio a cada uno un beso.

Margaret se despidió con un gesto de la mano.

Así que Helen y Margaret se quedaron en el salón un rato más. Helen, dándole vueltas a su anillo de oro, dijo:

—¿Y tú cómo estás?

Y Margaret dijo que tanto Bob como ella estaban bien.

—¿Y tú? ¿Cómo estás tú? —le preguntó Margaret.

Y Helen le dijo que estaba un poco preocupada por el pequeño Ernie. Sacó el móvil y le enseñó fotos de sus nietos, y Margaret se puso las gafas que llevaba sobre el pecho, colgadas de un cordón negro. Luego miró el teléfono y dijo:

—Oh, qué preciosos están, ¿verdad?

Y Helen dijo que seguramente hablaría demasiado de ellos, y Margaret, quitándose las gafas, dijo:

—No te preocupes.

Así que Helen le enseñó dos fotos más, y después guardó el móvil y dijo:

—¿Vamos?

Y Margaret cogió el bolso y salieron.

* * *

En cuanto salieron de Crosby y se internaron en las carreteras secundarias que llevaban hasta Shirley Falls, Bob notó que la alegría se apoderaba de él, una sensación que vencía a la aprensión que había sentido antes: ahora solo estaba contento. Conducía su hermano.

—Jimmy, me alegro mucho de que estés aquí —le dijo Bob, y su hermano se volvió y le sonrió, lacónico—. Tú estás bien, ¿no? —le preguntó entonces, porque de pronto se daba cuenta de que había algo ligeramente distinto en su hermano, aunque no sabía bien qué... Era como si su hermano no estuviera del todo allí.

—Estoy bien —dijo Jim—. Dime qué estás tramando.

Así que Bob le contó —Jim ya lo sabía— que seguía acercándose en coche hasta Shirley Falls tres veces por semana para preparar vistas judiciales, y Jim le preguntó si tenía muchos clientes somalíes. Bob le respondió que pocos, que no muchos. Los somalíes se habían instalado en Maine hacía casi veinte años y habían escogido Shirley Falls porque les había parecido seguro. Bob

había tenido un caso hacía poco tiempo de una mujer somalí acusada de fraude en el subsidio social y Jim pareció interesado en ese caso.

Jim, que había estudiado en la facultad de Derecho de Harvard con una beca que le cubría todos los gastos, y que en el punto álgido de su carrera había alcanzado notoriedad por defender con éxito al cantante Wally Packer cuando este fue acusado de matar a su novia, solo llevaba ya unos pocos casos, y cuando Bob le preguntó por ello, Jim hizo un gesto vago con la mano y, a su vez, preguntó:

—¿Qué te ha parecido Helen? ¿La ves bien?

—La veo estupenda —dijo Bob—. Siempre la he visto muy bien. Un poco más menuda, pero no ha envejecido mucho.

—La ves menuda porque yo estoy más gordo —dijo Jim—. Gracias por no comentar nada.

—Pues yo te veo bastante bien, Jimmy.

Al cabo de un momento, Jimmy preguntó:

—¿Qué se ha hecho Margaret en el pelo?

—Ah —dijo Bob, suspirando—. Estaba cansada de tener que ocuparse de él, así que se lo cortó y se dejó su color natural.

Jim se volvió a mirar a su hermano.

—Ah, vale. ¿Creías que iba a decir que parece bollera?

Bob le respondió con sinceridad.

—Creía que eso era lo primero que me ibas a decir en cuanto nos quedáramos solos.

—No, no, le queda bien. Y además, ¿qué más da? Ya no soy el que era. Me he vuelto un blando. ¿Y Susan? ¿Está bien? —preguntó Jim.

—Está muy bien, ya lo verás. Tiene muy buen aspecto. Para ser Susan, vaya.

—No me puedo creer que el pirado de su hijo vaya a casarse —dijo Jim—. Dios mío, pero si el año pasado, cuando vino a Nueva York, parecía prácticamente normal.

—¿A que sí? —Bob miró por la ventanilla y vio el campo por el que estaban pasando y las rocas que había en él. La hierba era de un verde muy intenso y el sol se derramaba sobre todo el paisaje—. Todo ha salido bien, Jimmy —dijo, y miró a su hermano.

Jim se concentró en la carretera.

—Vale —dijo.

* * *

Helen empezaba a cansarse de caminar por la calle y de pararse ante cada puesto. Eran carpas y más carpas levantadas con lonas blancas en las que se mostraba una variada gama de piezas artísticas: acuarelas y óleos. A Helen le parecía que todo tenía un aspecto demasiado *amateur*; muchas de las pinturas eran marinas o cuadros de las casitas blancas de madera, a veces enteras, a veces solo el detalle de una esquina, con su rosal incorporado.

—¡Fíjate! —le dijo a Margaret—. ¡Todo es encantador!

Margaret dijo que sí.

A Helen le seguía inquietando el aspecto de Margaret. Había olvidado que tenía los pechos tan grandes. Le parecían inmensos, y eso que llevaba un vestido largo y holgado de color azul marino.

Pero incluso así se le marcaban mucho. ¡Y ese pelo! ¿Por qué iba a llevarlo alguien de esa manera? Cortado como a trasquilones. Dios mío, pensó Helen observando a Margaret gracias a la protección que le proporcionaban las gafas de sol. Oh, Bobby, menudo cambio... Pam tenía tanto estilo —algo exagerada, en opinión de Helen—, pero Bob ya llevaba casi una década viviendo con su nueva esposa. En fin, ¿qué se le iba a hacer?

Una mujer saludó a Margaret.

—Eh, hola.

Y Margaret le dijo:

—Hola.

Y dejó de andar y se puso a charlar con la mujer, que parecía ser de su misma edad y que incluso tenía un corte de pelo parecido, y le contaba algo sobre su hermana, que estaba mucho mejor, y Margaret dijo:

—Ah, esta es mi cuñada, Helen.

Y Helen tendió la mano y la mujer pareció sorprenderse pero se la estrechó, y entonces se separaron y siguieron caminando en direcciones contrarias. Aquella misma escena se repitió varias veces: gente que paraba a Margaret para charlar. Todo el mundo parecía alegrarse de verla. Margaret les preguntaba por los niños, por el trabajo, por la madre de alguien, pero ya no volvió a decir: «Esta es mi cuñada, Helen», y Helen se quedaba ahí plantada, intentando mostrarse interesada. Así que, en un momento dado, mientras Margaret estaba hablando con un hombre, Helen dijo:

—Hola, soy Helen, la cuñada de Margaret.

Y tendió la mano, y el hombre —en ese caso era un hombre bastante corpulento el que hablaba con Margaret— se sacó la suya del bolsillo para estrechársela con poco vigor.

—Conoces a mucha gente —le dijo Helen a Margaret mientras seguían caminando por la calle, y esta le contestó:

—Soy pastora. Cuando nos vinimos a vivir aquí hace unos años, tuve la suerte de encontrar trabajo en la Iglesia U.

—¿La Iglesia qué? —preguntó Helen.

—La Iglesia Unitaria.

Y Helen, al cabo de un momento, dijo:

—Bueno, aun así conoces a mucha gente.

Margaret, que también llevaba gafas de sol, miró a Helen y se echó a reír, y Helen también. En ese momento estaban pasando por delante de un café que tenía las puertas abiertas. Helen se detuvo y sacó un sombrero de paja que llevaba en el bolso. Era enrollable, y ella lo desenrolló y se lo puso.

—Pareces una turista —dijo Margaret.

—Es que lo soy —dijo Helen.

Se acercó otro hombre. Tenía la barba gris y Helen se fijó en que llevaba falda. Apartó la mirada, pero al fijarse de nuevo vio que era una falda escocesa, aunque le pareció más corta de lo habitual. Era de color marrón, y aquel hombre la llevaba con una camiseta gris y unos zapatos de montaña marrones.

—Hola, Fergie —dijo Margaret.

Y el hombre la saludó.

Cuando ya lo habían dejado atrás, Helen preguntó:

—¿Por qué lleva eso?

—Supongo que le gusta —dijo Margaret.

—Llevo cincuenta años viviendo en Nueva York y no he visto nunca a un hombre paseándose por la calle con falda. Y menos escocesa —añadió.

Margaret volvió sus gafas de sol en dirección a Helen y ella, levantando un dedo, rectificó.

—No, no, no es verdad. Había un hombre que salía a correr por la Tercera Avenida en un salto de cama negro. Pero, bueno, aun así no era una falda.

—Bueno, pues supongo que nos ganas —dijo Margaret—. Que yo sepa, por aquí no tenemos a hombres corriendo en un salto de cama negro.

—Y además era viejo. El hombre del salto de cama negro —dijo Helen.

Margaret seguía caminando.

—Me ha parecido un poco raro —continuó Helen—. Ya sabes.

Pero Margaret no comentó nada y se detuvo al llegar al siguiente tenderete.

Helen empezaba a tener calor, y eso que el sombrero impedía que el sol le cayera a plomo sobre la cabeza.

—No sabía que hiciera tanto calor en Maine —le dijo a Margaret, adelantándose un poco para no quedar detrás de ella.

—Pues sí —dijo Margaret.

Entonces Helen pensó que estaría bien comprar una obra de arte. Para que Margaret no creyera que era una estirada.

—Espera un momento —le dijo, rozándole el brazo—. Déjame mirar un poco estas pinturas.

Eran marinas, mucha ola morada y mucha espuma. Helen encontró una, de pequeño tamaño, colgada bastante arriba en la pared de lona. Era el cuadro de unas olas que se arremolinaban alrededor de unas rocas.

—Ah, me llevo ese —dijo Helen, y lo compró con la tarjeta de crédito, y el hombre que estaba allí pareció muy contento de vendérselo—. Me lo llevo tal cual, no hace falta que me lo envuelva ni nada —le aclaró, porque vio que el tipo estaba a punto de envolverlo en un papel de embalar marrón.

Cuando Helen acababa de recoger el cuadro y se volvía para irse, se tropezó con una vieja alta y corpulenta que le decía en voz muy alta al hombre que iba con ella:

—Dios mío, cuántas birrias. Ya he tenido bastante. ¡Vámonos, Jack!

—Ah, hola, Olive —la saludó Margaret.

La mujer puso cara de sorpresa y dijo:

—Hola, Margaret.

A continuación miró a Helen de arriba abajo, protegida por sus gafas de sol. Helen se fijó en que movía ligeramente la cabeza mientras la evaluaba.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Soy la cuñada de Margaret —dijo Helen, y como aquella mujer no le quitaba la vista de encima, añadió—: Mi marido es hermano de Bob, y hemos venido de Nueva York a dejar a nuestro nieto en un campamento de verano.

La mujer dijo:

—Pues bien... —Y apuntó con el dedo el cuadro—. Que lo disfrutes.

Se dio la vuelta y, ya de espaldas, se despidió levantando la mano por encima de la cabeza mientras se alejaba junto al hombre que la acompañaba.

* * *

—Me atiborra con antidepresivos —explicaba Jim. Se encogió de hombros y dedicó su media sonrisa a sus hermanos—. ¿Qué le voy a hacer yo?

—Pero ¿tú estás deprimido, Jim?

Susan estaba sentada a la mesa de la cocina, frente a él. Era optometrista y se había tomado la tarde libre para estar con sus dos hermanos. El sol se colaba por la ventana y dibujaba un rectángulo de luz sobre la mesa y sobre el brazo de Susan.

—Bueno, ahora no —respondió riéndose.

A Susan y a Bob no les hizo gracia, y ella insistió:

—Pero ¿lo estabas antes?

Jim entrelazó las manos sobre la mesa y apartó un poco la mirada.

—No lo sé. —Echó otro vistazo a la cocina. Era un espacio pequeño, pero es que la casa de Susan lo era. En las ventanas había unas cortinas naranjas, y una ondeaba ligeramente con la brisa que entraba por la que estaba abierta. Hacía calor allí dentro—. Pero creo que a ella le parece que es más fácil vivir conmigo cuando las tomo, así que... las tomo. —Jim miró a Bob y sonrió—. La dosis máxima, por eso no bebo nada. Lo cual está bien. Pero, bueno, el caso es que ahora la que bebe es Helen. Le encanta su vino por las noches, doy fe.

Susan miró a Bob y los dos estuvieron un buen rato sin decir nada.

—Pero tú estás bien, ¿no? —le preguntó al fin Susan.

—Sí, claro —dijo Jim mirándolos a los dos.

A Bob le parecía como si los mirase desde detrás de un cristal. Ahora entendía por qué lo había notado distinto. Su agudeza había desaparecido. No es que se hubiera ablandado, es que iba medicado. Notó algo así como un nudo en el pecho y se incorporó un poco en la silla.

—Ahora tenemos esa casa enorme, toda renovada, modernísima —dijo Jim sin apenas alegría en la expresión.

—¿No te gusta? —le preguntó Susan, alisándose un poco la blusa de rayas blancas y azules que llevaba.

Jim se puso serio.

—Bueno —dijo, como si acabara de caer en la cuenta—, la verdad es que no. Echo de menos como era antes, una casa grande, muy bonita... Y ahora es como...

Echó un vistazo a la cocina de Susan, como si ahí se encontrara la respuesta.

—Como un palacio —dijo Bob—. Como un palacio moderno.

—Sí —dijo Jim despacio, mirando a su hermano y asintiendo con la cabeza.

—Bueno, a lo mejor es tu penitencia por haber tenido esas aventuras —dijo Susan.

Y Jim replicó al momento:

—Ah, seguro. De eso no hay duda.

Jim y Helen vivían en una casa con fachada de piedra en Park Slope y hacía unos años la

habían reformado por completo. La primera vez que Bob fue a visitarlos después de las reformas, le parecía imposible que se tratara de la misma casa. Todos los elementos antiguos de ebanistería, las paredes tapizadas, todo había desaparecido y la casa parecía un palacio moderno.

«¿Qué te parece?», le preguntó Helen impaciente, casi sofocada, y Bob le dijo que era increíble. «Impresionante», le dijo. «No te gusta», replicó Helen, y Bob le dijo que eso no era verdad, en absoluto, pero sí que lo era.

Susan se levantó a apagar el hervidor de agua y, mientras preparaba té —tres tazas con una bolsita en cada una—, Jim dijo:

—Echo de menos Maine.

—¿Qué? —preguntó Bob.

Y Jim repitió lo que acababa de decirle.

—¿De verdad? Yo llevo un tiempo pensando mucho en mamá —comentó Susan, volviendo la cabeza hacia él.

—Pues es curioso —dijo Jim—, porque a mí me pasa lo mismo.

—¿Y en qué has pensado? —le preguntó Susan, llevando dos tazas hasta la mesa y regresando para buscar la tercera.

—No lo sé. En lo dura que fue su vida —dijo Jim—. ¿Y sabéis en qué he estado pensando también últimamente? En que cuando éramos pequeños éramos muy pobres.

—¿Y hasta ahora no te habías dado cuenta? —dijo Susan, echándose a reír sonoramente—. Pero, Jimmy, por Dios, pues claro que éramos pobres.

Jim miró a Bob.

—¿Tú lo sabías?

—Pues... sí. Sí lo sabía, Jim.

—Es que yo... soy rico desde hace tanto... quiero decir, he vivido como una persona rica desde hace tanto tiempo... que es como si se me hubiera olvidado que cuando éramos pequeños éramos bastante pobres.

—Pues sí, lo éramos, Jimmy —insistió Susan—. Me cuesta creer que te hayas olvidado de algo así. Pero si poníamos papeles de periódico en todas las ventanas para que no entrara el frío.

—No es que lo haya olvidado. Lo que digo es que no he pensado en ello.

Susan se sentó.

—Aunque en realidad no éramos desgraciados. —Miró a sus dos hermanos—. ¿Verdad?

—No —dijo Bob al mismo tiempo que Jim respondía:

—Sí.

—Jimmy, ¿tú te sentías desgraciado?

Susan, que acababa de levantar la taza, volvió a dejarla sobre la mesa.

—Pues claro que me sentía desgraciado. Creía que había matado a papá y pensaba en eso todos los días. Y en que había dejado que Bob cargara con las culpas. Pensaba en eso cada día, todos los días.

Susan meneó la cabeza despacio.

—Oh, Jimmy —dijo—. Lo siento tanto...

—Jim, tienes que pasar página —le dijo Bob—. Éramos niños. Nunca sabremos qué pasó en realidad.

Jim lo miró.

—Ahora está muy bien decirme que pase página —dijo al fin—, pero es algo que me acompañaba todos los días de mi vida. —Miró a su alrededor, cruzando una pierna sobre la otra—. Cada día.

—Mira —dijo Bob, medio citando a Margaret—, si eso nos hubiera ocurrido hoy, seguramente todos habríamos ido al psicólogo y habríamos hablado del tema. Pero ocurrió hace más de cincuenta años, y en aquella época no se mencionaba nada, al menos aquí no, en Shirley Falls no. No se hablaba. Y a ti te pilló en medio. —Y añadió—: Lo siento mucho, Jimmy.

Jim lo miró muy serio.

—No, soy yo el que lo siento, Bobby.

Susan se inclinó hacia delante y puso una mano sobre la mano con la que Jim sostenía la taza de té.

—Oh, Jimmy —dijo—. Pero bueno, aquí estamos todos, todos hemos salido adelante.

El gesto de Jim era de tristeza y Bob intentaba pensar en algo para ahuyentarla, pero en ese momento Susan le preguntó por Pam.

—¿Cómo le va? Creo que uno de los veranos más divertidos fue cuando ella vivió con nosotros en aquella casa. Se portó genial. No todo el mundo habría querido pasarse el verano, después de todo un curso en la universidad, viviendo con nosotros en aquella casa diminuta, y en cambio ella lo hizo. Supongo que su casa también debía de ser pequeña. Jim, tú te habías ido... — Jim asintió—. Bueno, da igual, el caso es que pienso en ella. ¿Está bien?

La última vez que Bob había estado en Nueva York, había llamado a su exmujer, Pam, y se habían encontrado en un café cerca de donde vivía ella, en el Upper East Side.

—¡Bobby! —le había dicho ella, y le había dado un gran abrazo.

Estaba igual, solo que más vieja, y él se lo dijo, y ella se rio.

—Bueno, tú tienes muy buen aspecto —le dijo.

—Te he echado de menos —le dijo él, y era verdad.

—Oh, Bobby, yo te he echado mucho de menos a ti —le dijo ella echándose el pelo hacia atrás. Llevaba una media melena teñida de un pelirrojo favorecedor—. No dejo de pensar en si estarás bien en ese horrible estado de Maine. Bueno, no digo que sea horrible, pero es que me parece tan...

—Horrible —dijo él.

Y los dos se rieron.

—Estoy bien, Pam. Todo va muy bien.

Ahora, al recordarlo, Bob sintió una oleada de amor por Pam. Se habían casado al terminar la universidad, eran unos niños. Y habían estado casados casi quince años. Según Bob, Pam lo había dejado cuando descubrió —cuando descubrieron— que él no podía tener hijos. A él aquello le rompió el corazón. Solo más tarde supo que a Pam también se le rompió el corazón, aunque encontró a otro hombre y tuvo a sus dos hijos, dos niños a los que Bob había ido viendo a lo largo de los años. Eran muy buenos chicos y su marido parecía buena persona. Ella nunca se quejaba de él; era directivo de una empresa farmacéutica y ahora Pam tenía un montón de dinero, pero cada vez que Bobby y ella quedaban, volvían a ser como dos niños. Solo que más viejos, algo que repetían cada vez que se veían.

—Está genial —le dijo Bob a Susan.

A Margaret no le había gustado Nueva York. A Bob le quedó muy claro la única vez que estuvieron juntos. Veía su miedo cuando bajaban las escaleras del metro, y aunque él intentaba tranquilizarla y ella hacía esfuerzos —él se daba cuenta— por mantener la calma, las cosas no habían ido demasiado bien: Bob no podía evitar percibir su incomodidad, y eso era algo que lo entristecía, porque a él le encantaba Nueva York, había vivido allí treinta años antes de conocer a Margaret en Maine.

—¿Le dirás a Pam que he preguntado por ella? —dijo Susan, y Bob le respondió que por supuesto que lo haría.

—Estás mejor con Margaret —dijo Jim.

Y Susan preguntó:

—¿Por qué dices eso?

Pero entonces Bob dijo:

—Susan, cuéntenos cómo está Zach. Jim me ha dicho que lo vio bastante bien cuando fue a Nueva York.

—Oh, Zach. —Se pasó la mano por el pelo, canoso y cortado un poco por encima de los hombros—. Jim, le va tan bien... Se dedica a la programación informática, seguro que ya te lo he dicho, y se va a casar con una chica a la que conoció en Massachusetts.

—¿Y a ti te cae bien la chica? —le preguntó Jim.

Levantó la taza, le dio un sorbo al té y la dejó en la mesa.

—Sí.

—Bueno, pues ya está. —Jim miraba a su alrededor como si cierta inquietud se hubiera apoderado de él—. Chicos, que sepáis que me gustaría hacer esto más a menudo. Lo echo de menos. Añoro Shirley Falls y os echo de menos a los dos.

Bob y Susan se miraron. Ella abrió un poco más los ojos.

—Pues hazlo —dijo—. A mí me encantaría.

—Este año he engordado cinco kilos —dijo Jim—. ¿Se nota?

—No —dijo Bob, pero mentía.

—Bob, ¿y tú todavía bebes? —Jim observaba a su hermano con los ojos entornados.

—No. Bueno, como mucho una copa por la noche. Y desde que me casé con Margaret no he vuelto a fumar ni un cigarrillo.

Jim meneó la cabeza despacio.

—Increíble. —Y dirigiéndose a Susan, preguntó—: ¿Qué tal el negocio de los ojos?

—Florecente —dijo Susan—. Podría jubilarme, pero no me apetece. Me gusta mi trabajo.

—Menudo par —dijo Jim.

* * *

Ya de nuevo en el pequeño apartamento, Helen dijo:

—¿Y si tomamos una copa de vino?

Margaret pareció sorprendida —al menos, a Helen se lo pareció—, pero dijo «Está bien» y sacó la botella de vino blanco que Bob había guardado antes en la nevera. La abrió y sirvió un poco en un tarro de vidrio de esos que tienen tapa de rosca. Y se lo pasó a Helen.

—¡Qué bien! —dijo Helen, decidida a no hacer ningún comentario jocoso sobre aquella «copa» de vino—. ¿No te sirves una para ti?

Margaret negó con la cabeza y se sentó en la mecedora que tenía la tapicería rota. Helen, que estaba en el sofá, cruzó las piernas y empezó a hacer balancear un pie.

—Bueno... —dijo.

—Bueno —dijo Margaret.

—Ah, te voy a enseñar otras fotos de mis nietos. —Helen sacó el móvil—. No dejo de pensar en Ernie, tan pequeño... No sé si tiene edad para ir solo a un campamento de verano, pero sus padres querían que fuera e incluso él parecía entusiasmado con la idea, pero es que... la cabaña en la que lo han metido me ha parecido tan... rústica.

Como Margaret no decía nada, Helen buscó unas fotos en el teléfono y le enseñó a su cuñada bastantes imágenes de sus tres nietos. Le contó que la pequeña Sarah ya había empezado a hablar.

—Dice frases casi enteras y no tiene ni dos años, ¿te lo puedes creer?

—No —dijo Margaret, fijándose en el móvil con las gafas puestas, gafas que llevaba sujetas con un cordón a la altura del pecho.

Luego se apoyó en el respaldo y soltó un suspiro.

Helen se levantó, se fue a la cocina y volvió con la botella de vino. Se sirvió un poco más y, mientras volvía a mirar el móvil y se lo mostraba a Margaret, dijo:

—¡Y mira a Karen! Tiene tres años y es tan distinta de su hermano... Él es muy confiado, extrovertido, y Karen... ¿No te gusta ese nombre? ¿Karen? Es un nombre tan conciso... Pues ella es la niña más dulce... —Helen alzó la vista, miró a Margaret y le dijo—: Estoy hablando demasiado de mis nietos.

—Pues sí —dijo Margaret.

Una sensación de incredulidad se apoderó de Helen, que se puso colorada al momento. Guardó el teléfono en el bolso y, cuando volvió a mirar a Margaret, vio que ella también estaba roja.

—Lo siento —dijo Helen—. Lo siento mucho. Ya sé que Bobby y tú nunca...

—No, no tener hijos es algo que nos hace distintos, y no tenemos ningún problema con eso, pero es cansado oír... —Margaret agitó la mano y se interrumpió—: Lo siento. Estoy segura de que tus nietos son maravillosos.

Helen le dio dos buenos tragos al vino y notó que su calor le inundaba el pecho.

—No sé cuándo van a volver nuestros chicos —dijo Helen, mirando a su alrededor. Ahora estaba muy enfadada con Margaret, muy enfadada. Se levantó—. Si me disculpas, voy un momento al baño.

—Sí, claro —dijo Margaret.

Helen se llevó la «copa» de vino y se la terminó en cuanto cerró la puerta. Pero entonces se dio cuenta de que si llamaba a Jim, Margaret oiría toda la conversación, así que se sentó en la taza y le envió un mensaje de texto. Le escribió: «Jimmy, ¿dónde estáis? M. me está volviendo LOCA». Esperó un poco, pero no hubo respuesta. Volvió a escribir: «Me parece ESPANTOSA». «Venga, vamos, Jimmy», pensó, y en ese momento se le ocurrió que Margaret no habría oído el sonido del pis en el inodoro —porque no tenía ganas—, y entonces intentó orinar y se le escapó un ruidito gaseoso, y se disgustó mucho. ¡Margaret estaba ahí mismo, escuchando! Al cabo de un momento se levantó y se lavó las manos a conciencia (la toalla parecía un poco sucia) y regresó

junto a Margaret, que seguía sentada en la mecedora, como si no se hubiera movido de ahí para nada.

Helen se sirvió más vino.

—Lo siento muchísimo, de verdad —le dijo Margaret.

—No, no, no pasa nada.

Y Helen se bebió el vino.

* * *

Cuando volvían a Crosby, Jim dijo:

—¿Sabes una cosa, Bobby? Te voy a decir la verdad: desde que reformó la casa, todavía quiero más a Helen. —Se volvió a mirar a Bob, que no se movió—: ¿Y sabes por qué?

—No —dijo Bob.

—Porque pensó que serviría de algo. Pensó que, si cambiaba la casa, erradicaría todo lo que había ocurrido en su interior, te estoy hablando de aquel último año, cuando me derrumbé y me follé a aquellas tontas, y Helen pensó, en serio que lo pensó, que si cambiábamos las cosas, sería distinto. —Jim volvió a mirar a Bob un momento, antes de fijar la vista al frente, en la carretera—. Pero no cambia nada, claro, y ahora estamos viviendo en una casa totalmente nueva que antes era nuestra casa vieja, donde pasaron tantas cosas maravillosas. Y cuando me di cuenta de que lo había hecho por eso, que por eso había reformado toda la casa, joder, la quise más, Bobby. Creo que la vi más humana, o algo así. La quiero más que antes, y esa es la verdad.

—Está bien —dijo Bob—. Ya lo entiendo.

Al cabo de un rato, Jim dijo:

—Helen no me ha hecho tomar la medicación esa. Me la tomo yo porque quiero.

Estuvieron unos instantes en silencio. Bob entendía lo que le había contado Jim, pero era como si la información no hubiera calado en él.

—¿Ella no te obliga a tomártela? —preguntó Bob—. Entonces, ¿por qué te la tomas?

—Tengo miedo —dijo Jim mirando fijamente al frente.

—¿De qué, Jimmy?

—De morirme. —Jim se volvió hacia Bob y le dedicó su media sonrisa—. Me muero de miedo a morirme. En serio. Veo que viene tan deprisa... ¡Pum! Por Dios, todo va tan deprisa estos días... Pero ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Que tampoco me importa. Lo de morirme, digo. Es tan raro, Bobby, porque por una parte tengo esos momentos de absoluto terror... o los tenía, antes de ir todo el día drogado. De terror. Y entonces, al mismo tiempo, también siento algo así como... venga, vámonos ya, ya estoy preparado. —Jim se quedó un momento en silencio, mirando por el retrovisor. Dejó que lo adelantara un coche—. Pero estoy asustado. O lo estaba. Antes de la medicación.

Ahora era Bob el que estaba asustado. Habría querido decirle: «¡Jimmy, tú no puedes tener miedo, eres mi guía!». Pero sabía —una parte de él era consciente, y eso lo ponía muy muy triste— que Jim ya no era su guía. Y dijo:

—Si Helen no te obliga a tomar esas pastillas, ¿por qué le has dicho a Susan que había sido Helen la que había insistido?

Jim pareció meditar la respuesta y al final dijo:

—Porque sé que a Susan no le cae bien Helen, así que le he echado la culpa a ella. —Se volvió para mirar a su hermano y abrió mucho los ojos—. Mira, Bobby, ay, soy un gilipollas.

Bob, tan molesto que se sorprendía a sí mismo, dijo:

—Vamos a ver, Jim... ¿Vas a parar ya? Reaccionaste como un estúpido una vez, cuando Zach, por el amor de Dios, se metió en aquel lío. Aquello te hizo sacar toda la culpa que sentías y... interpretaste un papel. Tuviste una aventura. O un par, no lo sé. Pero eso no te convierte en gilipollas, Jim. Te convierte en un ser humano. Por Dios, ¿vas a parar ya?

Al momento, Jim replicó:

—Tienes razón, tienes razón, lo siento. Jesús, qué melodramático soy... Discúlpame, Bobby.

Y Bob sintió un ataque repentino de desolación. No recordaba haberle hablado así a su hermano, nunca, ni que Jim le respondiera con una disculpa, como acababa de hacer.

* * *

Helen tenía en la mano aquel tarro de vidrio y balanceaba el pie arriba y abajo.

—Hace un año, Jim y yo hicimos un crucero por Alaska —dijo, sin saber bien por qué lo decía.

—Sí —dijo Margaret—. Eso he oído.

—Llovió todos los días. Cuando llegamos al sitio del glaciar, a Glacier Bay, se suponía que íbamos a subir a un helicóptero para verlo pero había demasiada niebla.

—Qué pena —dijo Margaret.

—No, la verdad es que me dio un poco igual.

Margaret la miró.

—Vaya, con todo el dinero que pagasteis para ver ese sitio, qué raro que te sintieses así.

—Bueno, pues me dio un poco igual.

Dio otros dos buenos tragos de vino. Y al cabo de un momento dijo algo que, ya antes de soltarlo, le hizo sonrojarse ligeramente.

—Ahora te diré lo que no me daba igual: los indonesios que trabajaban en el crucero. Todos los que trabajaban en aquel barco eran de Indonesia, y una noche nos pusimos a hablar con uno y nos dijo que trabajaba diez meses al año en aquel barco y volvía a Bali a pasar dos meses. Y te apuesto lo que sea —dijo, apuntando a Margaret con el dedo— a que esos hombres viven amontonados en la bodega de ese barco, sin ventanas ni nada, y desde el momento en que fui consciente de eso ya no pude seguir disfrutando del viaje. Vaya, que estábamos viajando a espaldas de esa gente.

Margaret no dijo nada, aunque abrió la boca como si estuviera a punto de hacerlo.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Helen.

—En lo progre que eres.

Al cabo de un momento, Helen, a quien le había costado un poco captar el sentido de aquellas palabras, dijo:

—¿Por qué no me soportas, Margaret?

—No seas ridícula.

Pero ahora Helen se sentía triste. Se suponía que los sacerdotes, los pastores, eran personas agradables. Juntó los labios y resopló sonoramente, como haciendo una pedorreta.

—Estoy triste —dijo.

—Puede ser que estés borracha —dijo Margaret.

Helen notó que se sonrojaba una vez más. Levantó la botella de vino y volvió a servirse un poco en aquel ridículo tarro de vidrio.

—¡A beber!

Entonces oyeron a los hombres en la escalera y, un momento después, la puerta se abrió, volvió a cerrarse, y ahí estaban ellos, en el salón.

—Ah, chicos —dijo Helen—. Cómo me alegro de veros a los dos. —Alzó la mirada hacia ellos—. ¿Estáis bien?

A Jim no le veía los ojos, pero algo en la postura de los dos hombres le hizo pensar que no, no estaban bien.

—Mirad. He comprado esta mierda —dijo, señalando el cuadrito que estaba en el suelo, junto al sofá.

Bob lo levantó y Jim se acercó a mirar.

—Por Dios, Helen —preguntó Jim—: ¿Por qué has comprado esto?

—No está tan mal —dijo Bob.

—Es espantoso —dijo Helen—. Lo he comprado... para ser amable. ¿Quién era esa mujer? —Helen miró a Margaret, confundida—. Esa persona encurtida. Sí, ya sabes... —Intentó, sin éxito, chasquear los dedos—... esa persona..., sí, mujer, la que es como un encurtido.

—Olive. —Margaret pronunció el nombre con gran frialdad.

—Eso, Olive —repitió Helen, al tiempo que asentía con la cabeza.

—Olive Kitteridge —dijo Margaret.

—Pues ella dijo que era una basura.

—Según Olive, todo es una basura —dijo Bob—. Ella es así.

Margaret se puso de pie y dijo:

—Creo que será mejor que vayamos a cenar. A Helen le vendrá bien comer algo.

Cuando se levantó, Helen se dio cuenta de que quizá sí estaba demasiado borracha.

—¡Ups! —exclamó en voz baja. Miró a su alrededor—. ¿Adónde ha ido Jimmy?

—Está en el baño —dijo Bob—. Venimos en un minuto.

Y entonces Helen vio la escalera y subió desde el salón.

—Bobby, ¿duermes ahí? ¿Ahí arriba?

Bob dijo que sí.

Y Helen siguió subiendo.

—Solo voy a echar un vistazo —anunció.

Apoyó la mano en la pared para afianzarse. Aquella escalera también era muy empinada y a medio camino giraba en ángulo recto. Al llegar al rellano se volvió. Allí había una planta, y las hojas se extendían bastante por los peldaños de arriba y los de abajo.

—Dios mío, yo aquí me cagaría de miedo —dijo Helen.

Cuando empezaba a subir el segundo tramo de la escalera se fue hacia atrás y se cayó, y fue consciente de lo larga que estaba siendo la caída, de que su cuerpo rebotaba una y otra vez en los

peldaños, que no se terminaba nunca. Hasta que paró.

—¡No la mováis! —gritó Margaret.

* * *

Jim iba en la ambulancia con Helen, y Margaret y Bob los seguían en su coche.

—Oh, Bob. Oh, Bob. Todo ha sido culpa mía —dijo Margaret. Él la miró. Le pareció que lo observaba con franqueza, y que tenía los ojos enrojecidos—. En serio, ha sido culpa mía. Bob, es que no la soportaba. Y ella se ha dado cuenta. Y ha sido muy feo por mi parte, porque ni siquiera me he esforzado. Oh, Bob. ¡Y ella se daba cuenta! Se daba cuenta, porque la gente estas cosas las nota, y por eso se ha emborrachado.

—Margaret...

—No, Bob, me siento fatal. Es que me sacaba de quicio, y la verdad es que sin motivo, pero es que es... es tan... tan rica.

—Rica sí es. Eso es verdad. Pero ¿qué tiene que ver eso?

Margaret volvió la cabeza para mirarlo.

—Pues que eso hace que esté centrada en sí misma, Bob. No me ha preguntado ni una sola vez nada sobre mí.

—Es tímida, Margaret. Es nerviosa.

—Esa mujer no es nerviosa —dijo Margaret—. Es rica. Y yo ya no la he soportado desde el principio. Con ese pelo tan bien peinado y esos pendientes de oro. Oh, Bob, y cuando se ha sacado del bolso ese sombrero de paja tan ridículo, por poco me muero.

—¿Un sombrero de paja? Margaret, pero ¿qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que no la soporto y que ella se ha dado cuenta, Bob. Y que me siento fatal.

Bob no dijo nada. No se le ocurría nada. Pero pareció apoderarse de él una callada sensación de irrealidad, y le vino a la mente la palabra *prejuicio*, y sabía que debía conducir con cuidado, y así lo hizo, y entonces llegaron al hospital.

Cuando le dieron el alta a Helen, eran las doce de la noche. Se había roto un brazo, dos costillas, y tenía la cara muy amoratada; un ojo se veía ya bastante hinchado y de color cárdeno. Ella no decía nada, ahí sentada con su brazo escayolado y doblado a la altura del codo, mientras Jim —al que Margaret había llevado a casa para que pudiera recoger su coche— iba hasta su lado y le abría la puerta del coche y la ayudaba a subir. Le habían hecho un TAC de la cabeza y se habían descartado lesiones, y varias radiografías para comprobar si había alguna herida interna. Bob se sentó en el asiento de atrás y le envió un mensaje de texto a Margaret para decirle que Helen estaba bien y que ya podía acostarse.

Jim se volvió un poco y dijo:

—Cuando te rompes alguna costilla, tienes que dormir sentado.

—Oh, Helen —dijo Bob, adelantándose un poco para acariciarle la nuca—. Lo siento mucho.

Jim dijo:

—Hellie, mañana volvemos. Voy a alquilar un SUV. Creo que así estarás más cómoda.

Y Bob vio que Helen asentía ligeramente.

En el hotel, Bob ayudó a su hermano a sentar a Helen —ya en pijama, con la escayola asomando en ángulo y la bata sobre los hombros— en una de las butacas orejeras del saloncito de

su habitación, y les dijo que volvería.

Al llegar a casa y subir a su dormitorio, le sorprendió descubrir que Margaret estaba profundamente dormida. Había una lucecita encendida junto a la cama, y se fijó en aquella mujer que para él, en ese momento, era casi una desconocida. Reconocía en ella una escasa reacción ante un mundo que no conocía ni comprendía. No era tan distinta a la reacción que su hermana había tenido hacia Helen. Y sabía que, de no haber vivido en Nueva York durante tantos años —si su hermano, al que había querido como si fuera Dios, no hubiera vivido también allí, si no hubiera sido rico y famoso durante todos aquellos años—, tal vez él mismo habría sentido lo mismo que Margaret. Pero no sentía lo mismo que ella. Apagó la luz, bajó y regresó al hotel.

La puerta de la habitación no estaba cerrada con llave y él entró sin hacer ruido. Jim roncaba en la cama y Helen seguía sentada en la silla, al parecer dormida. Ahora llevaba puestas unas zapatillas finas, de color rosa, con pompones en las puntas.

Bob sentía una tristeza que no había sentido en años. Había echado de menos a su hermano —¡su hermano!— y su hermano había echado de menos Maine. Pero su hermano estaba casado con una mujer que no soportaba Maine y Bob comprendió que no volverían más. Jim viviría el resto de su vida como un exiliado en Nueva York. Y Bob viviría el resto de su vida como un exiliado en Maine. Siempre echaría de menos a Pam, siempre echaría de menos Nueva York, aunque siguiera yendo de visita una vez al año. Sí, aquí él era un exiliado. Y todo era tan raro —la manera en que había acabado siendo la vida para él, para Jim, incluso para Pam— que sentía un mar de tristeza en su interior.

Oyó un ruido que provenía de la silla y vio que Helen estaba despierta y que lloraba en silencio.

—Ah, Helen —dijo, y se aproximó a ella. Se volvió y vio que había una caja de pañuelos de papel en la mesa, y le acercó uno a la nariz y le dijo en voz baja—: Suénate.

Y a Helen le pareció gracioso y se rio un poco, y Bob se acuclilló junto a la butaca. Le pasó la mano por el pelo y se lo retiró de la cara.

—Te vas a poner bien, Helen —le dijo—. No te preocupes. Jim te llevará a casa mañana mismo y ya no vas a tener que volver más a este estado espantoso.

En la penumbra de la habitación, ella lo miró fijamente con un solo ojo, porque el otro lo tenía tan hinchado que casi no podía abrirlo.

—Pero tú vives aquí —dijo—. Para ti no es espantoso, ¿verdad, Bobby?

Él se quedó un rato en silencio antes de responder:

—A veces.

Y le guiñó un ojo y ella volvió a reírse.

—Bobby...

—Qué, Helen...

—Siempre te he querido.

—Ya lo sé. Y yo siempre te he querido a ti.

Helen asintió casi imperceptiblemente.

—Vale —dijo—. Tengo sueño.

—Descansa. Yo me quedo aquí y Jim está al lado.

—¿Está roncando?

—Sí.

—Está bien, Bobby.

Y Bob se sentó sobre sus talones y, cuando Helen ya llevaba un rato con los ojos cerrados, se echó hacia atrás sin hacer ruido para sentarse en la otra butaca. Le dolían las piernas, como si hubiera caminado más de lo que su cuerpo podía aguantar, le dolía todo el cuerpo. Y pensó: «Me duele el alma».

Y en ese momento se le ocurrió que eso, la soledad de la gente, era algo que no debería tomarse nunca a la ligera, que las decisiones que tomaban las personas para apartarse de esa oscuridad inmensa eran decisiones que merecían respeto. Así era en el caso de Jim y Helen, y también en el de Margaret y él mismo.

—Bobby... —susurró Helen.

—¿Qué quieres, Helen?

Se levantó y se puso a su lado.

—Nada. Solo quería saber si seguías aquí.

—Estoy aquí mismo. —Se quedó junto a ella unos instantes y volvió a su butaca—. No me voy a ningún sitio —dijo.

LA POETA

Un martes por la mañana de mediados de septiembre, Olive Kitteridge entró con el coche en el aparcamiento del puerto deportivo. Era temprano —ya solo conducía a primera hora— y no había muchos coches, tal como esperaba. Metió el suyo en una plaza y se bajó despacio: tenía ochenta y dos años y se veía a sí misma como una anciana. Usaba bastón desde hacía tres semanas y avanzó por el camino empedrado sin levantar la vista para no tropezar. Pero aun así notaba el sol de la mañana y captaba la belleza de las hojas de los árboles, que en sus copas ya se habían vuelto de un rojo brillante.

Una vez dentro, se sentó a una mesa con vistas al mar y le pidió un bollo y unos huevos revueltos a la chica del trasero enorme. No era amable; no lo había sido ni una sola vez en el año que llevaba trabajando allí. Olive contemplaba el agua. La marea estaba baja y las algas asomaban como pelos indómitos, todos peinados en la misma dirección. Los barcos que seguían en la bahía estaban varados majestuosamente, con sus mástiles finos apuntando al cielo como agujas diminutas. Mucho más allá se divisaba Eagle Island y también Puckerbush Island, con sus árboles de hoja perenne las dos, que desde allí eran apenas una línea borrosa. Cuando la chica — que prácticamente tiró el plato con los huevos revueltos y el bollo sobre la mesa— soltó un «¿Algo más?» con los brazos en jarras, Olive se limitó a negar ligeramente con la cabeza y la chica se fue: una anca arriba y otra abajo, ambas cubiertas por unos pantalones blancos. Arriba y abajo, dos inmensos cuartos traseros. En un recuadro de luz, sobre la mesa, los anillos que llevaba Olive centellearon y su mano, iluminada de aquella forma, le causó un ligerísimo atisbo de sorpresa. Arrugada, hinchada: esa era su mano. Y entonces, instantes después, cuando ya tenía en el tenedor otro pedazo de huevo revuelto, Olive la vio: Andrea L'Rieux. Al principio, Olive no terminaba de creerse que aquella chica fuera Andrea —en realidad no era una chica, sino una mujer de mediana edad, aunque para Olive, ahora, todas eran chicas—, aunque enseguida pensó: «¿Por qué no? ¿Por qué no puede ser Andrea?».

La chica, Andrea, se sentó sola. Había varias mesas de separación entre las dos y se había instalado mirando hacia Olive, aunque en realidad contemplaba el mar por la ventana, y llevaba unas gafas de cristales tintados apoyadas en la punta de la nariz. Olive dejó el tenedor en el plato y, al cabo de un momento, se levantó despacio, se acercó a la mesa de Andrea y le dijo:

—Hola, Andrea. Sé quién eres.

La chica-mujer se volvió y la miró, y durante unos segundos a Olive le pareció que se había equivocado. Pero entonces la chica-mujer se quitó las gafas oscuras y sí, ahí estaba, Andrea, una mujer de mediana edad. Hubo un largo silencio —a Olive se lo pareció—, hasta que volvió a hablar.

—Y, bueno, ahora eres famosa.

Andrea no dejaba de observar a Olive con aquellos ojos grandes. Llevaba el pelo, moreno, retirado de la cara y recogido en una cola. Finalmente dijo:

—¿Señora Kitteridge?

Tenía la voz grave, algo afónica.

—Sí, soy yo —dijo Olive—. Soy yo, y ya soy una señora mayor.

Se sentó delante de Andrea, a pesar de que creía haber visto en la expresión de la chica que no deseaba que la molestaran. Pero Olive era vieja, había enterrado a dos maridos, ¿qué más le daba? Le daba igual.

—Está más bajita —dijo Andrea.

—Es posible. —Olive entrelazó las manos y las apoyó en la mesa, pero después las bajó hasta el regazo—. Mi marido murió hace cuatro meses y ya no como tanto. Todavía tengo hambre, pero no como tanto, y además, cuando te haces mayor te encoges.

—Ah, ¿sí? —preguntó Andrea al cabo de un momento.

—¿Que si te encoges? Pues claro. La columna se comprime, te sale barriga... y para abajo. No creo que sea yo la primera persona a la que ves envejecer.

—No, claro —convino Andrea.

—Bueno, pues entonces ya lo sabes.

—Tráigase el plato —le dijo Andrea mirando en dirección a la mesa que había ocupado Olive hasta hacía unos instantes—. No, espere, ya se lo traigo yo.

Y se levantó y al cabo de un momento ya estaba de vuelta con el plato de huevos revueltos con bollo, y además con el bastón. No era tan alta como Olive creía. Infantil, casi.

—Gracias —dijo Olive—. Hace solo tres semanas que uso bastón. Tuve un pequeño accidente de coche, eso fue lo que pasó. Estaba en el aparcamiento que hay cerca de Chewie's. Y pisé el acelerador en vez del freno.

Andrea abrió un poco la mano y, con un gesto amable que estaba entre la mueca y la sonrisa, dijo:

—No hay para tanto.

—Si tienes ochenta y dos años, sí. Entonces todo el mundo parece dispuesto a quitarte el carnet de conducir. Aunque debo admitir que el policía fue muy amable. Lloré. ¿Te lo puedes creer? Yo todavía no. Pero me quedé ahí plantada y me eché a llorar. Aquel policía era un hombre demasiado amable. Y la gente de la ambulancia también.

—¿Se hizo daño?

—Una fisura en el esternón.

—Vaya por Dios.

—No es nada. —Olive se cerró la chaqueta—. Me muevo más despacio y ahora solo conduzco por las mañanas. O lo intento. Destrocé dos coches ese día.

—¿Dos?

—Sí, dos. Bueno, tres contando el mío. Tuve que llamar al marido de mi amiga Edith, Buzzy Stevens, para que me ayudara a comprar otro coche cuando me llegó el dinero del seguro. Creo que a Buzzy no le hizo demasiada gracia, pero bueno. Nadie se hizo daño. Solo yo. Digamos que me di un buen susto.

—Sí, claro, qué menos —dijo Andrea con su voz profunda.

—He visto en Facebook que acabas de estar en Oslo —dijo Olive, y se metió en la boca un poco de huevo revuelto.

—¿Me sigue en Facebook? ¿En serio?

—Claro que es en serio. Acabas de realizar un recorrido por toda Escandinavia presentando unas lecturas poéticas. Yo fui a Oslo con mi segundo marido. He tenido dos maridos —le aclaró Olive—, y con el segundo fuimos a Oslo y nos montamos en un barco, en un crucero, supongo, y viajamos por los fiordos. Muy bonitos, los fiordos. Te lo digo yo. Pero Jack se puso triste y yo también, y los dos dijimos: esto es precioso, pero no es tan bonito como lo que tenemos en casa. Y cuando lo tuvimos claro, nos sentimos mejor.

Olive se sonó con una servilleta de papel que había en la mesa. Tenía la sensación de que le faltaba un poco el aire.

La chica la observaba atentamente.

—No sé qué te parecieron a ti los fiordos, pero esa es la impresión que nos dio a nosotros.

Y una vez dijo eso, se echó hacia atrás y se apoyó en el respaldo del banco corrido.

—No llegué a ver los fiordos.

—¿No?

—No. —Andrea se incorporó—. Participaba en las lecturas, después salía un rato con mi editor y luego me iba a otra parte. Y eso es lo que quería,irme a otra parte. Supongo que en realidad los fiordos no me interesan.

—Ah —dijo Olive.

—Me siento sola cuando viajo —dijo Andrea.

Olive no estaba segura de si lo había oído bien, pero dedujo que sí, y pensó un poco en ello.

—Bueno —dijo—. Supongo que siempre estabas sola.

Andrea la miró, le dedicó una mirada que confundió un poco a Olive. Aquella chica tenía los ojos castaños, casi color avellana, y Olive creyó percibir en ellos, mientras la observaba, una especie de ternura. La chica no dijo nada.

Si había un alumno de todos los que había tenido Olive a lo largo de sus muchos años como maestra de matemáticas de séptimo, si había un alumno que no iba a ser famoso, era Andrea L'Rieux. De hecho, solo se acordaba de ella porque muchas veces la veía caminando sola con aspecto triste. Qué cara de tristeza tenía aquella niña... Pero no había sido muy buena alumna. No. Buena alumna no había sido. Ni siquiera en la asignatura de inglés, porque cuando aquella chica empezó a destacar, cuando se convirtió nada menos que en la Poeta Laureada de Estados Unidos hacía unos años, incluso su profesora de inglés del instituto le contó a un periodista que Andrea no había sido muy buena alumna. Qué mujer tan horrible, Irene White, más tonta que un zapato... Aunque hubiera tenido el talento delante de las narices no lo habría visto. Pero aun así...

—Irene White está muerta —le dijo Olive a Andrea, y ella asintió y se encogió un poco de hombros.

—Cuando me daba clases a mí ya me parecía vieja —dijo Andrea—. Me acuerdo de que el colorete se le metía entre las arrugas de las mejillas.

—Bueno, lo que está claro es que contigo no fue demasiado generosa —dijo Olive, y al ver que la chica la miraba con cara de sorpresa se dio cuenta de que Andrea no había leído el artículo.

En ese momento Andrea dijo:

—No leo nada sobre mí misma.

—Bien hecho —dijo Olive—. Bueno, que sepas que cuando vinieron a husmear por aquí, yo no les conté nada.

No lo había hecho porque no tenía nada que decir. No iba a contarles que aquella niña tenía cara de tristeza, que venía de una familia con un montón de hermanos y hermanas. Eso que lo contarán otros. ¡Y vaya si lo hicieron! Pero lo de la cara de tristeza no. Al parecer, solo Olive había visto a aquella niña caminando por las calles de Crosby, Maine, hacía treinta años. «*El sol descendía sobre los manzanos | y fijaba para siempre el rojo oscuro*». Esos eran los únicos versos de la poesía de Andrea que Olive recordaba. Tal vez porque eran los únicos que le gustaban. Había leído bastantes de sus poemas. En el pueblo parecía que todo el mundo había leído la poesía de Andrea. Sus libros se colocaban siempre en algún punto destacado de la librería. La gente decía que adoraba su obra. Andrea L'Rieux había sido alabada por ser un montón de cosas: feminista, posmoderna, por mezclar lo político con lo natural. Era una «poeta confesional». A Olive le parecía que había cosas que no hacía falta «confesar», mientras recordaba que en un poema aparecían unas «vaginas airadas».

—Gracias —dijo Andrea—. Por no hablar con ningún periodista —añadió. Y entonces meneó la cabeza y casi para sus adentros dijo—: No soporto esas cosas.

—Venga, venga —dijo Olive—. Tiene que ser divertido. Si hasta conociste al presidente. Andrea asintió.

—Sí.

—No todos los de Crosby, Maine, se codean con el presidente —insistió Olive—. ¿Qué tal es?

—Creo que me dio la mano y nada más. —Y, ahora sí, miró a Olive con ojos sonrientes.

—¿Y su mujer? ¿También le diste la mano a su mujer?

—Sí.

—¿Cómo son?

A Olive le encantaba el presidente. Creía que era listo, y que su mujer también, y que en el Congreso se lo ponían muy difícil. Cuando dejara el cargo, le daría pena.

—Él me pareció un poco arrogante. Su mujer, muy agradable. Me dijo que había leído mi poesía y que le encantaba, y bla, bla, bla y esas mierdas.

Andrea se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja.

Olive se terminó los huevos revueltos. Le pareció que a una poeta no debía de costarle demasiado formular aquella frase de otra manera. «Usa las palabras —le decía ella a su hijo, Christopher, cuando era niño—. Deja de lloriquear y usa las palabras». Le dijo a Andrea:

—Mi marido... Jack, mi segundo marido... habría estado de acuerdo contigo en eso de la arrogancia. —Como la chica no decía nada, Olive le preguntó—: ¿Y qué estás haciendo por aquí?

Andrea dejó escapar un largo suspiro.

—Mi padre está enfermo. Así que...

—El mío se suicidó —dijo Olive.

Empezó a comerse el bollo, que siempre se reservaba para el final.

—¿Su padre? ¿Su padre se suicidó?

—Sí.

Al cabo de un momento, Andrea le preguntó:

—¿Cómo?

—¿Cómo? Con un arma.

—¿En serio? —dijo Andrea—. No tenía ni idea. —Se pasó las dos manos por la coleta y se la alisó un poco por encima del hombro—. ¿Cuántos años tenía usted?

—Treinta. ¿Y por qué habrías de saberlo? Entiendo que tu padre no va a suicidarse.

—Creo que para una mujer no es habitual suicidarse con un arma de fuego —dijo entonces Andrea, levantando el salero y observándolo—. Para los hombres, sí. Lo hacen así. Pero las mujeres... creo que normalmente recurren a las pastillas.

Empujó un poco el salero y se deslizó al otro lado de la mesa.

—Eso no lo sé.

—No. —Andrea se pasó los dedos por el pelo que le quedaba justo por encima de la coleta. Al cabo de unos momentos dijo—: Mi padre no sabría cómo suicidarse. Ya no está bien de la cabeza. Bueno, nunca lo ha estado, pero ya me entiende.

—Quieres decir que tiene demencia. Pero ¿por qué dices que nunca ha estado bien de la cabeza?

—No lo sé. —Andrea parecía deprimida de pronto. Se encogió de hombros—. Bueno, es que siempre ha sido... tan... tan mezquino.

Por su poesía, quedaba claro que a Andrea nunca le había caído bien su padre, pero Olive no recordaba ninguna razón concreta de ese desagrado. Borracho no era, de eso se habría acordado.

—¿Y se va a morir? —le preguntó Olive.

—Se supone.

—Y tu madre está muerta.

Eso Olive lo sabía porque la poesía de Andrea hablaba de eso.

—Oh, sí, murió hace veinte años. Tuvo ocho hijos. ¿A quién se le ocurre?

—Tú no tienes ninguno, creo.

Olive alzó la vista mientras partía el bollo con las manos.

—No, ya viví con bastantes bebés cuando era pequeña.

—Pues no importa. Los niños son solo una aguja que se te clava en el corazón. —Olive tamborileó con los dedos en la mesa y después se metió un pedazo de bollo en la boca. Después de tragar, repitió—: Una aguja que se te clava en el maldito corazón.

—¿Cuántos tiene usted?

—Oh, solo uno. Un hijo. Suficiente. También tengo una hijastra. Es encantadora. Una chica encantadora. —Olive hizo que sí con la cabeza—. Es lesbiana.

—¿Y a ella usted le cae bien?

La pregunta sorprendió a Olive.

—Creo que sí —dijo—. Sí, le caigo bien.

—Pues al menos eso ya lo tiene.

—No es lo mismo. La conocí cuando ya era adulta y vive en California. No es como un hijo propio.

—¿Y por qué su hijo es una aguja clavada en el corazón?

La chica se lo preguntó en tono vacilante, mientras partía la piel de naranja que decoraba su plato.

—¿Quién sabe? Supongo que nació así. —Olive se limpió los dedos en la servilleta—. Puedes usarlo en un poema. Todo tuyo.

La chica no dijo nada y se quedó mirando la bahía a través de la ventana.

Fue entonces cuando Olive se fijó en el jersey que llevaba, azul marino, con cremallera delante. Pero tenía los puños sucios y desgastados. Seguro que aquella chica podía permitirse ropa buena. Olive apartó la vista enseguida, como si hubiera visto algo que no debía. Y dijo:

—Bueno, qué bien que me hayas dejado sentarme contigo. Ahora ya me voy.

La chica la miró, sorprendida.

—Oh —dijo—. Oh, señora Kitteridge, por favor, no se vaya. Tómese otro café. Ah, no, que no ha tomado café. ¿Quiere café?

—Ya no tomo café —dijo Olive—. Al parecer a mis tripas no les sienta bien. Pero tómate tú otro, si quieres. Me quedaré contigo mientras te lo tomas.

Se volvió para llamar a la camarera, que vino al momento y fue amable con Andrea.

—Aquí tienes —le dijo sonriendo (¡sonriendo!) mientras le servía el café.

—Cuando te haces mayor —le dijo Olive a Andrea cuando se fue la camarera— te vuelves invisible. Es la pura verdad. Aunque en cierto modo resulta liberador.

Andrea la miró, escrutándola.

—Dígame en qué le resulta liberador.

—Bueno... —Olive se había quedado algo desconcertada. No sabía cómo explicarlo—. Lo que pasa es que ya no cuentas y hay algo liberador en eso.

—No lo entiendo —dijo la chica.

Y lo que en ese momento pasó por la mente de Olive fue: «Eres sincera».

—Creo que no sé explicarlo bien —dijo Olive—. Pero pasas por la vida y crees que eres alguien. Ni para bien ni para mal. Pero crees que eres alguien. Y entonces ves —y Olive, con un movimiento de hombros, señaló a la camarera que acababa de servir el café— que ya no eres nadie. Para una camarera con un trasero inmenso te has vuelto invisible. Y es liberador.

Se fijó en la cara de Andrea y vio que hacía esfuerzos. Hasta que finalmente dijo:

—Bueno, pues la envidio. —Y se echó a reír. Y Olive vio que tenía mal la dentadura. Y se planteó fugazmente por qué no lo había visto en fotos de la chica—. La envidio por haber pensado alguna vez que era alguien —dijo Andrea con voz ronca.

—Venga ya, Andrea. Lo último que supe de ti es que eras la Poeta Laureada de este país, hace unos años.

—Sí —dijo Andrea—. Lo fui.

* * *

Mientras se dirigían al coche de Olive —caminaba más rápido que si hubiera ido sola—, la chica rebuscó algo en el bolsillo del abrigo y, sin que Olive viera nada más, de pronto le llegó el humo de un cigarrillo. Olive sintió una decepción profunda y pensó: «Ah, bueno, no es más que una L'Rieux. Nada más. Ya puede ser famosa o no famosa».

Andrea, ahí de pie junto al coche de Olive, con la mano levantada y el cigarrillo con dos dedos, dijo:

—Hoy en día todo esto de fumar tiene que ver con la clase social. Es como meterse heroína, aunque eso ya no tiene que ver con la clase. —Y entonces hizo algo que sorprendió muchísimo a Olive: la chica la rodeó con sus brazos y añadió—: Me ha encantado verla, señora Kitteridge.

A Olive le pareció que se le iba a prender fuego en el pelo con aquel cigarrillo encendido que la chica llevaba en la mano.

—Lo mismo te digo —dijo Olive, que se metió en el coche, arrancó y retrocedió despacio, sin mirar por la ventanilla en dirección a la chica: desde hacía un tiempo, necesitaba concentrarse para conducir marcha atrás. Mientras volvía a casa, iba contándole a Jack todo lo que había pasado. Al parecer era a él, a su segundo marido, al que le apetecía contárselo.

Cuando aquella noche habló por teléfono con su hijo, Christopher, que vivía en Nueva York, le comentó que había visto a la chica y él le dijo:

—¿Quién es Andrea L'Rieux? ¿Te refieres a una de los millones de L'Rieux de aquella familia que vivía en East Point Road?

—Sí —dijo Olive—. La que fue elegida Poeta Laureada.

—¿Que fue elegida qué? —preguntó Christopher, y no en un tono precisamente amable, y Olive entendió al momento que Christopher no le seguía la carrera a los Poetas Laureados ni a ninguna de las personas con las que se había relacionado de niño, aunque era verdad que Andrea era más joven que él.

—Fue elegida Poeta Laureada de los Estados Unidos de América —dijo Olive.

Y Christopher replicó:

—Pues qué bien.

Cuando, también por teléfono, se lo contó a su hijastra Cassie, ella se mostró bastante más entusiasta.

—¡Vaya, Olive, qué bien!

Y cuando se lo contó al dueño de la librería —Olive se fue hasta allí andando al día siguiente con el único propósito de contárselo—, él le dijo:

—¡Guau! Eso está muy muy bien. ¡Vaya! ¡Andrea L'Rieux! ¡Increíble!

—Pues sí —dijo Olive—. Tuvimos una conversación muy agradable. Desayunamos juntas. Se mostró bastante amable. Me pareció una persona normal y corriente.

Llamó a su amiga Edith, que estaba casada con Buzzy, el hombre que la había ayudado a comprarse el coche. Vivían en unas casas para personas mayores junto a Littlehale Farm. Y Edith también expresó bastante entusiasmo por ella.

—Olive, es que tú eres de una manera que la gente quiere hablar contigo.

—Bueno, eso no lo sé —dijo Olive, pero sí, ahora que lo pensaba, le parecía que lo que había dicho Edith era cierto—. Me pareció que era una niña que estaba muy sola. Como si la fama y todo lo demás no significaran nada para ella. Una niña triste. Llevaba la ropa raída y fumaba como una carretera. Edith, en serio, se la veía tan sola...

Durante un par de semanas, Olive esperó tener noticias de Andrea. Todas las mañanas revisaba el correo y se dio cuenta de que en realidad esperaba recibir una nota, una anticuada nota manuscrita que dijera: «¡Me encantó verla, señora Kitteridge! Espero que sigamos manteniendo el contacto». Andrea podía encontrar su dirección por internet. Pero no llegó ninguna nota y con el tiempo Olive dejó de esperarla. Cuando vio en el periódico que Severin L'Rieux había muerto, se preguntó si Andrea seguiría en el pueblo; seguramente habría vuelto para el funeral, que según la

necrológica tendría lugar en St. Johns. Algo lógico, según Olive. La verdad es que se estremeció un poco al pensarlo: todos aquellos católicos francocanadienses... Pues bien, adiós a Severin L'Rieux.

* * *

Cuando fueron a Oslo, Jack había comprado billetes de primera clase para el vuelo. Olive se puso furiosa.

—Yo no vuelo en primera —dijo ella.

Jack se echó a reír.

—Es que tú no vuelas a ningún sitio —dijo él, y ella se enfadó aún más.

—Que no viajo en primera clase. Me parece obsceno.

—¿Obsceno? —Jack se sentó a la mesa de la cocina y la observó, aún sonriente—. Me gusta eso de obsceno. —Como ella no decía nada, siguió hablando él—: ¿Sabes una cosa, Olive? Eres una esnob.

—Soy precisamente lo contrario.

Jack volvió a reírse, mucho rato esta vez.

—¿Es que crees que ser esnob al revés no es ser esnob? Olive, eres una esnob. —Y entonces se echó hacia delante y dijo—: Venga, vamos, Olive. Tengo setenta y ocho años, tengo dinero, tú también... Vale, yo tengo mucho más dinero que tú. Pero si no lo hacemos ahora, ¿cuándo lo haremos?

—Nunca —dijo ella.

Y así, ella iba sentada en turista mientras él iba delante, en primera clase. Olive no daba crédito a que aquello pudiera estar pasando, pero él se había mantenido en sus trece.

—Adiós, hasta luego —le dijo él.

Se despidió de ella con un único movimiento de mano, y Olive se quedó ahí sola, buscando su asiento. Le tocó delante de una mampara, junto al pasillo, al lado de un hombre corpulento, aunque Olive también lo era. En el asiento de la ventanilla iba la novia de aquel señor, una chica asiática que tendría unos veinte años menos que él, aunque con las asiáticas nunca se sabía. Todavía no habían despegado y ella ya los detestaba a los dos. Estuvo a punto de soltar un grito cuando la azafata le quitó el bolso y lo metió en el compartimento superior.

—Quiero mi bolso —dijo Olive, y la azafata le explicó que podría cogerlo cuando hubieran despegado.

El hombre corpulento que tenía a su lado no dejaba de volverse hacia su novia y, cuando lo hacía, ocupaba parte del espacio de Olive con su gran espalda. Oía fragmentos de su conversación y no tardó en darse cuenta de que aquel hombre era un maltratador, que estaba maltratando a su joven novia. Los dos le parecían repugnantes.

—Esto es lo que tendrías que estar escuchando —no paraba de repetirle aquel hombre. Como si la chica tuviera mal gusto para la música.

Después le susurró algo al oído a su novia y ella se echó un poco hacia delante para mirar a Olive. ¡Estaban hablando de ella! Ella, con las rodillas dobladas y levantadas, sin poder estirar las piernas; ella, una señora mayor... ¿Qué diablos tenían que decir de ella? La chica asiática se encogió un poco de hombros y Olive oyó que decía:

—Bueno, es su vida.

¿La vida de quién? ¿Qué sabía ella de su vida? Qué mal le sentó aquello. Se enfadó tanto que no pegó ojo en todo el vuelo. En un momento dado, Jack retiró la cortina que dividía la cabina y le dijo:

—Eh, Olive, ¿cómo va?

—Quiero mi bolso —dijo ella—. ¿Puedes alcanzármelo, por favor?

Él le bajó el bolso del compartimento superior, se lo dejó en el regazo y le susurró al oído:

—Aquí lo tiene, señorita.

—Lárgate, Jack —le dijo ella.

Y vio que aquel hombretón que tenía al lado la estaba observando. Cerró los ojos y los mantuvo así. El vuelo se le hizo eterno.

Pero cuando pasaron por el control de pasaportes, Jack fue amable con ella y le dijo:

—Vámonos al hotel para que puedas dormir un poco.

Y no le quitaba la vista de encima mientras hacían cola.

En el hotel, ella se quedó dormida al momento y al día siguiente embarcaron en el crucero.

Cuando, días después, él se puso triste, ella se sintió muy mal y se asustó mucho. Le parecía que Jack echaba de menos a su mujer, aunque ella, Olive, era su mujer. Le parecía que no era adecuada para él. Y al final le dijo:

—Jack, creo que no soy una buena esposa para ti.

Él la miró, sorprendido por lo que ella acababa de decirle.

—Olive, en realidad eres la esposa perfecta para mí. De verdad. —Ella sonrió y le cogió la mano—. Es solo que añoro estar en casa —dijo él—. Toda esta maldita belleza... —Y, tras señalar la ventana del camarote, añadió—: Me hace echar de menos la costa de Maine.

—A mí también —dijo ella.

Después de aquello, las cosas mejoraron. Y se lo pasaron muy bien.

La última noche en el crucero, él le dijo:

—Mira, Olive, te he comprado un billete de primera para el viaje de vuelta. Espero que no te importe.

Y le guiñó un ojo.

En el viaje de vuelta, ella no daba crédito. Tenía un asiento aislado que se reclinaba hacia delante y hacia atrás. Era como si fuese una astronauta en su propio cubículo. Había un kit con patucos, antifaz y cepillo de dientes, ¡y todo para ella! Se tomó un sándwich de rosbif y helado de postre, y no podía dejar de mirar a Jack, que estaba al otro lado del pasillo. Él le envió un beso y le dijo:

—Y ahora no me molestes más.

Y se bebió su copa de vino.

* * *

La segunda semana de octubre, Olive fue a que le cortara el pelo Janice Tucker, una mujer que tenía la peluquería en su casa. Olive siempre pedía la primera hora del día, a las ocho, y mientras se acomodaba en el asiento, Janice le pasó aquella bata de plástico por encima de los hombros y

le dijo:

—Me han dicho que desayunaste con Andrea L’Rieux.

—Pues sí —dijo Olive—. Es verdad.

—Entonces te habrás sentido fatal con lo de su accidente.

—¿Qué dices?

—Salió ayer en el periódico. Creía que lo habías visto. Espera un momento, que te lo busco. —Janice se volvió y rebuscó en una pila de periódicos que tenía en la mesita de la zona de espera. Le trajo el periódico y le dijo—: Mira, está aquí. Oh, Olive, creía que ya lo sabías.

En el titular pequeño ponía: «Expoeta laureada sobrevive tras ser atropellada por un autobús». Y en un párrafo inferior se informaba de que Andrea L’Rieux había sido atropellada por un autobús en una calle de Boston y que se encontraba estable. Se había fracturado la pelvis y había sufrido heridas internas. Se esperaba que su recuperación fuera total.

Olive notó que se le acumulaba la saliva en la boca. Dejó el periódico en la encimera, se echó hacia atrás y no dijo nada mientras Janice cogía las tijeras pequeñas y empezaba a cortar el pelo.

—Qué triste, ¿verdad? —le preguntó Janice, y Olive asintió.

Mientras la peluquera iba cortándole el pelo con delicadeza, Olive se encontraba cada vez peor.

Y entonces, al darse cuenta de que no tenía a Jack —ni a Henry, su primer marido— para contárselo al volver a casa, dijo de pronto:

—Janice, yo creo que esa chica quería suicidarse.

Janice se retiró un poco y se llevó las tijeras al pecho.

—Olive, no sigas.

—No, en serio, lo creo. Llevo un rato aquí sentada pensando en eso. Ella misma me habló de suicidio. Me dijo que los hombres usan armas de fuego y que las mujeres no suelen emplearlas, que casi siempre recurren a las pastillas. Debería haberlo visto, debería haberme dado cuenta.

—Vamos a ver, Olive. No lo pienses. Ni se te ocurra. Estoy segura de que no es verdad. La ha atropellado un autobús. Esas cosas pasan, Olive.

—Janice, tú no la viste. Tenía un aspecto horrible. Llevaba un jersey deshilachado y fumaba. Odiaba a su padre, y entonces va y se le muere. A veces esas cosas alteran mucho a la gente.

Janice se quedó pensativa y al cabo de un rato dijo:

—Olive, es que no me creo que intentara suicidarse. No quiero creérmelo y no me lo voy a creer.

—Pues muy bien —dijo Olive—. Bien. Bien. Bien.

No le dejó propina a Janice, como hacía normalmente, y se fue, levantando la mano por encima del hombro para despedirse cuando ya bajaba por la escalera, con la ayuda del bastón.

* * *

Fue un otoño glorioso. Las hojas se aferraban a los árboles y sus colores eran los más intensos en varios años. La gente lo comentaba, y era verdad. Y el sol descendía sobre todas las cosas, día tras día. Casi siempre llovía por las noches, y las noches eran frías, y los días no tanto, pero tampoco hacía calor. El mundo resplandecía, y los amarillos y los rojos, y los naranjas y los rosas

pálidos resultaban esplendorosos para cualquiera que viajara en coche por la carretera, camino de la bahía. Olive lo contemplaba todo sin necesidad de conducir; desde la puerta de su casa veía los bosques y todas las mañanas, cuando abría la puerta, era consciente de la belleza del mundo.

Era algo que la sorprendía. Cuando su primer marido murió, ella no se daba cuenta de nada. Así lo creía. Pero ahora, ahí estaba el mundo, gritándole su belleza día tras día y ella se sentía agradecida por ello. En el armario de la entrada seguían los abrigos y los jerséis de Jack. En eso, las cosas también eran distintas. Después de la muerte de Henry, ella se había desprendido enseguida de su ropa. De hecho, ya había empezado a quitársela de encima cuando él estaba todavía en la residencia. De aquellos zapatos nuevos que llevaba el día de la embolia, y que ya no llevaría nunca más, se había librado en cuanto había podido. Eran unos zapatos de ante, de color pelo de camello, y los cordones ni siquiera se habían ensuciado.

En cambio, la ropa de Jack seguía en su sitio y su olor todavía le llegaba débilmente cuando abría el armario. Ahí estaba el cárdigan verde oscuro con las coderas de piel que llevaba cuando salieron a cenar la primera vez, y el azul, que era el que tenía puesto cuando tuvieron su primera discusión de verdad y él le dijo:

—Por Dios Olive, qué mujer tan difícil eres. Eres una mujer muy complicada, pero a la mierda, porque yo te quiero. Así que si no te importa, Olive, podrías intentar ser un poco menos Olive conmigo, aunque eso implique que seas un poco más Olive con otros. Porque yo te quiero y ya no nos queda mucho tiempo.

Y ella escuchaba.

Y entonces él, sentado en la cama, le dijo:

—Casémonos, Olive. Vendamos la casa que tenías con Henry y vivamos aquí. Por favor, Olive, cástate conmigo.

—¿Por qué? —le preguntó ella.

Aquella media sonrisa suya, con una comisura de los labios levantada.

—Porque te quiero —dijo él—. Te quiero y ya está.

—¿Por qué?

—Porque eres Olive.

—Acabas de decir que era demasiado Olive.

—Olive. Cállate. Cállate y cástate conmigo.

Cuando murió mientras dormía, a su lado, la asaltaron mares de terror. Estaba aterrorizada un día y otro día. «Vuelve —pensaba ella sin parar—. Vuelve, por favor, por favor». Habían estado ocho años juntos, que habían terminado tan de repente como una avalancha, y aun así —era horrible— Olive a veces pensaba en él como su auténtico marido. Henry había sido el primero y, después, Jack había sido el de verdad. Un pensamiento espantoso, que no podía ser cierto.

* * *

¡Qué rápido oscurecía ya!

Para Olive, eso implicaba un cambio en sus costumbres. Como ya no conducía sin luz natural, a las cuatro de la tarde se metía en la cama y veía la tele. Se quedaba un poco amodorrada y se despertaba asustada. Al rato se le pasaba. Veía las noticias y le interesaban. El país estaba metido en un buen lío. Después cenaba y se tomaba una copa de vino. El vino había llegado a su vida con

Jack. Antes, Olive no había bebido nunca alcohol.

«Oh, Olive, por el amor de Dios. ¿Por qué no te tomas una copa de vino? —le dijo él una vez, antes de que se casaran—. Si a alguien le vendría bien un poco es a ti».

Él se sirvió un whisky, bastante generoso, por cierto. Pero ella no lo vio nunca borracho. En todo caso, ella había protestado al oír eso de que necesitaba una copa de vino. Pero tenía razón. Porque cuando, unas noches después, se tomó una, se sintió como... Se sintió bien.

Y ahora, sola, sin Jack, el vino todavía la ayudaba. Nunca tomaba más de una copa, pero le parecía que todavía la ayudaba.

* * *

Llegó el invierno.

Negó como si no fuera a parar nunca, a veces la nieve era blanca, suelta y se arremolinaba, otras era blanca y pastosa. Cada poco había una tormenta. Para Olive, aquellos días eran una tortura. Le costaba creer que el tiempo pudiera estirarse tanto, que las tardes se estiraran tanto. ¡No se lo podía creer! Aunque no sabía de qué se sorprendía. Debería haberlo sabido muy bien, de cuando Henry tuvo la embolia. Pero como entonces ella se desplazaba hasta la residencia, le parecía que estaba ocupada. ¿Era así en realidad? En todo caso, ahora no lo estaba. Se hacía enviar el periódico a casa, porque algunos días nevaba tanto que no salía en coche. Y un día, en el periódico, encontró un breve sobre Andrea L'Rieux. El conductor de autobús que la había atropellado estaba borracho en el momento del accidente. La investigación acababa de concluir. ¿En serio? Olive volvió a leer la noticia y apartó el periódico. Así que Janice Tucker tenía razón. Andrea no pretendía suicidarse.

—Pues muy bien —dijo en voz alta—. Bien, bien, bien.

Consultó la hora. Solo eran las dos.

* * *

Y entonces, por fin, llegó mayo.

Olive abrió la puerta para salir, porque lo único que quería era contemplar la vista del bosque que se extendía más allá del camino que llegaba hasta la casa trazando una curva. Desde allí se veía el campo alargado y extenso, pero a Olive también le gustaba aquella vista, suponía que porque le recordaba al bosque que estaba junto a la casa en la que había vivido con Henry. Cuando se volvía para entrar de nuevo, vio que en el buzón había una revista. Sobresalía un poco, como si quisiera llamar la atención, y se sorprendió, porque todavía faltaban unas horas para que pasara el cartero. El nombre de la revista era *American Poetry Review* y en ese momento vio una nota adhesiva pegada cerca del principio, como para marcar una página. Después de recogerla, entró en casa y cerró la puerta, y aún en el recibidor vio que la portada anunciaba: «Nueva Poesía de Andrea L'Rieux».

Sentada en la mesa rinconera de la cocina, abrió la revista por la página que señalaba la nota adhesiva y leyó: «Abordada».

Olive no entendía por qué habían marcado aquella página hasta que, lentamente, al empezar a leer el poema, le llegó, muy despacio, como si estuviera moviéndose bajo el agua. «*La que hace*

treinta y cuatro años | me enseñaba matemáticas | la que me aterraba y ahora está aterrada | se me sentó delante cuando desayunaba | con el bigote blanco | me dijo que yo siempre había estado sola, | y no sabía que hablaba de sí misma». Olive siguió leyendo. Todo estaba ahí: el suicidio de su padre, su hijo, que era una aguja clavada en el corazón. El poema insistía una y otra vez en que era ella, Olive, la que estaba sola, aterrada. Y terminaba así: «*Puedes usarlo en un poema, me dijo | todo tuyo*».

Olive se levantó, tambaleándose y fue a tirar la revista a la basura. Volvió a sentarse y contempló los campos. Intentaba entender qué había ocurrido, aunque en todo momento sabía —pero no podía creerse— lo que había ocurrido. Y entonces se dio cuenta de que alguien del pueblo le había dejado la revista allí, de noche: alguien se había acercado en coche hasta su casa para dejarle aquella maldita revista en el buzón después de pegar una nota adhesiva en la página para asegurarse de que Olive lo viera. Y eso, eso la afectó más que el poema mismo. Se acordó de que hacía muchos años su madre, al abrir la puerta una mañana, se había encontrado un cesto lleno de boñigas de vaca con una nota que ponía: «Para Olive». Nunca supo quién había llevado hasta allí las boñigas y ahora no se le ocurría quién había podido traerle la revista.

Al cabo de unos minutos, tal vez una hora —Olive no sabía cuánto tiempo había pasado, cuánto tiempo estuvo sin moverse, sentada a la mesa—, sacó la revista de la basura y volvió a leer el poema. Esta vez lo hizo en voz alta.

—Andrea, este poema es un asco.

Pero se notaba las mejillas muy calientes; no recordaba haberlas tenido nunca tan calientes como en ese momento, ahí sentada con la vista fija en el poema. Volvió a levantarse para tirar otra vez la revista a la basura, pero ni siquiera quería que siguiera dentro de casa, así que cogió el bastón, se metió en el coche y condujo hasta más allá de Juniper Bay, donde encontró un contenedor de basura y, como no había nadie por allí, le quitó la nota adhesiva a la revista y la tiró.

Al regresar a casa telefoneó a Edith, que le dijo:

—Olive, ¿cómo estás?

—¿Cómo que cómo estoy? Estoy bien. ¿Por qué no iba a estarlo?

Le pareció que en la voz de Edith había algo que indicaba que sabía lo del poema.

—Bueno, no lo sé. Por eso te lo pregunto.

—¿Cómo está Buzzy? —le preguntó Olive.

—Oh, está bien. Ya sabes, Buzzy es Buzzy. Se levanta con las primeras luces del día, sale a buscar cafés para los dos, los trae a casa, como siempre.

—Bueno, pero tienes suerte de que esté contigo —dijo Olive.

—Uy, sí, seguro. Tengo suerte. —Eso Edith lo dijo con más sentimiento del que según Olive hacía falta.

—Adiós —dijo Olive.

Ese día, Olive se dedicó a pasearse por la casa, pensando en Buzzy, tan madrugador, por ahí en coche en busca de cafés. Pero ¿de dónde diablos sacaría Buzzy un ejemplar de la *American Poetry Review*? Si ni siquiera sabía qué era la poesía. Buzzy había sido constructor, se ganaba la vida haciendo casas. Aun así, Edith le había preguntado cómo estaba. Una vez, Christopher le había dicho: «Mamá, eres una paranoica». A ella no le había gustado nada y ahora, al recordarlo, seguía sin gustarle.

* * *

Aquella noche, Olive se hizo sus necesidades encima mientras dormía y se despertó inmediatamente al notar el calor de los excrementos que la empapaban.

—Qué horror —susurró.

Desde que Jack había muerto aquello le había ocurrido ya dos veces, y Olive no se lo había contado ni a su médico ni a nadie. Mientras cambiaba las sábanas y se duchaba —era la una de la madrugada—, pensaba en Andrea. Y en que ella, Olive, siempre le había recriminado a Andrea que fuera francocanadiense. Lo había hecho, sí, incluso inconscientemente, se lo echaba en cara a todos los L'Rieux. Y a los Labbe, y a los Pelletier, aunque de vez en cuando algún niño la sorprendía, como aquella niña de los Galarneau a la que se le iluminaba la cara y era tan lista. A Olive le caía muy bien. ¿Eso era verdad? Sí, era verdad. Olive se sentó en el borde de la cama. «Tiene que ver con la clase social. Es como meterse heroína, aunque eso ya no es tan de clase baja».

La voz de Jack: «Eres una esnob, Olive. ¿Es que crees que ser esnob al revés no es ser esnob? Pues eres una esnob, querida».

Olive se había acercado a Andrea L'Rieux ese día en el puerto porque la chica era famosa. Por eso se había sentado con ella y le había hablado como si la conociera. Si Andrea L'Rieux no hubiera llegado a ser Poeta Laureada de Estados Unidos, si hubiera sido solo lo que Olive había esperado de ella —otra mujer con hijos, más o menos contenta, pero sobre todo desgraciada (aquella cara de tristeza cuando caminaba sola)—, Olive nunca se habría acercado a ella. Ni siquiera le gustaba la poesía de aquella chica, excepto el verso aquel sobre la oscuridad y las hojas rojas. Pero había ido a sentarse con ella porque era famosa. Y también porque ella, Olive —Andrea tenía razón—, estaba sola. Ella, Olive Kitteridge, que jamás lo habría dicho de sí misma. Y lo que dijo a continuación lo dijo en voz muy alta, con rabia:

—Acuérdate de esto, Olive, tonta, acuérdate de esto.

En la penumbra de la habitación, Olive sacó su ordenador pequeño y entró en el Facebook de Andrea. Nunca había escrito un comentario, y al principio no sabía cómo se hacía. Pero al final lo entendió y entonces escribió: «He visto tu nueva obra. Enhorabuena». Se quedó ahí sentada, contemplando por la ventana la oscuridad del campo. Desde allí solo se veía una farola en la distancia. Regresó al ordenador y añadió una frase: «Me alegro de que no estés muerta».

Olive se quedó mucho rato sentada en la cama. Simplemente, miraba el campo oscuro a través del cristal. Le parecía que hasta ese momento no había entendido del todo lo alejadas que están las experiencias humanas. Ella no tenía ni idea de quién era Andrea L'Rieux y Andrea tampoco tenía ni idea de quién era Olive. Y sin embargo... Sin embargo... Andrea había captado mejor que ella la experiencia de ser otra. Qué curioso. Qué interesante. Ella, que siempre creía que sabía todo lo que los demás no conocían. Pero no era verdad. «Henry». Aquella palabra pasó por la mente de Olive mientras contemplaba la oscuridad a través de la ventana. Y después: «Jack». ¿Quiénes eran? ¿Quiénes habían sido? ¿Y quién, quién diablos era ella? Olive se llevó una mano a la boca mientras lo consideraba.

Después guardó el ordenador y se metió de nuevo en la cama. Pronunció las palabras en voz baja:

«Sí, Andrea. Enhorabuena. Me alegro de que no estés muerta».

EL FINAL DE LOS DÍAS DE LA GUERRA DE SECESIÓN

Los MacPherson vivían en una casona vieja, grande, a las afueras de Crosby, Maine. Llevaban cuarenta y dos años casados y durante los últimos treinta y cinco apenas se habían dirigido la palabra. Pero seguían compartiendo la casa. En su juventud, el señor MacPherson —Fergus, de nombre de pila— había tenido una aventura con una vecina. En aquella época no había ni perdón ni divorcio. Así que se quedaron los dos juntos, encallados en aquella casa. Durante un tiempo, su hija menor, Laurie, regresó temporalmente después de que su matrimonio se rompiera y se instaló allí con su hijo de seis años. Tanto Fergus como su mujer se alegraron de su llegada, a pesar de lo que la causaba, pero al poco tiempo Laurie dijo que «su acuerdo prolongado» —que fue como lo expresó— era demasiado tóxico para su hijo. Así que se fue y se instaló en un pequeño apartamento, cerca de Portland.

El «acuerdo» era el siguiente: tenían unas tiras de cinta adhesiva amarilla que dividían el salón por la mitad. La cinta pasaba por el suelo y seguía justo al lado de la alfombra que Ethel MacPherson había instalado en su lado de aquel espacio. Y en el comedor también había una cinta, que subía por la mesa dividiéndola exactamente en dos mitades, bajaba por el otro lado, suspendida en el aire, y llegaba de nuevo al suelo. Cada noche Ethel preparaba la cena y colocaba su plato sobre la mesa, a un lado de la cinta, y el de su esposo al otro lado. Comían en silencio y, cuando Ethel terminaba de comer, dejaba el plato en el lado de su marido y salía de allí; los platos los fregaba él. También habían puesto cinta adhesiva en la cocina, hacía años, pero como los dos tenían que usar el fregadero y los armarios, sobre todo por la mañana, habían dejado que la cinta se despegara en algunos sitios y la ignoraban. Igual que se ignoraban entre ellos. Sus dormitorios estaban en plantas diferentes, de modo que eso no era un problema.

El problema principal, claro está, era el televisor del salón. En cada lado de la cinta adhesiva había un aparato. El de Fergus era el más grande de los dos y el de Ethel era más viejo. Durante años, se sentaban ahí por las noches —Fergus se pasaba los dedos por la barba; Ethel, que tal vez al principio llevaba los rulos puestos, pero que luego se había cortado el pelo y se lo había teñido de un amarillo calabaza, muchas veces hacía calceta— y veían cada uno su programa en su tele, y los dos subían el volumen para no oír al otro. Pero un día, hacía ya años, justo antes de jubilarse de la siderurgia en la que trabajaba como delineante, Fergus se había comprado unos auriculares unidos a una especie de cable de teléfono antiguo que enchufaba al televisor, así que él se sentaba en la butaca con aquellos cascos puestos y Ethel podía seguir viendo el suyo a un volumen casi normal.

En cualquier caso, su hija mayor, Lisa, iba a llegar dentro de una semana desde Nueva York, donde vivía desde hacía dieciocho años, para hacerles la visita anual. Había algo en ella que Fergus nunca acababa de entender: era una chica guapa, pero nunca hablaba de ningún novio, salvo una vez, hacía ya mucho tiempo. Le faltaba poco para cumplir los cuarenta y a Fergus le entristecía pensar que seguramente nunca tendría hijos. Lisa ocupaba un lugar especial en el corazón de Fergus, un lugar que no ocupaba su hija menor, Laurie, aunque también la quisiera. Lisa trabajaba como asistente de administración en un programa de la Nueva Escuela. «O sea, que eres secretaria», le dijo él en su día. Y ella le dijo que sí, que básicamente eso es lo que era.

Ahora —era un viernes de principios de agosto, por la tarde— Fergus le dijo en voz alta a su televisor:

—¡Me cago en Dios! —Lo que hizo que su mujer empezara a cantar:

—¡La-la-la-la, tu-tu-tu-tu!

Cantaba a voz en grito para no oírlo, porque no soportaba que maldijera, pero él tenía los auriculares puestos y seguramente no la oía, así que paró. Fergus había soltado aquella maldición porque la visita de su hija iba a coincidir con los Días de la guerra de Secesión que se celebraban en el parque la semana siguiente. Él siempre participaba vestido de soldado de la Unión: se paseaba de un lado a otro el sábado, disparando con el rifle —balas de fogueo, claro—, y después dormía con los demás soldados en su pequeña tienda de lona, en el parque, donde encendían unos pequeños fuegos como los que se usaban en tiempos de la guerra de Secesión y se preparaban las comidas. A Fergus le correspondía tocar el tambor, junto con otro hombre, un viejo chiflado muy desagradable que se llamaba Ed Moody y que era de la costa. Cuando Ed se les había unido, hacía ya unos años, al parecer creyó que el tamborilero era él y aquello había traído problemas, pero al final los del regimiento dijeron que podía haber dos tamborileros. En realidad, el entusiasmo de Fergus por todo aquello había ido menguando, pero sabía que su mujer se reía de él por participar y por eso seguía haciéndolo. De hecho, si lo pensaba bien se daba cuenta de que siempre había preferido el grupo de St. Andrews: los Juegos de las Highlands en que los hombres de origen escocés vestían sus faldas y desfilaban por la zona de la feria entre el lamento de las gaitas. Fergus también tocaba el tambor para ellos y desfilaba con la falda que tenía el cuadro escocés de los MacPherson.

El perro, que estaba echado en una esquina del salón —un cocker spaniel pequeño, ya viejo, que se llamaba *Teddy*— se levantó y se acercó a Fergus agitando la cola. Fergus se quitó los auriculares. Ethel dijo:

—Espero que tu padre tenga intención de sacarte, porque a mí esta noche no me apetece.

Y Fergus dijo:

—Dile a tu madre que se calle.

Fergus se puso de pie y, cuando ya salía con el perro, dijo:

—*Teddy*, creo que vamos a ir al colmado.

Y su mujer dijo:

—Espero que el burro de Fergus no se olvide de la leche.

Así era como se comunicaban.

* * *

Durante años, Ethel había trabajado en el despacho del ayuntamiento, concediendo licencias de pesca, permisos de tenencia de perros y cosas por el estilo a quienes acudían a la oficina. Así que tenía buena relación con Anita Coombs, que todavía trabajaba allí, y esa tarde, en el colmado, Anita estaba haciendo cola cuando Fergus apareció con la leche, las latas de alubias y las salchichas.

—Hola, Fergus —dijo Anita, y puso cara de alegrarse de verlo. Era una mujer bajita con gafas, que también tenía sus penas. Fergus las conocía de oír a su mujer hablar con ella por teléfono. La saludó con un movimiento de cabeza—. ¿Cómo estáis todos? —le preguntó.

Fergus dijo que todos estaban bien. Tenía la mano metida en el bolsillo y apretujaba los billetes que siempre llevaba enrollados. Hacía años, su mujer les había dicho a sus hijas que su padre era tan tacaño que, si hubiera podido, habría puesto a secar el papel higiénico usado. A Fergus le había parecido un comentario muy ofensivo y desde entonces llevaba siempre aquel fajo de billetes, como para demostrar que no era verdad.

—¿Y qué? ¿Preparándote para los Días de la guerra de Secesión? —le preguntó Anita mientras sacaba la tarjeta de crédito y la metía en la ranura.

Fergus le dijo que sí. Anita se concentró en la tarjeta, que estaba dentro de aquella máquina. Luego se volvió hacia Fergus y se tocó el borde de las gafas.

—He oído que es posible que este año no paséis la noche en el parque —le dijo—. Se ve que hay demasiados drogadictos por allí a esas horas.

Fergus sintió una punzada de alarma.

—No lo sé —dijo—. Supongo que se están teniendo en cuenta los pros y los contras.

Anita retiró su tarjeta, recogió la bolsa de tela que usaba para las compras y se la cargó al hombro.

—Saluda a Ethel —le dijo, y él le respondió que lo haría, y entonces ella dijo—: Me he alegrado mucho de verte, Fergus.

Y salió de la tienda.

Ya en el coche, en el aparcamiento del colmado, Fergus sacó el teléfono y vio que tenía un mensaje de texto de Bob Sturdges, que era el capitán de su pequeño ejército de la guerra de Secesión. El mensaje decía: «Tenemos algunos problemas, llámame cuando puedas». Así que Fergus lo llamó desde el coche y se enteró de que lo que había dicho Anita era verdad en parte: no iban a pasar la noche en el parque. Pero en lo de los drogadictos se equivocaba. La razón era que había demasiados asuntos políticos en el país en ese momento, que había demasiada gente disgustada por muchas cosas. Ya habían dejado de llevar soldados confederados en su unidad, pero nunca se sabía. Además, los hombres se hacían viejos. Aquellas fueron las razones que Sturdges le dio a Fergus para explicarle por qué no iban a pasar la noche en el parque. Al colgar, lo primero que sintió fue decepción, y después cierto alivio. Así que montarían las tiendas de campaña el sábado y nada más.

* * *

Lisa había telefoneado para decir que llegaría tarde. Había ido en avión hasta Portland y allí había alquilado un coche, y les había dicho a sus padres —cada uno sostenía un teléfono— que, de camino, pasaría a ver a su hermana. Las dos chicas no habían tenido nunca una relación

demasiado estrecha, y tanto Fergus como Ethel pensaron que resultaba curioso que fuera especialmente a visitar a su hermana, en vez de esperar a que Laurie viniera a casa con su hijo, que era lo que esta había hecho siempre, hasta ese año.

En ese momento oyeron que el coche de Lisa entraba por el camino, y su madre se acercó a la puerta y la saludó, y le gritó:

—¡Hola, Lisa, hola!

Y Lisa se bajó del coche y dijo:

—Hola, mamá.

Y las dos se medio abrazaron, que es lo que siempre hacían, darse medio abrazo.

—Déjame que te ayude —le dijo su madre.

Y Lisa le dijo:

—No te preocupes, mamá, ya lo llevo yo.

Lisa tenía el pelo castaño oscuro y lo llevaba recogido en una coleta baja, más larga que el año anterior. Sus ojos negros, siempre grandes, brillaban con luz propia. Ethel observó a su hija mientras metía en casa su maleta pequeña, y le dijo:

—Tú estás enamorada.

Se lo dijo por el aspecto que tenía. Como si su rostro hubiera adquirido una capa extra de belleza.

—Oh, mamá —dijo Lisa cerrando la puerta.

* * *

Hacia unos años, Fergus había tenido un romance con una mujer de los Días de la guerra de Secesión. Se llamaba Charlene Bibber y era una de las que se ponían falda con miriñaque, mantón y gorrito. Solo unas pocas se vestían así —en su mayoría esposas de los llamados soldados—, y aquella noche Fergus había bebido algo de whisky y se encontraba en uno de los extremos del parque —hacia una noche magnífica—, y ahí estaba Charlene, cuyo marido había sido soldado hasta su muerte, el año anterior, y Fergus le dijo: «Estás muy bonita esta noche», y a ella se le escapó una risita. De hecho, Charlene tenía ya el pelo entrecano y era regordeta, pero aquella noche parecía desprender algo que Fergus deseaba. La agarró por la cintura y coqueteó un poco mientras ella le repetía:

«Fergie, qué chico tan malo, qué malo eres». Y se reía mientras lo decía, y entonces, allí, junto al quiosco de música, lo habían hecho. Lo sorprendente de la situación, el lío de mantener subido aquel maldito miriñaque, hizo que todo pareciera emocionante en el momento. Pero a la mañana siguiente, cuando despertó en su tienda de campaña, pensó: «¡Dios mío!», y cuando se la encontró le susurró una disculpa y ella hizo como si no hubiera pasado nada, algo que a él le pareció de lo más grosero.

* * *

—Escuchadme los dos —dijo Lisa.

Le había dado un beso a su padre, que se había puesto de pie para recibirla y que ahora volvía a estar sentado en su butaca. Lisa se sentó delante de su madre, junto a su televisor, pero se

levantó y movió la silla para que quedara justo encima de la cinta adhesiva; miraba alternativamente a su padre y a su madre. Se tocó los mechones del flequillo que le caían sobre la cara y se los retiró un poco.

—He parado a ver a Laurie de camino...

—Ya lo sabemos, Lisa —dijo Fergus—. Bien hecho.

Lisa lo miró y siguió hablando:

—Y le he contado una cosa y ella me ha dicho que tenía que decíroslo a vosotros, que si no lo hacía yo, lo haría ella... así que tengo que contároslo.

El perro fue a sentarse a los pies de Lisa. De repente lloriqueó un poco, agitó la cola y le metió el hocico entre las piernas.

—Pues cuéntanoslo —dijo Ethel, que miró un momento a su marido de reojo y vio que él observaba a Lisa, impassible.

Esta se alisó la coleta larga, castaña, por encima del hombro. Le brillaban los ojos.

—Se ha realizado un documental —dijo, arqueando las cejas—. Y yo soy la protagonista.

Acto seguido se volvió hacia el perro, le dio unas palmaditas y lo llamó soltando besos al aire en su dirección.

—¿Qué quieres decir? ¿Un documental? —preguntó Fergus.

—Lo que he dicho —respondió Lisa.

Fergus se incorporó un poco en la silla.

—Un momento —dijo—. ¿Eres la protagonista de un documental? No sabía que los documentales tuvieran protagonistas.

—Dile a tu padre que se calle —dijo Ethel—. Y después nos cuentas más cosas de ese documental. ¿Cómo que eres la protagonista? ¡Qué emocionante, cielo!

Lisa asintió.

—Pues la verdad es que sí. Es muy emocionante.

* * *

Durante los meses de verano, después de los Juegos de las Highlands, que eran en junio, Fergus se ponía algunas veces la falda —no la que tenía el cuadro escocés de los MacPherson, sino otra de un color liso; había engordado y se había comprado la última en una tienda por veintiún dólares con noventa y nueve centavos; el precio le había parecido interesante— y se paseaba por las calles de Crosby. Se lo pasaba bien; la gente era amable y a él le gustaba el tacto de la falda. La llevaba con una camiseta gris que hacía juego con su barba canosa y también se ponía sus zapatos marrones de caminar. La gente, que solía ser veraneante, lo paraba y conversaba con él, y le contaban que también tenían antepasados escoceses, si era el caso, y a él siempre le sorprendía, agradablemente, que hubiera tantas personas orgullosas de sus ancestros. Hacía unos años, una pandilla de niños le habían gritado cerca de High Street: «¿Qué lleva un escocés debajo de la falda? Una polla, una polla», y se partían de la risa. A él le habían dado ganas de tirarles piedras, pero evidentemente no lo había hecho, y con el paso de los años se iba dando cuenta de que ese tipo de cosas pasaban cada vez menos. Fergus tenía su propia teoría, que era que la gente era cada vez más tolerante —al menos ante el hecho de que un hombre llevara falda escocesa, si no ante el lío en que estaba metido el país—, y eso le complacía.

—¿Es sobre tu trabajo? —le preguntaba en ese momento Ethel a Lisa—. ¿O es un documental sobre alguien que viene de un pueblo pequeño y vive en Nueva York?

Lisa cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—Es sobre mi trabajo —dijo. Se levantó—. Bueno ya hablaremos de eso más tarde. Voy a deshacer el equipaje.

—No —dijo Fergus—. Cuéntanoslo ahora, Lisa. Suéltalo ya, niña. No todo el mundo protagoniza un documental.

Lisa lo miró.

—Bueno, está bien. A ver... soy... dominatriz.

* * *

Fergus no podía dormir. Contemplaba la oscuridad, sobre su cabeza. Entonces cerraba los ojos y al momento sentía miedo, y por eso volvía a abrirlos, pero con los ojos abiertos no podía dormir. Al cabo de dos horas se levantó de la cama, salió al pasillo y se quedó un rato escuchando, y oyó a Lisa moverse en su habitación, así que llamó flojito a la puerta.

—¿Papá?

Se apartó un poco y lo dejó entrar. Llevaba puesto el pijama. Era rosa, como de seda, de pantalón largo.

—A ver, Lisa —dijo él, llevándose la mano a la nuca—. Ya sabes que si necesitas dinero, te lo digo en serio, dílo y ya está. No debería haber dado por sentado que podrías salir adelante tú sola en la ciudad...

—Papá, no es por el dinero. Bueno, en parte sí, supongo, pero no se trata de eso.

Lisa se pasó la mano por el pelo, que llevaba suelto, y se lo alisó por encima del hombro. A Fergus le pareció que lo tenía brillante, como en los anuncios de la tele.

Se sentó en su cama. Notaba las piernas temblorosas.

—¿Y de qué se trata entonces? —le preguntó él.

—Oh, papá.

Lo miró con tanta tristeza en la cara que él tuvo que apartar la mirada.

Esa tarde —horas antes, después de unos momentos de bastante confusión sobre todo por parte de Ethel, que no sabía qué era una dominatriz y que no paraba de decir: «Es que no entiendo a qué te refieres, Lisa»—, después de explicarle a su madre qué hacía ella como dominatriz, después de explicarle que se vestía y hacía que los hombres llevaran a cabo sus fantasías sexuales, les dijo:

—Hay que educar a la gente.

—¿Por qué?

Eso lo preguntaron a la vez Ethel y Fergus.

—Para que entiendan —dijo Lisa—. Sin ir más lejos, mamá no sabe siquiera lo que hacemos.

Fergus, sin querer, había cruzado la cinta adhesiva y había pasado al otro lado del salón.

—No hace falta que la gente entienda ese tipo de comportamiento. Por Dios, Lisa. —Se tiraba de la barba mientras se paseaba por el salón. Y entonces dijo—: Tú estás emocionada porque una persona, un capullo, ha decidido hacer una película sobre eso.

—Un documental —dijo Lisa, que, casi desesperada, añadió—: No tiene que ver con el sexo,

papá. Yo no soy prostituta. —Alzó la vista para mirarlo—. Yo no mantengo relaciones sexuales con ninguno de esos hombres, no sé si lo sabes.

—No lo entiendo —dijo Ethel, pasándose la mano por el pelo—. La verdad es que no entiendo nada de todo esto.

Fergus se sintió desconcertado, pero un poco aliviado —solo un poco— al saber que Lisa no tenía relaciones sexuales con nadie, pero aun así dijo:

—¿Por qué dices que no tiene que ver con el sexo? Pues claro que tiene que ver con el sexo, Lisa. Venga.

—Tiene que ver con actuar. Con disfrazarse. —Por su tono de voz, Lisa parecía estar haciendo esfuerzos por mostrarse paciente—. Si lo vierais, tal vez aprenderíais algo. Laurie lo ha visto.

—¿Lo tienes? —preguntó Fergus.

—Sí, tengo un DVD. No estoy diciendo que lo veáis. Lo que digo es que si lo vierais...

Ahora, ya de noche, Lisa dijo solamente, todavía con aquella tristeza en el rostro:

—Vete a dormir, papá. No debería haberos dicho nada. Ha sido un error. Pero es que a lo mejor os habríais enterado, porque se va a estrenar pronto, y me ha parecido que debíais saberlo.

—¿Y no tienes relaciones sexuales con esos hombres? —preguntó Fergus.

—No, papá. No.

Fergus salió del dormitorio.

—Buenas noches —dijo.

—Dulces sueños —le susurró Lisa.

A Fergus le costaba creer que su hija le hubiera dicho eso.

* * *

A la mañana siguiente, Fergus se levantó tarde; le había costado siglos quedarse dormido y, cuando se despertó, oyó a Lisa y a su madre en la cocina. Se arrodilló y sacó el uniforme de la guerra de Secesión que tenía en un baúl, debajo de la cama. El sombrero parecía aplastado y lo ahuecó varias veces. Todo el uniforme parecía arrugado; no lo había llevado a la tintorería para que se lo plancharan, como hacía antes. «Vaya por Dios», susurró.

Sacó el cepillito para el bigote, intentó retorcerse las puntas, y después se metió en el cuarto de baño y se las fijó con laca, pero le entró en los ojos y le escocieron mucho.

En la cocina, el sol se colaba por las ventanas y él le dijo a su hija:

—Buenos días.

Y ella le sonrió.

—Hola, papá.

Y él se sirvió un cuenco de cereales y se lo llevó al comedor, y entonces hizo algo que no hacía nunca, que fue sentarse al otro lado de la cinta adhesiva, en la zona de Ethel, y lo hizo para oír mejor lo que decían su mujer y su hija. Pero estaban hablando de trapos de cocina. ¡De trapos! Lisa le decía que le gustaría ir a la tienda que había al lado de Cook's Corner porque allí tenían buenos trapos y Ethel murmuraba algo que sonaba a de acuerdo, podían acercarse hasta allí. Fergus se acabó los cereales y volvió a la cocina, secó el cuenco y le dijo a Lisa que iba a salir y que se veían esa noche.

—Pásatelo bien —le dijo Lisa.

Y su mujer dijo:

—Dile a tu padre que disfrute el día.

Aquello lo sorprendió un poco y le pidió a Lisa que le dijera a su madre que gracias.

Pero no disfrutó el día. Sacó del garaje la tienda de campaña, la metió en el maletero de su camioneta y, cuando llegó al parque, ya estaba allí todo el mundo. De hecho, oyó los disparos incluso antes de aparcar. Ese año parecían un grupo variopinto, eran menos que otras veces, y él sacó la tienda y se fue hacia donde estaba Bob Sturges, que le saludó y le dijo: «Por ahí», señalándole el punto, cerca de las tiendas de campaña, que Fergus iba a usar para montar la suya y, ya antes de empezar, notó que tenía demasiado calor con aquel uniforme puesto. No podía dejar de pensar en Lisa. Pensaba en ella de niña, volviendo a casa del colegio al final de la jornada. Ella siempre había sido alegre, no como Laurie, que era más dada al mal humor.

Uno de los hombres que tenía cerca —Fergus no recordaba su nombre— estaba cocinando algo en una parrilla diminuta colocada sobre una hoguera pequeña, y Fergus cogió su café —había hecho trampa y había molido los granos antes— y la taza de latón y fue a sentarse con él, que le dijo:

—¡Hola, Fergus!

Y Fergus se preparó el café, sintiéndose ridículo, y se sentó y se lo bebió en su compañía, y en ese momento se acordó de cómo se llamaba: Mark Wilton.

—Hoy no hay tantos hombres —comentó Mark.

Y Fergus dijo que no, que no había tantos.

El sol caía a plomo. Ellos se habían instalado en el minúsculo círculo de sombra que proyectaba un roble, pero gran parte del parque estaba expuesto al sol. Los robles y los arces creaban una luz moteada, y Fergus se acordó de pronto de cómo era ese lugar cuando era niño: en aquella época había olmos, tan cargados de hojas, tan espesos, que parecía que todo el parque estuviera cubierto de guirnaldas. En su recuerdo, la hierba también era más verde y, de hecho, actualmente había toda una zona del parque que solo era de tierra, porque los granjeros que organizaban allí un mercado dos veces por semana arrasaban la hierba con sus carros.

Al volverse, Fergus vio a una mujer que se dirigía hacia él con un vestido largo de falda abombada, de un azul intenso y un parasol también azul, abierto. La distinguió por la cara y lo que le sorprendió de ella fue la expresión casi petulante de su rostro. Pero en realidad no era tanto petulancia como una alegría mal disimulada por poder llevar un vestido como ese en esa jornada. Para empezar, era una mujer corpulenta y aquel vestido hacía que lo pareciera aún más.

—Hola, Fergus —dijo ella cuando estuvo más cerca.

Y sí, no había duda. Era Charlene Bibber.

—Hola, Charlene. No es poco vestido el que te has puesto hoy —dijo Fergus, saludándola.

—Pues sí —coincidió Mark Wilton—. Vaya, vaya.

—Gracias, chicos. Me lo he hecho yo, a mano. —Charlene se quedó ahí de pie. Se le habían formado unas gotas de sudor sobre el labio—. Es que me dije: en aquella época no existían las máquinas de coser, así que manos a la obra, Charlene, tú puedes. Y lo hice.

Fergus se puso de pie de pronto y les pidió que lo disculparan, que se había olvidado algo en casa.

—¿Qué te has olvidado? —le preguntó Charlene.

Y él se limitó a menear la cabeza.

Al montarse en el coche vio que ella seguía mirándolo.

* * *

Al llegar a la entrada de la casa le sorprendió ver que el coche de Laurie estaba ahí y se sorprendió todavía más al ver a su nieto, Teddy —le habían puesto ese nombre en honor al perro—, en el asiento trasero del coche.

—Teddy —dijo Fergus abriendo la puerta—. ¿Qué estás haciendo aquí tan solito?

El niño lo miró muy serio.

—Mamá me ha dicho que no podía entrar, que no podía escuchar la conversación.

—Oh, oh —dijo Fergus. Adoraba a ese niño con toda su alma—. ¿Y no tienes calor?

El niño asintió.

—Pero he bajado las ventanillas. Me ha dicho que no tardaría.

—¿Y cuánto tiempo lleva ahí dentro?

El niño se encogió de hombros.

—No lo sé. No mucho, supongo. Ojalá... —Miró a su alrededor con cara de pena—. Ojalá no tuviera que quedarme aquí sentado. —Y entonces, sorprendido, añadió—: Abuelo, llevas puesto el uniforme. Parece distinto.

—Ven a sentarte en el porche al menos —dijo Fergus—. Vamos. Ya cargaré yo con las culpas si te dicen algo. Venga, osito.

Y Teddy se bajó del coche con un libro y se sentó en el primer peldaño del porche.

—¿Por qué parece distinto tu uniforme? —le preguntó Teddy.

—Ah, porque no lo he llevado a la tintorería.

—¿La tintorería? —preguntó Teddy mirando a su abuelo con los ojos entornados.

—No está planchado. Seguramente por eso parece distinto.

Fergus se fijó en sus pantalones y constató que sí, que estaban muy arrugados.

De pronto, desde la ventana llegaron unos gritos.

Teddy miró a Fergus, alarmado, y Fergus dijo:

—Está bien, vuelve al coche, niño. Yo voy a buscarte enseguida. Te lo prometo.

Y Teddy regresó al coche y le dijo:

—Todo se arreglará, ¿verdad?

Y Fergus dijo:

—Sí, seguro.

Y le pareció que el niño relajaba un poco el gesto, de lo cual se alegró muchísimo.

—¿Te lo ha contado? —le soltó enseguida Laurie a su padre en cuanto este entró en casa—. ¿Lo ha hecho?

—Sí —dijo Fergus—. Cálmate.

—¿Que les clava agujas en el pene a los hombres? ¿Eso te lo ha contado?

Fergus tuvo que sentarse.

—Por el amor de Dios, Laurie. Para ya.

Mientras lo decía, tuvo la sensación de que se le encogía el escroto.

—¿Y tú me dices que pare? No me puedo creer que me digas que pare. ¡Al final va a resultar que soy la normal de la familia! ¡Por Dios! Tu hija es prostituta y tú me dices que me calme.

Laurie inclinó el cuello un poco hacia delante mientras hablaba.

—Sí, te lo digo —dijo Fergus—. Te estoy pidiendo que te calmes ahora mismo, Laurie MacPherson. Así no ayudas en nada.

Laurie se volvió hacia su madre.

—Mamá, ayúdame un poco, por favor.

Pero Ethel, que estaba de pie detrás de una silla, se sentó y dijo solamente:

—Oh, Laurie. —Y añadió—: Aunque creo que no es prostituta, Laurie. Me parece.

—Por Dios —dijo Laurie.

Dejó en el suelo el bolso que llevaba y puso los brazos en jarras.

—Es que no sé qué decir —dijo Ethel—. ¿No puedes entenderlo? No sé qué decir. Todo esto ha sido... bueno, ha sido horrible.

—Ah ¿sí? —Laurie lo preguntó asintiendo teatralmente.

—Laurie —dijo Fergus—. Por el amor de Dios, cálmate ya. Ahora mismo.

Laurie apretó los labios, se agachó y recogió el bolso. Y dijo en voz baja:

—Esta es la familia más enferma que existe sobre la faz de la tierra.

Se volvió, salió por la puerta y la cerró con tal fuerza que, en el otro lado de la cocina, una sartén cayó al suelo desde el estante que ocupaba.

Fergus se levantó y fue tras ella.

—Teddy —le dijo a su nieto, agachándose para hablar con él a través de la ventanilla bajada—. A ver si nos vemos pronto tú y yo. Tu madre está muy enfadada en este momento, pero se le pasará y tú y yo nos iremos de pesca.

—Pues sí, podéis iros a practicar la pu... ñetera pesca, claro.

Y arrancó, las ruedas chirriaron y el pobre niño bajó la mirada mientras Fergus se despedía de él agitando la mano.

En el salón, Lisa parecía serena. Llevaba camiseta blanca y vaqueros, y se veía joven. Estaba hablando con su madre y ladeó un poco el cuerpo para incluir a su padre en la conversación apenas notó que él entraba y se sentaba en su butaca. Al ver a Ethel no pudo evitar sentir pena por su mujer: parecía asustada y físicamente más pequeña. Lisa decía:

—A ver, lo único que quiero decir es que la señora Kitteridge nos dijo hace años, en clase de matemáticas, no lo olvidaré nunca... Un día interrumpió un problema de matemáticas que estaba exponiendo en la pizarra y se volvió y dijo a toda la clase: «Todos sabéis quiénes sois. Si os miráis, si os escucháis, sabéis exactamente quiénes sois. No lo olvidéis». Y yo nunca lo he olvidado. Con los años, es algo que me dio valor, porque tenía razón. Yo sabía quién era.

—¿Sabías que eras una... dominatriz? —le preguntó Fergus—. ¿Eso es lo que estás diciendo?

—Pues más o menos sí, eso es lo que estoy diciendo. Sabía... Siempre he sabido que me gustaba disfrazarme, y que me gusta decirle a la gente lo que tiene que hacer. Me gusta la gente, papá, y esos hombres tienen unas necesidades especiales y yo los ayudo a satisfacerlas, y eso es algo bastante bueno.

—Es que no lo entiendo —dijo Ethel—. No lo entiendo para nada.

Sus ojos parecían mirar en direcciones distintas o al menos esa fue la sensación que tuvo Fergus cuando se volvió hacia ella. También se fijó en que tenía las raíces del pelo oscuras y las

partes rubias levantadas: seguramente se había pasado la mano por allí... Sí, volvió a hacerlo en ese momento, se pasó de nuevo la mano por el pelo.

—Y la verdad es que lo intento, cariño —continuó Ethel—. Lisa, lo intento, pero es que no lo capto.

Lisa asintió, paciente. Le brillaban los ojos castaños y también la cara de la misma manera que cuando había entrado en casa el día antes.

—Por eso precisamente hacemos el documental. Para que la gente no tenga que sentirse tan... tan, bueno, marginada si le gusta eso. Todo es comportamiento humano, nada más, y eso es lo que intento decir.

Se alisó el pelo sobre el hombro. Hacía gala de una considerable confianza en sí misma.

Fergus carraspeó, se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—Si clavarle a un hombre agujas en el pene se considera un comportamiento humano aceptable, entonces hay algo que está muy pero que muy mal. —Se pasó la mano por la barba—. Por Dios, Lisa. —Se levantó, y cuando estaba a punto de salir del salón añadió—: ¿Comportamiento humano? Por el amor de Dios, los campos de concentración de los nazis eran comportamiento humano. ¿Qué mierda es eso de defender el comportamiento humano? Sinceramente, Lisa...

Y entonces llegaron las lágrimas.

Lisa lloraba y lloraba, y se le emborronaban los ojos y aquella pasta negra le caía por las mejillas. ¿Cómo podía decirle que era nazi? ¿Cómo podía decirle algo así? Entonces, después de unos minutos sollozando ruidosamente, dijo que eso era por ignorancia. Se levantó. Tenía una mancha negra de maquillaje en la camiseta blanca.

—Te quiero, papá —dijo—. Pero eres un ignorante.

* * *

En el arcén de la carretera vio a Anita Coombs junto a un coche azul, bajo, que tenía el parachoques abollado. Fergus paró y se bajó de la furgoneta. No había otros coches cerca. Estaban en la carretera que iba hasta la Punta y solo se veían campos. El sol brillaba con fuerza y se reflejaba en el parachoques.

—Oh, Fergie —dijo al ver que se acercaba—. Me alegro mucho de verte. Este maldito coche se ha estropeado.

Fergus alargó la mano y ella le entregó la llave. Se encajó como pudo en el asiento del conductor e intentó arrancar, sin éxito. Lo probó varias veces, pero al final se bajó del coche y dijo:

—Está muerto. ¿Has llamado a alguien?

—Sí. —Anita suspiró y consultó la hora—. Me han dicho que llegaban en quince minutos, y de eso hace ya media hora.

—Pues déjame que llame yo —dijo Fergus.

Le cogió el teléfono, llamó a los de la grúa y les habló con dureza. Le devolvió el teléfono a Anita.

—Bueno —dijo—. Están de camino. —Se apoyó en el coche y cruzó los brazos—. Esperaré aquí contigo —añadió.

—Gracias, Fergie. —Anita parecía cansada. Metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y meneó despacio la cabeza—. ¿Adónde vas?

—A ninguna parte —dijo, y Anita asintió.

Era domingo por la tarde. Fergus había vuelto al parque la noche anterior, ya a oscuras, y había encontrado su tienda de campaña ahí plantada, sola —le sorprendió vagamente descubrir que seguía ahí—, así que la había recogido y la había metido en el maletero de su camioneta. Allí también llevaba una bolsa de basura con su uniforme de la guerra de Secesión, las botas y la gorra. Esa mañana, después de desayunar —se había mostrado calmada una vez más, no había vuelto a mencionar su ridículo documental—, Lisa dijo:

—Voy a llamar a Laurie. No me gusta que esté tan enfadada conmigo.

Fergus estuvo a punto de decirle: «Yo también estoy enfadado contigo», pero no lo hizo. Se llevó los platos y los lavó mientras Ethel seguía en la mesa del comedor, haciendo tamborilear los dedos. Los dos oían a Lisa hablando en su habitación, pero no entendían qué decía. Pero Lisa hablaba, hablaba y hablaba y al cabo de un rato Ethel dijo: «Vamos, *Teddy*», y sacó al perro a pasear. Cuando volvió, preguntó: «¿Todavía está hablando?». Al cabo de un momento, Fergus dijo: «Sí». Y acto seguido: «*Teddy*, dile a tu madre que me voy a dar una vuelta en coche», y había salido con la camioneta con la intención de llevar el uniforme hasta el contenedor de basura que estaba cerca de la Punta y dejarlo allí. En la camioneta, había dicho varias veces en voz alta: «¡Creag Dhubh!», que era el grito de guerra del clan de los MacPherson, y después se había callado. Pensó en los Juegos de las Highlands y no estaba seguro de si también eran una tontería: todos los veranos con aquellas faldas escocesas, vociferando ese grito de guerra con el resto del clan.

En ese momento le dijo a Anita:

—¿Qué opinas de Olive Kitteridge?

—¿De Olive? Bueno, a mí siempre me ha caído bien. No gusta a todo el mundo, pero a mí me cae bien. —Y al cabo de un momento, añadió—: ¿Por qué me lo preguntas?

Fergus se limitó a menear la cabeza y Anita se rio un poco.

—Ella fue la que nos sugirió, no sé si Ethel te lo contó... Cuando teníamos que rellenar aquellas licencias de pesca y se preguntaba por el peso de la persona, ella nos dijo: «¿Por qué no les preguntáis qué creen que diría un guarda forestal sobre su peso?». A mí me pareció bastante genial. Porque entra cada gordo... y te da reparo preguntarle directamente: «Eh, ¿cuánto pesas?». Y de hecho empezamos a hacerlo así.

—Anita —Fergus dijo, volviéndose hacia ella—. Este mundo es un infierno.

—Sí, ya lo sé —dijo ella sin darle importancia—. Sí, sí, ya lo sé. —Y añadió—: Me temo que así ha sido siempre.

—¿Te parece? —preguntó Fergus, mirándola desde detrás de sus gafas de sol—. ¿En serio crees que siempre ha estado tan mal? A mí me parece que la locura va en aumento.

Anita se encogió de hombros.

—Yo creo que siempre ha sido una locura. Lo veo así.

Fergus pensó en ello.

Al cabo de un momento, dijo:

—¿A ti te van bien las cosas, Anita?

Ella soltó el aire despacio, hinchando los carrillos durante un momento.

—Pues no... —Miró a ambos lados de la carretera y dijo—: Gary está fatal desde que lo echaron, y de eso hace ya unos años, y mis hijos están locos. —Miró a Fergus y se llevó el índice a la sien—. Pero locos, locos. —Negó con la cabeza—. ¿Sabes en qué está metido ahora mi hijo mayor? Pues se dedica a ver en su ordenador un programa japonés en el que los concursantes se huelen el culo los unos a los otros.

Fergus la miró.

—Por Dios —dijo, antes de añadir—: ¿Lo ves, Anita? El mundo está cada vez peor.

—Bueno, a lo mejor un poco sí.

Y Anita se encogió un poco de hombros.

Al cabo de un rato, mirando al suelo, Fergus dijo:

—Bueno, los hijos... ¿Qué hacemos con ellos?

—Nada —dijo Anita—. ¿Qué tal vuestras niñas?

—Pues están locas también. Como dos cabras.

Vio que la grúa se acercaba atravesando el campo y le hizo una seña al conductor, y Anita dijo:

—Ah, qué bien.

—Te va a hacer falta efectivo para la grúa —dijo Fergus—. ¿Llevas?

—No. Solo tengo la tarjeta de crédito.

Fergus se metió la mano en el bolsillo y le dio a Anita su rollo de billetes. Se quedó allí hasta que arrancó la grúa. Anita iba sentada delante y le dijo adiós con la mano, y entonces él se subió a su camioneta y se fue hasta la Punta y tiró el uniforme a la basura, metiendo la bolsa hasta el fondo del contenedor. Pensaba en los hijos de Anita, en si estaban locos o no. ¿Ver a gente olerse el culo? Por Dios. Había que estar bastante loco.

De nuevo en casa, le sorprendió ver otra vez el coche de Laurie en la entrada, pero esta vez Teddy no estaba dentro y, cuando entró en casa, oyó que su televisor estaba encendido. Sabía que era el suyo y no el de Ethel por el tipo de sonido que emitía. Se fue directo al salón y se encontró a su mujer y a sus hijas, sentadas las tres en su butaca, Ethel en la punta y una hija en cada brazo, y estaba a punto de abrir la boca para decir: «¿Qué diablos hacéis?» cuando vio que en la pantalla salía... Era Lisa... y estaba vestida de cuero y sostenía un látigo en una mano, y lo hacía chasquear y un hombre gemía; el hombre tenía la cara en el suelo, ladeada, y la imagen de la cara estaba pixelada, pero tenía el culo al aire, y aquella mujer, Lisa, lo azotaba, y él volvía a gemir.

—Apagad eso —dijo Fergus—. Apagad eso ahora mismo. —Su mujer apretó un botón en el mando a distancia y la pantalla se puso azul, salvo por la señal del DVD—. ¿Y quién os ha dicho que podíais usar mi tele? —añadió.

—Hemos tenido que hacerlo así papá, porque la de mamá es demasiado vieja y no acepta los DVD, y ella ha dicho que estaba lista para verlo y Laurie también...

—Papá —dijo Laurie—. No te lo vas a creer. A un hombre lo hace rodar encima de cien plátanos aplastados y entonces... ¡Ay, Dios, papá, entonces va y se le hace caca encima!

Fergus miró a su hija muy serio.

—¿Y a ti qué te ha hecho cambiar de opinión sobre esta basura?

—Bueno, es que Lisa y yo estuvimos hablando mucho rato —dijo Laurie—, y yo empecé a pensar en ello, y a lo mejor tiene razón, la gente debería saber más, y he venido a verlo con mamá. Y mamá ha dicho que lo iba a intentar, porque... bueno, ya sabes... porque Lisa es su hija...

—¿Dónde está Teddy? —preguntó Fergus mirando a su alrededor.

—Está con su padre. Es domingo.

Fergus tenía una sensación rara: él tampoco sabía bien dónde estaba.

—¿Te cagaste encima de un hombre? —le preguntó a Lisa.

Lisa bajó la mirada.

—De eso se trata, papá.

Fergus se acercó al televisor y en ese momento fue consciente de otra sensación distinta, rara: los ojos se le empañaron enseguida y, sin ninguna indicación previa de que a su cuerpo iba a sucederle algo así, se desplomó en el suelo y se golpeó la cabeza con un canto de la tele. Durante unos instantes vio estrellas. Cuando volvió en sí, oyó a unas mujeres que hablaban en voz muy alta, sería su familia, e intentaban incorporarlo, y lo consiguieron, y entonces él volvía a estar de pie, y ellas lo estaban metiendo en un coche.

Lo único que quería Fergus era acurrucarse, era algo que no se le quitaba de la cabeza, acurrucarse, acurrucarse, acurrucarse, y cuando lo llevaron al hospital eso fue lo que hizo, se acurrucó en el suelo de la sala de urgencias, y una enfermera llegó enseguida y lo hizo ponerse de pie otra vez, y después ya estaba en una camilla y se acurrucó en la camilla. Cuando alguien intentaba estirarle las piernas, él volvía a doblarlas y a levantarlas casi hasta el pecho, y bajaba la cabeza. Lo único que quería era estar acurrucado, con los ojos cerrados.

Al cabo de un rato oyó que alguien decía «sedante», y él pensó: «Sí, que me den un sedante», y debieron de dárselo, porque durmió muy profundamente, y cuando se despertó se sintió asustado y no sabía dónde estaba.

—¿Papá? —Era Lisa, que había bajado la cabeza y le hablaba en voz baja—. Eh, papá, ¿sabes qué? ¡Estás bien! Oh, Dios, papá, nos has dado un susto de muerte, pero estás bien. Te vas a quedar aquí esta noche, pero estás bien, papá.

Lo cogió de la mano y él apretó.

Ahora la que estaba ahí era Laurie y le dijo:

—Oh, papá, nos hemos asustado mucho.

Y él asintió.

Después estaba solo y volvió a quedarse dormido. Cuando se despertó, supo al momento que estaba en el hospital y que era de noche; había una luz pequeña sobre su cama. Cerró los ojos una vez más.

Mientras estaba ahí tumbado se dio cuenta de que alguien le acariciaba el brazo muy despacio, rítmicamente; aquella mano en el brazo se movía arriba y abajo, arriba y abajo. Él seguía con los ojos cerrados para que la mano continuara acariciándolo, y seguía. Al cabo de muchos minutos —¿quién sabía cuántos?— volvió la cabeza, abrió los ojos y vio que era su mujer. Ella paró al ver que él la miraba y apoyó la mano en el regazo.

—Ethel —dijo—. ¿Qué hemos hecho?

—¿Qué hemos hecho con qué? —le preguntó en voz baja—. ¿Con nuestra vida o con nuestras hijas?

—No sé qué digo —dijo él. Y al cabo de un momento añadió—: Tienes que hablarme de los hijos de Anita. Hoy no, pero un día de estos.

—Ah —dijo Ethel—. Están chiñados.

—No como las nuestras —dijo él.

—No, no como las nuestras.

Y entonces él le señaló el brazo con un movimiento de cabeza, un movimiento muy leve, pero como llevaban tanto tiempo casados ella lo entendió. Y empezó a acariciárselo de nuevo.

CORAZÓN

Olive Kitteridge abrió los ojos.

Acababa de estar en alguna parte —había sido absolutamente encantador—, y ahora... ¿dónde estaba? Alguien parecía estar diciendo su nombre. Y entonces oyó unos pitidos.

—Señora Kitteridge, ¿sabe dónde está? —Donde había estado hacía mucho sol y, en cambio, allí no había ninguno, solo unas luces sobre ella—. Señora Kitteridge...

—Eh... —dijo. Intentó volver la cabeza, pero no le respondía. Apareció una cara cerca de la suya—. Hola —dijo—. ¿Quién eres? ¿Eres Christopher?

Una voz de hombre dijo:

—Soy el doctor Rabolinski. Soy cardiólogo.

—Ah, ¿sí? —dijo Olive, y apartó la mirada y volvió a fijarla en las luces de arriba.

—¿Sabe dónde está? —preguntó la voz de hombre.

Olive cerró los ojos.

—¿Sabe dónde está, señora Kitteridge? —Aquella voz empezaba a resultar irritante—. Está usted en el hospital.

Olive abrió los ojos.

—Ah —dijo. Se quedó pensando—. Pues qué mal. Peor para ti.

Entonces, una mujer se inclinó sobre ella.

—Hola... Señora Kitteridge...

—Qué bonito era todo —dijo Olive—. Qué bonito.

—¿Qué era bonito, señora Kitteridge?

—Ese sitio donde estaba —respondió ella—. ¿Dónde estaba?

—Estaba muerta.

Era la voz del hombre.

Olive seguía mirando hacia arriba y veía las luces.

—¿Ha dicho que estaba muerta? —preguntó.

—Exacto. No tenía pulso.

Olive se quedó pensativa.

—Las petunias —dijo— son un engorro. —Lo dijo porque le habían venido a la mente las palabras «flores muertas». Arrancar de la planta las petunias muertas era una tarea que no se acababa nunca—. Dios —dijo, pensando en las petunias color lavanda—. Siempre.

—¿Siempre qué, señora Kitteridge?

La que hablaba ahora era la mujer, que aparecía y desaparecía continuamente.

—Las petunias —dijo Olive.

Y entonces las voces se alejaron, hablaban entre ellas, y aquel pitido intermitente continuaba.

—¿No podéis apagar eso? —preguntó Olive mirando al techo.

La cara de aquella mujer, un rostro normal y corriente, volvió a hacerse visible.

—¿Apagar qué?

—Ese pitido: pip, pip, pip.

Olive intentaba saber quién era aquella mujer. Tenía algo que le resultaba familiar.

—Es el monitor de su corazón, señora Kitteridge. Nos permite saber que el corazón le sigue latiendo.

—Bueno, pues apágalo —dijo Olive—. ¿A quién le importa?

—A nosotros, señora Kitteridge.

Olive pensó en todo lo que había ocurrido hasta ese momento.

—Oh —dijo. Y después—: Oh, mierda. En serio. Me cago en todo.

La cara de aquella mujer desapareció.

—Yuju —dijo Olive—. ¡Eh, yuju! Disculpe, no tengo ni idea de por qué he dicho «mierda». Yo nunca digo «mierda». Detesto esa palabra.

Pero nadie pareció oír eso, a pesar de que ella oía voces cerca.

—Está bien —dijo Olive—. Ahora voy a volver.

Pero seguían los pitidos.

—Oh, por el amor de Dios —dijo.

La cara del hombre regresó. A Olive le caía mejor él que ella.

—¿Qué es lo último que recuerda? —le preguntó.

Olive lo pensó un poco.

—Bueno —dijo—. No sé decirle. ¿Qué debo responder?

—Se está recuperando —dijo.

Qué hombre tan agradable.

—Gracias —dijo Olive—. Y ahora, por favor, me gustaría volver.

El hombre le dijo:

—Me temo que no va a poder irse a casa en una temporada, señora Kitteridge. Ha tenido un infarto. ¿Entiende?

* * *

Cuando se despertó otra vez, vio a un hombre distinto; parecía casi un niño.

—Hola —le dijo ella—. ¿Cómo te llamas?

—Jeff —dijo el chico—. Soy enfermero.

—Hola, Jeff —dijo Olive—. Y ahora dime por qué estoy aquí.

—Ha tenido un infarto. —El chico meneó la cabeza, compasivo—. Lo siento.

Olive movió los ojos para mirar a su alrededor. Había muchas máquinas, muchas lucecitas, y el pitido aquel seguía sonando. Se miró el brazo y vio que tenía unas cosas pegadas a él. Se notaba rara la garganta, le dolía un poco. Volvió a mirar al chico.

—Oh-oh —dijo.

—Sí —coincidió él, encogiéndose de hombros—. Lo siento mucho.

Olive se quedó un rato pensando.

—Bueno, no es culpa tuya —dijo.

Aquel chico tenía los ojos castaños y las pestañas muy largas. Era un joven encantador.

—Sí, ya lo sé —dijo él.

—¿Cómo has dicho que te llamas?

—Jeff.

—Jeff. Está bien, Jeff, ¿cuánto tiempo voy a estar aquí?

—La verdad es que no lo sé. Ni siquiera creo que lo sepa el médico.

Olive vio que Jeff estaba sentado en una silla que estaba casi pegada a su cama.

Miró a su alrededor sin levantar la cabeza.

—¿Estoy sola? —preguntó.

—No, hay otras dos personas. Esto es la UCI.

—Oh, vaya. —Pasó un momento, y Olive dijo—: ¿Quiénes son? ¿Son hombres?

—No, mujeres.

—¿Y me oyen?

Jeff volvió la cabeza como para observar a alguien. La miró de nuevo y dijo:

—No sé.

Olive cerró los ojos.

—Estoy muy cansada —dijo.

Oyó que la silla se retiraba. «No te vayas», habría querido decir, pero estaba tan cansada que no pudo.

La siguiente vez que se despertó, su hijo, Christopher, estaba sentado junto a la cama.

—Christopher... —dijo.

—Mamá. —Se llevó las dos manos a la cara—. Oh, mamá, me has dado un susto de muerte.

A Olive, eso le resultaba más desconcertante que todo lo que le había ocurrido hasta ese momento.

—¿Eres real?

Su hijo apartó las manos de la cara.

—Oh, mamá, por favor, di algo más. Por favor, dime que no se te va la cabeza.

Olive se quedó en silencio unos momentos. Debía pensar un poco.

—Hola, Chris —dijo entonces—. No se me va la cabeza, para nada. Según parece, he tenido un infarto y, según parece, tú has venido a verme. —Como él no decía nada, le preguntó—: Bueno, ¿y qué? ¿He acertado?

Su hijo asintió.

—Pero qué susto me has dado, mamá. Me han dicho que decías palabrotas. ¿Tú soltando tacos? Eso es que se ha vuelto lela. Y he pensado, mejor muerta que lela.

—¿He dicho tacos? —preguntó Olive—. ¿Qué clase de tacos?

—No lo sé, mamá. Pero se han reído un rato con ellos. Cuando se lo he preguntado, se han echado a reír pero no me han dicho qué tacos eran, solo me han dicho que estabas muy enfadada.

Olive pensó en ello. El rostro de su hijo parecía haber envejecido.

—Bueno, no importa —dijo—. He estado en un sitio fantástico, Chris, y entonces me han traído aquí y supongo que estaba enfadada, yo no me acuerdo, pero no estoy lela, pregúntame lo que quieras, ya verás. Dios mío, de verdad espero no haberme quedado tonta.

—No, no, estás mejor. Estás como siempre. Eres tú, mamá. Me han dicho que has estado muerta.

—¿A que es interesante? —dijo Olive—. A mí me parece que eso es interesantísimo.

* * *

El doctor Rabolinski le cogía la mano mientras le hablaba. No recordaba que lo hubiera hecho antes. Pero tenía la mano suave, sin dejar de ser una mano de hombre, y a veces le sostenía la suya entre las dos de él, y a veces se la sujetaba solo con una, mientras le iba hablando. Llevaba unas gafas que eran bastante gruesas, pero aun así le veía bien los ojos: oscuros, penetrantes, la miraban mientras le hablaba y le sujetaba la mano. Ella era una mujer fuerte, le dijo, y le apretó un poco la mano. Le habían colocado un *stent* en una arteria, le dijo. La habían intubado; Olive no sabía qué significaba todo aquello y no lo preguntó. Él volvió a decirle que había tenido un infarto a la entrada de la casa de la mujer que le cortaba el pelo.

Se había desplomado justo sobre la bocina del coche y, por eso, la peluquera había salido y había llamado inmediatamente al teléfono de emergencias y, por eso, Olive estaba viva, aunque cuando llegaron a recogerla, no tenía pulso. Pero la habían devuelto a la vida.

Mirándolo fijamente a los ojos mientras él le sostenía la mano y le hablaba, Olive dijo:

—Bueno, la verdad es que no sé si ha sido tan buena idea.

El hombre suspiró y meneó la cabeza despacio.

—No sé qué decir —murmuró, con tristeza.

—Nada —dijo ella—. Ante eso no hay nada que decir.

Olive se enamoró de él en ese instante.

* * *

Olive tuvo que seguir en la unidad de cuidados intensivos. A causa de la intubación, pilló una neumonía. Durante aquellos días, apenas se enteraba de lo que le ocurría, tenía la sensación de ser un trozo inmenso de queso apestoso y de vez en cuando alguien venía a pasarle un trapo, le daban media vuelta para un lado, media vuelta para el otro. Ella se dormía y se despertaba, y después le parecía que no conseguía dormir nada. Una tristeza muy profunda se apoderaba de ella y solo era capaz de mirar fijamente el techo, o de intentar hablar con Christopher —que, según le pareció, venía bastante a verla—, que se sentaba a su lado, junto a la cama, le hablaba y a veces se veía tan inquieto que ella habría querido decirle: «Ahora, por favor, vete», pero no se lo decía. Era vieja y estaba cansada, y su hijo había venido para estar con ella. Le parecía que esos eran de los pocos momentos de su vida en que no decía lo que pensaba. Pero cuando él no estaba allí, su tristeza se agudizaba y al cabo de un tiempo entendió que seguramente no iba a morir, pero que su vida iba a ser muy distinta.

Eso se lo dijo en voz baja al doctor Rabolinski cuando vino a verla y se sentó en la cama y le cogió la mano.

—Su vida será bastante parecida a como era antes —le dijo él—. Pero ahora necesita recuperarse. Y se va a recuperar.

—Sí, sí —dijo ella retirando la mano.

Pero él siguió sentado. Qué hombre tan agradable. Volvió a acercarse la mano para que él pudiera cogérsela de nuevo si quería, pero él ya no lo hizo, y ella, a pesar de tener la mente embotada, comprendió que se lo había hecho imposible.

—Cójame la mano —dijo ella—. Me gusta que me coja la mano.

Así que él volvió a cogerle la mano y le explicó que estaban administrándole antibióticos por vía intravenosa, que le estaban yendo bien, y que pronto la sacarían de allí.

Y entonces la sacaron de allí y la trasladaron a una habitación normal de hospital. Allí estuvo unos días; después supo que habían sido siete y pensó que a ella se le había hecho más largo y a la vez más corto. En otras palabras, el tiempo se había convertido en algo distinto. Allí, en aquella habitación, su cama quedaba junto a la ventana y se veían árboles. Era otoño y veía las hojas de los arces caer una por una, a veces se descolgaban dos o tres a la vez. Y eso le gustaba. No le caía bien la mujer con la que compartía habitación y pidió que corrieran la cortina que separaba las dos camas, y alguien lo hizo y ella dijo:

—Bueno, pues que se quede así.

De noche, le parecía que no dormía nada, pero en realidad no le importaba, o tal vez era que sí dormía. Christopher le había traído su pequeño transistor y Olive se aferraba a él, se lo pegaba a la mejilla como si la radio fuera un osito de peluche y ella una niña. Por las mañanas, muy temprano, veía cómo despuntaba el día a través de la ventana. Qué asombroso era ver el cielo, que pasaba de un gris muy pálido al rosa, y del rosa al azul: iluminaba los árboles desde atrás, y después los atravesaba. Olive se sentía realmente anonadada. ¡Qué bonito! Y entonces, cuando todavía era tan temprano que ni siquiera había salido el sol, aparecía el doctor Rabolinski y decía:

—Hola, Olive, ¿cómo está hoy mi paciente favorita?

—Fatal —decía ella—. Me quiero ir a casa.

Aunque en realidad no quería irse, porque estaba enamorada de ese hombre. En su interior se avergonzaba de ello, tanto que le quemaba, pero no podía evitarlo.

Cuando él le preguntó si había tenido movimientos intestinales, ella casi se muere.

—No —respondió, apartando la mirada. Y cuando quiso saber si había tenido «vientos», ella respondió—: No lo sé.

Y él le dijo que de acuerdo, pero que se lo hiciera saber cuando ocurriera. Y se sentó en la cama y le cogió la mano. Le dijo que estaba evolucionando muy bien y que podría volver a casa dentro de unos días.

—Soy una mujer de ochenta y tres años —dijo ella, mirándolo.

Él le devolvió la mirada desde detrás de aquellas gafas gruesas.

—En mi mundo —dijo—, eso es un bebé.

Pero cuando traían las bandejas de los desayunos y empezaba la jornada en el hospital, ella se ponía quejica y quería irse a casa. Christopher —que había regresado brevemente a su casa de Nueva York pero ya volvía a estar con ella— aparecía a veces mientras ella estaba pinchando con desgana los huevos revueltos, o a veces más tarde, pero parecía cansado y a ella le preocupaba.

—Te he buscado cuidados a domicilio —le dijo él—. Habrá alguien en casa las veinticuatro

horas durante las primeras dos semanas.

—No lo necesito —dijo ella—. Qué tontería.

Pero la verdad era que la idea de estar sola en casa le daba miedo.

Por la tarde, Jeff, el enfermero, vino a verla antes de iniciar su turno en la UCI.

—Hola, hola —le dijo ella—. Ya camino por los pasillos. Estoy lista para volver a casa.

—Es usted increíble —le dijo él.

Él la cogió del brazo mientras ella caminaba por los pasillos con la ayuda de su bastón.

—Tú también —dijo ella.

El doctor Rabolinski volvió a preguntarle si había habido tránsito intestinal y ella estuvo a punto de mentirle, pero no lo hizo.

—Pues no —dijo.

—No se preocupe. Lo habrá.

Y entonces, esa misma tarde... ¡Aleluya! Olive soltó primero unas ventosidades, luego más ventosidades y después salió algo más, bastante líquido. Al principio ella no entendía qué estaba ocurriendo, pero al levantarse de la cama pudo ver el desastre que había dejado allí. Pulsó el botón para llamar a la enfermera. Pero no venía. Volvió a pulsarlo. La enfermera llegó al fin y dijo:

—Vaya por Dios.

Y Olive se sintió aún peor.

—Eso digo yo —dijo Olive—. Es horrible.

—No se preocupe —dijo la enfermera—. Esas cosas pasan.

—Ah, ¿sí? —le preguntó Olive.

Y la enfermera le dijo que a veces pasaba, que era por los antibióticos que le habían dado para la neumonía. Y que iba a meterla en la ducha y cambiaría las sábanas, y cuando Olive salió de la ducha ya lo habían hecho, y habían puesto un gran protector en la cama, como de tela de pañal.

Cuando apareció el doctor Rabolinski a la mañana siguiente, ella esperó a ver si ya se había enterado de la desgracia, pero como no comentaba nada, ella misma le dijo:

—Ayer hubo tránsito intestinal, un tránsito bastante horrible, por cierto.

Se obligó a sí misma a mirarlo a la cara.

—Es por los antibióticos —dijo él, encogiéndose de hombros.

Así que ella se tranquilizó un poco y le preguntó cuándo podría irse a casa.

—Cualquier día de estos.

Entonces se sentó en la cama, sin decir nada, y Olive miró por la ventana.

Durante unos momentos, sintió algo que se parecía bastante a la felicidad, pero que era más como si el tiempo se hubiera detenido —en esos instantes, el tiempo se había detenido— y solo estuvieran el doctor y la vida, y estaba allí con ella, al sol de la mañana que bañaba la cama. Apoyó la mano brevemente en la del médico y, sin dejar de mirar por la ventana, en voz muy baja, le dijo:

—Gracias.

Y él, también en voz baja, le respondió:

—De nada.

* * *

Una vez en casa, Olive se sentía fatal. No entendía cómo podía haber vivido tantos años en ella — en la casa de Jack—, que ahora le parecía tan distinta, y le preocupaba que a partir de ese momento se lo pareciera siempre. Hacía mucho frío en ella y tuvo que aumentar la potencia de la calefacción, algo que no había hecho nunca. El salón se le antojaba enorme y le parecía que casi no podía recorrerlo entero, así que durmió en la habitación de invitados de abajo. Pero entonces apareció Betty —la primera cuidadora— y era una persona muy corpulenta. No era gorda, pero sí corpulenta. Los pantalones granates le iban apretados, la camisa casi no le abrochaba. Tendría unos cincuenta años. Apenas llegó, se sentó en una silla.

—¿Qué hay? —le preguntó a Olive, y eso a Olive no le gustó.

—He tenido un infarto y, según parece, tú tienes que hacerme de niñera.

—No sé si yo lo diría así —dijo Betty—. Soy auxiliar de enfermería.

—Muy bien —dijo Olive—. Llámame como mejor te parezca. Pero estás aquí para hacerme de niñera.

Cuando Olive, minutos después, se fue a la cocina, miró por la ventana y vio la camioneta en la que había venido Betty. Se fijó en que en el guardabarros trasero llevaba aquella pegatina espantosa del hombre de pelo naranja que era presidente y estuvo a punto de morir. Respiró hondo, volvió junto a Betty, que seguía sentada, y le dijo en voz muy alta:

—Escúchame bien. No vamos a hablar de política. ¿Me oyes?

Y Betty se encogió de hombros y dijo:

—Está bien, como quiera.

Olive sentía escalofríos cada vez que pensaba en esa pegatina.

Pero, pasados unos días, Olive medio se acostumbró a Betty. Resultó que había sido alumna suya hacía siglos, en la asignatura de matemáticas de séptimo, aunque ella solo lo recordó cuando Betty se lo dijo.

—Me enviaba muchas veces al despacho del director.

—¿Por qué? —le preguntó Olive—. ¿Qué hacías?

—No paraba de hablar en clase. Era una cotorra.

—¿Y yo te enviaba al despacho del director?

Betty asintió.

—De hecho, yo lo hacía a propósito. Estaba enamorada de él. —Olive la miró fijamente—. Oh, qué colgada estaba de ese hombre —insistió Betty—. El señor Skyler. ¡Ay!

—Jerry Skyler —dijo Olive—. Era un hombre muy agradable. A mí también me gustaba. «Lo estás haciendo muy bien», le decía siempre a todo el mundo. Había sido entrenador.

Betty se rio.

—¡Es verdad! ¡Siempre nos lo decía! Pero bueno, el caso es que a mí me gustaba. Yo era flaca en aquella época. —Y se pasó la mano por la barriga—. Y bastante mona. En fin... Pero es que estaba loca por él.

Olive meneó la cabeza despacio, apuntó a Betty con el dedo y le dijo:

—Lo estás haciendo muy bien.

A las cuatro de la tarde se presentaba en casa otra mujer: se llamaba Jane y era agradable, pero a Olive le resultaba sosa. Jane le preparaba la cena y Olive le decía que quería estar sola, así que aquella cuidadora subía al piso de arriba. A la mañana siguiente, cuando Olive se despertaba, encontraba a otra mujer, pero esa se iba pronto y volvía Betty.

Al cabo de unos días, hacia las cuatro de la tarde —cuando se suponía que debía de llegar Jane—, Betty fue a abrir la puerta y Olive la oyó saludar a alguien, pero notó algo distinto en su voz, un tono menos agradable que el de costumbre. Se levantó y salió al recibidor, y allí, en el umbral, vio a una mujer joven, de piel oscura, que llevaba en la cabeza un pañuelo de color melocotón muy luminoso y un vestido tipo túnica, largo, del mismo color melocotón pero de un tono más oscuro.

—Hola, hola —dijo Olive—. Vaya, vaya, si pareces una mariposa. Pero entra...

La chica joven sonrió y al hacerlo mostró una hilera de dientes blancos, resplandecientes.

—Hola, señora Kitteridge —dijo—. Me llamo Halima.

—Pues entra, entra. Mucho gusto en conocerte —dijo Olive.

Y la mujer entró en el salón, miró a su alrededor y dijo:

—Qué casa tan grande.

—Demasiado grande —dijo Olive—. Ponte cómoda.

Betty se fue sin pronunciar una sola palabra y aquello a Olive le desagradó profundamente. Pero Halima se puso manos a la obra al momento. Empezó a trabajar en la cocina, le preguntó a Olive qué cenaba y después preparó la cama de la habitación de invitados, aunque solo eran las cinco, mientras Olive estaba sentada en el salón.

—Ven a sentarte —le dijo finalmente Olive, y la mujer entró y se sentó, y a Olive volvió a parecerle que estaba guapísima.

—Te llamaré Mariposa —le dijo, y ella le sonrió con aquellos dientes tan blancos y se encogió de hombros y le dijo:

—De acuerdo, pero me llamo Halima.

—Y ahora cuéntame, señorita Halima Mariposa, seguro que eres de Shirley Falls.

Y Halima le dijo que sí. Había estudiado en la Escuela Superior de Central Maine y había obtenido el título de auxiliar de enfermería. Se encogió un poco de hombros y la túnica osciló como si fuera un suave aleteo. Y en fin, allí estaba, dijo.

—¿Y naciste aquí? —le preguntó Olive.

—Nací en Nashville. Después, hace quince años, mi madre se trasladó aquí.

—¿Ella estuvo en uno de aquellos campos de refugiados de Kenia?

A la mujer se le iluminó la cara.

—¿Sabe lo de los campos?

—Sí, claro. ¿Crees que soy una tonta ignorante?

—No, no lo creo. —Halima se apoyó en el respaldo de su silla—. Mi madre estuvo en el campamento ocho años y al final pudo venir aquí.

—¿A ti te gusta esto? —le preguntó Olive.

Halima se limitó a sonreírle y después dijo:

—A ver si come algo. Está demasiado flaca.

Y Olive se echó a reír.

—Yo no he estado flaca en toda mi vida, señorita Halima Mariposa —dijo, y Halima se metió en la cocina—. Y tú no te quedes ahí a verme comer —le dijo Olive cuando Halima metió en el microondas un pedazo de pastel de carne y una patata asada—. Si no vas a comer nada, te vas.

Así que Halima salió de la cocina y regresó justo cuando Olive se estaba acabando la cena.

—¿Por qué te vistes con esas cosas? —le preguntó Olive.

Halima, que estaba fregando los platos, se volvió y sonrió a Olive por encima del hombro.

—Porque es lo que soy.

Al cabo de unos instantes, cerró el grifo y dijo:

—¿Y usted por qué se viste con esas cosas?

—Está bien —dijo Olive—. Solo era una pregunta.

Al día siguiente, Olive dijo:

—Escúchame bien Betty Boop.

Betty se sentó delante de Olive, en la otra silla.

—Ayer vi cómo tratabas a esa mujer, y eso en mi casa no lo consiento. —Olive, de pronto, vio con total claridad en la expresión de Betty que aquella mujer volvía a tener doce años y ponía mala cara—. Y deja de poner morros. Ya va siendo hora de que te hagas adulta.

Betty movió el trasero en la silla y dijo:

—Usted me dijo que no hablaríamos de política.

—Exacto —dijo Olive—. Y esa mujer no es política. Es una persona y tiene todo el derecho a estar aquí.

—Bueno, pues a mí no me gusta su aspecto, lo que lleva puesto, me da pánico. Y sí es política —añadió Betty.

Olive se quedó pensando unos momentos, y al final suspiró y dijo:

—Bien, en mi casa tienes que ser amable con ella. ¿Lo entiendes?

Y Betty se levantó y empezó a recoger cosas para poner una lavadora.

* * *

Cuando había transcurrido la primera semana, Betty llevó a Olive a su cita con el doctor Rabolinski. Olive se había pintado los labios y estaba sentada junto a Betty en el coche. En el coche de Olive. Antes muerta que dejarse ver en aquella camioneta, con aquella pegatina. Olive iba en silencio, asustada al pensar que estaba a punto de volver a ver a ese hombre. Tuvieron que estarse casi una hora en la sala de espera de su consultorio. Betty hojeaba revistas y ella estaba ahí, sentada en silencio, con las manos en el regazo. Al final, la enfermera dijo su nombre. Olive se puso la bata de papel y se sentó en la camilla, y la enfermera regresó y le pegó unas cosas en el pecho y le hizo un electrocardiograma, y entonces le quitó aquellas cosas de metal y la dejó sola. Olive se incorporó un poco. Delante de ella había un espejo y, al verse en él, se quedó horrorizada. Pensó que parecía un hombre disfrazado de mujer. El pintalabios destacaba tanto en aquella cara tan pálida... ¿Cómo no se había dado cuenta en casa? Miró a su alrededor en busca de un pañuelo de papel, porque tenía que quitarse como fuera ese absurdo pintalabios, pero entonces el doctor Rabolinski entró y cerró la puerta.

—Hola, Olive —dijo—. ¿Cómo está?

—Fatal —dijo ella.

—Vaya. —Él se sentó en un taburete de ruedas y con los pies lo acercó a la camilla, mirándola a través de aquellas gafas de cristales tan gruesos—. Pues el electrocardiograma ha salido muy bien. Cuénteme por qué está fatal —le dijo.

Y a Olive le pareció que volvía a estar en la clase de primero, pero que ella se había convertido en Sawyer el Callado, el niño que se sentaba delante de ella durante aquel curso. Quién le iba a decir que se acordaría de él precisamente en ese momento. Era un niño de familia pobre que nunca entendía lo que la maestra le pedía y aquel estado de confusión —y su silencio constante— volvieron ahora al recuerdo de Olive con gran fuerza. Porque ella tampoco sabía qué decir y el doctor esperaba su respuesta.

Al cabo de un momento, el médico sacó el estetoscopio y se lo metió con gran rapidez por la abertura de la bata para escucharle el corazón. Después se lo aplicó a la espalda y le dijo que respirara hondo.

—Otra vez —le dijo, y ella inspiró—. Otra vez. —Se echó hacia atrás en el taburete y le dijo —: Me gusta todo lo que oigo.

Le agarró la muñeca, y ella se dio cuenta de que le estaba tomando el pulso y no lo miró.

—Bien —dijo él, y anotó algo en un papel.

Le rodeó el brazo con aquella tira de tela con velcro, apretó la pera para tomarle la tensión, volvió a decir «Bien» y también anotó el resultado. Volvió a sentarse en el taburete, ella se fijó en que la miraba y, al cabo de un momento, le dijo:

—Ahora intente contarme por qué se siente fatal.

Y a ella empezaron a resbalarle las lágrimas por la cara. ¡Lágrimas! ¡Ella! Le caían hasta los labios, aquellos labios ridículos, pintados, y notaba que le temblaban. Era incapaz de hablar y se negaba a mirarlo. Él le acercó un pañuelo y ella lo cogió y se secó los ojos y la boca, y vio que la mancha de color se quedaba en el papel.

—No se preocupe, Olive —dijo él—. Es natural. No se olvide de lo que le dije: después de un infarto es normal sentirse deprimido. Pero va a sentirse mejor, eso se lo prometo. —Olive, sin embargo, seguía sin mirarlo—. ¿De acuerdo? —Y ella asintió—. Vuelva a verme la semana que viene.

El doctor se levantó y salió de la consulta. Y ella se puso a llorar de nuevo, no podía parar. Al final se limpió del todo el pintalabios, se secó los ojos y se vistió. Cuando salió, Betty la miró algo sorprendida y Olive adelantó una mano para pedirle que no dijera nada. Volvieron a casa en silencio.

Cuando estaban dentro de casa, Betty dijo:

—Y ahora dígame, ¿está bien?

Olive se sentó en la butaca que había sido de Jack.

—Estoy bien —dijo—. Es solo que estoy harta de todo.

—Pero se está recuperando muy bien —dijo Betty sentándose frente a Olive, en la otra butaca —. Créame. He tenido pacientes que se han pasado semanas sin poder ducharse solos y, en cambio, usted se lavó el pelo en cuanto llegó a casa. —Betty la señaló y añadió—: «¡Lo estás haciendo muy bien!».

Olive la miró.

—¿No podían ducharse? ¿Después de un infarto?

—Pues no.

—¿Y qué hacían?

—Los ayudaba yo —dijo Betty—. Pero a usted no he tenido que ayudarla en nada. Si ni siquiera he tenido que cogerla del brazo, por Dios.

Olive se quedó pensativa unos momentos.

—Bueno, pero de todos modos estoy harta de todo.

* * *

Cuando Halima Mariposa llegó a casa ese día, Betty dijo, exagerando mucho:

—¡Eh! ¡Hola!

Olive la habría matado.

—Es una imbécil —le dijo Olive a Halima cuando Betty se fue.

Halima la miró y le dijo:

—¿Lo dice por la pegatina del coche?

—Sí —dijo Olive—. Lo digo exactamente por eso.

Halima bajó la mirada, pasó un dedo por la mesa de la lámpara y dijo:

—Mi hermano pequeño, cuando se enteró de que a ese hombre lo habían escogido presidente, se echó a llorar. —Alzó la vista y continuó—: Se echó a llorar y dijo: «Ahora tendremos que volver». Y mi madre le explicó que él había nacido aquí y que no tenía que irse.

—Oh, por Dios —dijo Olive, cerrando los ojos un instante, antes de seguir—. Cuéntame cómo es ser tú. —Halima miró a su alrededor. Ese día llevaba una túnica granate y un pañuelo oscuro en la cabeza—. Por cierto, la cosa esa de color melocotón que llevabas el otro día era preciosa.

Halima sonrió un poco y dijo:

—¿Y esta no le gusta?

—No tanto —dijo Olive—. Demasiado oscura.

Halima le contó a Olive que tenía cuatro hermanas y dos hermanos pequeños, y que dos de sus hermanas y un hermano vivían en Minneapolis.

—¿Por qué? —preguntó Olive.

Y Halima respondió que porque les gustaba. Y entonces se levantó y dijo que iba a empezar a prepararle la cena a Olive.

Cuando Halima Mariposa no se presentó al día siguiente —volvió a venir Jane—, Olive se sintió muy mal. Le preguntó a Jane dónde estaba la chica somalí y esta le dijo que no lo sabía.

Olive siguió pensando en Halima, le daba vueltas en la cabeza a la razón por la que la chica no se había presentado. Pensó que debía de ser porque ella no le caía bien, y eso le dolía y la ponía furiosa.

A la mañana siguiente, cuando Betty había salido a hacer unos encargos, telefoneó al centro de atención a domicilio y preguntó por qué no había venido Halima, y la mujer que la atendía le dijo que no tenía ni idea, que ella no se encargaba de la programación.

—De acuerdo —dijo Olive, y colgó.

* * *

Olive ya condujo su coche a la semana siguiente, cuando le tocó ir de nuevo a la consulta del doctor Rabolinski, pero le pidió a Betty que la acompañara. Antes había practicado un poco por las calles del pueblo y había vuelto a casa, también con Betty.

—¿Lo ve? —le dijo Betty—. Ya está recuperada.

En esa ocasión, Olive se preparó a conciencia. Su aspecto era todo lo bueno que podía ser tratándose de una vieja decrepita que acababa de tener un infarto; se puso una chaqueta blanca y azul que había encontrado en el armario y, cuando vio al médico, casi no sintió el menor apego por él. Aquello fue una sorpresa para ella, pero también se dio cuenta —o eso le pareció— de que él no se mostraba tan amable con ella como antes.

—Progresa muy bien —le dijo, y se encogió de hombros—. ¿Qué puedo decirle? Ya está para recibir el alta.

—Sí, claro.

—Nos vemos dentro de un mes —le dijo. Y entonces, cuando ya salía por la puerta, se detuvo y le dijo—: Debe de haber sido usted muy buena madre, Olive.

Seguro que no lo había oído bien.

—¿Y por qué diablos lo cree? —le preguntó mientras se bajaba de la camilla.

—Porque su hijo venía muchas veces al hospital y me ha llamado en dos ocasiones para asegurarse de que está bien. —El médico ladeó un poco la cabeza—. Así que seguro que ha sido usted muy buena madre.

Olive estaba algo desconcertada.

—Pues no sé si eso es verdad —dijo, despacio.

—Vístase y nos vemos en mi despacho —le dijo el doctor Rabolinski.

Una vez allí, el médico se limitó a repetir que iba muy bien. Y Olive se levantó y se fue.

Mientras iba conduciendo camino de casa, con Betty a su lado, Olive se preguntaba si los sentimientos que había tenido por aquel hombre se los había causado el hecho de creer que le había salvado la vida. Tal vez una se enamora de la gente que te salva la vida, aunque una crea que no es digna de ser salvada.

* * *

Pero en casa de Jack —porque volvía a ser la casa de Jack, no la suya; así lo había sentido Olive cada vez más desde su salida del hospital— se sentía insegura. Ya no se sentía como antes. No dejaba de pensar: estoy distinta. Después de que Betty y las demás se despidieran el último día — Betty había intentado abrazarla, pero ella se había limitado a quedarse ahí plantada—, se sintió particularmente indefensa. No se encontraba bien y estaba cansada. Pero cuando se lo explicó al doctor Rabolinski en su siguiente visita, él le dijo:

—Está muy bien, Olive. No hay ningún motivo por el que no pueda vivir sola o conducir. Ya está recuperada.

—Sí, sí —dijo Olive.

Había veces que era capaz de ponerle un nombre. Lo que sentía era casi pánico. «Maldito el hombre ese», decía, y se refería al médico, que todavía era joven y no tenía ni idea —ni idea— de lo que era ser vieja y estar sola. Pero otros días se sentía bien. No maravillosamente bien, pero al menos podía salir en coche, ir a comprar comida y a visitar a su amiga Edith en aquellas horribles

residencias asistidas para gente mayor que se llamaban apartamentos Maple Tree. Después, cuando volvía a casa se alegraba de estar allí, aunque no lograba quitarse de la cabeza la idea de que aquella era la casa de Jack. Había empezado a sentarse en la silla de Jack para no tener que verla ahí, vacía. Y a veces, mientras estaba ahí sentada, la invadía una tristeza muy profunda, porque sentía el deseo de vivir en la casa que ella y Henry habían construido. Aquella casa la habían demolido y no soportaba siquiera la idea de ir a ver el terreno. ¡Pero qué bonita había sido! ¡Qué hombre tan bueno había sido Henry! Y la tristeza se agudizaba cuando contemplaba la casa en la que vivía —llevaba ya casi ocho años allí— y pensaba: «La verdad es que... estar aquí sentada cuando podría seguir viendo el mar...».

Pensaba en la expresión de Jack la noche en que murió en la cama, a su lado. Le dijo: «Buenas noches, Olive».

Luego se había dado un poco la vuelta para apagar la luz, aunque antes le había dedicado una sonrisa fugaz, que ahora, en su recuerdo, le parecía aquella sonrisa que le dedicaba cuando estaba lejos de ella. Había vivido con él el tiempo suficiente como para empezar a reconocer aquellas cosas, los cambios en su expresión —tan breves— que indicaban que estaba en otra parte. Y a ella le parecía que ese era el caso cuando le había dirigido sus últimas palabras: «Buenas noches, Olive».

«Vete al infierno», pensó, pero la conciencia de aquel hecho le dolía muchísimo: no estaba con ella cuando murió. Bueno, sí estaba con ella, estaba tendido a su lado, pero solo porque aquella era su casa, la casa que había compartido con su mujer, Betsy, y —ahora— a Olive le parecía que esa ya no era su casa: se sentía insegura en ella.

* * *

Y entonces, una tarde, se cayó.

Era una tarde de abril y había tormenta. Olive contemplaba las nubes que avanzaban sobre los campos, y después oyó las gotas de lluvia que aterrizaban en el porche y golpeaban las ventanas. Se levantó y salió al porche. Solo quería recoger los cojines de las sillas que había sacado hacía poco, y no se puso el abrigo ni cogió el bastón. Salió al porche sin más y, al agacharse para recoger un cojín azul de una de las sillas de madera, se fijó mejor y vio que ahí, entre los tablones, había una colilla. Olive no podía dejar de mirarla, no se le ocurría de dónde podía haber salido. Estaba verdaderamente desconcertada, y alarmada. Pero ahí estaba, y no parecía llevar mucho tiempo ahí; sin duda no llevaba semanas, porque la parte blanca del cigarrillo seguía blanca, aunque ligeramente aplastada. Ahí, al lado mismo de la silla. ¿Se había sentado alguien en esa silla a fumar mientras ella no estaba? ¿Cómo podía ser?

Olive se agachó. Más tarde, no sería capaz de entender cómo se había caído, pero el caso es que se había caído. Se cayó a peso, casi de cara, pero llegó a ladearse y quedó entre la silla y la fachada de la casa, y se sorprendió tanto que durante un momento le pareció que la cabeza no le funcionaba igual. Era solo sorpresa. Pero vio que no podía levantarse. No podía levantarse.

—Olive, levántate —dijo en voz baja—. Olive, levántate. —Lo intentó una y otra vez, pero no tenía fuerza en el brazo para empujar e incorporarse—. Levántate —seguía diciéndose sin parar—. Olive, levántate, maldita tonta, levántate.

El viento cambió ligeramente de dirección y la lluvia empezó a mojarla, como si apuntara directamente hacia ella. Era una lluvia fría, y notaba que las gotas le daban en la cara, en el brazo,

en las piernas. «Dios mío —pensó—. Me voy a morir aquí fuera». La noche anterior había hablado con Christopher por teléfono, así que a él no se le ocurriría volver a llamarla hasta que pasaran al menos unos días más. Y si la llamaba alguien más —¿quién?, ¿Edith?— y ella no respondía, no le daría importancia.

—Olive, levántate, levántate ahora mismo —decía una y otra vez.

Iba a morirse de... ¿de qué se iba a morir? ¿De estar a la intemperie? No, no hacía tanto frío para eso, aunque ella tenía mucho frío, porque la lluvia la empapaba. Moriría de... hambre. No, moriría de deshidratación, ¿y cuánto iba a tardar? Tres días. Estaría ahí, tirada en el suelo, durante tres días.

—Olive, te levantas ahora mismo.

Has oído historias parecidas. Marilyn Thomson, que se cayó en el garaje de su casa y estuvo ahí tirada dos días; Bertha Babcock, que se cayó en las escaleras del sótano y se quedó ahí varios días hasta que la encontraron muerta.

—Levántate ahora mismo, maldita estúpida.

Pero no podía. Lo intentaba, aunque solo conseguía ladearse un poco más: no tenía fuerza en los brazos. Se fijó en el grifo que sobresalía de la fachada. A Jack no le gustaba que estuviera ahí, le parecía ridículo un grifo justo al lado de la puerta, en el porche, pero le contó que su mujer lo quería en ese sitio para que le fuera más fácil regar las plantas. «Qué bien, Betsy», dijo Olive.

Le castañeteaban los dientes. Centímetro a centímetro, Olive empezó a mover el cuerpo echándose un poco hacia delante, una y otra vez, hasta alcanzar el grifo. Trató repetidamente de agarrarse, pero no llegaba, por poco. Al final, sin embargo, consiguió ponerle la mano encima, y eso la ayudó mucho. El grifo se mantenía firme y de ese modo, sujetándose en él, pudo llegar a sentarse, y después se dio la vuelta y se puso de rodillas, y así fue capaz de apoyar las manos en los brazos de la silla, y finalmente se puso en pie. Temblaba tanto que tuvo que apoyar una mano en la pared mientras entraba muy despacio en casa. Una vez dentro, se quedó mucho rato sentada, mojada, en la silla de madera que estaba junto a la mesa, hasta que al final se sintió con fuerzas para darse una ducha.

Pero lo que le había ocurrido no había sido poca cosa. Sentada en la cama, con una toalla en el pelo, Olive miraba a su alrededor. ¿Quién diablos se habría fumado un cigarrillo en su porche? ¿Quién podía ser? No dejaba de imaginarse a un hombre de aspecto siniestro fumando en su porche mientras esperaba a que ella regresara, un hombre espantoso que sabía que ella vivía allí, sola, en medio de la nada.

Durante la semana siguiente, Olive no dejó de tener miedo. Lo tenía cuando se acostaba, lo tenía en cuanto se levantaba. Tenía miedo por la tarde cuando se sentaba a leer un libro. Y no remitía. Empeoraba. Entonces comprendió que lo que sentía era verdadero terror, un terror distinto del que había sentido cuando había muerto Jack o Henry. En aquellos casos ella se sentía «llena» de terror, pero ahora el terror estaba sentado a su lado. Se sentaba delante de ella en la mesa rinconera de la cocina, se sentaba en la bañera mientras ella se lavaba la cara, se sentaba a su lado, junto a la ventana, mientras leía, se sentaba a los pies de la cama.

Y empezó a caminar por la casa que había compartido con Jack diciendo: «No lo soporto, no lo soporto, no soporto este sitio».

* * *

La soledad. ¡Oh, la soledad!

La soledad le provocaba llagas.

No había tenido ese sentimiento en toda su vida; eso pensaba mientras se movía por la casa. Tal vez era que el terror, finalmente, se estaba retirando y dejaba paso a ese universo claro y diáfano de soledad a la que se enfrentaba, pero sentirse así la desconcertaba. Se daba cuenta de que era como si durante toda su vida hubiera tenido cuatro ruedas grandes debajo, sin saberlo siquiera, y ahora las cuatro se tambalearan y estuvieran a punto de soltarse. No sabía quién era, ni qué iba a ocurrirle.

Un día, estaba sentada en la butaca que había sido de Jack y pensó que se había convertido en una persona patética. Si había algo que Olive detestara era la gente patética. Y ahora ella era una patética más.

Oyó que un coche aparcaba delante de casa. Se levantó despacio y fue hasta la puerta para levantar un poco la cortinilla que cubría el cristal y ver quién era. ¡Pero si era nada menos que Halima Mariposa! Olive abrió la puerta, y Halima entró y le dijo:

—Hola, señora Kitteridge.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Olive cerrando la puerta.

—He venido a visitarla. —Llevaba la misma ropa color melocotón que Olive le había visto la primera vez—. Estaba por la zona y me he dicho: voy a ver cómo está la señora Kitteridge. ¿Cómo se encuentra?

—Fatal —dijo Olive—. ¿Por qué no volviste más?

—No me gusta conducir hasta Crosby desde Shirley Falls, así que cuando tengo algún cliente más cerca, lo prefiero. —Se encogió de hombros y se le levantó la túnica. Le sonrió con aquella sonrisa de dientes blancos y resplandecientes—. Pero ahora estoy aquí.

—Pues qué bien —dijo Olive.

Cuando ya se habían sentado en el salón, Olive le contó lo de la caída, lo de la colilla. Halima pareció preocuparse.

—Eso no me gusta nada —dijo—. No debería vivir sola.

Olive chasqueó la lengua en muestra de desagrado y agitó la mano para dar a entender que aquello era una tontería. Pero Halima se inclinó hacia delante y la apuntó con el dedo.

—En mi cultura —dijo— usted nunca estaría sola.

A Olive eso no le gustó.

—Bueno, pues en la mía —dijo, apuntando también a Halima con el dedo— los hijos se casan, se van y ya no vuelven.

* * *

La lista de espera para entrar en los apartamentos Maple Tree era de doce meses. Pero una noche, cuando hablaban por teléfono, Christopher le dijo que se le había ocurrido algo para que pudiera entrar en solo cuatro.

—Mamá —le dijo—. Te apunté cuando tuviste el infarto, por si acaso. Así que ya estás en la lista de espera. —Y entonces añadió—: Pero, mamá, escúchame bien. Vas a tener que vender esa casa. Tienes que vivir en una residencia asistida, pero podrás vivir en la zona más independiente.

Lo que no puedes es seguir viviendo sola en esa casa.

Olive estaba muy cansada.

—Está bien.

Y así fue. Cuando llegó la primavera, Olive lo notó, y lo agradeció. Primero los arbustos de forsitia, y también las campanillas que había junto a la casa. Pero después, una noche, nevó un poco, y a la mañana siguiente las forsitias parecían huevos revueltos. Entonces florecieron los narcisos, y por último las lilas. Se fijó en ellas cuando iba camino de los apartamentos Maple Tree, adonde últimamente acudía con más frecuencia a visitar a su amiga Edith, porque Buzzy, su marido, había muerto hacía poco. Edith no dejaba de hablar de lo maravilloso que había sido Buzzy. A Olive nunca le había caído especialmente bien el marido de Edith, pero se quedaba ahí sentada, escuchando, mientras Edith le contaba una vez más que Buzzy se había caído y lo habían enviado «al otro lado del puente», que era como Edith decía que se referían al sitio al que llevaban a las personas que sufrían embolias y otras cosas, y que en efecto quedaba al otro lado de un puentecillo, y que había muerto tan de repente... Ah, qué cansino era escucharla. Pero Edith le decía que se alegraba de que Olive también fuera a instalarse allí muy pronto, aunque en realidad solo lo dijo una vez, y a Olive le habría gustado oírsele decir más.

Cada vez que llegaba y que se iba de los apartamentos Maple Tree, Olive, como es lógico, lo observaba todo con otros ojos. La gente le parecía tan vieja... Dios, qué cantidad de hombres que arrastraban los pies, y cuántas mujeres encorvadas... Y cuántos ancianos con caminadores que incorporaban un pequeño asiento. Pero bueno, ese iba a ser su futuro aunque, a decir verdad, a ella no le parecía real.

* * *

Y entonces, un día, cuando estaba sentada en la silla de Jack, oyó que un coche subía por el camino de su casa y dijo en voz alta:

—¿Quién diablos será?

Cogió el bastón, con la súbita esperanza de que fuera Halima Mariposa otra vez, y se fue hasta la puerta, pero era Betty, que se estaba bajando de su camioneta. Olive abrió la puerta y Betty dijo con una voz muy alegre y, según Olive, muy falsa:

—¡Hola, Olive!

Betty se sentó al momento en la silla en la que se había sentado siempre y dejó el bolso en el suelo, a su lado.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

Y Olive se lo contó. Le contó que se iba a vivir a los apartamentos Maple Tree a final de verano, y le contó que se había caído y había estado a punto de morir —así es como se lo contó a Betty—, y entonces le dijo que la culpa de su caída la había tenido la colilla de un cigarrillo que se había encontrado junto a las sillas del porche.

—Ah —dijo Betty—. Seguramente sería mía. Lo siento.

Olive tardó un buen rato en asimilar la información.

—¿Cómo dices?

—Vine un día y usted no estaba en casa, así que me senté y me fumé un cigarrillo.

—¿Tú fumas? —le preguntó Olive—. ¿Me estás tomando el pelo?

Betty bajó la mirada y clavó los ojos en las zapatillas deportivas sin cordones que llevaba.

—Solo cuando estoy muy disgustada. Y ese día lo estaba. —Alzó la vista, miró a Olive y dijo —: Jerry Skyler ha muerto.

Olive no dijo nada, se limitó a mirarla. Se sorprendió al ver que Betty tenía lágrimas en los ojos.

—Sí —continuó Betty, secándose las con el dorso de la mano—. Lo busqué en Google un día y descubrí que había muerto. Solo tenía sesenta y ocho años. De un infarto, aunque a lo mejor esto no debería decírselo. Falleció mientras recogía las hojas del patio trasero de su casa, al norte de Bangor.

Olive estuvo a punto de pegarle cuatro gritos a aquella mujer que se había fumado un cigarrillo en el porche de su casa, que le había dado un susto de muerte tan grande que hasta había decidido irse de casa. Pero no lo hizo. Observó la cara de Betty, vio aquellos lagrimones que se le metían en la boca, exactamente igual que cuando ella se echó a llorar en la consulta del aquel doctor del que se había enamorado, el día en que llevaba los labios pintados. Y Olive se quedó pensando en eso: en que la gente es capaz de amar a personas a las que apenas conoce, y en que ese amor puede ser muy duradero, y puede ser muy profundo, aun cuando —como era su caso— fuera temporal. Pensó en Betty y en aquella pegatina ridícula, y en el niño que se había asustado tanto, aquel del que le había hablado Halima y, sin embargo, hablarle de cualquiera de aquellas cosas a Betty, que en ese momento estaba sufriendo de verdad —igual que le había pasado a Olive — le pareció cruel. Así que no dijo nada.

Al cabo de un momento, Olive se levantó de la silla y le trajo un pañuelo de papel a Betty, se lo dejó en el regazo y volvió a su sitio. Betty se sonó y se secó los ojos.

—Gracias —dijo.

Un rato después, Olive le preguntó:

—¿Cómo es tu vida, Betty?

Betty la miró.

—¿Mi vida? —dijo. Y las lágrimas volvieron a asomar a sus ojos—. Bueno, ya sabe. —Agitó un poco el pañuelo—. Un asco —dijo, intentando sonreír.

—Cuéntame un poco —dijo Olive—. Me gustaría oírte.

Betty seguía llorando, pero también sonreía más, y dijo:

—Bueno, Olive, es una vida, nada más.

Olive pensó un poco en ello.

—Bueno, es tu vida —dijo—. Importa.

Y entonces Betty le habló de sus dos matrimonios, que habían acabado mal; de sus tres hijos, que necesitaban dinero desesperadamente; de su hijo, que había tenido amigdalitis estreptocócica a los doce años, y le había afectado el cerebro, y ahora se pasaba el día diciendo que se sentía como un loco; y de que durante un tiempo ella había trabajado repartiendo periódicos a las cuatro de la madrugada y de que al final había conseguido estudiar en la escuela superior de enfermería para ser auxiliar. Olive la escuchaba, se hundía en la vida de aquella mujer y le pareció que su vida había sido considerablemente fácil comparada con las cosas por las que había tenido que pasar aquella chica.

Cuando Betty dejó de hablar, Olive no dijo nada.

¿Qué quería decir que Betty hubiera albergado en su corazón ese amor por Jerry Skyler? Olive

se daba cuenta de que era algo que había que tomarse en serio. Todo amor había que tomarlo en serio, incluido el suyo, aquel amor tan breve por su médico. Pero Betty había mantenido aquel amor encerrado en su corazón durante años y años; hasta ese punto lo necesitaba.

Al final, Olive se inclinó hacia delante en su silla y le dijo:

—Esto es lo que pienso, jovencita: lo estás haciendo muy bien.

Y volvió a apoyarse en el respaldo.

Qué cosa, el amor.

Olive lo sentía por Betty, a pesar de la pegatina de su camioneta.

AMIGA

Una mañana de diciembre, Olive Kitteridge subió a la pequeña furgoneta que llevaba a los residentes de los apartamentos Maple Tree al centro del pueblo para hacer compras en el colmado. La noche anterior había nevado un poco, y todo estaba blanco y resplandeciente. Se agarró a la pequeña barandilla que corría paralela a los pocos peldaños, pasó por delante del conductor, un joven huraño con tatuajes en el cuello, y se sentó en el tercer asiento, junto a la ventana. Era la primera en subirse y era la primera vez que lo hacía. Olive todavía mantenía su coche, pero había decidido ir en furgoneta a la ciudad ese día porque su amiga Edith, que llevaba ya varios años viviendo en Maple Tree, le había dicho hacía poco que tenía que ser más simpática con la gente que vivía allí.

—Sí, sí —había dicho Olive—. Pues yo lo que creo es que la gente tiene que ser más simpática conmigo.

Vio a los demás viejos que iban subiendo —Dios, algunos eran realmente ancianos— y, ya al final, subió una señora que parecía un poco más joven que casi todos los demás y fue a sentarse junto a Olive.

—¡Hola! —le dijo aquella mujer, instalándose con un montón de bolsas de tela encima, además de su bolso rojo.

Era una mujer guapa, con los ojos muy azules y el pelo blanco, algo más largo de lo que a Olive le parecía adecuado.

—Hola —dijo Olive, y la furgoneta se puso en marcha y pasó por encima de los reductores de velocidad y al poco ya estaba en la carretera principal.

Aquella mujer le dijo que se llamaba Barbara Paznik y le preguntó cuánto tiempo llevaba viviendo en Maple Tree. Olive se lo dijo: tres meses. Bueno, dijo Barbara, ladeándose un poco para poder mirar a la cara a Olive, ella se había mudado hacía un mes y le parecía que era un lugar maravilloso. ¿No estaba de acuerdo? Olive le preguntó: «¿De dónde venías?». Y aquella mujer le dijo que de Nueva York, pero que de niña había ido a campamentos en Maine, y que ella y su marido venían de vacaciones muchos años, y que ahora... bueno... ahí estaban, y que a ella le encantaba. Le encantaba. Se levantaban temprano y salían a caminar por el sendero, bajo los árboles, todas las mañanas. Al cabo de un momento, la mujer le preguntó:

—¿Y tú? ¿De dónde eres?

Pero Olive se volvió y miró por la ventanilla; a aquella mujer le olía el aliento.

Pasaron por delante de la iglesia congregacionalista en la que se había celebrado el funeral de su primer marido, Henry, y después la furgoneta entró en Appleton Avenue y fue dejando atrás las casitas. Un niño y su madre acababan de salir de una de ellas. El niño no llevaba gorro, y Olive se

fijó en que la madre parecía cansada. Llevaba zapatillas deportivas a pesar de la nieve.

—Yo soy de aquí —dijo Olive, volviéndose hacia la mujer.

Pero Barbara Paznik estaba hablando con la mujer que estaba al otro lado del pasillo y Olive le veía solamente la espalda, el abrigo de *tweed*. Al cabo de un momento, Olive la llamó golpeándole la espalda con el dedo, varias veces, con una fuerza considerable, y Barbara se volvió con cara de sorpresa.

—Digo que soy de aquí —repitió Olive.

Y Barbara dijo:

—Ah, entiendo.

Y siguió hablando con la mujer del otro lado del pasillo.

La furgoneta se detuvo en el aparcamiento del colmado y la gente empezó a bajarse, despacio. Olive compró pasta de dientes y detergente para la ropa, galletas saladas y avena. Ya estaba lista y se sentó un rato dentro de la tienda, en un banco que estaba junto a la puerta, con su bolsa de tela llena de cosas. Llevaba casi toda la vida comprando en esa tienda y no se había sentado ni una sola vez en ese banco de la puerta. Ese hecho hizo que se sintiera curiosamente —y especialmente— triste. Se levantó y volvió a la furgoneta. El conductor abrió la puerta corredera sin dejar de mirar su teléfono móvil. Ella sacudió un poco el bastón para quitarle la nieve de la punta y se sentó en el mismo lugar de antes, junto a la ventanilla. Volvía a ser la primera persona en subirse a la furgoneta. Mientras esperaba, el silencio la rodeaba.

Al fijarse en los que finalmente llegaron, Olive constató que varias de las mujeres de más edad llevaban, según parecía, aquellos pañales horribles para viejos. Les veía los traseros muy abultados si llevaban chaquetas cortas y una de ellas, al agacharse para recoger algo que se le había caído al suelo, mostró con claridad el hecho a todo el mundo. Olive sintió un escalofrío.

Barbara Paznik ni siquiera miró a Olive cuando se subió de nuevo a la furgoneta; se sentó detrás, con otra persona. Nadie ocupó el asiento libre que quedaba junto al de Olive. Y todo el mundo parecía charlar con alguien. Y entonces, cuando el vehículo se puso en marcha y dobló la esquina —Olive no daba crédito—, todos empezaron a cantar. «Las ruedas del autobús girando van, girando van, girando van...». Las mujeres la miraban entre risas mientras seguían cantando. Incluso las más viejas se reían. Olive tuvo que ponerse a mirar por la ventanilla. Se notaba las mejillas cada vez más calientes. «Dios mío, Jack —pensó—. No sabes lo que te estás perdiendo. Qué bien me lo paso». Y sintió una rabia profunda hacia él por haberse muerto. Y acto seguido pensó: «Tampoco es que fuera gran cosa, ese Jack».

* * *

Para Olive, era como si le hubieran puesto una pantalla encima, una de esas rejillas con las que se cubren las tartas en las mesas de pícnic para que no se acerquen las moscas. Dicho de otro modo, estaba atrapada y su visión del mundo se había vuelto más pequeña. Cada mañana se iba en coche hasta la tienda de donuts y se compraba dos donuts y un café para llevar, y luego se acercaba hasta Juniper Point y contemplaba el mar mientras se comía los donuts. Las mareas, las algas, los abetos del islote... todas aquellas cosas le recordaban su vida con Henry. Se bajaba del coche y tiraba el vaso de café en la papelera. Y después, a regañadientes, regresaba a Maple Tree.

Su apartamento, que tenía una salita con cocina incorporada, un dormitorio y un baño grande,

daba al norte y, por tanto, no recibía sol directo. Eso era algo que le desagradaba profundamente. A ella le encantaba el sol. ¿Iba a tener que vivir sin él? Se lo había contado a Christopher por teléfono poco después de instalarse, y él le dijo:

«Mamá, hemos tenido mucha suerte de que te concedieran uno».

Ella se había traído la cama individual de la habitación de invitados de la casa en la que había vivido con su segundo marido, Jack, y una mesa de madera que ya tenía cuando vivía con su primer marido, Henry. Y un aparador pequeño que también era de esa época. Había sido Jack el que había sugerido guardar esos muebles en el sótano de su casa, y ahora se alegraba de haberle hecho caso. Porque de esa manera allí había trozos de Henry.

—Gracias, Jack —le dijo Olive cuando se fueron los del camión de mudanzas. Y añadió—: Y gracias, Henry.

Sobre el aparador puso un retrato de Henry y otro más pequeño de Jack.

Todas las tardes, un grupo de residentes se reunía en la sala comunitaria, donde había mesas de madera y varias sillas, que eran de color verde oscuro y tenían reposabrazos. Algunos se tomaban una copa de vino y Olive seguía intentando unirse a ellos. La tarde que siguió a aquel espantoso trayecto en furgoneta, bajó a la sala y se quedó de pie junto a un grupo de personas, con una copa de vino blanco en la mano, pero le pareció que le daban a entender muy claramente que no era una de ellos. Olive había llegado a la conclusión de que todos llevaban una vida sana y eran unos esnobs. Aquella noche, una mujer, que era alta y llevaba unos pantalones azul marino y una blusa blanca, estaba hablando sobre Harvard. Que si Harvard esto, que si Harvard aquello. Olive dijo:

—Mi segundo marido dio clases en Harvard. Estudió en Yale y fue la persona más joven en obtener plaza en Harvard.

La mujer la miró. La miró y nada más.

—Ah, ¿sí? —dijo.

Y se fue a otra parte.

—Bueno, pues idos todos al diablo —dijo Olive dejando la copa en una mesa.

Y mentalmente, incluyó también a Jack. De hecho, cuando llegó a su apartamento, retiró del aparador su foto y dejó solo la de Henry.

Entre los residentes había algunos que eran de la zona; su amiga Edith, por ejemplo, que ya llevaba años viviendo allí. Pero ella ya tenía su vida hecha. Cuando la primera noche Olive bajó al comedor a cenar —era una sala espaciosa, con unas celosías blancas, ridículas, en la mitad superior de las paredes— Edith estaba sentada a una mesa para cuatro y las otras tres sillas ya estaban ocupadas. Edith la saludó con un leve movimiento de mano y nada más. Y Olive se sentó sola en una mesa de dos. No sabía qué cara poner mientras se comía aquella ridícula ensalada que se había preparado ella misma en el bufé y aquella rodaja pequeña de salmón acompañada de un arroz amarillo.

Pero Bernie Green también vivía allí. Olive se acordaba de él, porque cuando Henry había tenido que vender su farmacia a aquella gran cadena, Bernie le había llevado todas las cuestiones legales y su marido siempre le hablaba muy bien de él. Y sí, ahí estaba, más viejo que Matusalén. ¿Y su mujer? ¿Dónde estaba su mujer? Pues resultó que su mujer estaba al otro lado del puente. Muy poco después de mudarse a aquellos apartamentos, se le había manifestado el alzhéimer, así que Bernie se iba todas las mañanas a la unidad de alzhéimer, cruzando el puente peatonal que

conectaba con ella, y una vez allí se sentaba junto a la cama y la veía deteriorarse cada día más. Cada vez que Olive lo veía, él tenía lágrimas en los ojos y a veces incluso le resbalaban por la cara.

—¿Y eso por qué? —le preguntó un día a Christopher por teléfono.

Y su hijo le respondió:

—Bueno, mamá, seguramente está triste por lo de su mujer.

Y Olive le dijo:

—¡Pero es que, Christopher, va por ahí llorando!

Y Christopher le dijo que era algo cultural.

—¿Cultural? ¿Qué diablos quieres decir?

Christopher le explicó que aquel hombre era judío y que a los hombres judíos no les daba vergüenza llorar.

Olive colgó, asqueada con los dos.

Ethel MacPherson también llevaba seis meses viviendo allí: se había trasladado después de que muriera su marido, Fergus, y parecía saberlo todo de todo el mundo. Había sido ella la que le había contado a Olive que la mujer de Bernie estaba al otro lado del puente. Ethel le contó:

—Ah, es que no soportaba seguir viviendo en aquella casona vieja después de la muerte de Fergie. ¡Cómo lo echo de menos!

—¿No era el que se paseaba por Crosby con una falda escocesa?

Ethel le dijo que sí, que ese era su marido.

—¿Y eso por qué? —le preguntó Olive—. La verdad es que nunca acabé de entenderlo.

Ethel pareció sentirse insultada por aquella pregunta.

—Bueno, si tuvieras antepasados escoceses, tal vez lo verías de otra manera —dijo Ethel.

—¡Pero si tengo antepasados escoceses!

—Pues a lo mejor para ti no significa lo mismo que para Fergie —dijo Ethel, y se fue mientras saludaba a alguien que estaba al otro lado del comedor.

«Peor para ti», pensó Olive. Pero se sentía fatal; nadie le hablaba y al cabo de unos minutos regresó a su pequeño apartamento.

En cuanto oscurecía, se metía en su cama individual, pequeña, y veía la tele. El informativo era para ella una fuente constante de asombro. Y la ayudaba. El país estaba hecho un desastre, y eso a ella le resultaba interesante. A veces le parecía que el fascismo volvía a llamar a la puerta del país, pero después pensaba: «Y a mí qué más me da, si me voy a morir pronto». A veces pensaba en Christopher y en todos aquellos niños y se preocupaba por su futuro. Pero a continuación se decía: «Yo no puedo hacer nada, todo se va al infierno».

Pasado un tiempo, Olive conoció a los Chipman; habían vivido a una hora de allí, en Saco, y él era ingeniero y ella enfermera. Los dos estaban jubilados. Y gracias a Dios los dos eran demócratas, por lo que podían hablar de los desastres del mundo, y empezaron a cenar juntos, los tres en una mesa de cuatro. Aquello ayudó a Olive, le dio un lugar. El hecho de que pensara que los dos eran un poco sosos no le preocupaba demasiado, aunque bastantes veces, cuando volvía a su habitación después de haber cenado con ellos, hacía un gesto de impaciencia.

Así es como vivía.

Pocos días después de Navidad, Christopher, su mujer y sus cuatro hijos fueron a visitarla. ¡Y menuda sorpresa! El hijo mayor de Christopher, Theodore, que era de otro padre y que, que recordara Olive, jamás le había dirigido la palabra, entró en su apartamento, convertido ya casi en un adolescente, y le dijo:

—Siento lo de tu enfermedad. Lo del corazón y eso...

—Bueno —dijo Olive—. Esas cosas pasan.

Y entonces el chico, algo inseguro, añadió:

—A lo mejor aquí las cosas van a mejorar.

—A lo mejor.

La nieta de Olive, Natalie, ya tenía ocho años y le dijo algo a Olive, pero después se dio la vuelta y se aferró a su madre, que puso cara de desesperación y dijo:

—Está en esa fase...

—Como todas...

Pero el pequeño Henry, el nieto de Olive, que tenía diez años, había memorizado la lista de todos los presidentes de Estados Unidos.

—¡Qué bien! —le dijo Olive, aunque mientras se la recitaba ella se aburría como una ostra, y cuando llegó al presidente actual, Olive chasqueó la lengua para mostrar su desagrado, y el niño, muy serio, dijo:

—Sí, ya lo sé.

Cuando la familia de Christopher se fue, ella se quedó muy triste y durante dos días cenó en su apartamento, antes de volver a bajar al comedor para encontrarse con los Chipman.

* * *

Era abril cuando Olive vio a aquella mujer por primera vez. Vivía dos puertas más allá, al otro lado del pasillo, y a Olive le pareció algo apocada, como un ratón asustadizo. Y a ella nunca le había gustado la gente apocada. Olive siguió andando hasta el comedor y, cuando ya se había sentado a su mesa y esperaba a que llegaran los Chipman, se dio cuenta de que aquella mujer, que llevaba unas gafas muy grandes para lo pequeña que era su cara, y un bastón con cuatro patas en la punta, también llegaba al comedor y miraba a su alrededor, desconcertada. Olive levantó su bastón y lo agitó en el aire, y la mujer la vio y entonces Olive le indicó que se sentara con ella.

—Dios mío —susurró Olive, porque a aquella mujer le estaba costando lo suyo moverse entre las mesas y todavía ponía aquella cara de desconcierto, como si en realidad Olive no quisiera que se sentara con ella—. ¡Siéntate! —le dijo a la mujer cuando finalmente llegó junto a la mesa, y ella se sentó y le dijo:

—Me llamo Isabelle Daignault, gracias por invitarme a sentarme contigo.

—Olive —dijo Olive. Y pensó: «Franchute», por el apellido.

Pero en ese momento entraron los Chipman y Olive se los presentó.

—Isabelle.

Y los cuatro empezaron a comer y a charlar, y aquella mujer apocada casi no decía nada, y Olive pensó: «Oh, no, qué pereza». Cuando terminaron de cenar, Ratón Asustado se levantó y esperó algo desorientada, y Olive le dijo:

—¿Vuelves?

Y ella le dijo que sí, así que salieron juntas del comedor y llegaron al pasillo.

—Acabo de mudarme, solo hace dos días que estoy aquí —le dijo Ratón Asustado.

—Ah, ¿sí? —dijo Olive—. Lleva un tiempo acostumbrarse, eso seguro. Los Chipman están bien. Casi todos los demás son muy estirados.

La mujer la miró con cara de desconcierto.

—Bueno, adiós —le dijo Olive.

Y la dejó frente a su puerta.

* * *

Ahora ya sí había llegado la primavera y Olive decidió que quería tener una máquina de escribir. Había empezado a escribir algunas cosas —recuerdos— en el ordenador, pero la impresora había dejado de funcionar y ella se había desesperado tanto que se había puesto a temblar; notó que le temblaban las manos. Llamó a Christopher y le dijo:

—Necesito una máquina de escribir. —Y añadió—: Y un rosal.

Y va su hijo y, el fin de semana siguiente, se le planta allí desde Nueva York con una máquina de escribir y dos rosales.

Y además vino acompañado del pequeño Henry.

Mientras entraba con la máquina eléctrica, le dijo:

—Ya cuesta bastante encontrarlas, no sé si lo sabes.

Pero a ella le pareció que no se lo decía con resentimiento.

—Pues te lo agradezco —le dijo Olive.

Le había traído cinco cartuchos de tinta y le enseñó a insertarlos. Después, plantó los rosales siguiendo sus instrucciones, delante de su puerta trasera, en un parterre que había antes de llegar a la acera. El encargado le había dicho que podía plantarlos ahí. Christopher cavó unos huecos profundos, tal como le había pedido ella, y regó los rosales enseguida, porque ella también le dijo que lo hiciera.

—Hola, abuela —repetía el pequeño Henry, porque ella estaba ocupada con los rosales.

Pero después, cuando Christopher entró a lavarse las manos, el pequeño Henry miró a su padre, que le hizo un gesto de cabeza.

—¿Quieres ver el dibujo que te he hecho?

—Sí, quiero —dijo Olive.

Y el niño, con cuidado, desplegó una hoja de papel con la acuarela de una persona esquelética y una casa grande.

A Olive no le pareció nada impresionante.

—¿Quién es? —le preguntó.

—Yo —dijo Henry—. Y esta es mi casa.

—Bueno, bueno —dijo Olive.

—¿Quieres pegarlo en la nevera? —preguntó el niño muy serio, y añadió—: Eso es lo que hace mamá con nuestros dibujos.

—Ya lo pegaré más tarde —dijo Olive.

* * *

Olive estaba casi feliz con aquella máquina de escribir. Le gustaba su sonido, le gustaba poder meter una hoja de papel y poder sacarla —sin aquella maldita impresora parpadeante—, y le gustaba ir amontonando hojas. Algunos días releía lo que había escrito. Otros, no. Pero el montón de papeles crecía lentamente. Eran los únicos momentos en los que sentía que se levantaba aquella pantalla bajo la que vivía; cuando escribía a máquina sus recuerdos.

Un día recordó una cosa. Pero no, aquello no podía ser cierto. Era pequeña y le preguntó a su madre por qué no tenía hermanos ni hermanas, como los demás, y su madre bajó la vista para mirarla y le dijo:

—¿Después de ti? No nos hemos atrevido a tener más.

Pero ese recuerdo no podía ser verdad y Olive no lo escribió.

Sí puso por escrito el recuerdo que tenía de los meses anteriores a que se descubriera que su madre tenía un tumor cerebral, cuando empezó a comportarse de manera rara. Y una de las cosas raras que hacía era acariciar su coche como si fuera un caballo, uno de los que tenía la granja en la que había vivido de niña. Ahora, al pensar en ello, al recordarlo, Olive lo entendía. Hasta ese momento no lo había entendido nunca, pero como su coche le proporcionaba la única libertad que tenía, Olive entendía que su madre amara el coche como si fuera aquel poni de su infancia que la llevaba de un sitio a otro.

«Henry creía en Dios —escribió un día, antes de añadir—: Y yo también, gracias a las ranas que diseccionábamos en clase de biología». Se acordó de aquel día en el instituto en que pensó, mientras observaba el interior de una rana: «Tiene que haber un Dios que haga todas estas cosas». Ahora, al pensar en ello, escribió: «Qué joven era entonces».

* * *

Ratón Asustado seguía comiendo con los Chipman y con ella, y un día, cuando volvían del comedor, le preguntó a Olive si quería entrar con ella a ver el apartamento. Hacía muy poco tiempo que Olive había sabido que aquella mujer era de Shirley Falls —era tan retraída que ni siquiera eso les había contado—, así que Olive le dijo:

—De acuerdo.

Y entró en su apartamento. Y le sorprendió descubrir la gran cantidad de cachivaches que tenía. Allí había una figurita con pantalones tiroleses, y otra con un vestido suizo, y muchísimas fotografías repartidas por las superficies de las mesas. Olive se sentó.

—Bueno, al menos aquí tienes un poco de sol —dijo.

Se fijó en que Ratón Asustado tenía los tobillos muy hinchados y las muñecas también —de eso ya se había dado cuenta—, y entonces la mujer le dijo:

—Tengo artritis reumatoide.

—Eso es horrible —dijo Olive.

Y la mujer coincidió en que era difícil.

Ratón Asustado hablaba en voz baja y Olive le preguntó si podía subir un poco el tono.

—Es que no te oigo —dijo, inclinándose hacia delante en su silla.

Ratón asustado dijo:

—Sí, lo siento.

Y Olive dijo:

—No, por Dios, no tienes por qué sentirlo, solo te pido que hables en voz más alta.

Entonces Ratón Asustado también se inclinó hacia delante y empezó a hablar. Hablaba sin parar y Olive se descubrió a sí misma interesadísima en todo lo que le explicaba. Esto fue lo que le contó la mujer: le dijo que de soltera se llamaba Isabelle Goodrow y que siendo casi una niña se había quedado embarazada del mejor amigo de su padre. Aquello había ocurrido no mucho después de que su padre muriera. Ella era hija única y había estado siempre muy protegida, y no sabía nada de sexo —eso se lo dijo mirándola directamente a los ojos—, nada en absoluto. Y le pasó lo que le pasó. Aquel hombre estaba casado y vivía en California con su familia, y había ido de visita a la pequeña ciudad de Nuevo Hampshire en la que vivían Isabelle y su madre. Cuando se marchó, ella ya estaba embarazada. Su madre la llevó a ver al ministro de la Iglesia congregacionalista, que les dijo que el amor de Dios operaba por vías misteriosas, así que Isabelle, que por esa época estaba acabando el instituto, tuvo el bebé, se quedó con su madre y cursó algunas asignaturas en la universidad, pero su madre murió, y a partir de entonces tuvo que hacerse cargo ella sola del bebé. Y sentía mucha vergüenza.

—En aquella época era una vergüenza —dijo Isabelle—. Para la gente como yo, quiero decir. Una vergüenza muy grande.

Se reclinó en la silla.

—Sigue —dijo Olive.

Al cabo de un momento, Isabelle volvió a inclinarse hacia delante y le dijo que un día había hecho las maletas y había conducido por la costa hasta llegar a Shirley Falls, Maine.

—Ya te he contado que yo fui al instituto en Shirley Falls, ¿verdad? —la interrumpió Olive—. Yo venía de un pueblo pequeño, West Annet, e iba allí al instituto, al igual que mi marido. — Isabelle esperaba, con los dedos hinchados apoyados en la empuñadura del bastón—. Está bien —dijo Olive—. Sigue, ya no te interrumpo más.

Bueno, dijo Isabelle, cuando llegó no conocía a nadie en la ciudad, porque en realidad de eso se trataba. Pero se sentía muy sola. Encontró niñera y consiguió trabajo en las oficinas de una fábrica de calzado, era la secretaria del hombre que llevaba ese departamento, y la oficina estaba llena de mujeres.

—Me consideraba mejor que ellas —dijo Isabelle—. En serio, lo creía. Durante años, trabajé con esas mujeres y pensaba: yo sacaba muy buenas notas en el instituto, habría llegado a ser maestra si no hubiera tenido a Amy y, en cambio, esas mujeres no habrían podido ser maestras. Pensaba cosas como esa —decía, y miraba directamente a Olive.

«Dios, al menos es sincera», pensaba Olive.

Pero aquellas mujeres de la oficina resultaron ser muy buenas amigas. Cuando Amy tenía dieciséis años, hubo problemas. Isabelle descubrió que Amy había mantenido una relación con su profesor de matemáticas.

—Una relación sexual —dijo Isabelle.

Al descubrirlo, se había puesto furiosa.

—¿Sabes lo que hice?

Miró a Olive, y a ella le pareció que los ojos de aquella mujer se volvían más pequeños y se

enrojecían.

—Cuéntame —dijo Olive.

—Amy siempre había tenido un pelo muy bonito. Largo, rubio, ondulado. En eso había salido a su padre, no a mí, y cuando supe lo del profesor de matemáticas, Olive, entré en la habitación de la niña con unas tijeras y... y le corté el pelo.

Isabelle apartó la mirada, se quitó las gafas y se pasó una mano por los ojos.

—Vaya —dijo Olive, pensativa—. Supongo que te entiendo —dijo.

—¿Me entiendes? —Isabelle la miró y volvió a ponerse las gafas—. Pues yo no. Bueno, yo lo hice, o sea que debería entenderlo, pero, ah, ese recuerdo me persigue, hacerle eso a una niña es horrible.

—¿Y ahora le caes bien? —le preguntó Olive.

Isabelle puso cara de felicidad.

—Ah, me adora. No entiendo cómo puede, porque la verdad es que no he sido una buena madre. Era muy callada y no tenía amigos, pero sí, ahora vive en Des Moines, tiene un hijo de treinta y cinco años, que vive en California y trabaja en cosas de ordenadores. Pero sí, Amy me quiere, si puedo permitirme un sitio como este, es gracias a ella.

Olive le preguntó si tenía alguna foto de la chica e Isabelle señaló a su espalda. Olive se volvió y vio un despliegue de fotos. La hija era mucho mayor de lo que Olive habría imaginado, pero entonces cayó en la cuenta de lo joven que era Isabelle cuando la había tenido. Ahora, Amy llevaba el pelo corto, entrecano, pero tenía la cara redonda y una expresión dulce.

—Ah —dijo Olive, fijándose atentamente en los retratos—. Bueno, yo tampoco he sido una buena madre —dijo, volviéndose a mirar a Isabelle—. Pero mi hijo me quiere. Ahora. Después de mi infarto, parece haber madurado. ¿Y a qué se dedica Amy?

—Es médica. Oncóloga —dijo Isabelle.

—Vaya, vaya —dijo Olive—. No es poca cosa. Trabajar todo el día con pacientes con cáncer, Dios mío.

—Creo que tiene que ser muy duro, pero al parecer a ella le resulta fascinante. Bueno, su primer hijo se murió a los dieciocho meses. No de cáncer, sino de muerte súbita. Ella estaba estudiando enfermería. Y siguió haciéndolo. Está casada con un médico. Pediatra.

A Olive todo aquello le resultaba asombroso y dijo:

—Mi hijo también es médico, en Nueva York.

—¿Nueva York! —dijo Isabelle, y le preguntó cuál era su especialidad.

—Es podólogo. La gente camina mucho en Nueva York. Tiene la consulta llena.

Olive se fijó en la gran cantidad de figuritas que había en un estante, junto a la ventana.

—Eran de mi madre —dijo Isabelle.

—¿Y cuándo te casaste? —le preguntó Olive, mirándola otra vez.

—Ah, me casé con un hombre maravilloso. Era farmacéutico...

—¿Yo también estuve casada con un farmacéutico! —dijo Olive, casi exclamándolo—. La farmacia de mi marido estaba aquí mismo, en Crosby, y él era un hombre encantador, muy amoroso. Henry estaba hecho de amor.

—Mi marido también —dijo Isabelle—. Me casé con él más o menos en la época en que mi hija fue a la universidad. Murió el año pasado y la casa se me caía encima. Por eso Amy me ha buscado este sitio.

—Vaya, vaya, vaya. Así que las dos nos casamos con farmacéuticos.

—Mi marido se llamaba Frank —dijo Isabelle.

—Y era francés —dijo Olive—. Bueno, nosotros decíamos «franchute».

E Isabelle dijo que sí, y la cosa tenía gracia, porque cuando ella trabajaba en aquella fábrica de zapatos y se creía superior a las mujeres que trabajaban allí, jamás se le habría ocurrido casarse con un francés. Pero lo hizo. Y fue maravilloso. Él había tenido una esposa que se le había muerto muy joven, antes de que tuvieran hijos. Después de que muriera su mujer, todos los días, ya fuera primavera, verano u otoño, se iba a su casa al salir del trabajo —su mujer y él tenían una casa a las afueras de Shirley Falls, rodeada de campos— y sacaba el cortacésped y no hacía otra cosa que cortar el césped. Cortaba, cortaba, cortaba. Y entonces conoció a Isabelle.

—¿Y dejó de cortar el césped? —le preguntó Olive.

—Bueno, ya no lo cortaba tanto.

Olive notó que la invadía una especie de sensación cálida. Se apoyó en el bastón y se levantó de la silla.

—Bueno... Me gusta el sol que entra aquí —dijo.

* * *

Entonces empezó a ocurrir algo que hizo que Olive se preocupara mucho más que por la falta de sol en su apartamento: iba suelta de barriga. Era algo que al principio le ocurría por la noche y cada vez se despertaba con una sensación de temor muy acusada. Después, un día, cuando salía del comedor, pensó: «Será mejor que me dé prisa porque tengo que ir al baño». Pero no llegó del todo a tiempo. Para Olive, aquello era absolutamente espantoso.

A la mañana siguiente, se levantó a las seis, subió a su coche —pasó por delante de Barbara Paznik y de su marido, que estaban caminando, y Barbara la saludó con gran entusiasmo—, y se fue hasta el Walmart que quedaba más lejos del pueblo. Una vez allí empezó a caminar lo más rápido que pudo, ayudada por el bastón, y se compró un paquete de aquellos repugnantes pañales para personas mayores, y volvió con ellos al apartamento y los dejó en lo alto del armario del baño. Tenía dudas de cuándo ponerse uno, porque los episodios llegaban sin previo aviso.

Unas noches después, cuando ya habían cenado e Isabelle y ella caminaban por el pasillo, sintió la necesidad, y cuando Isabelle le dijo: «¿Quieres entrar?», ella le respondió: «Sí, y date prisa», y se metió directamente en su cuarto de baño.

—Uf —dijo, y un minuto más tarde, cuando ya se estaba preparando para salir, alzó la vista y vio... ¡un paquete de pañales!

Olive salió, se sentó y dijo:

—¡Isabelle Goodrow Daignault! Tú llevas esos pañales para viejos.

E Isabelle se puso colorada.

—¡Pero si yo también los llevo! Bueno, al menos debería empezar a llevarlos de vez en cuando.

Isabelle se subió las gafas con aquella muñeca hinchada y dijo:

—Ya no controlo bien la vejiga, así que he tenido que empezar a usarlos. No siempre. Pero por la noche me los pongo.

—Yo no controlo por detrás —dijo Olive—. Que en mi opinión es mucho peor.

Isabelle abrió mucho la boca, horrorizada.

—Dios mío, Olive. Es peor.

—Ya te digo yo que sí. Y creo que me ocurre después de comer. Te lo digo en serio, Isabelle, creo que voy a tener que ponerme esos ridículos pañales. Pero si hasta mi nieta ya dejó de llevarlos hace siglos.

Al parecer, a Isabelle le hizo gracia el comentario y se rio tanto que se le saltaban las lágrimas. Le contó a Olive que siempre le daba vergüenza comprarlos cuando iba al centro en la furgoneta con los demás viejos —¡no tenía coche!—, así que siempre intentaba escabullirse para comprarlos a escondidas.

—Bueno, pues ya te los compraré yo —le dijo Olive—. Todos los que quieras. Siempre voy al Walmart cuando abre, a las seis de la mañana. Así lo hago.

—Olive. —Isabelle soltó un gran suspiro—. Cómo me alegro de haberte conocido.

* * *

Cuando Olive volvió a su apartamento, no se puso a escribir sus recuerdos; se sentó en la silla y se dedicó a contemplar los pájaros que acudían al comedero que había junto a su ventana, y le pareció que no era desgraciada.

* * *

Y fue pasando el año. En Navidad, Olive conoció a Amy Goodrow y a su marido, que era asiático —eso Olive ya lo sabía por las fotos—, y se sorprendió al verla en persona: había algo amable en ella que se manifestaba al momento, pero que también era frío. Olive no sabía qué pensar de aquella mujer, pero cuando se fueron —habían venido en avión a pasar tres días— le dijo a Isabelle que era una chica muy agradable.

—Oh, es maravillosa —dijo Isabelle.

Y Olive se quedó pensando en lo mucho que Isabelle adoraba a su hija.

La familia de Olive se quedó en Nueva York a pasar la Navidad.

—Tienen un montón de niños, y el árbol y las locuras esas —le dijo Olive a Isabelle.

Y ella le dijo:

—Sí, claro.

* * *

Lentamente, llegó otra primavera.

Una noche, Olive se fijó en que Bernie Green tenía invitados a la hora de la cena. Los vio desde la puerta, al entrar. Eran una pareja de unos cincuenta y tantos años, y al fijarse mejor se dio cuenta: «¡Pero si es la hija de los Larkin!», pensó.

Así que se acercó a su mesa y dijo:

—Hola, ¿eres la hija de los Larkin?

Y la mujer alzó la vista, se cerró la chaqueta granate con una mano y dijo, insegura:

—Sí...

—Ya me lo había parecido —dijo Olive—. Te pareces a tu madre. Soy Olive Kitteridge. Ella trabajaba como orientadora en el colegio en el que yo daba clases.

La mujer dijo:

—Bueno, pues yo soy Suzanne, y este es mi marido.

El hombre la saludó amablemente. A Olive le pareció que Suzanne era guapa, aunque también vio en ella un atisbo de tristeza.

—¿Sabes que una vez... bueno, de eso hace muchos años... —dijo Olive, mientras se sentaba en la silla que quedaba libre— tu madre me llamó «gilipollas»?

Suzanne Larkin se llevó la mano al cuello y miró a su marido, y después a Bernie, que se echó a reír.

—Bueno, la verdad es que me lo merecía —dijo Olive—. Fui a verla cuando murió mi primer marido, y lo hizo porque me parecía que sus problemas eran peores que los míos, y ella sabía que yo estaba allí por eso. En realidad fue algo extraordinario, nunca lo he olvidado. Pero, aun así, menuda palabrota.

Suzanne Larkin miró a Olive y de pronto asomó en su rostro un gesto de bondad.

—Lo siento mucho —dijo.

Y Olive contestó que no había motivo para sentirlo.

—Mi madre ha fallecido esta misma semana —dijo Suzanne.

—Oh, Dios mío —dijo Olive, que añadió—: Lo siento. Por ti.

Y la chica se inclinó hacia delante y le rozó la mano a Olive.

—No hay motivo para sentirlo. —Se acercó más a Olive—. En absoluto.

* * *

Olive e Isabelle hablaban sobre todo de sus maridos, y bastante menos de sus respectivas infancias. Olive le había contado a Isabelle muy al principio que su padre se había suicidado en la cocina de su casa cuando ella tenía treinta años, e Isabelle le había dedicado una expresión de pena que era sincera. Para Olive, eso fue importante: si hubiera tenido la sensación de que la juzgaba, seguramente habría dejado de ser su amiga. Rara vez hablaban de sus nietos, y un día Olive le preguntó a Isabelle por qué no hablaba más del suyo, el chico de California que se dedicaba a los ordenadores. Isabelle se llevó la mano a la barbilla, como si lo estuviera pensando.

—Bueno, es que hablar de los nietos puede llegar a ser aburrido para los demás, y tampoco... —Isabelle suspiró y miró a su alrededor. Estaban en el salón de Olive, pues iban turnándose en sus visitas—. Y tampoco es que lo conozca muy bien. La verdad, Olive, es que Amy es buena conmigo, pero ella vive en Iowa y a veces pienso que cuando un hijo se va a vivir tan lejos es que en realidad intenta huir de algo, y en su caso sospecho que es de mí.

En cierto modo, fue solo entonces cuando Olive entendió plenamente por qué Christopher vivía en Nueva York.

—Supongo que tienes razón —dijo, despacio, mientras el dolor que había sentido al constatarlo se extendía por ella como una red.

Y entonces pensó en Amy. La frialdad que ella había detectado venía de ahí: Amy quería a su

madre, pero no tenía intimidad con ella. Las cosas que ocurren en la infancia no se van.

—Yo quiero a mi nieto —le estaba diciendo Isabelle—. Y mucho. Pero en realidad no forma parte de mi vida.

Olive balanceaba un pie arriba y abajo. Al cabo de un momento, le contó a Isabelle que le había escrito una carta al pequeño Henry, y otra a su hermano mayor, que de repente había sido amable con ella, y los dos le habían contestado, y que después había recibido una llamada de Christopher, que le dijo: «Mamá, también tienes que escribir a las niñas».

Y aquello había impactado a Olive, así que también les había escrito, pero no había tenido noticias de ellas.

Isabelle la escuchaba y meneaba la cabeza despacio.

—No sé, Olive.

—Yo tampoco.

* * *

Y entonces, un día, Isabelle no se presentó a la hora de la cena. Olive fue a su apartamento y aporreó la puerta, e Isabelle abrió —aunque tardó mucho— y tenía moratones en el brazo, que le enseñó a Olive en cuanto entró.

—Oh, Olive —le dijo—. Me he caído.

Y le contó que cuando estaba a punto de entrar en la ducha, se había caído, y que durante un rato le había parecido que no iba a poder levantarse, pero que lo había conseguido, y que ahora tenía mucho miedo. Las lágrimas asomaban a través de las gafas.

—Me da mucho miedo que me lleven al otro lado del puente —dijo.

Y Olive la entendió perfectamente.

Ese mismo día, se intercambiaron las llaves de sus apartamentos, y decidieron que todas las mañanas y todas las noches, una de las dos iría al apartamento de la otra y abriría para ver si estaba bien, y después saldría. A Olive le sorprendió comprobar lo segura que se sintió la primera vez —esa misma noche— que oyó abrirse la puerta a las ocho y vio a Isabelle entrar en su apartamento. Olive la saludó con la mano, Isabelle hizo lo mismo y se fue. Y así lo hicieron a partir de entonces. Olive iba a ver cómo estaba Isabelle a las ocho de la mañana, e Isabelle iba a ver cómo estaba Olive a las ocho de tarde, todos los días. En esos momentos, casi nunca hablaban, se saludaban con la mano y las dos coincidían en que les iba bien así.

* * *

Un día, Olive abrió la puerta del apartamento de Isabelle —era un poco más temprano que de costumbre porque ya llevaba horas despierta— y cuando estaba a punto de gritar «¡Soy yo!», oyó que Isabelle estaba hablando, así que se dispuso a salir, pensando que tenía visita. Pero entonces se dio cuenta de que Isabelle hablaba con voz de niña pequeña y decía: «Mami, ¿crees que soy una niña buena?». Y acto seguido su voz cambiaba, pasaba a ser una voz adulta, sosegada que decía: «Sí, cielo, creo que eres una niña muy muy buena. De verdad». Y de nuevo la voz de niña: «De acuerdo, mami, eso me pone contenta. Intento ser una niña buena». La voz adulta y serena de Isabelle regresaba: «Y lo consigues. Eres una niña muy buena». Voz de niña: «Mamá, tengo que

ducharme». Voz de adulta: «Está bien, cielo. Puedes ducharte». Voz de niña: «¿Puedo? Porque a veces me asusto. Tengo miedo de caerme o algo, mami». Voz de adulta: «Ah, lo entiendo, cielo, pero no te pasará nada. Tú puedes». Voz de niña: «Está bien, mami. Gracias, mami. Eres tan buena conmigo...».

Y entonces Olive vio que Isabelle se dirigía hacia el baño y, en silencio, tan en silencio que incluso notó la tensión que le recorría la espalda, Olive cerró la puerta, oyó el clic y esperó fuera. Al cabo de unos momentos oyó el agua de la ducha y volvió a su apartamento.

Sentada en el sillón orejero, junto a la ventana, Olive no dejaba de oír a Isabelle hablando consigo misma con aquellas dos voces distintas. Y se le ponían los pelos de punta. ¿Aquella mujer era esquizofrénica? Olive no conseguía quitarse de encima ese miedo tan profundo. Tal vez Isabelle se estuviera volviendo majara. Otro escalofrío le recorrió la pierna.

Aquella tarde, cuando estaban en su apartamento, Olive le comentó a Isabelle:

—Últimamente pienso mucho en mi madre.

Isabelle la miró con gesto amable.

—Ah, ¿sí? —Como Olive no decía nada, le preguntó—: ¿Y qué piensas, Olive?

—Creo que yo no le caía muy bien a mi madre —dijo ella al fin, encogiéndose de hombros—. Supongo que me quería, pero no sé si le caía bien.

—Ah, qué triste es eso, Olive.

Y entonces Olive cogió el toro por los cuernos y dijo:

—¿Y la tuya, Isabelle? Cuéntame un poco cómo era.

Isabelle, sin cambiar el gesto, se limitó a contestar:

—Oh, mi madre me quería. Pero, claro, es que yo la decepcioné. Quedarme embarazada tan joven... eso fue muy duro para ella. Y después murió. Fue algo muy triste, Olive, me ha entristecido durante todos estos años, porque me habría gustado que viviera lo bastante para ver que Amy... que Amy es doctora, y muy inteligente. Me habría gustado que llegara a ver que me casé con Frank. Se habría sentido mucho mejor.

—Sí —dijo Olive—. Bueno, la vida es así. No se puede hacer nada.

—No —dijo Isabelle, meneando la cabeza para expresar que estaba de acuerdo—. Eso es verdad. Pero la echo de menos. No sé por qué, pero estos días más. A veces le hablo. Y hago que ella me hable a mí. Como me hablaba cuando yo era pequeña. —Isabelle volvió a menear la cabeza muy despacio. Miró a Olive y la luz se reflejó en sus gafas—. Me consuela. Y lo mezclo un poco con Amy, yo como madre y ella como hija, porque creo que no he sido muy buena madre para ella. Bueno, eso ya lo sabes porque ya te lo he contado.

Olive estuvo pensando en todo aquello cuando Isabelle volvió a su apartamento. Al parecer, no era esquizofrénica, no se estaba volviendo majara. Echaba de menos a su madre y la invocaba con su propia voz. Olive se quedó mucho rato sentada junto a la ventana. Primero llegó un colibrí a la celosía, y después un carbonero. Olive, después de pasarse mucho rato pensando en lo que le había contado Isabelle, dijo, tanteando: «¿Mamá?». Y le sonó ridículo. Pronunciar aquella palabra con su voz de señora de ochenta y seis años... Y no podía responder con la voz de su madre. No, aquello no iba a funcionar.

Y así, en cierto modo, ahora Olive sumaba otra capa más de pérdida: Isabelle todavía conservaba a su madre, de alguna manera, y en cambio ella no. Olive se quedó ahí sentada, pensando en ello. Al cabo de un momento, se levantó y dijo: «Pues peor para ti», aunque sin saber

a quién se lo decía.

* * *

Ya era junio.

Hacía una semana, cuando salía del apartamento camino del Walmart, vio a Barbara Paznik y a su marido, que daban su paseo matutino, y Barbara le sonrió y la saludó con entusiasmo. Muy poco después, al parecer —eso lo supo luego—, Barbara se había desplomado; había sufrido una embolia y a los dos días ya estaba muerta. El hecho asombró a Olive, pero aún le impactó más que la afectara tanto.

Ahora, a media tarde, estaba sentada en una de las sillas de la sala comunitaria para asistir a la ceremonia en recuerdo de Barbara: se había puesto un pañal, por si acaso. Isabelle no había venido porque ella no conocía a aquella mujer y le dijo que no le parecía bien asistir. En la sala, con espacio para alojar el triple de personas, se habían congregado unas veinte. Nadie lloraba. Todos estaban sentados mientras la hija de Barbara contaba que su madre siempre había sido una mujer alegre y positiva, y después un sobrino explicaba que su tía Barbara siempre había sido divertida y después... bueno, básicamente eso fue todo. Olive se dirigía ya a su apartamento, pero de pronto dio media vuelta y entró de nuevo en la sala comunitaria, y allí encontró al marido de Barbara hablando con dos mujeres. Esperó a que dejaran de hablar y entonces le dijo:

—Barbara intentó ser amable conmigo un día y yo no fui demasiado agradable con ella. Siento que se haya ido. Lo siento por ti —añadió.

Y aquel hombre se mostró de lo más agradable con ella. Le cogió la mano y le dio las gracias, e incluso se refirió a ella por su nombre, Olive, le dijo, y que no se preocupara por cómo había tratado a Barbara. Su mujer nunca le había comentado nada. Y acto seguido se inclinó un poco y le dio un beso en la mejilla. Ella no se lo podía creer.

Como tampoco terminaba de creerse que se sintiera tan triste.

* * *

Se pasó la tarde sentada junto a la ventana, en su sillón orejero, pensando en muchas cosas. No había sido amable con Barbara Paznik porque aquella mujer era de Nueva York. Ahora se le ocurría que, además, era más joven que ella y estaba llena de energía, pero ya estaba muerta. Muerta. Olive no dejaba de recordar la cara bonita, expresiva, de aquella mujer. Y de alguna manera, a pesar de que a ella se le habían muerto dos maridos, Olive entendía que lo que le pasaba tenía que ver con ella misma. Ella también iba a morir. Y eso le resultaba extraordinario, asombroso. Hasta ese momento nunca lo había creído de verdad.

Pero después de todo su vida casi había acabado. Su vida se hinchaba tras ella como una red de pesca, repleta de toda clase de algas inútiles y pedazos rotos de conchas, y de todos aquellos peces centelleantes y diminutos: los centenares de alumnos a los que había dado clase, las chicas y los chicos del instituto con los que se cruzaba en los pasillos cuando ella misma era alumna — muchos de ellos, la mayoría, estarían muertos ya—, los miles de millones de vetas de emociones que había sentido contemplando salidas y puestas de sol, las manos de las camareras que le habían servido tazas de café... Todo había terminado, o estaba a punto de hacerlo.

Olive se revolvió un poco en el sillón, con aquel pañal puesto por debajo del pantalón y la blusa de flores. No dejaba de pensar: Barbara Paznik estaba viva y ahora estaba muerta. Y entonces su mente divagó un poco y de pronto se recordó de niña cogiendo saltamontes, metiéndolos en un tarro con tapa, y a su padre diciéndole: «Suéltalos, Olive. Se van a morir».

Entonces se puso a pensar en Henry, en la bondad que veía en sus ojos cuando era joven, en la bondad que seguía viendo en ellos aun cuando se quedó ciego, después de la embolia, en su expresión amable cuando estaba sentado en la silla de ruedas, contemplando. Pensó en Jack, en su sonrisa maliciosa, y pensó en Christopher. Suponía que había sido afortunada. La habían amado dos hombres y eso era una suerte. Sin suerte, ¿por qué la habrían querido? Pero lo habían hecho, y su hijo parecía haber cambiado.

Se daba cuenta de que no se gustaba a sí misma.

Pero ya era demasiado tarde para pensar así...

Y se quedó ahí sentada, contemplando el cielo, las nubes altas, y bajó la mirada y vio las rosas, que tras solo un año estaban espléndidas. Se inclinó hacia delante y se fijó en el rosal: ahí, ahí mismo, detrás de esa rosa había otro capullo que empezaba a asomar. Qué contenta se sintió al ver ese capullo de rosa recién brotado. Y volvió a apoyarse en el respaldo del sillón y pensó en la muerte, y la sensación de asombro y emoción regresó a ella.

Llegaría.

—Sí, sí —dijo.

Y estuvo largo rato ahí sentada sin saber bien en qué pensaba.

Al final se levantó, despacio, apoyada en su bastón, y se acercó a la mesa. Se sentó en su silla, se puso las gafas y colocó un folio en la máquina de escribir. Se inclinó hacia delante y, pulsando las teclas, escribió una frase. Y después otra. Sacó la hoja y la dejó con cuidado sobre la pila de papeles que eran sus recuerdos. Las palabras que acababa de escribir resonaban en su mente:

«No tengo la menor idea de quién he sido. Sinceramente, no entiendo nada».

Olive apoyó el bastón en el suelo y se levantó. Ya era la hora de irse a cenar con Isabelle.

AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer a las siguientes personas su ayuda en este libro: a Jim Tierney, Kathy Chamberlain y Jeannie Crocker, mi amiga de la infancia que me confirmó las diferencias culturales que existen entre Nueva York y Maine; a Ellen Crosby, mi compañera de universidad, cuyo apoyo a lo largo de muchos años ha significado mucho para mí y me ha servido de mucho, además de aportar a mis lectores el nombre del pueblo de Crosby; a Susan Kamil, Molly Friedrich, Lucy Carson, Dr. Harvey Goldberg y, siempre, a Benjamin Dreyer.